HISTORIA MEXICANA

VOL. XLVI ABRIL-JUNIO, 1997 NÚM. 4

184

Homenaje a don Edmundo O'Gorman

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

Fundador: DANIEL COSÍO VILLEGAS

Directora: SOLANGE ALBERRO

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México. *Suscripción anual*: en México, 150 pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50 dolares. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34 dólares. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones, 60 dólares.

Camino al Ajuscó 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
ISSN 0185-0172
Impreso en México/*Printed in Mexico*
Corporación Industrial Gráfica, S. A. de C. V.,
Cerro Tres Marías 354, Col. Campestre Churubusco, 04200 México, D. F.
Fotocomposición y formación: Literal, S. de R. L. Mi.

Certificado de licitud de título núm. 3405 y licitud de contenido núm. 2986, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas, el 30 de septiembre de 1988, y número de reserva 189-89 del primero de febrero de 1989.

HISTORIA MEXICANA

VOL. XLVI ABRIL-JUNIO, 1997 NÚM. 4

184

SUMARIO



PRESENTACIÓN

DON EDMUNDO O'GORMAN, 1906-1995

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

RENOVADOR Y REVOLUCIONARIO, DON EDMUNDO O'GORMAN y O'Gorman significó un importante hito en la historia de la historiografía mexicana. Como profesor y como pensador transformó de muchas maneras el oficio de escribir, investigar y enseñar la historia. Como ha escrito Antonio Saborit en su excelente semblanza, O'Gorman fue "uno de los pocos ingenios auténticamente grandes en nuestra historia moderna".[1]

Nacido en el seno de una familia refinada y sensible, don Edmundo se familiarizó con las letras y el arte desde sus primeros pasos y creció en un México provinciano y pequeño, pero que cultivaba la universalidad. Lejos del culto a la especialización que se daría durante la segunda mitad del siglo, don Edmundo llegó a desarrollar gustos y habilidades casi renacentistas: pintura, arquitectura, música, filosofía, historia, literatura, geografía, derecho y política. Sabio y solitario que vivía casi frugalmente, como miembro del alto estrato de la sociedad mexicana gustaba de la vida social y hacía gala de frivolidad.

Durante el largo tiempo que tuve el privilegio de tratarlo, nunca le pregunté por qué había estudiado leyes si su

[1] Antonio Saborit: "El profesor O'Gorman y la metáfora del martillo", en Enrique FLORESCANO y Ricardo PÉREZ MONFORT: *Historiadores de México en el siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 137-159.

vocación indudable eran las humanidades y las artes, pero imagino que, como muchos miembros de mi propia generación, hubiera contestado que era una especie de seguro de vida. Tuvo suerte de estudiar en la Escuela Libre de Derecho, que reunía en su claustro a los mejores juristas, a los cuales recordaba con respeto y cariño. En su casa se vivía, según contaba, dentro de una disciplina muy británica aplicada por su padre, el ingeniero de minas y pintor Cecil Crawford O'Gorman, la que seguramente se entrelazaba con una tradición muy mexicana, procedente del lado criollo de su madre. La educación que se había iniciado en ese hogar la iba a enriquecer el medio cultural del México de entonces, junto a muchos de los hombres de letras y artes que publicaron en la editorial Alcancía, que con gran amor iniciara junto a su amigo de casi toda la vida, don Justino Fernández. De ese ambiente llegué a tener algún atisbo en aquellas tardes o veladas en su casa de la calle de Reforma, en San Ángel, cuando me dirigía la tesis de maestría en la década de los cincuenta.

De cualquier forma, estudió y se licenció en derecho y ejerció la carrera con éxito, cultivando sus otros gustos en sus horas de ocio. Fue un buen litigante, lo que hizo que su práctica se convirtiera en parte de su naturaleza y lo inclinara toda su vida a desmenuzar argumentaciones y deshacerlas; esta habilidad, aplicada en sus debates historiográficos lo haría temible y lo convertiría en terror de los historiadores y de vez en cuando también de los extranjeros, pues algunos de sus debates, como los que sostuvo con Lewis Hanke y Marcel Bataillon, se harían célebres.

Según él solía contar, después de una década de ejercer la abogacía, un buen día de 1937 se dio cuenta de que la profesión le aburría y, sin más, les anunció a sus clientes que abandonaba el oficio y les devolvió sus documentos. Ya había hecho sus pinitos en la historia en las páginas de la Alcancía y, justamente por entonces, veía la luz su primera obra histórica y curiosamente la más reeditada, *Breve historia de las divisiones territoriales*, y traía ya entre manos un estudio de la utopía de Santo Tomás Moro y la edición de la obra de Joseph de Acosta *Historia natural y moral de las Indias.*

La decisión estaba tomada y, a pesar de sus éxitos económicos en la abogacía, estuvo dispuesto a ocupar el modesto cargo de subdirector del Archivo General de la Nación (AGN) que le permitiría entregarse a su vocación. En el archivo permaneció catorce años y sería el único puesto administrativo que ocuparía en su vida, desempeñado sin fastidiosas formalidades burocráticas. Los historiadores que lo conocieron entonces, como Woodrow Borah o John Phelan, recordarían con gratitud la valiosa colaboración que les ofreció en sus investigaciones y la hospitalidad que su familia les dispensó.

En el AGN pudo darse el gusto de explorar múltiples temas y publicar en las páginas del *Boletín del Archivo General de la Nación* pequeños ensayos iluminadores o la transcripción de documentos comentados y anotados. Así se inició en el arte de comentar, que habría de llevar a su máxima expresión y sus ediciones se han covertido en verdaderos modelos.

Aunque el contacto con el AGN y los libros comentados en el selecto grupo que lo rodeaba representaban un excelente entrenamiento para redondear su formación, decidió incorporarse como alumno en la Facultad de Filosofía y Letras, por entonces tan pequeña e instalada en el hermoso edificio de Mascarones. En esas aulas recibiría los grados de maestro, en 1948, y de doctor, en 1951.

En Filosofía, entró en contacto con distinguidos intelectuales mexicanos, y con refugiados españoles, en especial con don José Gaos, exrector de la Universidad de Madrid, quien iba a ejercer una influencia decisiva en él. En su seminario, don Edmundo sistematizó su conocimiento del pensamiento de José Ortega y Gasset y se introdujo en el de Martín Heidegger, lo que fortaleció su inclinación a la filosofía. La experiencia lo acercó al grupo de los filósofos y lo enajenó del "establecimiento" de la historia.

La llegada de los intelectuales españoles le inyectó savia nueva al ambiente cultural de México y, con su concurso, las instituciones patrocinadas por el espíritu emprendedor de Daniel Cosío Villegas, el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, que se aventuraron en la tarea de

traducir directamente al español grandes obras universales; aparecieron libros de Dilthey, Heidegger, Husserl, Marx, Jaeger, Vico, Mommsen, Friedlander, etc., empresa a la que don Edmundo iba a contribuir con sus traducciones del *Diálogo sobre la religión natural*, de David Hume; *Teoría de los sentimientos morales*, de Adam Smith; *El derecho divino de los reyes*, de J. N. Figgis; la *Idea de la Historia*, de Collingwood, y algunas otras.

Sus conocimientos y credenciales lo convirtieron, en 1940, en profesor de historia en la Facultad de Filosofía y en el Mexico City College, al tiempo que publicaba su edición anotada y prologada de la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta. En ella cometió el sacrilegio de defender al jesuita del cargo de plagiario que se le había endilgado. Y el O'Gorman que se había acomodado bien al ambiente filosófico de la facultad, tropezó de inmediato con la estrechez que privaba en el histórico. La historiografía mexicana, enferma de extremismos maniqueos y de otros "ismos", padecía también del culto al documento inédito, sin juzgar su pertinencia.

De esa manera, en su camino aparecieron los abrojos, pues la universidad y la facultad, como la vida cultural y la ciudad, eran tan pequeñas que las pasiones estaban más a flor de piel y, aun para su personalidad altiva, resultaban harto molestas. El incansable lector de José Ortega y Gasset, Wilheim Dilthey, Benedeto Croce y otros historicistas, chocaba con los estrechos horizontes de la mayoría de sus colegas tradicionales que, apegados a las verdades "objetivas" y apasionados por las filias y las fobias históricas, se sentían amenazados por sus inquietantes preguntas.

Mas al primer desacato de O'Gorman siguieron otros: se empeñó en dictar "cátedras raras". Así, inició un curso de historia de la historiografía para mostrar las transformaciones en la interpretación histórica, de acuerdo con las ideas y creencias vigentes en cada época, y después otro de geografía histórica, para mostrar los cambios en la visión del mundo. Don Juan Ortega y Medina, tal vez el más destacado y productivo de sus discípulos, y uno de los que pagaría con muchas amarguras la lealtad al maestro, ha

dado cuenta en agradable prosa de aquellos tiempos en que don Edmundo estaba rodeado de "un cerco bilioso de obstinados eruditos" que osó entrevistar a sus alumnos para indagar lo que pasaba en su clase, sólo para descubrir la fascinación que O'Gorman despertaba en ellos.

Su procedencia y educación elitista le daban una seguridad que le permitía disfrutar de su fama de "monstruo", por lo que, sin inmutarse, prosiguió con sus reflexiones sobre el tema americano. En 1942 apareció el primer producto de esta aventura intelectual, *Fundamentos de la historia de América.* Aunque el tema americano le había calado hondo, también exploró otros, y del seminario de Gaos surgió al año siguiente un sugerente ensayo, "La conciencia histórica en la Edad Media". No obstante, seguía reflexionando sobre lo que sería el tema de su vida, y en 1947 apareció *Crisis y porvenir de la ciencia histórica,* seguido dos años más tarde por el vigoroso y tal vez el más difícil de sus textos, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica a sus fundamentos,* publicado en 1951, que culminaría en la obra que lo hizo célebre, *La invención de América: el universalismo de la cultura de occidente* (1958). Hoy, cuando la semilla de la renovación ha florecido y se ha multiplicado, es difícil explicar que sus inquisiciones y conclusiones resultaran tan ofensivas e inaceptables en su día y le ocasionaran tantos incidentes desagradables.

Como profesor y conferencista no tenía igual. Su erudición y exposición clara, con su atractiva y elegante personalidad y el manejo teatral de sus disertaciones, llenaba su aula de admiradores y fieles seguidores. Es posible que no todos entendieran el meollo de sus enseñanzas. Recuerdo que aun los que temíamos su crítica y sus exigencias no podíamos sino rendirnos al hechizo de sus exposiciones. Y el altivo y distante profesor, implacable fuera del aula, se tornaba amable y comprensivo con sus discípulos, muchos de los cuales se convirtieron en amigos para el resto de su vida.

Su cátedra era todo un espectáculo a principios de la década de 1950, pues junto a los alumnos regulares concurrían "Cuca la telefonista", Guadalupe Amor y algunas otras personalidades extravagantes. Sus primeros semina-

rios atrajeron también a un alumnado diverso que reunía a los que nos iniciábamos en el oficio, con otros avanzados como Rafael Segovia y Elisa Vargas Lugo y profesores destacados como Arturo Arnaiz y Freg, Sergio Fernández y Juan A. Ortega y Medina. La temática del seminario abordaba lo mismo el análisis de la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas y de otros cronistas, que las Actas de Cabildo de la Ciudad de México en el siglo XVI, o el comentario a las obras de grandes filósofos de la historia, como Fichte, Hegel o Marx. Seguir los textos bajo su dirección era fascinante y el horario asignado resultaba insuficiente para el interés que despertaban sus disquisiciones, de manera que el seminario se extendía muchas veces a meriendas y convites en los que su sentido del humor y su sarcasmo le daban una nota mundana a los intereses académicos.

En 1952, la UNAM le otorgó a don Edmundo el nombramiento de tiempo completo y, no sin nostalgias por los papeles polvosos, abandonó el AGN para dedicarse exclusivamente a escribir y enseñar historia. El traslado de la facultad a Ciudad Universitaria le permitió contribuir a la reforma del programa de historia y sus cátedras de Historia de la historiografía, Geografía histórica y Filosofía de la historia, antes optativas, pasaron a ser obligatorias. Los nuevos aprendices de historia no gozaron mucho tiempo del privilegio de oírlo, pues los grandes grupos de alumnos que empezaron a invadir la facultad a principios de la década de 1960 lo intimidaron. Al principio, recurrió a la ayuda de dos de sus discípulos —Ortega y Vázquez—, para que lo auxiliaran en la revisión de los numerosos trabajos y después, poco a poco, fue heredando sus clases. Temía, como resultó ser el caso, que la masificación de la enseñanza afectara la dedicación y, los resultados de la enseñanza y seguro de que la salvación de la vida académica estaba en los posgrados, se concentró en sus seminarios.

Éstos se beneficiaron de su gusto por la lectura cuidadosa de textos y se convirtieron en un excelente taller de formación de jóvenes historiadores. Ese interés llevó a don Edmundo a enfrascarse en la preparación de múltiples ediciones

críticas; revisó su Acosta y emprendió las ediciones de Cervantes de Salazar, Antonio de Solís, Motolinía, Alva Ixtlilxóchitl, fray Servando Teresa de Mier, Zorita, Gage, Herodoto y Tucídides. Algunos de los estudios —Zorita y Gage— fueron realizados con sus alumnos de seminario y no llegaron a ver la luz, pero no dejaron de ser útiles para inyectar inquietudes en los que tuvieron la suerte de seguirlos.

La historia nacional y sus contradicciones también fue fuente de su reflexión y tema de muchos artículos y varios libros, entre ellos uno fundamental para los interesados en la fundación del Estado mexicano, *La supervivencia política novohispana* (1967) y un libro que merecería mayor atención porque encierra la interpretación de don Edmundo respecto del pasado mexicano en su conjunto, *México, el trauma de su historia* (1977). Una de sus últimas obras apareció cuando celebraba sus ochenta años, *Destierro de sombras; luz en el origen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac* (1986).

Coleccionista constante de libros, no sólo formó su excelente biblioteca de historia, sino que también fue el alma del repositorio que emprendió el Centro de Estudios de Historia de México Condumex. Estos empeños no impidieron que pintara hermosos bodegones, proyectara y construyera varias casas, tanto en Temixco, como en San Ángel, reuniera piezas de arte prehispánico y colonial y escribiera ensayos sobre el arte, llenos de agudas observaciones.

El hecho de haber cuestionado prácticas y creencias aceptadas, retardó que se le otorgara reconocimiento a sus contribuciones originales a la cultura mexicana; en un país que tanto los prodiga, recibió menos premios de los que merecía, pues sin duda debía haber pertenecido al Colegio Nacional. Se le otorgó, eso sí, el Premio Nacional de Letras en 1974, el de Historia Rafael Heliodoro Valle en 1983 y el Premio UNAM a la Docencia en 1986. También fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia (1964) y de la Academia Mexicana de la Lengua (1969) y recibió los doctorados *honoris causa* de la Universidad Nacional Autónoma de México y de la Universidad Iberoamericana. Profesor emérito del Sistema Nacional de

Investigadores y de la UNAM y miembro de su Junta de Gobierno, presidió también la Academia Mexicana de la Historia 1972-1987.

Todavía poco antes de su muerte, se reunía cada semana con sus alumnas del seminario y discurría lúcidamente sobre la situación política del país con sus discípulos y amigos. Sus leales alumnas lo cuidaron y lo acompañaron hasta el último momento.

Hasta el final, se empeñó en cumplir con el llamado que hizo en el discurso con motivo del premio Nacional de Letras en 1974: contribuir a que los mexicanos pudieran alcanzar "una conciencia histórica en paz consigo misma, o si se prefiere, de la convicción madura y generosa de que la patria es lo que es, por lo que ha sido, y que si tal como es ella no es indigna de nuestro amor, ese amor tiene que incluir de alguna manera la suma total de su pasado".

Su empeño por aceptar la historia mexicana en su conjunto, como vía de comprensión del ser de México, la heredó a sus discípulos, a los que transmitió la pasión por descubrir "una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo, como nuestros amores".

Para fortuna de la historia mexicana, la vida de Edmundo O'Gorman se alargó del 24 de noviembre de 1906 hasta el 29 de septiembre de 1995; y, salvo las últimas semanas la vivió en plenitud. En reconocimiento a su gran aportación a la profesionalización y renovación del oficio de historiar, un grupo de historiadores mexicanos y extranjeros, amigos y discípulos, dedican este número de *Historia Mexicana* a su memoria, como un homenaje a su legado a la historiografía mexicana.

EDMUNDO O'GORMAN Y DAVID HUME

David BRADING
University of Cambridge

FUE EN EL VERANO DE 1961, EN UNA VISITA a México en calidad de estudiante turista, cuando conocí a don Edmundo O'Gorman. Dado que durante ese viaje decidí emprender el estudio de la historia de México, es justo reconocer que gracias a dicho encuentro hice mi elección. La ocasión fue un almuerzo entre O'Gorman y el director del Consejo Británico en México, y mi papel era escuchar a mis mayores; en todo caso por aquel entonces yo sabía muy poco sobre México y su historia. Sólo una observación se alojó en mi mente: O'Gorman nos informó que había traducido una obra de David Hume, el filósofo escocés del siglo XVIII, a quien yo había leído asiduamente en Cambridge. En 1994, invitado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México a participar en un homenaje a don Edmundo, aproveché este recuerdo y presenté a David Hume como una influencia principal en la filosofía de la historia de O'Gorman. En esta ocasión también reconocí mi deuda intelectual a sus ensayos e interpretaciones y sobre todo a las magistrales ediciones de tantos de los cronistas que yo había utilizado en mi propia obra. Lo que sigue es una versión corregida y aumentada de aquel breve homenaje.

En *Fantasmas en la narrativa historiográfica* (1991), alocución que presentó al ser nombrado doctor *honoris causa* de la Universidad Iberoamericana, Edmundo O'Gorman ata-

có vigorosamente las doctrinas y legado del alemán Leopoldo van Ranke, sosteniendo que su celebrada definición de la historia como el descubrimiento de "lo que realmente pasó" es una negación del inevitable "relativismo subjetivo" del conocimiento histórico, negación que "se cifraba en la utopía de una aséptica imparcialidad y exhaustiva información testimonial". Además, esta ilusoria búsqueda de la certeza objetiva estaba perseguida por tres fantasmas cuya influencia maligna había destruido muchas vocaciones históricas prometedoras. En primer lugar, estaba el espectro del "esencialismo", es decir, la suposición de que "los entes históricos" poseen una esencia inmutable que perdura a lo largo de los siglos sin importar las vicisitudes de su existencia. Escribir un libro titulado *México a través de los siglos* equivalía a asegurar que existía un ente cuya identidad esencial, "encerrada en su fortaleza entitativa", sobrevivía los cambios producidos por el tiempo. En segundo lugar, O'Gorman desafió la aplicación del principio de causalidad a la historia, aquella suposición de que "un fenómeno cause como efecto necesario el fenómeno subsiguiente [...] sólo por su antelación". Esta suposición es la que había permitido que el descubrimiento casual de Cristóbal Colón de una isla caribeña se interpretara como la causa del "encuentro del Antiguo y el Nuevo mundo". El tercer fantasma que amenazaba a los jóvenes historiadores era la insistencia rankeana en la investigación exhaustiva y su obsesión por los "materiales históricos" y el "aparato técnico". Ante la actual inundación de "ponencias en congresos, coloquios, mesas redondas, encuentros *et hoc genus omne*", O'Gorman apeló a una renovación en el modo de concebir y escribir la historia, como para abrir paso a "una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria", en la cual la "experiencia vital del historiador [...] su cultura, sus preferencias, sus filias y sus fobias" generarían una especie de revelación causada por el encuentro personal del historiador con el pasado.[1]

[1] O'Gorman, 1992, *passim.*

A primera vista uno podría interpretar este elocuente discurso como una protesta romántica contra la actual profesionalización de la historia en México, una protesta lanzada por un anciano sobreviviente de la *belle époque* de la historia literaria. Pero una interpretación así no haría justicia al fundamento filosófico del ataque de O'Gorman a la "historia científica" e ignoraría los firmes argumentos que han caracterizado sus principales obras. Para comprender el origen de su ataque, presentado de manera resumida en 1991, es preciso volver a su libro *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, publicado en 1947 y dedicado a "José Gaos, maestro de siempre y siempre amigo", donde exponía en toda su extensión sus objeciones a la historia naturalista de Ranke. Sostenía que desde el renacimiento hasta mediados del siglo XIX había sido posible que los historiadores enmarcaran sus narraciones como antologías de ejemplos morales, presentando a los grandes hombres y los grandes hechos del pasado como modelos para el presente. Desde esta perspectiva se había escrito la mayor parte de la historia patria. Pero con la aparición de Ranke y sus discípulos, el historiador se volvió una guía imparcial y desapegada, sumergida en documentos oficiales y archivos para descubrir "lo que verdaderamente ocurrió". El principio que animaba esta empresa quedó expresado por Ranke cuando escribió: "Descubrí que la verdad era más interesante y hermosa que la ficción. Me desvié de ésta y decidí evitar toda invención e imaginación en mis trabajos y 'sujetarme a los hechos'". Declaró además que "el pasado humano no tiene ni puede tener influencia sobre la vida". Con su inmenso cuerpo de escritos y su seminario, el estudioso alemán fomentó el tipo de sistemática investigación de archivos que de acuerdo con O'Gorman "pervive embotellando en conserva su acumulado saber en bibliografías, ficheros e índices de índices...". El descendiente directo de Ranke es el académico moderno que corre de un lado a otro siempre ocupado buscando nuevos documentos, siempre listo con algún nuevo artículo sobre algún tema insignificante, aunque nunca capaz de comprender las realidades del pasado y de hecho comprometido con una

"ocultación de la posibilidad de llegar a conocer especulativamente a la historia".[2] ¿Fue una paradoja o una reacción natural que cuando O'Gorman desarrolló su sátira de la historia científica y de sus practicantes contemporáneos estuviera empleado por el Archivo General de la Nación y ocupado en la edición de su boletín?

La crítica a la pedantería académica es un expediente tradicional de los historiadores románticos. Fue Thomas Carlyle quien en *Cromwell* (1845) caracterizó con sorna al estudioso contemporáneo como un pazguato que aseguraba que no se podía comprender la guerra civil inglesa sin leer los cincuenta mil panfletos escritos al respecto. Para Carlyle la tarea del verdadero historiador era mandar a volar las heces y escoria del pasado y emplear su visión poética para resucitar sólo aquello que merece recordarse, con vistas a escribir "una Iliada moderna como monumento del pasado". En otra obra sugirió que la historia nacional debería concebirse como una especie de biblia secular.[3] Tanto prevaleció en Ranke la idealización de la nación y de su historia que incluso expuso un pasado europeo dominado por el surgimiento de los estados dirigentes, cada uno con una individualidad propia basada en principios averiguables de prácticas política y social.[4] Aquí estaba, por supuesto, otra razón para que O'Gorman rechazara la escuela rankeana, pues en ningún momento de su carrera se vio tentado a narrar cómo se formó la nación mexicana.

Aunque elocuente en su denuncia de la investigación naturalista, O'Gorman fue menos capaz de definir el tipo de historia que prefería. Como veremos, invocó la filosofía de Martín Heidegger para salvarse de las intolerables demandas de los rankeanos. Pero el historicismo existencial también le permitió exorcizar el escepticismo provocado por el relativismo histórico. Para cuando escribió *Crisis y porvenir...* ya había traducido el *Diálogo sobre la reli-*

[2] O'Gorman, 1945, pp. 91-101, 148-149, 191 y 140-143.

[3] Carlyle, 1988, vols. x-xii, introducción.

[4] Sobre Ranke véanse White, 1973, pp. 161-190 y Goech, 1953, pp. 72-97.

gión natural de Hume y estaba evidentemente familiarizado con la filosofía de la ilustración escocesa.[5] Sin duda se debió a Hume su ataque a que los historiadores invocaran "entes imaginarios" como las naciones, gobiernos, épocas, ideas, estilos, América y el Renacimiento, personificaciones todas que malversaban metáforas biológicas y a las que caracterizó como "entes imaginarios de quienes, para confusión irremediable, se dice y piensa que nacen, se desarrollan y mueren, y aun llega a decirse que gozan y padecen, aman y odian".[6] Es evidente que estas metáforas orgánicas provenían de la equiparación de los seres humanos individuales con las instituciones sociales. En este contexto hay que recordar que Hume sostenía que

> [...] aquello a lo que llamamos mente no es más que un amontonamiento o colección de distintas percepciones [...] Esta tendencia a atribuir una identidad a nuestras percepciones semejantes produce la ficción de una existencia continua [...] Si no tuviéramos memoria nunca tendríamos noción de la causalidad, y en consecuencia tampoco de aquella cadena de causas y efectos que constituyen nuestro ser o persona.[7]

Y si la identidad de los individuos mismos no tiene más fundamento que el efecto acumulativo de la memoria y el hábito, ¿qué realidad puede atribuirse a conceptos como nación, Estado o época histórica? En estas líneas de Hume encontramos el origen del escepticismo de O'Gorman en cuanto a los "entes históricos", expresado por primera vez en *Crisis y porvenir...* y reiterado 40 años después en *Fantasmas...*

Cualquier duda respecto a la influencia perdurable de Hume sobre O'Gorman se disipa con la referencia al filósofo escocés en *Fantasmas...* como su autoridad para el ataque al principio de causalidad. En un pasaje famoso Hume se había negado a aceptar necesariamente una conexión

[5] Véase SABORIT, 1995, p. 148.
[6] O'GORMAN, 1945, pp. 266-268.
[7] HUME, 1958, pp. 252-254 y 261-262.

entre los fenómenos. La causalidad era simplemente una suposición humana basada en percepciones reiteradas de contigüidad, constantes coyunturas y prioridad. O'Gorman aplicó este argumento en su celebrada crítica a la idea tradicional de que Cristóbal Colón descubrió América en 1492. Pero en este contexto también hay que notar que al terminar su demolición de las doctrinas tradicionales, Hume confesó que sus reflexiones lo habían expuesto a "melancolía y delirio filosóficos". Sólo entonces sugirió que se habría de permitir a la naturaleza curar las ansiedades provocadas por el exceso de pensamiento, y agregó: "Ceno, juego una partida de *backgammon*, converso y me divierto con mis amigos..." A modo de remedio intelectual, dedicó los últimos años de su vida a escribir una historia de Inglaterra interpretada a partir de Tory.[8] De modo que el escepticismo no le impidió disfrutar de la compañía o de su actividad como autor.

En *Crisis y porvenir...* queda claro que O'Gorman recurrió al historicismo existencial de Martin Heidegger y José Gaos para evitar el peligroso escepticismo de Hume. La premisa de su filosofía era que todo conocimiento está determinado por la realidad existencial del agente humano. Aplicado a la historia, de este principio se desprendía que el pasado siempre se conoce por medio de una "precomprensión predeterminante". Mientras que la historia científica concebía el pasado como algo ajeno, separado del presente y así inanimado, el historicismo interpretaba el pasado como "depósito de experiencia", que como tal permanecía incorporado al presente. En tono poético O'Gorman aseguraba que como el pasado ha creado el mundo en el cual nacemos, moldea nuestras vidas y pensamientos, permeando así nuestra realidad, y agregaba:

> Lo hallamos, sin reconocerlo como "historia", en las conversaciones, en una leve huella, dentro de los armarios; anda por los caminos, surge de los sepulcros y habla en las canciones; y su grande y silenciosa voz tiene un claro acento, fácil de com-

[8] O'Gorman, 1992, p. 19 y Hume, 1958, pp. 155-176 y 169.

prender en cuanto nos dice cosas de inmediata aplicación a nuestra vida.[9]

En efecto, para que la historia se recuperara como fuerza intelectual era necesario crear una relación vital entre la existencia del historiador y las experiencias decantadas del pasado. Para lograr esta relación, el "varón heroico" tenía que rechazar los dictados del simple sentido común y la nulificante mediocridad de la civilización moderna, y sobre todo buscar "expresar con autenticidad" su visión personal. Todo esto valía la pena decirlo y sin duda tuvo un efecto benéfico, aunque cuando O'Gorman trató de dar una definición teórica de estas ideas, rayó en lo metafísico:

> La historiografía es, desde el punto de lo verdadero, la elaboración de la inteligibilidad del ser que tiene la historia, para el modo de ser cotidiano de la existencia [...] la verdadera ciencia histórica, la historiología, consiste en mostrar y explicitar la estructura del ser con que dotamos al pasado al descubrirlo como nuestro.[10]

En estas fórmulas sería difícil encontrar alguna sugerencia práctica sobre cómo ha de concebirse e iniciarse la escritura de la historia.

Aquí no corresponde hacer un extenso examen del logro histórico de Edmundo O'Gorman. Es evidente que si no hubiera estudiado la filosofía de Heidegger no habría llegado a su celebrada tesis de que América fue inventada y no descubierta. Así, en esta aplicación de la teoría del conocimiento a la historia, anticipó muchas de las lucubraciones del posmodernismo, aunque a diferencia de los comentaristas posteriores, O'Gorman poseía un conocimiento amplio y crítico de los principales cronistas e historiadores del siglo XVI en América. Fue esta familiaridad la que luego le permitió promover las ediciones críticas de obras de Las Casas, Acosta, Alva Ixtlilxóchitl y Motolinía,

[9] O'GORMAN, 1945, pp. 137-144, 181-182, 215, 277 y 302-304.
[10] O'GORMAN, 1945, pp. 257-269.

producidas por su seminario en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. A primera vista podría parecer que con este trabajo O'Gorman había renunciado a su crítica de Ranke y se había incorporado a las filas de los historiadores científicos, pero hay que recordar que Ranke y sus seguidores eran investigadores de archivo que escribían principalmente, historia política basada en documentos oficiales. En cambio O'Gorman eligió confrontar a los cronistas más importantes de América, sometiendo sus textos a un análisis agudo, culto e ingenioso. Los suyos siempre fueron comentarios personales, generalmente, marcados por argumentos tenaces, pero en todo caso eruditos y perceptivos. Su modelo en este tipo de trabajo seguramente fue Marcelino Menéndez y Pelayo, a cuyo ensayo sobre historiografía colombina recurrió profusamente en *La idea del descubrimiento de América* (1951).[11] De hecho, O'Gorman percibía que era en la gran sucesión de crónicas donde se podía hallar la tradición intelectual de Hispanoamérica.

Fue en el prolongado interés de O'Gorman por fray Servando Teresa de Mier donde se hizo más evidente lo fértil de su concepción de la historia intelectual. Si bien las antologías del *Pensamiento político* de Mier, publicadas en 1945, demuestran el papel central del antiguo dominico en la justificación doctrinaria de la independencia, *El heterodoxo guadalupano* (1981) fue una contribución decisiva no sólo a la comprensión de Mier, sino al desarrollo del guadalupanismo en las vísperas de la insurgencia. Es lamentable que se haya suspendido la proyectada edición de las *Obras completas* de Mier. Por último, con *Destierro de sombras* (1986) O'Gorman se unió a la gran caravana de historiadores mexicanos que han buscado dilucidar la significación del culto a Nuestra Señora de Guadalupe. En su descripción de la controversia de los años cincuenta organizó con tacto incisivo los argumentos que inspiraron tanto la crítica como la defensa del emergente culto. Es sin duda en esta obra donde podemos observar la práctica tanto de su

[11] O'GORMAN, 1976, pp. 308-328.

escepticismo como de su historicismo heideggeriano. Al igual que Joaquín García Icazbalceta, adoptó una visión escéptica de la veracidad de la narrativa sobre apariciones, y sin embargo, el hecho de que haya elegido examinar los comienzos de un culto que ha legado tal "depósito de experiencia" al México actual demuestra sin duda, su principio de que el historiador debe trabajar desde el presente hacia el pasado y elegir temas donde su propia realidad existencial forme una relación viviente con el tema de su inquisición en el pasado. Desde este punto de vista, *Destierro de sombras* es quizás, de toda la gran producción escrita de Edmundo O'Gorman, el libro que de modo más completo expone su filosofía de la historia.

Traducción de Lucrecia Orensanz

REFERENCIAS

CARLYLE, Thomas

1988 "Oliver Cromwell's Letters and Speeches", en *Obras completas*. Londres, s.p.i., vols. X-XII, introducción.

FLORESCANO, Enrique y Ricardo PÉREZ MONTFORT (comps.)

1995 *Historiadores de México del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.

GOECH, C.P.

1953 *History and Historians in the Nineteenth Century*. Boston.

HUME, David

1958 *A Treatise of Human Nature*. Oxford: Oxford University Press.

O'GORMAN, Edmundo

1945 *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. México: Imprenta Universitaria.

1976 *La idea del descubrimiento de América*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

1992 *Fantasmas en la narrativa historiográfica*. México: Centro de Estudios de México, Condumex.

SABORIT, Antonio

1995 "El profesor O'Gorman y la metáfora del martillo", en FLORESCANO y PÉREZ MONTFORT.

WHITE, Hayden

1973 *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe.* Baltimore.

DE "LA INVENCIÓN DE AMÉRICA" A LA "HISTORIA COMO INVENCIÓN"

Horst PIETSCHMANN
Universität Hamburg

CUANDO EN 1958 SE PUBLICÓ EN MÉXICO la primera edición del libro, ya clásico, de Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, significó un reto "coyuntural" y metodológico en la historiografía sobre América, en especial, de la que se dedicaba a lo que entonces se solía denominar "historia del descubrimiento y de la conquista de América". El reto coyuntural consistía en que ya entonces se preparaba la "revolución cuantitativa" en el campo, iniciada poco después con la publicación de la obra monumental de Pierre y Huguette Chaunu, *Séville et l'Atlantique* (12 vols., París, 1957-1960), que a partir de los años setenta llegó a dominar el campo de tal forma, que no era raro encontrar afirmaciones de que era inútil cualquier estudio histórico sin estadísticas o series numéricas. Metodológicamente el reto del libro de O'Gorman consistía en que por primera vez no se utilizaban las crónicas de los siglos XVI-XVIII sobre los viajes y conquistas emanados de la Península para probar qué hizo y en qué momento éste u otro protagonista del proceso con tal o cual intención, sino que las fuentes se analizaban desde una perspectiva histórico-filosófica para rastrear la emergencia de un concepto homogéneo de lo que en realidad resultaba un proceso de expansión, o sea, la noción de un "cuarto continente" denominado "América". Se esbozaban al mismo tiempo las proyecciones histórico-filosóficas que acompañaban aquel desarrollo conceptual. La obra estaba escrita en

un estilo analítico y reduccionista cuya comprensión requería cierto conocimiento de los textos analizados. Se alejaba, en todo caso, de la "literatura histórica" en el sentido propio de la palabra, pues se trataba de un texto riguroso de investigación de alto nivel de reflexión.

El libro de O'Gorman enlazaba muy bien con otro de pretensiones similares que se había editado poco antes en Italia, el de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica, 1750-1900* (Milano-Napoli, 1955), que impreso después en español y en inglés se convirtió también en un clásico. En una línea histórico-filosófica similar siguió más tarde Benjamín Keen, *The Aztec Image in Western Thought* (New Brunswick, 1971) y parcialmente el editado por Fredi Chiappelli, *First Images of America. The Impact of the New World on the Old* (2 vols., Berkeley, Los Ángeles, Londres, 1976). Un año antes, otro libro de Antonello Gerbi, *La natura delle Indie Nove. Da Cristoforo Colombo a Gonzalo Fernández de Oviedo* (Milano-Napoli, 1975), se había introducido en el debate sobre los primeros conceptos de América en los primeros testimonios escritos sobre el Nuevo Mundo.

Es de notar que todas estas obras escritas en italiano o en inglés —con excepción de los dos volúmenes editados por Fredi Chiappelli, según mis noticias— fueron traducidos al español por el Fondo de Cultura Económica en México, o sea la misma casa editorial que había lanzado la obra de Edmundo O'Gorman y que la reeditó posteriormente en varias ocasiones. También salta a la vista que todas estas obras, que iban en esta línea de investigación, resultaron más voluminosas que el libro de O'Gorman en su versión final. No sólo utilizaban más fuentes, sino que también empleaban un estilo más narrativo, citaban o glosaban ampliamente las fuentes consultadas. Lo que en O'Gorman había quedado reducido a un estricto análisis del desarrollo de conceptos geográficos, sucintamente ampliado por reflexiones sobre el impacto histórico de estos conceptos en la historia de América Latina, en cada caso, se convirtió más en narrativa sobre diversos aspectos de la interpretación hecha sobre los "hallazgos americanos".

A partir de los años setenta puede detectarse una ampliación en los estudios antropológicos, iniciados en el decenio anterior en el libro de Lee Eldrige Huddleston, *Origins of the American Indians. European Concepts, 1492-1729* (Austin-Londres, 1967) con la obra de Giuliano Gliozzi, *Adamo e il nuovo mondo. La nascitá dell'antropología come ideología coloniale: dalle genealogie bibliche alle teorie razziali (1500-1700)* (Firenze, 1977) y algunos años después, Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology* (Cambridge, Londres, etc., 1982).

También es de notar que en la década de 1970, cuando en la historiografía sobre América Latina, en especial, la que se dedicaba a la época colonial, predominaba el método cuantitativo o la aplicación de la teoría de la dependencia en sus distintas formas, o bien las dos líneas combinadas, la novela irrumpió con gran vigor en el campo con pretensiones históricas de interpretar el pasado y el presente latinoamericanos. Grandes autores como Carlos Fuentes, Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, para mencionar sólo algunos de los más destacados, se introdujeron en el diálogo sobre el significado de la historia del continente y sus obras fueron traducidas a otros idiomas. El impacto de estas obras fue tan grande que llegaron a dominar el discurso público y, en Europa por lo menos, la historia de América Latina se recibió a través de estas obras de ficción histórica.

Mientras Edmundo O'Gorman y los historiadores que siguieron esta línea intentaban penetrar a través de los textos históricos, la ficción o el ideario subyacente para captar mejor su significado histórico, los novelistas pretendían presentar su filosofía de la historia de América Latina condensada en ficciones literarias. Esta afirmación no pretende, desde luego, restar mérito a estas grandes realizaciones literarias, sino subrayar solamente que —en muchos casos incluso contra la intención de aquellos autores— una gran parte del público interpretaba estas obras más como históricas que como literarias. No cabe duda de que la relación entre historia y literatura requeriría una investigación

a fondo, que aquí no se pretende. Sin embargo, creo que no cabe duda de que existe una correlación que merece mayor atención por parte de los estudiosos.

Tanto así que, desde los años setenta, especialmente con los trabajos de Hayden White, el discurso histórico empezó a someterse a una revisión y crítica de fondo. No es preciso aquí citar, por ser ampliamente conocidos y traducidos, la serie de libros de aquel historiador de la "history of consciousness" de la Universidad de California. Sus teorías en el fondo constituyen una aplicación generalizada a la historiografía de lo que Edmundo O'Gorman había ideado como instrumento metodológico para analizar los textos de los cronistas. Por sus estructuras narrativas y analíticas, la historiografía como tal se convirtió así, en cierto modo, en una especie de ficción que emana de la conciencia del que la escribe. Por tanto, no es de extrañar el incremento de tendencias en la disciplina misma que declara la historia como una invención, como un producto que emana de la fantasía de quien se dedica a ella.

Por otra parte, hay indicios de que en la actualidad los historiadores que se dedican a analizar textos antiguos, con frecuencia se cuidan del significado de las palabras más que los estudiosos de la literatura. Esta impresión por lo menos causa un rastreo del debate en torno al concepto de "encuentro de culturas", lanzado por la Comisión Nacional de México para preparar la conmemoración del Quinto Centenario del viaje de Colón. A muchos literatos se les escapó en aquel entonces el sentido ambivalente de "encuentro", cuyo significado puede estar entre una batalla militar y un encuentro de amigos. Con todo, hay que decir que esta situación para la historia requiere un renovado esfuerzo por la metodología y la reflexión sobre su propio quehacer. La misma inflación en los últimos años del concepto "invención de América", acuñado por Edmundo O'Gorman, que Enrique Dussel, Thomas Gómez y otros emplean sin vinculación con este libro pionero, subraya esta afirmación. Y no hay que olvidar a Jean-Paul Duviols, *L'Amérique espagnole vue et revée. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville* (París, 1985) y David Brading, *The First*

America. The Spanish Monarchy, Creole patriots, and the Liberal State, 1492-1867 (Cambridge, 1991) que efectivamente contribuyeron a ampliar nuestros conocimientos históricos sobre aquella "invención" original lanzada por don Edmundo y cuyo carácter innovador fue subrayado por otro gran historiador mexicano desaparecido en 1995: Luis Weckmann, en *La herencia medieval de México* (2 vols., México, 1984).

CRÓNICA: HISTORIA O LITERATURA

Álvaro Matute
Universidad Nacional Autónoma de México

Preliminar

Acudir al *Diccionario de la Lengua Española* en busca de las definiciones más elementales de aquellos términos sobre cuyo significado se interroga permite establecer un punto de partida. Así, la palabra "crónica" es un vocablo con dos acepciones: "*1*) Historia en que se observa el orden de los tiempos. *2*) Artículo periodístico sobre temas de actualidad". Y nada más. De manera más ambiciosa, la *Encyclopaedia Britannica*, pero no en la edición actual, sino en la vigente en 1967, decía:

> [...] crónicas, registros de sucesos notables, tanto naturales como culturales, agrupados en orden cronológico. Difiere esencialmente de la historia en la medida en que se trata de relaciones escuetas de hechos, ofrecidas sin comentarios y compiladas sin propósito inductivo alguno.

Y agrega en seguida lo siguiente: "Se entiende que la historia concierne no sólo a la descripción sino a la interpretación de las acciones del hombre. Con todo, muy pocas crónicas se hallan exentas de simpatías y partidarismos". Por último, la no menos famosa enciclopedia *Espasa-Calpe*:

> Son las crónicas una especie de historias, generales o particulares [por lo común esto último], en que se recuerdan, por or-

> den cronológico y de una manera sucinta, los hechos a que se contraen. En este concepto entran, además de las obras conocidas con el nombre de crónicas, los anales, memorias, etcétera.

Aparte añade: "Lo que caracteriza a las crónicas distinguiéndolas de las historias es la concisión y la falta de crítica..." Con estos elementos, la disyuntiva que encabeza estas líneas puede parecer ociosa o simplemente inexistente. Siendo la crónica lo que dicen los diccionarios y enciclopedias mencionadas, lo literario simplemente no aparece.

La disyuntiva historia/literatura podría aparecer en crónicas concretas, trátese de "libros en que se refieren los sucesos por orden del tiempo" o de "artículos periodísticos sobre temas de actualidad". Antes de llegar a este punto, conviene dar más vueltas en torno a las relaciones de la crónica con la historia.

Benedetto Croce, que le da menos valor a la crónica que a la historia, establece que aquélla se ocupa de los hechos individuales y privados, mientras que ésta de los generales y públicos. La primera, de lo que no interesa, y la segunda, de lo que interesa. Indica que en la historia hay vinculación entre los hechos, mientras que en la crónica aparece la desvinculación. Aquélla tiene un orden lógico y ésta —como su nombre lo indica— cronológico. Aquélla busca lo íntimo de los acontecimientos, mientras que ésta permanece en lo externo y superficial. Agrega:

> La verdad es que crónica e historia no pueden distinguirse como dos formas de historia que se completan recíprocamente o de las cuales una se halle subordinada a la otra, sino como dos actitudes espirituales diversas. La historia es la historia viva, la crónica es la historia muerta; la historia es la historia contemporánea, y la crónica, la historia pasada; la historia es principalmente un acto de pensamiento, la crónica un acto de voluntad. Toda historia se vuelve crónica cuando ya no es pensada, sino solamente recordada en las palabras abstractas, que en un tiempo eran concretas y la expresaban [...][1]

[1] Croce, 1955, p. 17. Recuérdese la connotación que Croce da a lo contemporáneo de la historia.

Más adelante cita Croce el ejemplo clásico tomado de la *Crónica de Monte Cassino*: "1001. Beatus Dominicus migravit ad Christum. 1002. Hoc anno venerunt Saraceni super Capuam. 1004 Terremotus ingens hunc montem exagitavit".

Por su parte, Hayden White distingue cinco niveles de conceptualización en el trabajo histórico, a saber, la crónica, la historia (con minúscula, equivalente al vocablo *story* en inglés que puede ser traducido como *relato*), el modo de entramado, el modo de argumento y el modo de implicación ideológica.[2] Por ahora me limitaré solamente a mencionar que la crónica es el primer nivel de conceptualización de un trabajo histórico en el sentido de que se trata de la acción más elemental de referir hechos acontecidos. Para ejemplificar, cita una crónica totalmente equivalente a la del caso presentado por Croce. (The king went to Westminster on June 3, 1321.) Lo importante en este autor es que hace énfasis en la falta de principio y de fin característica de la crónica. Es decir, comienza donde sea y concluye igual, o lo que es lo mismo, ni principia ni concluye. Se trata, mejor dicho, de anales. La diferencia con el relato es que éste tiene un inicio y un final, es un algo que va más allá de señalar que el rey fue a Westminster, en el caso de White, o que llegaron los sarracenos a Capua, en el de Croce. El relato tiene una estructura, por más elemental que resulte. A medida que se haga más complejo, requerirá de un modo de entramado, que puede ser, épica o romance, comedia, tragedia o sátira.

Sin embargo, la crónica tiene su historia. Si nos atenemos a los ejemplos de White y Croce, ahí nos podríamos quedar. La crónica es algo típicamente informe. Un dato añadido a una fecha, como en los códices prehispánicos, con la salvedad de que en ellos, por lo menos, hay un principio claro: los aztecas salieron de Aztlán en Uno pedernal, según la *Tira de la Peregrinación*, códice que si bien no tiene un final que redondee la trama es porque acaso se perdió el material siguiente o no le dio tiempo al *tlacuilo* de copiar completo su modelo, pero sabemos que esa historia

[2] White, 1973, p. 5.

tenía un final mítico, aunque no aparezca en el códice. Pero, insisto, hay a lo largo de los siglos que forman el otoño de la Edad Media una cada vez mayor complejidad en la composición de las crónicas, tal vez por la conciencia de sus autores de darle un carácter monográfico a sus relatos, como el reinado de un soberano particular y no sólo los hechos acaecidos en un sitio. Se avanzó hacia una individuación de la crónica al referirla a cosas concretas, de manera que en el tránsito a la edad moderna no resultan claros los límites entre la historia y la crónica.

Cuando aparece el Nuevo Mundo, la crónica había madurado de manera tal que los ejemplos de Monte Cassino o Westminster ya quedaban muy atrás. En el ámbito español, era grande el viaje entre los textos de San Isidoro de Sevilla y *El Victorial...* de Gutierre Díez de Games.[3] Por ello, cuando la escritura de la crónica se trasplanta a América, resulta difícil distinguirla de la historia.[4]

A este respecto, un luminoso artículo de Walter Mignolo[5] plantea muchos problemas y ofrece soluciones muy dignas de ser traídas a colación.

Un principio metodológico importante, que de hecho sirve de argumento central al artículo de Mignolo, es que la historiografía de una época debe ser valorada con los cánones vigentes entonces. Éstos constituyen el metatexto. De ahí que en la historiografía indiana resulte difícil discernir entre crónica e historia. Mignolo hace una buena aportación para superar la disyuntiva que motiva este escrito:

> ¿No sería acaso la crónica un género de la historiografía más que de la literatura? O, si respetamos la etimología de los vocablos, ¿puede una especie pertenecer a dos géneros, el literario y el historiográfico? Aún más: ¿cómo es que la crónica ha pasado a ser un género literario, puesto que si consideramos su origen, la crónica no sólo era parte de la poesía (en el sentido general que hoy damos al concepto de literatura), sino que también se la tenía por cosa separada de la historiografía.

[3] De esta última crónica hay una antología: Iglesia, 1940.
[4] Weckmann, 1983, t. ii, pp. 607-617. También Mendiola Mejía, 1991.
[5] Mignolo, 1981, pp. 358-402.

De acuerdo con los cotejos rigurosamente establecidos por Mignolo en la relación entre la preceptiva historiográfica (el metatexto) y las obras que se produjeron en los siglos XVI-XVIII, no hay fronteras claras entre crónicas e historias, sino más bien parecería que de la crónica fue resultando una historia cada vez más canónica, dados los múltiples préstamos que ambos géneros se darían uno al otro. Una distinción entre crónica e historia podría ser que la primera es rústica y espontánea, y la segunda cultural y elaborada. ¿Hasta dónde es cierta y hasta dónde falsa? Gómara es historiador culto, Bernal Díaz es cronista rústico. Pero la simbiosis textual de sus productos haría imposible distinguir la crónica en uno o la historia en otro. Ciertamente en la historiografía indiana, la espontaneidad de quienes tomaron la pluma les hace seguir los modelos que los precedían, sin pensar en distinción genérica alguna, sobre todo tomando en cuenta que la preceptiva del momento no distingue. Un caso que merece paréntesis es el de fray Bartolomé de Las Casas, que en su *Historia de las Indias* sigue el canon cronológico, como una crónica puntual, mientras que en su *Apologética historia sumaria* abandona ese modelo para elaborar una historia guiada por la argumentación propia de un tratado aristotélico-tomista, dentro del cual abandona la cronología para argumentar con multitud de relatos, logrando una forma distinta, determinada por la lógica. En ese sentido, asciende al cuarto rango de concepto establecido por White y su ordenamiento difiere de la manera que plantea Croce: lógico y cronológico. Por su parte, fray Bernardino de Sahagún también rompe el canon típico de la crónica al basarse en los interrogatorios formulados a sus informantes indígenas. Desde luego, tanto Las Casas como Sahagún se apartan del concepto de crónica, tal como la entiende Croce o los redactores de las enciclopedias citadas al principio de este trabajo. En todo caso, Mignolo encuentra en Las Casas "intercambiabilidad en los términos historia y crónica". Ni Sahagún ni él se abstienen de interpretar, de ver las cosas desde dentro ni de vitalizar sus discursos.

Mignolo plantea algo claro y drástico. La crónica es un género historiográfico, entonces no puede ser literatura. Y

de hecho no lo es, por lo menos en esa acepción. En este sentido, la pertenencia del género crónica a una u otras especies mayores nos remitiría al deslinde entre literatura e historia. A ese respecto, acudiría a las valiosas reflexiones expresadas hace media centuria por nuestro clásico don Alfonso Reyes.[6]

Ciertamente, hoy en día se han estrechado los límites entre literatura e historia, pero sin que cada una de ellas pierda su identidad como creación. Si el texto histórico puede ser concebido como artificio literario, de acuerdo con White,[7] no por ello debe perder su identidad como texto historiográfico. Los avances actuales en el estudio de la estilística historiográfica, en mi concepto, no deben inducir hacia la confusión disciplinaria, dado que las creaciones historiográfica y literaria tienen fines específicos, aunque puedan llegar a compartir medios; así también debe haber distinción entre sociología e historiografía, cuyo parentesco puede ser estrecho en algunos casos, pero, igual que con la literatura, los fines y algunos de los medios pueden diferir. Cada creación o disciplina tiene muy claros sus alcances y sus límites, aunque los efectos contaminantes de unas en otras propicien ejercicios intelectuales de la magnitud del que emprendió Reyes para deslindar lo literario.[8]

Por lo que toca a los medios, una crónica —no de las más antiguas, sino, pongamos por caso, las indianas— puede tener un entramado épico, cómico, trágico o satírico, pero no por ello es uno de esos géneros que tienen sus reglas de juego canónicas para sí. Pero, ante todo, por los fines que persigue, es una creación historiográfica, a pesar de lo literario que pueda tener implícito.

[6] Reyes, 1963. Especialmente la segunda parte.

[7] White, 1994, pp. 3-34. White insiste en los elementos literarios de la historia, con lo cual estoy radicalmente de acuerdo, pero creo que mantiene la distinción entre historia y literatura.

[8] O'Gorman, 1945, pp. 21-36. Se trata de un comentario a la obra de Reyes en la que incide en la relación entre historiografía y literatura.

LA CRÓNICA PERIODÍSTICA

Sin embargo, existe la otra acepción, la segunda, en la que la crónica es "artículo periodístico sobre temas de actualidad". Ésa es la que manejan los estudiosos de la literatura. Sobre su pertenencia a la literatura, primero habrá que decir que hay de crónicas a crónicas. Una pregunta obligada es si el periodismo es literatura, siempre, o sólo cuando por sus cualidades estilísticas se eleva hacia las alturas literarias. Hay, pues, de cronistas a cronistas.

Entiendo que un cronista periodístico es aquel que deja en sus páginas un relato fiel de lo que mira, de lo que sucede a su alrededor, de lo que es testigo. Es aquel que quiere evitar que las cosas de su tiempo caigan en el olvido. En ese sentido, es una suerte de microhistoriador, cuya labor consiste en convertir en positivo todo aquello a lo que Croce da un valor peyorativo. No sé desde cuándo se generó la segunda acepción, que no es privativa del castellano, ya que por lo menos en italiano, *cronaca* es el género periodístico que identificamos como nota roja. No sé cuándo se transmutó la crónica historiográfica en crónica periodística, cuyo alcance no es ni puede ser historiográfico pero sí literario. Una larga serie de cronistas mexicanos avalaría esta afirmación: Guillermo Prieto, Manuel Gutiérrez Nájera, Ángel del Campo, Luis G. Urbina, Salvador Novo, Carlos Monsiváis, por sólo mencionar a algunos muy destacados.

En la historia pudo dejar de tener sentido hacer crónicas, en la medida en que proliferaron los medios para recoger las experiencias cotidianas —guiadas por Cronos— que le acontecían a una comunidad. Una crónica, *strictu sensu*, simplemente dejó de ser una tarea que pudiera satisfacer las necesidades memorísticas de una comunidad o, peor aún, de una sociedad. El cronista se trasladó al periódico y en él fueron quedando registradas las acciones que podían trascender en la memoria colectiva. Pero estos registros, estos aconteceres no se rigen por los cánones historiográficos, sino que se producen en la libertad del cronista, gracias a su percepción, a su agudeza, a su poder evocativo, a su incisión crítica, en fin, a las cualidades de su estilo, a lo

que es un Gutiérrez Nájera, un Novo o un Monsiváis. No tienen ni que usar fuentes primarias, pues todo se da conforme con los datos de su experiencia, ni que hacer crítica de fuentes, hermenéutica, etiología; en pocas palabras, no son historiadores en pequeño, sino escritores en grande.

Claro está que hay ambigüedades que propician la disyuntiva que nos ocupa. El historiador que carece de rigor disciplinario viene a ser un cronista a lo Croce, y su falta de recursos estilísticos no lo eleva hacia la literatura. Ahí no hay disyuntiva: ni literatura ni historia.

Aunque la historia haya tendido hacia la monografía cada vez más precisa, más acotada, no por ello deja o debe dejar de tener sus objetivos generales. Cito un ejemplo conocido. El cronista puede asemejarse al microhistoriador, pero no ser un microhistoriador. ¿Por qué? Luis González nos da la respuesta en *Pueblo en vilo.* Pese a ocuparse de un espacio reducido, el microhistoriador lo aborda con una universalidad que rebasa la pequeñez temática aparente. Un trabajo de esta índole atiende todas y cada una de las reglas de la historiografía vigentes en su momento. Si bien un artículo de Monsiváis puede tener una mira universal pese a tratar de algo tan particular como María Félix, Agustín Lara o Gloria Trevi, no por ello es micro o macrohistoria, es crónica en el mejor y más claro de los sentidos posibles, y alcanza con plenitud la categoría literaria. Es literatura por lo expresivo que tiene, aunque parta de la recreación de una realidad particular.

¿Un conjunto de crónicas —periodísticas— hace historiografía? Mi respuesta, por no decir la respuesta, es negativa. Tomemos el caso de Novo. La magna recopilación de sus crónicas, volcadas en tres volúmenes y que abarcan 18 años de vida en México, jamás podrá ser considerada como historiografía.[9] La connotación que se le da a cada uno de los volúmenes de adscripción sexenal no implica que sean una historia de los regímenes de Cárdenas, Ávila Camacho y Alemán, como tampoco lo serían otros factibles volúmenes sobre López Mateos y Díaz Ordaz. Los conjuntos de

[9] Novo, 1994, 1994a y 1994b.

crónicas no hacen historiografía, en la medida en que se trata de artículos escritos sobre la marcha, sin ninguna estructura profunda que les otorgue una finalidad historiográfica, ni mucho menos con una metodología disciplinaria propia de la historiografía. Eso sí, podrán brindar al lector un estilo sexenal, advertido en las situaciones que narra, en la vida que capta a través de sus artificios y recursos discursivos. Desde luego que un historiador sensible se beneficiaría mucho de la lectura de Novo, mas ésta no sustituye a lo que debe ser una historia de cada uno o del conjunto de los tres sexenios aludidos.

Ahora estamos más cerca de saber si la crónica pertenece a la historia o a la literatura. Queda, sin embargo, algo por definir: ¿la crónica de asuntos políticos pertenece a la literatura o a la historia?, ¿a la historia o a la ciencia política? ¿Qué hace el buen periodista cuando elabora la crónica del quehacer político? En primer lugar, habrá que distinguir si escribe editoriales reflexivos, interpretativos, doctrinarios, o si hace lo que más propiamente se puede llamar crónica política. En este sentido, es innegable que se ha contado con buenos prosistas, capaces de caracterizar a sus personajes, de dramatizar las acciones, de establecer la comunicación con sus lectores a partir de sus cualidades perceptivas de una realidad compleja, de tener elementos interpretativos adecuados para influir en la opinión pública y, por añadidura, artificio literario. ¿Será todo eso literatura? Es posible que una lectura muy cuidadosa ayude a discernirlo. Ese tipo de crónica, si no está contaminada de la ciencia política, puede tal vez alcanzar niveles literarios. Pienso en Cosío Villegas. De su pluma salieron algunos artículos memorables, como "Adiós, mi general", cuando murió Cárdenas. La semblanza que presenta es más literaria que historiográfica.

Tal vez sea la prueba del tiempo la que determine la filiación genérica de los géneros periodísticos. Si muchos años después de haber sido escritos, los textos se buscan porque logran trascender su inmediatez temporal por la profundidad con la cual la relatan, entonces se inscriben en un género mayor y no son sólo material para los eruditos. Cier-

tamente, la obra de los cronistas-periodistas es irregular. No todo lo que ven lo evocan con la misma fuerza, con la misma calidad o profundidad. A veces un soneto les manda hacer Violante, y cumplen, pero a veces la escritura es en tono mayor. Entonces hay literatura, aunque provenga de un subgénero. A veces no hay diferencia entre la obra menor y la mayor. Pienso en Ibargüengoitia, cuyos artículos periodísticos se leen con el mismo interés, gusto y pasión que su narrativa o su teatro. Eso es crónica mayor. Demuestra la capacidad de insertar la cotidianidad dentro de un cauce cuya amplitud la dan la sociedad y la historia que la cobijan.

Algo que confunde es, sin duda, el contenido de la crónica. Por ello la necesidad de detenerse en la de asunto político y distinguirla de la que atañe a las cotidianidades, como las que hoy en día escriben Germán Dehesa, Guadalupe Loaeza o Guillermo Sheridan, frente a las de articulistas como Carlos Ramírez o Miguel Ángel Granados Chapa. Creo legítimo insistir en mi posición de que no todo lo que sale de la pluma de un autor alcanza los mismos sectores, pero si se trata de un escritor que incurre en el periodismo, resulta obligatorio rastrear toda su obra, porque dentro del género considerado "menor", puede haber hallazgos. En la temática de cotidianidad que caracteriza a la buena crónica periodística se encuentra recuperada la manera de vida de una época. Si se trata de crónicas vivas, serán magníficas fuentes históricas para quien quiera conocer mejor un tiempo histórico, pero no son historiografía, por las múltiples razones aducidas líneas antes.

Tampoco es historiografía ni ciencia política la crónica periodística de asuntos políticos. Su valor, que a veces puede resultar enorme, recae en la exactitud de sus diagnósticos o de la materia que informa. Y todo ello puede tener calidad literaria. Utilizo como ejemplo a Miguel Alessio Robles. Algunos de sus libros más importantes son reuniones de artículos que vieron la luz en los periódicos. *Senderos, La cena de las burlas, Mi generación y mi época, Ideales de la Revolución.* En el segundo hay un par de artículos breves en torno a un fuerte altercado entre los generales Plu-

tarco Elías Calles y Benjamín Hill, y la posterior muerte de este divisionario sonorense. Los artículos tienen calidad testimonial, un buen análisis de contenido, su entramado es un relato perfectamente articulado. Distingue entre los datos tomados de los testigos e infiere las interpretaciones que de aquéllos se deducen. Sin embargo, no son estos artículos una pieza historiográfica, como tampoco lo es el libro al que pertenecen, porque éste carece, no propiamente de unidad temática, pero sí de la estructura profunda que lo pueda sustentar como unidad mayor. En este caso, ni literatura ni historia, pero sí fuente para la historia, aunque indirecta y —como todas— susceptible de ser sometida a la crítica.

El deslinde no resulta fácil. Sin embargo, en la obra de cualquier escritor, su trabajo periodístico es prueba documental de su estilo y es menester atenderlo sin desvincularlo de la totalidad de la obra a la que pertenece. Volviendo a Novo, en los volúmenes de *La vida en México*... hay textos de altísima calidad literaria, ya por su introspección, ya por su agudeza para recrear ambientes, caracterizar personajes o relatar situaciones. En otros casos, aunque siempre cuidando su estilo —el *Novo touch*, según un día le escuché decir— los artículos dejan algo que desear.

¿He resuelto la disyuntiva? Tal vez sí, en la medida en que debe quedar clara la diferencia entre las dos acepciones de la palabra crónica. Una, es para la historiografía, la otra, para la literatura. En la primera, hay crónica que sí es historia y en la segunda, crónica que sí es literatura.

REFERENCIAS

CROCE, Benedetto

1955 *Teoría e historia de la historiografía.* Traducción Eduardo J. Prieto. Buenos Aires: Escuela.

IGLESIA, Ramón

1940 *El Victorial. Crónica de don Pero Niño.* Selección, prólogo y notas de Ramón Iglesia. México: Séneca.

MENDIOLA MEJÍA, Alfonso

1991 *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica.* México: Universidad Iberoamericana V Centenario Comisión Puebla.

MIGNOLO, Walter

1981 "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", en *Modern Language Notes,* 96, pp. 358-402.

NOVO, Salvador

1994 *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas.* Compilación y nota preliminar de José Emilio Pacheco. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

1994a *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho.* Compilación y nota preliminar de José Emilio Pacheco. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

1994b *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán.* Compilación y nota preliminar de José Emilio Pacheco. México: Empresas editoriales.

O'GORMAN, Edmundo

1945 "Teoría del deslinde y deslinde de la teoría", en *Filosofía y Letras,* IX: 17 (ene.-mar.), pp. 21-36.

REYES, Alfonso

1963 *El deslinde. Prolegómenos a una teoría literaria.* México: Fondo de Cultura Económica, «Obras Completas de Alfonso Reyes, XV».

WECKMANN, Luis

1983 *La herencia medieval de México.* México: El Colegio de México, 2 vols.

WHITE, Hayden

1973 *Metahistory. The Historical Immagination in Nineteenth-Century Europe.* Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.

1994 "El texto historiográfico como artefacto literario", en *Historia y grafía,* 2, pp. 9-34.

LOS RESULTADOS CIENTÍFICOS DE LA REAL EXPEDICIÓN HISPANOFRANCESA AL VIRREINATO DE PERÚ, 1749-1823

Francisco DE SOLANO†
Centro de Estudios Históricos
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

POR EL ÉXITO DE LOS TRABAJOS CIENTÍFICOS, la calidad de los expedicionarios y las dificultades que se añadieron a sus investigaciones, la real expedición hispanofrancesa al virreinato de Perú es una de las más brillantes realizadas durante la Ilustración y, de entre las españolas, la que obtuvo mayor notoriedad. Estos éxitos se lograban tanto en las tareas conjuntas hispanofrancesas —medición de un grado terrestre en la meridiana del ecuador— como varios estudios sobre cartografía e historia natural, así como observaciones personales realizadas por Jorge Juan y por Antonio de Ulloa sobre la realidad colonial, que fue aprovechada por ellos mismos más tarde en sendos encargos oficiales.

A lo largo de la mayor parte del siglo XVIII las grandes potencias propiciaron y apoyaron expediciones científicas que ayudaran a perfeccionar los conocimientos geográficos, botánicos, mineralógicos e, incluso, demográficos, lingüísticos y antropológicos de parte de sus dominios. Resultó una forma de cuantificar los recursos de que se disponía, lo cual dio pautas a las altas autoridades sobre la realidad ultramarina, y permitió aplicar, con una mayor información, directrices de políticas económica y social. Muchos de estos objetivos se cumplían con los trabajos de los expedicionarios, aunque su objetivo primordial fuera la fijación astronómica de los límites de las posesiones españolas en América, o el complejo estudio

de la medición de un grado de la superficie terrestre en el ecuador.

Las expediciones científicas adquirieron calidad de objetivo de Estado, tan gloriosas como un éxito diplomático o una batalla decisiva. España potenció y sufragó unas 60 expediciones y viajes científicos a ultramar, verificados durante el siglo XVIII, con un énfasis y dedicación sorprendentes. No obstante, estos esfuerzos y costos tan elevados, no se corresponden con los resultados. Se suponía que al final de cada expedición, se elaborarían los diarios, los comentarios, los trabajos de campo y se publicarían los resultados, con el fin de que el mundo científico aprovechara las hazañas y, entre todos, se agradeciera a España haber propiciado aquella catarata de estudios científicos que llevaba consigo cada viaje científico. No obstante, los resultados son otros: reducidos alcances y mala circulación de la información en la mayoría de aquellas tentativas, frustraron las esperanzas que se habían puesto en potenciar a la ciencia como una forma de apoyar el prestigio nacional, y el único beneficio pleno fue para la cartografía y la hidrografía. Existe otra excepción: las publicaciones que se editaron a continuación de la Real Expedición Hispanofrancesa al Reino de Quito que llevaba como objetivo medir un grado del ecuador; resolviendo, además, las dudas sobre la correcta figura de la tierra. En este caso, el mérito se debe no sólo a la administración que apoyó las ediciones, sino a la excepcional capacidad científica de los marinos españoles Antonio de Ulloa y Jorge Juan.

PUBLICACIÓN Y DIFUSIÓN DE LOS RESULTADOS

A mediados de 1746 se reunieron en Madrid los tenientes de navío Jorge Juan y Antonio de Ulloa, después de una estancia de once años en el virreinato de Perú. Entre esta fecha y finales de 1748 —dos años y medio, aproximadamente— los marinos realizaron una extraordinaria actividad redactora y publicista, que asombra por el escaso tiempo del que dispusieron y la alta categoría científica e, incluso, literaria de sus obras, que tienen objetivos y tra-

tamientos diferentes. Durante ese tiempo escribieron y corrigieron cuatro obras, tres de las cuales se imprimieron entonces: *Observaciones astronómicas y phísicas* (Madrid, 1748, XXV+396 pp.), *Relación histórica del viaje a la América Meridional* (Madrid, 1748, 494+278+380, 224+CXCVI pp.) y la *Dissertación Histórica y Geográfica sobre el Meridiano de Demarcación entre los Dominios de España y Portugal* (Madrid, 1749, 176 pp.). En total, 2169 páginas.

Pero también en ese tiempo compusieron los informes conocidos como *Noticias Secretas sobre el estado naval, militar y político de los Reynos del Perú*, publicados en Londres en 1826 en dos tomos, con 707 páginas. Que sumadas a las tres obras anteriores alcanzan la notable cifra de 2876 páginas impresas.

Todo esto resume una actividad frenética: preparación del material, esquemas, notas, borradores, redacción, corrección de originales, preparación y determinación del texto definitivo, envío del material a la imprenta, corrección de galeradas, selección y cuidado de las ilustraciones. Un proceso habitual y conocido de todo autor, pero que en el presente caso se trata de cuatro obras que casi se elaboraron, corrigieron e imprimieron —salvo el caso de *Noticias...*— al mismo tiempo. Muy fáciles las confusiones, las repeticiones y los errores; sin embargo, no hay tales. Todas las obras están escritas con sencillez y galanura, por personas que parecen profesionales de la literatura, habituadas a la redacción de textos. Tuvieron, no obstante, ayudas: la de dos amanuenses y la de algún erudito, como fue el caso del jesuita Andrés Marcos Burriel que —encargado de hacer los informes de *Observaciones...* y de *Noticias Históricas*— quedó tan entusiasmado con ambos textos que ayudó en asuntos administrativos y literarios: corrigiendo —incluso— el estilo de ambas obras, propuso muy oportunas sugerencias e intervino de forma importante en los textos, incluso escribió la introducción de las *Observaciones...*,[1] de la que, por cierto, Jorge Juan nunca se sintió satisfecho, porque aparecía como autor de ella.[2]

[1] ECHÁNOVE, 1979, pp. 98-99.

[2] "Mi hermano me dice que tuvo valor Don Jorge para decirle que mi

En 1749 —aunque en las portadas aparece la fecha de 1748— se editaron las dos obras, en cinco tomos. Es decir, que en menos de tres años se alcanzaba la publicación de los resultados de la expedición científica, que se había comenzado a programar desde 1733. Aparentemente, así debe ser una ordenada y lógica política científica: la promoción de la investigación y la divulgación de los resultados. Pero en el caso particular de estas expediciones —tan numerosas y señaladas en logros científicos— fueron escasas las que consiguieron editar —es decir, difundir— dichos alcances. El prestigio que se pretendía obtener al promover la ciencia quedaba disminuido por la falta de difusión, que evidenciaba el desinterés en financiar las ediciones por parte de unas autoridades que, habitualmente, eran distintas de las que impulsaban aquellos viajes. Buscaban el prestigio en otros y por otros rumbos.

De ahí que la expedición hispanofrancesa sea, en eso, afortunada. En la introducción que hacen Merino y Rodríguez a la edición facsimilar de la *Relación histórica del Viaje...* y de las *Observaciones...*, analizan el proceso de publicación,[3] que fue complejo y complicado —como en casi todo libro—, pero que en este caso particular se vio extremado por varias dificultades administrativas, políticas y técnicas que se fueron resolviendo con rapidez. El secreto de estas premuras se halla en el interés primordial de varios políticos: el Marqués de la Ensenada y el Marqués de la Regalía, ministros de Marina y Hacienda respectivamente, decididos a aprovechar el éxito internacional de la expedición en beneficio de la ciencia y del nuevo monarca español Fernando VI, como su promotor principal.

Antes de que los originales fueran a las imprentas de Juan de Zúñiga (*Observaciones...*) y de Antonio Marín (*Relación histórica...*) pasaron varios controles: los inevitables

Introducción a su obra —que imprimió rabiando y erró en dos o tres partes— es el borrón de su obra." Burriel a Mayans, Alcalá (20 dic. 1748). En ECHÁNOVE, 1979, p. 180 y RAMOS, 1985, I, pp. 357-362 destaca en detalle la obra de Burriel en las *Noticias...*

[3] MERINO y RODRÍGUEZ, 1978, pp. XXVIII-LXVIII.

procedimientos para la obtención de las licencias de impresión. El padre Gaspar Álvarez, maestro jesuita, cosmógrafo mayor de Indias, calificó las obras con rango de excelencia y como utilísimas. Tampoco el inquisidor general encontró nada objetable, a pesar de tratar sobre "experiencias y demostraciones geométricas que respiran a favor del sistema conocido por el nombre de Copérnico... declarado sospechoso de herejía".[4] Es éste un comentario amable, porque sí hubo investigación, resuelta favorablemente gracias al padre Burriel. Todos los censores fechaban sus calificaciones entre marzo y mayo de 1747.

En junio los manuscritos pasaron al jesuita Andrés Marcos Burriel, verdadera autoridad, a pesar de contar con 28 años en 1747 (30 tenía Ulloa y 32 Juan). Con una obra importante y variada, en su mayor parte inédita,[5] Burriel fue profesor en numerosos lugares, entre ellos en el Colegio Imperial de Nobles y después en el Seminario; y se hallaba en estrecho contacto con Ensenada y con Francisco Rábago, confesor del rey, también jesuita. Los informes de este erudito fueron definitivos para las dos obras, porque planteó una serie de sugerencias y de "reparos", destinados a mejorarlas. Fue, sin duda, el crítico sagaz, que descubrió los aciertos y los alcances de una obra como la que juzgaba.

> No puedo menos que decir que esta obra es una de las mejores y más útiles que se han publicado en nuestra lengua, y no dudo que, junto a la otra de *Observaciones Astronómicas*... ha de llenar toda la expectación de la Europa con increíble gloria de la Nación, de Su Majestad, del Ministro y de sus autores.[6]

[4] JUAN y ULLOA, 1773, prólogo.

[5] Entre la impresa, *Noticia de la California* (Madrid, 1757), un *Informe de la Imperial Ciudad de Toledo sobre igualación de pesas y medidas* (Madrid, 1758) y la *Paleografía Española, que contiene todos los modos conocidos de escribir que ha habido en España* (Madrid, 1758). Es autor, también de una fiesta teatral en honor de la reina doña Bárbara de Braganza, *Angélica y Medoro* (Madrid, 1747), con textos en español e italiano, y música de Mle. Todas sus obras, en AGUILAR, 1978, I, pp. 741-744.

[6] Informe de Burriel de la primera parte de las *Noticias Históricas* (19 jun. 1747), en MERINO y RODRÍGUEZ, 1978, p. XXXVII.

Su informe, de casi 20 páginas, analiza con detalle la obra y sugiere correcciones y aclaraciones a los autores, quienes le hicieron caso en algunas ocasiones. Es Burriel quien recomienda que se insista más en los objetivos de la expedición, haciendo "un diario de todo lo sucedido en las *Observaciones...*: nombres de todos los cerros en que se miraron, días que en cada uno estuvieron", de las medidas geodésicas y astronómicas que realizaron, así como sus impresiones sobre las regiones por las que viajaron: un perfecto libro de viajes, atractivo y motivador. Sugerencia que fue recogida. Insiste en que *Relación...* y *Observaciones...* deben complementarse, ofreciendo al mundo interesado el mayor número posible de noticias. El consejo no pudo ser más lógico: siendo los trabajos científicos los verdaderos protagonistas, debían pormenorizarse éstos para resaltar la hazaña de la medición de un grado en la meridiana del ecuador. Las dificultades añadidas en el poco favorable paisaje andino de Quito —la altura, la velocidad del sonido, la acción de la proximidad de montañas altas— que alteraban las mediciones geodésicas, resultaban convenientemente descritas y presentadas, otros tantos éxitos de la real expedición, cuyos alcances no debían permanecer callados.

La impresión se hizo sobre "75 000 pliegos de papel de calidad largo, ancho sin cortar y bien batido", realizadas en la fábrica catalana de Capelladas. Para la impresión de las láminas se importó papel de Génova y París. Carlos de Vargas y Diego de Villanueva fueron los dibujantes que perfeccionaron los borradores de Ulloa y Juan sobre escenas costumbristas; los grabadores Juan Bernabé Palomino, Vicente de la Fuente, Juan Moreno, Carlos Casandra, Juan Palomino hijo, Pablo Minguet y Juan Fernández de la Peña se encargaron de grabar las numerosas láminas.

Relación histórica del viaje y observaciones astronómicas

Los resultados de la participación española en la expedición geodésica al virreinato de Perú pudieron evaluarse desde el 1º de abril de 1749, analizando dos obras que se publicaron

en Madrid y que suman entre ambas cinco tomos. En una se recogen los aspectos técnicos y científicos de los procedimientos, cálculos, problemas y resultados (*Observaciones astronómicas y phísicas*), y en la segunda se describe en cuatro tomos la *Relación histórica del viaje a la América Meridional.* Ambas están espléndidamente impresas y cargadas de grabados. En la primera, se muestran láminas que ayudan a la comprensión de los procedimientos empleados en las operaciones geodésicas, la red de triángulos, dibujo de los instrumentos, y el modo de realizar determinadas observaciones. En la *Relación histórica...* la iconografía es mucha y muy variada: plano de ciudades y puertos, mapas de contornos de litorales y grabados que reseñan costumbres, modos de vida, fauna y flora. Cada una de estas dos obras tienen uno o más grabados de gran interés, además de su calidad artística. En *Observaciones...* se incluye un excelente mapa de la luna, que denota la proeza de la observación astronómica y de la técnica del grabado español; y en *Relación histórica...*, tres grabados excepcionales por su novedad y por la información aportada. En el primero, sin duda la

> Carta de la Meridiana, medida en el Reino de Quito por orden del Rey nuestro señor, para conocimiento del valor de los grados terrestres e figura de la tierra, por Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, concluida año 1744.

Se muestran los trabajos y los itinerarios que realizó la expedición para alcanzar su principal objetivo: determinar el valor del grado de meridiano. Este grabado, además, es una proeza de la técnica impresora española, por su tamaño (apaisado, de 97 × 22.50 cm), nitidez y limpieza de líneas. La segunda lámina es un mapa (19 × 42.50 cm) de casi todo el litoral del Pacífico español, desde Acapulco al estrecho del Maire, en la Tierra del Fuego, que por su precisa información se pensó, incluso, por prudencia no editarlo. La cartela indicativa anunciaba sus méritos:

> Una nueva y Correcta Carta del Mar Pacífico o del Sur, construido por las *mejores noticias* de los pilotos de ella y las más

exactas Observaciones Astronómicas y Náuticas, el año 1744. Las cifras romanas denotan la variación de la aguja NE, que se ha observado en el mismo paraje donde se halla la cifra.

El tercero, es un curioso grabado, de gran tamaño y calidad artística, debido a J. Palomino, en donde sobre una estructura de portada romana se colocaron los retratos de los emperadores de Perú, haciendo una genealogía de ellos. El grabado escenifica la idea ilustrada según la cual la monarquía española resulta la heredera política de la incaica, así, después de la presentación de los catorce emperadores incas, de Manco Capac a Atahualpa, siguen los monarcas españoles, de Carlos I a Fernando VI, que aparece como el vigésimo segundo emperador de Perú.

De la *Relación histórica...* se hizo una tirada de 1 550 ejemplares y 1 000 de las *Observaciones...*, alcanzando un costo total de 203 561 reales. Las dos obras se vendían juntas al precio de 240 reales los ejemplares encuadernados en pergamino y a 179 los de cartoné. A finales de 1749 comenzó a distribuirse en España, Europa y ultramar.

La trascendencia de la *Relación histórica...* y de las *Observaciones...* puede medirse por el número de sus ediciones, reediciones y traducciones: cuatro en español (Madrid, 1748 y 1773); dos en alemán (Leipzig, 1751 y 1781); tres en francés (Amsterdam, 1752; París, 1776 y 1787); una en holandés (La Haya, 1772) y nueve en inglés (Londres, 1758, 1760, 1765, 1767, 1777, 1806 y 1867, y Dublin, 1758 y 1770).[7]

De este modo se cumplía con el último de los objetivos, el más permanente: la gloria de España y de sus monarcas como promotores de expediciones científicas. Un modo nuevo, pero señalado, de hacer política.

[7] SOLANO (1979) ofrece detallada descripción bibliográfica, en su sección V "Estudio Bibliográfico", pp. LXXXV-CVII. Después de esa fecha se han publicado los manuscritos originales en Madrid, 1893 —edición de L. J. Ramos— y dos ediciones facsimilares. Igualmente en Madrid, la primera, en 1982 por Ediciones Turner; la segunda, en 1988, editada por José Manuel Gómez Tabanera, «Mundus Novus, 9». SOLANO (en prensa) describe y comenta estas nuevas ediciones.

Por su parte los académicos franceses —Louis Godin, Pierre Bouger y Charles de la Condamine— publicaron, asimismo, sus resultados: pero lo hicieron de forma desigual, con pobreza de medios, y compitiendo entre ellos mismos, lo que devaluó la importancia de sus escritos. Tanto Bouguer,[8] como la Condamine[9] difunden algunas de sus observaciones y conclusiones, que contribuyen con las españolas a despejar experimentalmente las dudas sobre la figura de la tierra.

Dissertación sobre el meridiano de demarcación

La *Dissertación Histórica y Geográphica sobre el Meridiano de Demarcación* es un libro de pequeño formato, en 4º (12.5 × 7.5 cm) y un texto breve (176 páginas), que ha tenido una infrecuente existencia editorial. Fue encargado a sus autores en 1747, con claros fines políticos, e impreso dos años después. Sin embargo, los 300 ejemplares que salieron de prensa no cumplieron entonces su cometido, porque fueron requisitados y encajonados en la Secretaría del Despacho de Marina e Indias, por haber variado la geoestrategia española. Sin embargo, la obra sí cumplió sus objetivos, aunque 29 años más tarde, en 1776, coincidente con la nueva postura española en los intentos correctores del Tratado de Tordesillas. En la *Dissertación...* se probaba científicamente la hispanidad de muchos espacios del interior de Brasil, ocupados ilegalmente por el expansionismo portugués, que no respetaba la línea de demarcación establecida diplomáticamente en Tordesillas en 1494. Ysobre aquellos espacios, la preocupación española se centraba en las fron-

[8] Pierre Bouguer, *La Figure de la Terre déterminée par les observations de Mrs. - - - - et de la Condamine*, París, 1749 y *Justifications des Memoires de l'Academie Royale des Sciences de 1744 et du livre de la Figure de la Terre, determinée par les Observations failts au Perou*, París, 1752.

[9] Charles de la Condamine, *Mesure des trois premiers degrés du meridien dans l'Hemisphére Austral*, París, 1751 y *Journal des voyages fait par ordre du Roi a l'Equateur, servant d'Introduction historique a la mesure des trois degrés du Meridien*; inédito hasta 1952, París.

teras con el virreinato de Perú, sobre todo la "pertenencia del Marañón", hacia la que se dirigieron las atenciones de políticos y científicos.

La *Dissertación*... reunía varios objetivos. En principio, se destinaba para exponer —histórica y geográficamente— el proceso de la ocupación española en el continente: muy activa en unas partes y pobre en otras, pero que entraban íntegramente en los derechos españoles. Sobre esos espacios descuidados se había procedido, precisamente, la ocupación ilegal portuguesa desde 1640, a pesar de las protestas españolas y los intentos de ambas naciones por solucionar las irregularidades fronterizas, en un contencioso que se había alargado demasiado tiempo. Una de estas oportunidades se lleva a cabo a mediados del siglo XVIII. Pero la *Dissertación*... no pudo ser aprovechada por los diplomáticos españoles en 1749 y 1750, como se ha sostenido repetidamente, ya que los planteamientos espaciales dibujados en ella no fueron los finalmente esgrimidos por los diplomáticos españoles en las reuniones celebradas en Madrid. El libro tuvo que ser retirado, pero fue aprovechado 26 años más tarde, en otras reuniones diplomáticas, cuando los nuevos razonamientos coincidían exactamente con el texto de Ulloa y Juan. Luis Ramos, a quien se debe la corrección del verdadero destino de la *Dissertación*..., y sus aprovechamientos tardíos, no duda en calificarla de "obra singular".

Fue texto encargado oficialmente a Antonio de Ulloa y a Jorge Juan por el ministro de Hacienda, José de Abreu, Marqués de la Regalía, en 1747, quien había, incluso, pergeñado el boceto de lo que debería ser la *Dissertación*..., interesado en resaltar la hispanidad de los territorios situados al este de la Audiencia de Quito.

Se ha de trabajar la pertenencia del Marañón, bajo el título de "Dissertación Geográfica o Topográfica", como dicen los cosmógrafos, y que en ella se ha de empezar diciendo:

— ¿En dónde nace aquel río?
— ¿Por qué provincias hace su curso?

> — ¿En dónde descarga al mar?
> — ¿Quién fue el primero que lo descubrió y
> — de qué ha procedido llamarle unos Marañón y otros Amazonas u otros Orellana?
>
> Esta "Dissertación" bien trabajada y con convencimiento de todos los cómputos de los geógrafos de 1681, junto a las observaciones de Ud. y de su compañero... hará un gran honor a sus autores, un singular servicio al Estado y desterrará los errores padecidos hasta ahora.[10]

Finalmente la obra fue impresa en 1749, con una tirada de unos 300 ejemplares, pero no llegaron a distribuirse, por lo que difícilmente pudo ejercer el destacado papel que se le ha atribuido —por historiadores portugueses y españoles— en las negociaciones hispanolusitanas, que desembocaron en el Tratado de Madrid de 1750. Lo cierto es que fueron retirados los ejemplares, porque la *Dissertación...* defendía unas tesis territoriales contrarias a las nuevamente sostenidas por los diplomáticos españoles. El Tratado de Madrid fue denunciado por Carlos III en su primer año de reinado, en 1759, por estimar que eran excesivas las sesiones territoriales que España había suscrito. Por el contrario, deberían fortalecerse muchos de aquellos espacios: los primeramente cedidos y sus vecinos. La postura oficial española de 1776, que coincidía con las tesis de la *Dissertación...*, se sostuvo en las siguientes reuniones diplomáticas bilaterales ibéricas. Fue entonces cuando se difundió esta obra de Jorge Juan y de Antonio de Ulloa, que colaboró a la solución del contencioso en los tratados de El Pardo y de San Ildefonso de 1777 y 1778.

En la obra, los marinos hacen una rápida descripción histórica de la expansión ultramarina de los pueblos ibéricos, con el fin de explicar su sorprendente ocupación de amplios territorios en tres continentes, a los dos lados de aquella línea de demarcación. Pero las dificultades por

[10] Archivo General de Simancas, Marina 712, fol. 151. Tomado de RAMOS, 1995b, pp. 141-167.

definirla habían ocasionado que los portugueses desde Brasil penetraran en territorio español, a pesar de los intentos diplomáticos por detenerlos (Toro, Lisboa, Badajoz y Elvas). La *Dissertación...* concluye ofreciendo el panorama geográfico de las penetraciones portuguesas en la Amazonia del Reino de Quito y del virreinato de Perú, y determinando "como geógrafos qué parajes corta el Meridiano de Demarcación, sin pretender otro fin que el que tienen por objeto las Ciencias todas aspirando a la consecución de la verdad al servicio del Estado y al mayor beneficio de la Patria".[11] Estas pretensiones se desarrollan a lo largo de cuatro puntos:

> 1. Trátase de los primeros Descubrimientos que los Reyes de Portugal hicieron en la costa de Africa: los que, por parte de los Reyes Católicos se ejecutaron en las Indias Occidentales; de la concesión que los Sumos Pontífices otorgaron a favor de cada uno; y de los Convenios celebrados entre las dos Coronas, en que determinaron lo que les debía pertenecer por medio del Meridiano de Demarcación.
> 2. Del Congreso celebrado en Badajoz y Elvas —en consecuencia del Tratado provisional concluido en Lisboa (1681) por el Duque de Jovenazo— para determinar el paraje por dónde debería pasar el Meridiano de Demarcación y su ningún provecho; resuélvase ante punto y establécense los Países que corta, según las últimas Observaciones.
> 3. Dáse noticia de los primeros Descubridores en las costas orientales de la América Meridional, y quienes fueron los que con anticipación emprendieron su conquista, y población por las partes de los ríos de la Plata y Amazonas.
> 4. Dáse razón del Descubrimiento y Conquista del río Marañón por la parte de tierra; y del modo con que los portugueses se han introducido en él ocupando la mayor parte de su extensión, desde su desembocadura hasta el Occidente.

Los argumentos científicos se unen a las descripciones históricas y a las explicaciones del expansionismo portugués por un inmenso territorio de selva tropical, húmeda, semidespoblada, en varias de cuyas zonas, sacerdotes de la

[11] JUAN Y ULLOA, 1749, p. 10.

Compañía de Jesús evangelizaban ejemplarmente a etnias aborígenes, a las que no sólo impartían la doctrina cristiana, sino que les fomentaban su vasallaje al rey de España.

Estos propósitos resultarían más convincentes —se argüía— si se conocían en algunos centros del poder político. Convino entonces incrementar todos los argumentos posibles con el fin de definir las fronteras y resguardar los derechos de la corona de España. Incluso estos derechos debían ser conocidos. Es la razón que esgrime el secretario de Estado, Marqués de Grimaldi, para que la *Dissertación...* fuese traducida al francés, y difundida fuera de España. En diciembre de 1775 Grimaldi escribía al Conde de Aranda, embajador en Francia, enviándole un

> [...] ejemplar [...] a fin de que V.E. disponga se vierta en francés [...] [y] como el fin es que corra este papel, convendrá que algún librero le venda, expresándose en la portada haberse traducido de nuestra lengua a la francesa.[12]

El embajador cuidó lo que se le ordenaba, incluso se ocupó de que el texto se acompañara de un mapa explicativo "el apreciadísimo mapa de Mr. Green, autor inglés dado a la luz en 1753. He preferido se haga uso de éste, como imparcial y como el más exacto que hasta ahora corre". Y con estas atenciones salió la edición francesa, en 1776; otro texto de Juan y de Ulloa que fue promovido con intenciones políticas y geoestratégicas.

En la portada, bien explícitamente, se aclaraba que era una traducción del español; es decir, se mostraba el interés particular de un editor francés por ofrecer al público una destacada información que le facilitase la comprensión de un problema de actualidad. De este modo se hacía una importante propaganda, disfrazando las intenciones oficiales españolas. El libro fue traducido e impreso en tiempo récord: se imprimió en 1776, en un tamaño en 8º con 105 páginas y un mapa plegable:

[12] Carta del Marqués de Grimaldi al Conde de Aranda, embajador de España en Francia. Madrid (8 dic. 1775). Archivo Histórico Nacional (Madrid), Estado 4546, doc. 2. Tomado de RAMOS, 1995a, p. 1587.

DISSERTACION/HISTORIQUE ET GEOGRAPHIQUE/SUR LE MERIDIEN/ DE DEMARCATION/ ENTRE LES DOMAINES/ D'ESPAGNE ET DE PORTUGAL./ par Don Georges Juan, Commandateur d'Aliaga das l'Orde de Malte, et/ Don Antoine de Ulloa, Capi-/ taines de haut-borde, de la Société Royale de Londres, et Associés Corres-/ pondants de l'Academie des Sciences de/ Paris. TRADUIT DE L'ESPAGNOL../ A PARIS/ Chez Ant. BOUDET, Imprimeur du Roi/ rue Saint-Jacques, M.DCC.LXXVI/ Avec permission//.

Noticias secretas de América

La cuarta de las obras escritas en conjunto por Jorge Juan y Antonio de Ulloa sólo fue conocida a partir de 1826 por una edición realizada en Londres, en la imprenta de R. Taylos. Tiene un largo título, pero se la conoce por el de *Noticias secretas...* y fueron, tendenciosamente, "sacadas a la luz para el verdadero conocimiento del gobierno de los Españoles en la América Meridional" por David Barry, un inglés del que se conoce algo.[13] El título de la obra, que no fue redactado por sus autores, es expresivamente gráfico sobre las intenciones de los editores:

> Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los Reynos del Perú y Provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile. Gobierno y régimen particular de los pueblos indios. Cruel opresión y extorsiones de sus corregidores y curas: abusos escandalosos introducidos entre los habitantes por los misioneros. Causas de su origen y motivos de su continuación por espacio de tres siglos.

[13] Carlos Pereyra sospechó que fuera una superchería (PEREYRA, 1941), pero Julio César González confirma su presencia en Buenos Aires, Mendoza y Santiago de Chile en 1820 (GONZALEZ, 1967).

Puede que este David Barry sea un pariente cercano de la familia canario-irlandesa de este apellido, radicada desde 1780 en Puerto de la Cruz (Tenerife). Eduardo y Diego Barry fueron activos difusores de las ideas masónicas, desde Norteamérica y con gran interés y vínculos procuraron expandirlas en Hispanoamérica, 1815-1835. Asimismo, estos hermanos Barry se hallaban en la dirección de la frustrada invasión liberal de Cuba y Canarias en 1827. Trata el tema Manuel HERNÁNDEZ GONZÁLEZ (1991).

La obra consta de dos partes:

1a. Sobre el estado militar y político de las costas del Mar Pacífico.

2a. Sobre el gobierno, administración de justicia, estado del clero y costumbres entre los indios del interior.

También puede conocerse su trascendencia por el número de sus ediciones y traducciones. Pero todas ellas se editaron 50 y 100 años más tarde; en español: Montevideo, 1851; Madrid, 1918, Buenos Aires, 1953; Madrid, 1985; en facsímil: Madrid, 1982 y 1988, y en inglés: Boston, 1841.[14]

Estas *Noticias*... proceden de un informe realizado por los dos marinos a instancias de una alta autoridad, aprovechando en gran parte los apuntes y notas de su reciente viaje al virreinato de Perú. Están escritas en el mismo estilo fluido y suelto que Juan y Ulloa utilizan en sus otros textos y presentan tal panorama negativo del mundo hispanoamericano colonial que son ellos dos de los que más han propiciado las críticas a la colonización española. A este vendaval están unidos sus nombres, presentados con todos los honores que alcanzaron en sus carreras: tenientes generales de la Armada. Información que resulta veraz, aunque sea engañosa, porque parece que las *Noticias*... fueron escritas, reflexionadamente, al final de sus vidas. En efecto, fueron elaboradas en 1747, cuando sus autores tenían 33 y 31 años de edad y eran capitanes de navío, y no 32 años después, en 1779, cuando Ulloa ya era teniente general y hacía tres que Jorge Juan había fallecido.

Los marinos son mostrados por el editor como testigos de excepción, emisarios del gobierno central que, con la coartada de su integración en una expedición científica, hicieron pesquisas sobre la realidad de la Hispanoamérica de mediados del siglo XVIII. Antonio de Ulloa y Jorge Juan escribieron unos informes donde van relatando sus impresiones sobre la infraestructura, los puertos y sus defensas, la marina y su problemática; las autoridades, los

[14] SOLANO [en prensa]. Véase la nota 7 de este trabajo.

corregidores y sus formas de mando; los eclesiásticos, curas y misioneros, así como sobre la situación del indio. El resultado son dos volúmenes donde, mientras los autores describen el itinerario de su viaje de estudios, van mostrando y denunciando la desidia en la vida militar, la pobreza de los medios defensivos, la escasez de navíos de la armada de la mar del sur, los desertores, el abuso de poder de las autoridades, el contrabando y los fraudes, la vida licenciosa de los religiosos, la explotación de los indígenas. Pero no es una denuncia a secas, tampoco un panfleto, sino que sus textos pueden encuadrarse entre los de los arbitristas o, mejor, entre los proyectistas de la Ilustración. Después de mostrar razonadamente las irregularidades o los "males", los marinos presentan sus recomendaciones, que son otras tantas soluciones: envío de tropas europeas, renovándolas con frecuencia; creación de regimientos hispanocriollos, con destino a España y a otros lugares diferentes a su lugar de nacimiento; elección de buenos corregidores, eliminación de la mita; prohibición a los indios de vender sus tierras y orden de devolver las irregularmente adquiridas; envíos frecuentes de barcos al Pacífico para agilizar el comercio y evitar contrabandos; limitación de las facultades de los curas sobre los indios y erradicación de los religiosos de las parroquias de indios, en favor de los curas seculares y de los jesuitas; creación de hospitales y mejoras asistenciales; más activa y eficaz atención a la defensa del imperio; regencia de los jesuitas en los pueblos de indios. Con los marginados, delincuentes y las concubinas de los religiosos, Ulloa y Juan propusieron una urbanización original: la formación de aldeas en las fronteras, obligando a los primeros y a las últimas a formar parejas.

Este rosario de denuncias son exactas. Sus muestras coinciden con otros informes llegados al Consejo de Indias por otras vías y que "continuaron hasta el tremendo estallido de la sublevación de Tupac Amaru", tal como ha señalado Ezquerra, quien admite que los marinos son testigos de varios de los hechos que describen y denuncian, aunque en muchos de estos casos "un coeficiente de petu-

lancia, un amor a la justicia desorbitado y de precipitación"[15] les hace generalizar hechos particulares.

Un alto propósito político llevó a una personalidad —probablemente Ensenada—, deseosa de contar con mayor información, a pedir a los marinos sendos informes para poderlos distribuir entre ministros y consejeros de Indias. Por este motivo, se hicieron bastantes copias, que se encuentran hoy repartidas por diferentes archivos españoles y extranjeros. Con todas ellas, y con el texto de Londres, Luis Javier Ramos ha emprendido una labor titánica: la de cotejar los seis manuscritos que se conservan de la obra —todos ellos con importantes variantes— con el texto londinense con el fin de llegar al texto primario, a la vez que imbricarlos con la *Relación histórica*... Al mismo tiempo ha elaborado un extenso libro, que sirve de introducción al texto íntegro de las *Noticias*..., donde razona que tradicionalmente se le ha considerado un "informe veraz y de primera mano, en el que fielmente se recoge la situación del ámbito geográfico por el que se movieron sus autores": no obstante las denuncias están mencionadas de una forma muy vaga y general, porque "han sido escritas sin tener delante los datos necesarios, lo que explica sobradamente la ambigüedad y la falta de precisión, que caracterizan algunas de las secciones de esta obra de Juan y de Ulloa". Además, los marinos se atreven a usar como propias algunas denuncias e ideas que proceden de otros críticos, de las que Ramos ha identificado algunas: el *Testamento político*, de José Carvajal; el *Estado político del Reino del Perú*, de Victorino Moreno, y *Varios puntos de gobierno*, de Juan José Navarro, Marqués de la Victoria. En resumen, las *Noticias secretas*...

> [...] no sólo son un reflejo de la realidad americana entre 1735 y 1745 —vista desde la inexperta óptica de Juan y Ulloa—, sino también un documento realizado para apoyar unas tesis determinadas planteadas en 1747.[16]

[15] Ezquerra, 1962, p. 180.
[16] Ramos, 1985, i, p. 378.

Estas tesis son la remoción de los misioneros religiosos de los curatos y doctrinas de indios y su sustitución por seculares y, sobre todo, por jesuitas: los únicos responsables —a su juicio— de dirigir con eficacia y probidad, espiritual y temporalmente, aquellos pueblos de indios. Y para apoyar estos argumentos, los marinos no dudaron "en utilizar la difamación, acusando a los religiosos de tener concubinas". Ramos apunta hacia quienes están detrás de esta operación: creyendo verlos en el Marqués de la Regalía y los jesuitas Francisco Rávago —confesor del rey— y Andrés Marcos Burriel.

De cualquier forma las *Noticias secretas de América* fueron un documento reservado, apenas útil para el momento en que fue redactado. Sus autores no dudaron intencionadamente en exagerar —incluso en alterar— su información: tal como hizo fray Bartolomé de Las Casas a mediados del siglo XVI. La única diferencia entre el dominico y los marinos es que a aquél lo movía la piedad para defender los derechos humanos de los indígenas, mientras Jorge Juan y Antonio de Ulloa escribieron por exigencia de sus superiores. Y así el carácter ambiguo e intemporal de sus denuncias facilitó que tuviera éxito una edición de 1826 —70 años después de los hechos criticados—, porque resultaba como si las muestras presentadas se hubiesen cometido en la víspera exacta de la guerra de la independencia. Por eso, a pesar de esta distancia temporal, la obra obtuvo un impacto tan grande que ayudó a satanizar la imagen de la colonización española, a la vez que aumentó la fama de sus autores.

Balance de los resultados de las expediciones científicas españolas

La difusión de los resultados de la Real Expedición Hispanofrancesa no tienen parangón con la de las restantes cincuenta y tantas expediciones y comisiones científicas que se efectuaron durante algo más de medio siglo: desde el reinado de Felipe V (1735) hasta el de Carlos IV (1805). Nin-

guna de estas expediciones publicó sus investigaciones y logros: los intentos por realizarlo (Real Expedición Botánica al virreinato del Perú, Real Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada, Real Expedición Botánica al virreinato de la Nueva España, etc.), fracasaron debido a muchas causas coyunturales: altos costos de las ediciones —aun contando con las ayudas hispanocriollas—,[17] pérdida de oportunidad, falta de interés. Aunque sí fueron muy aprovechadas las investigaciones hidrográficas y cartográficas, con el inicio de la edición de una cartografía plenamente española.

La gran perdedora a causa de estos cambios de actitud fue, sin duda, la Real Expedición alrededor del Mundo (1789-1794), dirigida por Alejandro Malaspina, que realizó un formidable esfuerzo por completar y reunir informaciones política y económica de los espacios ultramarinos, un verdadero encargo de otras noticias secretas. La prisión de Malaspina desvió la atención del Estado por los resultados de su viaje, que se guardaron celosamente en museos, archivos y depósitos geográficos hasta tiempos más sosegados. Cuando éstos llegaron, las Indias españolas habían dejado de serlo. Sólo actualmente se van enderezando los entuertos, analizándose los numerosos estudios que la expedición realizó por medio mundo hispánico.

No obstante el prestigio de España y la gloria de sus monarcas protectores de la ciencia sólo se produjo en la primera parte de las iniciativas —fomentando las expediciones—, con abandono sorprendente de la segunda parte, edición de sus resultados. Esta contradicción disminuía drásticamente los esfuerzos empleados a favor de consolidar la gloria nacional. En la Real Expedición Geodésica al Perú, por el contrario, las intenciones honoríficas se afianzaban con los altos logros científicos obtenidos. La preponderancia de los reyes de España por su protección a las ciencias los hacía notorios y envidiados, una nueva forma de alcanzar la gloria y la fama.

[17] RODRÍGUEZ y GONZÁLEZ, 1995.

REFERENCIAS

AGUILAR PIÑAL, Francisco

1978 *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

ECHÁNOVE TUERO, Alfonso

1979 "La preparación intelectual del P. Burriel", en *Hispania Sacra,* XIII, pp. 70-120.

EZQUERRA ABADÍA, Ramón

1962 "La crítica española sobre América en el siglo XVIII", en *Revista de Indias,* pp. 150-286.

GONZÁLEZ, Julio César

1967 "Existencia real de Mr. David Barry, editor de las Noticias Secretas de América", en *Historia,* pp. 125-134.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel

1991 "Masonería norteamericana y emancipación en Hispanoamérica: la obra del canario Eduardo Barry", en *Anuario de Estudios Atlánticos,* 31, pp. 337-360.

JUAN, Jorge y Antonio de ULLOA

1749 *Dissertación Histórica y Geográphica sobre el meridiano de Demarcación entre los Dominios de España y Portugal.* Madrid: Introducción

1773 *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional, de orden de su Majestad.* Madrid: Antonio Marín.

MERINO NAVARRO, José Patricio y Miguel M. RODRÍGUEZ SAN VICENTE

1978 Introducción a la edición facsimilar de la *Relación histórica del Viaje a la América Meridional* y de *Observaciones astronómicas* de Jorge Juan y de Antonio de Ulloa. Madrid: Fundación Universitaria Española.

PEREYRA, Carlos

1941 "Las noticias secretas y el enigma de su publicación", en *Revista de Indias,* 1, pp. 5-53.

RAMOS GÓMEZ, Luis Javier

1985 *Las Noticias Secretas de América de Jorge Juan y Antonio de Ulloa.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2 tomos.

1995a "Jorge Juan y Antonio de Ulloa y el Meridiano de Tor-

desillas: la Dissertación Histórica y Geográfica (1747-1775)", en *El Tratado de Tordesillas y su época.* Valladolid: Junta de Castilla y León, II, pp. 1567-1587.

1995b "El sevillano Antonio de Ulloa y el Reino de Quito", en *II Centenario de Don Antonio de Ulloa.* Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 141-167.

RODRÍGUEZ NOZAL, Raúl y Antonio GONZÁLEZ BUENO

1995 "Las colonias al servicio de la ciencia metropolitana. La financiación de las 'Floras Americanas', 1791-1809", en *Revista de Indias,* 205, pp. 597-634.

SOLANO, Francisco de

1979 *Antonio de Ulloa y la Nueva España.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

[en prensa] *La pasión de reformar. Antonio de Ulloa, marino y científico (1716-1795).* Madrid.

EL INDIGENISMO CRIOLLO. ¿PROYECTOS VITAL Y POLÍTICO REALIZABLES, O INSTRUMENTO POLÍTICO?

Hans-Joachim König
Katholische Universität Eichstätt

> [...] nuestra historia de las ideas políticas registra al respecto dos tesis paralelas, bien que de opuesto y excluyente signo. De acuerdo con los postulados de la primera, el México actual, desde la aurora de su independencia, no es en realidad sino el mismo que hallaron y hollaron los españoles, que —no se explica cómo— subsistió al parecer intacto en su integridad entitativa durante tres siglos de dominación europea. La segunda tesis nos insta, a su vez, a comulgar con otro no menos milagroso caso de supervivencia histórica, puesto que, según ella, nuestro actual México lejos de ser el para siempre extinto Imperio de Moctezuma y de Cuauhtémoc, no es sino la Nueva España que, llegada a su madurez y mayoría de edad, sólo mudó el nombre al romper las ataduras con el delantal de la madre patria. Ambas pretensiones se perfilaron desde los albores de las inquietudes separatistas [...] Edmundo O'Gorman.[1]

CON LA SEPARACIÓN DE LAS COLONIAS americanas del imperio español a principios del siglo XIX (1808 y 1810-1830), se habían formado Estados soberanos en los que no solamente se conservaban la lengua, las tradiciones, instituciones y conceptos jurídicos españoles, sino en los que la antigua clase alta criolla constituía, en gran parte, la nue-

[1] O'GORMAN, 1986, pp. 7 y ss.

va clase dirigente en la vida política y económica. Sin embargo, en los jóvenes Estados hispanoamericanos se puede constatar una dedicación especial a la población autóctona indígena inmediatamente antes y en el transcurso del movimiento de independencia así como en los primeros años de su existencia. Esta dedicación tuvo lugar en un doble sentido: por una parte en el reclutamiento de la población indígena y por otra en que se recurrió a la historia india antes, durante y desde la conquista.

Sobre todo en los países con un alto porcentaje de población indígena, como México, Perú, Alto Perú (Bolivia) y Chile, los actores del movimiento separatista, es decir, principalmente los criollos, procuraron inducir a los indios a reforzar los contingentes de tropas en los conflictos bélicos con España. Numerosas promesas y decretos, destinados a abolir la discriminación y la esclavitud de los indios, servían para motivar a los mismos a participar en las luchas por la libertad y para hacerles creer que los criollos eran sus libertadores. En detalle, estas medidas afectaban la abolición del tributo y del trabajo forzado, el mejoramiento de la posición jurídica, la paridad con los demás ciudadanos, el acceso a la formación escolar así como la distribución de la tierra o la devolución de las antiguas tierras indias, respectivamente.[2] Fueron pocos los casos en que surgió de estas promesas una movilización efectiva y notable de los grupos indígenas; son excepciones tanto la primera fase del movimiento de independencia en México bajo el mando de Hidalgo y Morelos como la revolución de 1814-1815 en Cuzco bajo el de Pumacahua.[3] Por lo demás, también los españoles cortejaban a los indios con promesas similares,[4] de manera que los decretos de liberación tan elogia-

[2] Véanse los respectivos decretos de los distintos países en el libro informativo de LYNCH, 1976.

[3] En cuanto a la revolución mexicana en general, véase VILLORO, 1953. Literatura básica sobre Hidalgo, HAMILL, 1961 y 1966. Sobre Morelos véanse TIMMONS, 1963 y LEMOINE VILLACAÑA, 1965. Referente a la revolución de Cuzco, véanse CORNEJO BOURNONCLE, 1965 y FISHER, 1970 y 1979.

[4] En México, Hidalgo suprimió el tributo, lo que hizo al virrey Venegas emprender un paso similar con el decreto (5 oct. 1810). Las Cor-

dos por los criollos se relativizaron. Pero no quiero profundizar ahora en estos intentos de alistamiento de tropas. Me parece sobre todo interesante e ilustrativo el segundo aspecto de la dedicación a la población indígena: la ocupación de la historia de la población autóctona que en parte culminó en una verdadera glorificación de todo lo indio.

¿En qué consistía esa ocupación, cuya importancia para la formación de nacionalidades señaló en 1966 el historiador chileno Gonzalo Vial Correa?[5] Salvo contadas excepciones, no se trataba de estudios científicos sobre la historia de los indios en América en general o en diferentes regiones.[6] Tampoco se trataba de la exposición de costumbres indias o instituciones sociales y económicas, de las que debían deducirse nuevas orientaciones políticas y sociales. No fue ninguna reflexión retrospectiva o valoración del pasado prehispánico y de las culturas indias, como ocurrió en fases posteriores.[7] En una fase de transformación brus-

---

tes de Cádiz con el decreto XLII (13 mar. 1811) extendieron la exención del tributo a toda la América y, al mismo tiempo, prohibieron el repartimiento, véase *Colección*, 1811, p. 89 (edición facsimilar t. I, 1987, pp. 115 y ss.). Con el decreto CCVII (9 nov. 1813) abolieron la mita (sistema de trabajos forzados) y todo servicio personal por parte de los indios y previeron el reparto de las tierras a los indios, véase *Colección*, 1813, p. 148 (edición facsimilar t. II, 712).

[5] VIAL CORREA, 1966, pp. 110 y ss.

[6] Para México hay que nombrar a Francisco Xavier CLAVIGERO, 1945; Andrés Cavo amplió la Historia de Clavigero hasta los tiempos coloniales. Para Nueva Granada, el breve estudio de José Domingo Duquesne de la Madrid 1795; para Chile, la obra del jesuita desterrado Juan Ignacio Molina González. MOLINA GONZÁLEZ, 1809.

[7] Se trata aquí sobre todo de los movimientos indigenista e indianista que, desde finales del siglo XIX o, mejor dicho, desde los años cincuenta del siglo XX, al analizar el problema indio, se dedicaron también a las cuestiones sociales en general, no en último lugar a la cuestión de una identidad propia en las sociedades pluriculturales. Véanse para literatura general, MARROQUÍN, 1977 y BARRE, 1983. La revolución mexicana de 1910-1917, tuvo gran importancia para el éxito de los nuevos movimientos, y en aquélla la reflexión —frecuentemente utilizada como instrumento político— sobre lo indio dentro de la formación de una conciencia nacional que se manifestaba especialmente en la pintura monumental de los muralistas como Diego Rivera; véase RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, 1982, pp. 165-181, y también MAIHOLD, 1986. En Perú, el pensa-

ca, como es el movimiento de independencia, ocuparse del pasado indio y de la conquista más bien sirvió para legitimar ante grandes grupos las luchas por la libertad y para crear, al mismo tiempo, una unidad mediante la propagación de mitos "nacionales".

Basta un vistazo a las personas que se dedicaban a la historia y culturas indias para confirmar que, en primer lugar, sus fines eran políticos. Porque el interés activo en la época prehispánica, en describir el choque entre indios y españoles, y destacar la opresión que por más de 300 años padeció la población autóctona, no procedía de los mismos indios. La dedicación al pasado indio fue un deseo criollo de los españoles americanos, es decir, de aquellos que si bien pertenecían, con los españoles europeos, a una misma clase alta blanca, se sentían políticamente perjudicados frente a éstos y que por tal razón —así como por motivos económicos— trataban de deshacerse de una "dominación extranjera". Para ello incluyeron eficazmente en esta argumentación la necesidad de la independencia india. El hecho de que los criollos acentuaran todo lo indio incluso en regiones donde ya no existía una mayoría india, como en Nueva Granada o en Venezuela, y que, por esta razón, no podían referirse a grupos concretos, prueba que aprovechaban la historia de la población aborigen para justificar su propia lucha contra el poder colonial español. También los diferentes medios empleados en esa dedicación a lo indio permiten ver las intenciones propagandísticas de los criollos, o sea, de los nuevos líderes políticos. Las medidas político-propagandísticas comprendían tanto la denominación india y un simbolismo figurativo como la poesía y textos políticos hasta los escritos por autores que antes de la independencia sólo se habían expresado malévolamente sobre los indios.[8]

---

miento indigenista se convirtió también en un factor político por el análisis de la realidad peruana que hizo MARIÁTEGUI, 1969, p. 16.

[8] Este cambio en la caracterización de lo indio se manifiesta, sobre todo, en la obra del neogranadino Francisco José de Caldas, científico y patriota activo. Véanse mis explicaciones sobre la simbología india

¿Cómo se efectuó en concreto la dedicación a lo indio? En lo que se refiere al uso de nombres y denominaciones llama la atención el hecho de que en ciertos países se vuelven a utilizar nombres y antiguas expresiones indígenas. Un ejemplo destacado del aprovechamiento de la historia india puede encontrarse en Chile. Allí se leía durante las luchas por la independencia con nuevo entusiasmo la poesía heroica de Alonso de Ercilla, La Araucana (tres partes, 1569, 1578 y 1589), en la que éste describió los conflictos entre los españoles y los araucanos con gran simpatía por la inquebrantable voluntad de libertad de estos últimos.[9] En la época de la independencia muchos chilenos utilizaban el adjetivo araucano como equivalente de "liberal", "amante de la libertad" y lo convertían casi en un sinónimo poético de chileno, es decir antiespañol. Periódicos de estos tiempos llevaban en su nombre la expresión araucano y publicaban artículos en los que se exigía de los chilenos emular el ideal de sus antepasados "araucanos" Caupolicán o Lautaro. En su estudio sobre las ideas y la política en Chile en tiempos de la independencia, el historiador inglés Simon Collier que se dedicó, entre otros, también a la idealización chilena de los araucanos, menciona numerosos ejemplos y cita, entre otros, un interesante pasaje de un drama contemporáneo,[10] que trata del movimiento de liberación chileno en el que una fragata llevaba significativamente el nombre de Lautaro. Además, este héroe araucano

---

durante el movimiento de independencia de Nueva Granada, König, 1994, pp. 234 y ss. En 1796, el patriota chileno Manuel de Salas, en su famosa "Representación al ministro de hacienda español", habló muy despectivamente de la población india, más tarde tan idealizada. El texto de la Representación se encuentra en Chiaramonte, 1979, p. 224. El argentino Manuel Belgrano, que en 1816 propuso formar una monarquía en la zona rioplatense encabezada por incas, ni siquiera mencionó en su "Memoria sobre el fomento de la agricultura y del comercio" a la población autóctona, como si no existiera. El texto de la Memoria se encuentra en Chiaramonte, 1979, pp. 304-317.

[9] En lo tocante a la importancia y las consecuencias de *La Araucana,* en la que se describe la conquista desde el punto de vista de los vencidos indomados, véase Pastor, 1988, t. II, cap. 5.

[10] Collier, 1967, pp. 212-215.

dio nombre a la masónica Logia Lautaro (Lautarino), que cobró gran importancia en las guerras de independencia en Chile, Perú y la zona rioplatense, como filial de la Logia Americana fundada en Inglaterra por Francisco de Miranda.[11]

Los chilenos habían creado una historia común, es decir una continuidad en el deseo de liberarse de los españoles mediante la glorificación de los araucanos cuyos descendientes vivían al sur del río Bío-Bío y así, bien considerado, fuera del territorio chileno. Los neogranadinos hacían alusiones a los habitantes originarios y soberanos legítimos del país utilizando los antiguos nombres indios. En textos jurídicos, canciones y poesía, que en aquellos tiempos naturalmente era de carácter político, aparecían de nuevo las antiguas denominaciones indias para Cartagena de Indias —Calamar—, así como para la región central alrededor de Bogotá —Cundinamarca—; éstas fueron en aquellos tiempos las dos regiones más importantes del nuevo Estado Nueva Granada, la actual Colombia.[12] Y cuando los criollos neogranadinos hablaban de los antiguos zipas del imperio de los muiscas en el altiplano de Bogotá y de sus logros políticos y culturales, implícitamente advertían que la "dominación extranjera" por parte de los españoles debía ser superada, aunque estuviera concebida respecto a los españoles de América.[13]

[11] Para las actividades de Miranda véase ROBERTSON 1967. Véanse los estatutos de la Logia Lautaro de Chile que fue fundada en 1817 como filial de la Logia de Buenos Aires (1812) y a la que perteneció, entre otros, también O'Higgins, en ROMERO y ROMERO, 1977, vol. II, pp. 195-197. Numerosos textos de esta importante antología contienen pruebas de la mistificación del indio.

[12] En abril de 1811, la provincia de Santa Fe elaboró una costitución en la que en el título I, párrafo 1, aceptó el antiguo nombre del territorio de los chibchas-Cundinamarca. Poco después de la declaración de independencia (nov. 1811), se diseñó en la ciudad de Cartagena una bandera que, representando tres cangrejos, hacía alusión al antiguo nombre indio de Calamar. En numerosos textos se emplean los nombres antiguos. Véase la referencia en KÖNIG, 1994, pp. 248-255.

[13] En numerosos textos y sobre todo durante las expediciones de reconquista de los españoles el político, poeta y periodista José María

En el caso de Perú, el uso de conceptos indios y alusiones a los indios por las élites era algo diferente, ya que en la rebelión de Mateo Pumacahua 1814-1815 en Cuzco, la antigua región central del imperio inca, participaron también los indios mismos. Sin embargo, para los dirigentes políticos de América, el objetivo fue aquí el mismo que en los demás casos: reclamar las emociones "nacionales" a través del uso de nombres y denominaciones indios y transmitir intenciones políticas también a grupos de población más grandes.[14] En este contexto también son dignas de mencionar las observaciones respecto al orden estatal en el ámbito americano o regional, respectivamente, como hicieron Francisco de Miranda (1790) o los diputados monárquicos de las Provincias Unidas del Río de la Plata en el congreso de Tucamán de 1816. Ambas sugerencias, cuya relevancia o viabilidad no se puede discutir aquí, preveían la denominación "inca" para los jefes de Estado.[15] El hecho de que las instancias subordinadas debían seguir los mode-

---

Salazar glorificó a los zipas de Bogotá, el imperio de los muiscas, el reino de Calamar así como los logros políticos y culturales del tiempo prehispánico, "Elegía a las víctimas de Cundinamarca", publicada en el núm. 55 (18 mar. 1820), Correo del Orinoco (Angostura), reeditada en la colección de las obras de Salazar, *La Colombiada ó Colón, el amor a la Patria y otras poesías líricas*, Caracas, 1852 y SALAZAR, 1820, pp. 154-157. *La Campaña de Bogotá. Canto Heroyco.* Bogotá Año de 1820. Esta poesía heroica apareció también en el *Correo del Orinoco*, núm. 53 (19 feb. 1820).

[14] Véanse las obras de John FISHER, 1970 y 1979, pp. 232-257, y 1987, pp. 455-470.

[15] En 1790, Miranda presentó al primer ministro inglés William Pitt su proyecto de constitución para un imperio independiente hispanoamericano; en 1801 presentó en Londres el texto revisado que como jefe de Estado preveía dos incas; el texto de este proyecto editado por ROMERO y ROMERO, 1977, vol. I, pp. 13-19, aquí p. 17; véase también ROBERTSON, 1967. En la discusión sobre la futura forma de gobierno en la zona rioplatense, también el general Manuel Belgrano apoyaba la monarquía y propuso en el congreso de Tucumán durante una sesión secreta (6 jul. 1816) la creación de una monarquía encabezada por un inca: "llamando la dinastía de los incas por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta casa tan inicuamente despojada del trono por una sangrienta revolución". Texto de la proposición editado por ROMERO y ROMERO, 1977, vol. I, pp. 209-211, aquí p. 210.

los europeos nos permite reconocer, sin embargo, que no se pensaba en restaurar los imperios incas sino más bien en resaltar una identidad americana propia que se distinguía de la española.

Aparte de los nombres indios, también desempeñaba un papel importante la representación gráfica de lo indio. Sobre todo en los comienzos de la formación de Estados nacionales cuando todavía no se había conseguido la independencia definitiva y cuando había que convencer a numerosos contemporáneos de la necesidad y del sentido del movimiento independentista, los criollos utilizaron en algunos países una figura femenina india en los emblemas de banderas, escudos estatales, cuadros políticos y monedas. Desde siempre, las figuras femeninas habían servido —también en Europa— de alegoría de los continentes. Desde el descubrimiento y la conquista de América, la figura de la india había aparecido en cuadros alegóricos de arte europea como la América personificada: la india desnuda y barbárica, adornada con plumas, tal como la describieron los primeros conquistadores, simbolizaba, en los siglos XVI y XVII, la inferioridad del Nuevo Mundo y su subordinación a Europa, y en el siglo XVIII, con las frutas del país, reflejaba la importancia colonial de América para Europa.[16] Durante el movimiento de independencia, los mismos americanos utilizaron la figura de la india y la convirtieron por su parte en el símbolo de la libertad, del vencimiento de la opresión existente desde la conquista. La representaron en forma de una amazona americana, coro-

[16] Los catálogos de las siguientes exposiciones permiten hacerse una idea de esta representación en la pintura y las artes figurativas europeas: *L'Amérique*, vue par l'Europe. Edición des Musées Nacionaux. París, 1976; Mythen der Neuen Welt. Zur Entdeckungsgeschichte Lateinamerikas, editado por Karl-Heinz Kohl. Berlín, 1982. Ulrich Knefelkamp y Hans-Joachim König: Die Neuen Welten in alten Büchern. Entdeckung und Eroberung in frühen deutschen Schrift- und Bildzeugnissen. Ausstellung in der Staatsbibliothek Bamberg. Bamberg, 1988. Véase también POESCHEL, 1985. Es interesante y significativo el hecho de que también en el movimiento emancipador de Estados Unidos una india desempeñara un papel importante como símbolo de la libertad; véase MCCLUNG FLEMING, 1965, pp. 65-81.

nada con plumas y armada con cadenas rotas y un caimán vencido.[17] Así como las versiones escritas sobre la historia considerada "común"; se dirigían al reducido estrato de los criollos para hacerles ver cuán justificada era la lucha contra los españoles y moverlos a defender o recuperar sus propios derechos, la reproducción de imágenes de lo indiano en las monedas o el escudo del país tenía el propósito manifiesto de influir también sobre los estratos analfabetos de la población para fomentar la solidaridad y crear un sentimiento de identidad en un ámbito más extenso. A la vista de estas monedas, a cualquiera le resultaba evidente cuáles debían ser los rasgos característicos del nuevo Estado y en qué se diferenciaba del antiguo estatus colonial.

Sin embargo, el centro de la reivindicación del pasado indio lo constituyó la condena de la conquista española. Numerosos discursos y escritos políticos, pero también los textos constitucionales, trataban la cuestión de la conquista con fines propagandísticos. La conquista fue en realidad el argumento principal para la construcción de las respectivas historias "nacionales"; historia que debía documentar la continuidad de la lucha contra los españoles considerados enemigos y extranjeros, es decir, contra los no americanos. El punto de partida fue rechazar los títulos legales españoles, que habían sido introducidos por la conquista de América. Los criollos iniciaron de nuevo la discusión del siglo XVI en torno a los títulos legales de la conquista y colonización españolas, que había tratado en particular la relación entre indios y españoles.[18] Los españoles de América negaban la validez de los títulos legales con que los españoles habían justificado su dominio en América. Rechazaban tanto la legitimación que el papa Alejandro VI pretendía dar a la presencia española por medio de la "do-

[17] En Venezuela un escudo de 1810 mostraba una india; incluso las monedas llevaban indias, una moneda de Cartagena de 1812 o una de Cundinamarca, 1814-1819.

[18] En cuanto a los títulos legales y a la política india véanse, entre otros, Ots Capdequí, 1946; Góngora, 1951; Manzano Manzano, 1951, pp. 5-10; García Gallo, 1957-1958, pp. 461-829 y 1972; Chaunu, 1964; Hanke, 1965; Höffner, 1972; Zavala, 1977; Pietschmann, 1980, y Fisch, 1984.

nación" del mandato misional, como el derecho del más fuerte deducido del descubrimiento y de la conquista.[19]

En el transcurso de esta nueva discusión, era muy natural —en cierto modo como contraste con la descrita arrogancia de los españoles y sus crueldades durante la conquista— que se representaran positivamente, casi glorificándolos, los imperios y sociedades indios con los que tropezaron los españoles durante sus campañas de conquista sobre todo en tierra firme. En tales descripciones, los indios de la época aparecían como personas libres y razonables, que si todavía no habían logrado el nivel civilizado y cultural de los europeos, ya se habían organizado en comunidades o estados que funcionaban bien. Incluso se veían realizados en parte, hasta principios democráticos o republicanos entre los indios, concretamente entre los araucanos. Resulta interesante que no sólo los patriotas chilenos idealizaran a los araucanos sino también fuera de Chile se los glorificara como republicanos, como hizo el venezolano Simón Bolívar en la famosa carta desde Jamaica del 6 de septiembre de 1815.[20]

[19] Como ejemplos de una argumentación tal véanse, entre otros, para Nueva Granada: el artículo de Antonio Nariño en el suplemento de su revista satírica *La Bagatela*, 5 (11 ago. 1811) (edición facsimilar, Bogotá, 1966) y FERNÁNDEZ DE SOTOMAYOR, 1814 y 1815. (Aquí no se aceptan los tres títulos legales fundamentales: donación, conquista y cristianización.) Para el Alto Perú véase el diálogo mencionado más adelante entre Atahualpa y Fernando VII. Para Chile véanse las respectivas observaciones en los estudios de COLLIER, 1967, p. 193.

[20] Véase el poema en el *Mercurio Venezolano*, núm. II (feb. 1811), que alaba la bondad y la benevolencia de los indios (edición facsimilar, Caracas, 1960, p. 165). En el *Correo del Orinoco* apareció una serie de artículos "Mediación entre España y América", en la cual habla América y recuerda los imperios indios, publicada en La Doctrina de la Revolución Emancipadora en el *Correo del Orinoco*, Caracas, 1959, pp. 41-104, aquí 83; en la misma edición, la serie de artículos del *Correo del Orinoco*, sobre las actuaciones de Morillo en Venezuela, Caracas, 1959, pp. 173-211, aquí p. 184. En Nueva Granada es ejemplar el sermón de Juán Fernández de Sotomayor que en la solemne festividad del 20 de julio, aniversario de la libertad de la Nueva Granada, predicó en la Santa iglesia Metropolitana de Santafé, Santafé, 1815. También en el Alto Perú se argumentó de esta forma el diálogo entre Atahualpa y Fernando VII, véase más ade-

La finalidad de una argumentación tal resulta evidente: aludiendo a las sociedades y regímenes indios que habían funcionado y a los legítimos soberanos indios se podía subrayar hábilmente, por una parte, la ilegitimidad de la conquista española como usurpación, y, por otra, la resistencia de los indios contra los españoles como defensa de sus derechos hereditarios. Si la conquista y colonización españolas no eran más que una brutal invasión llevada a cabo sin títulos legales suficientes, que solamente tenía como base el presunto derecho del más fuerte, o la opresión de pueblos pacíficos y la usurpación ilegítima, entonces la formación de Estados soberanos, independientes de España no podía significar ni más ni menos que la recuperación de la libertad perdida a causa de la conquista y la reivindicación de los antiguos derechos.

Como ejemplo impresionante de esta argumentación, que se puede encontrar en numerosos textos políticos de la época de la independencia, sirve el "Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos".[21] Este texto escrito a comienzos de 1809 en Charcas (Alto Perú/Bolivia), procede probablemente de la pluma del estudiante Bernardo de Monteagudo, que más tarde llegó a ser el patriota rioplatense. En este diálogo, Monteagudo describe un encuentro ficticio entre Atahualpa, último emperador inca, y Fernando VII, quien se queja de la conquista ilegítima de España por las tropas francesas bajo el usurpador Napoleón. Atahualpa por su parte le pide a Fernando VII comparar la situación actual con la de América hace 300 años, cuando los españoles cubrieron pueblos indios

lante; asimismo, la declaración de la independencia del Alto Perú (6 ago. 1825) compara, entre otros, los imperios florecientes prehispánicos con la situación trágica de los descendientes de Manco Capac, texto en Romero y Romero, 1977, vol. II, pp. 191-197, aquí p. 192. Para México véase, entre otros, la ponencia de Morelos en el congreso de Chilpancingo. Para Chile, Collier menciona algunos ejemplos, Collier, 1967, p. 214. La carta de Jamaica de Bolívar se utiliza en la edición particular dentro de la edición crítica de sus obras proporcionada por la Comisión Editora de los Escritos del Libertador, Bolívar, 1972, pp. 152 y 171.

[21] Romero y Romero, 1977, t. I, pp. 64-71.

libres y pacíficos con una guerra sangrienta de la que él mismo fue víctima. Después de que Atahualpa refiere lo dudoso de los títulos legales, lo vacío de la cristianización, la desproporción entre la exigencia de la religión cristiana y la aplicación real de ésta así como todos los déficits del gobierno colonial en forma de un catálogo de reclamaciones, Fernando no tiene otro remedio que calificar el sistema español de dominación extranjera y dar por buenos los esfuerzos de los americanos para independizarse: "Convencido de tus razones, cuanto habéis dicho confieso, y en su virtud, si aún viviera, yo mismo los moviera a la libertad e independencia más bien que a vivir sujetos a una nación extranjera".[22]

Monteagudo ha puesto en boca de un emperador indio de manera impresionante la descripción de la dolorosa historia india, pero también la enumeración del catálogo de deficiencias que al igual que el "Memorial de Agravios" del neogranadino Camilo Torres, escrito al mismo tiempo,[23] expone en el fondo las quejas políticas y económicas de la alta clase criolla, es decir, de los españoles americanos. Con eso se pretende, sin duda alguna, crear una identidad común entre los indios y los demás americanos. A este propósito corresponde también la última frase del diálogo cuando el inca Atahualpa dice que transmitirá ahora la feliz noticia a Moctezuma y a los demás antiguos emperadores de América de que sus súbditos están a punto de brindar por la libertad: "Idos, pues, Fernando, a Dios, que yo también a Moctezuma y otros reyes de la América darles quiero la feliz nueva de que sus vasallos están ya a punto de decir que viva la libertad".[24] Con los emperadores de entonces y los nuevos súbditos quiere decir, sobre todo, los criollos, o sea, los americanos en general, que forman en este caso una unidad.

Con tales y parecidas "consideraciones históricas" los criollos reivindicaron para sí mismos la historia de los in-

[22] ROMERO y ROMERO, 1977, t. I, p. 71.
[23] TORRES, 1960.
[24] TORRES,1960, t. I, p. 71.

dios antes de la conquista y a partir de ésta. Aludiendo a la falta de libertad y a la opresión de los indios se podían también denunciar públicamente la opresión y la falta de libertad de toda América. Y, al mismo tiempo, censurar que las regiones americanas a raíz de la conquista fueran consideradas solamente colonias dependientes. Así, los propagandistas criollos transfirieron la dominación extranjera, la opresión y la explotación que sufrieron los indios desde la conquista también a los criollos. La identificación con la historia de los indios llegó con frecuencia hasta tal extremo que en algunos textos los criollos mismos parecían ser los sometidos.[25] Se hablaba a veces de "nosotros"; algunos líderes del movimiento independentista, como el general argentino José de San Martín o el general chileno Bernardo O'Higgins, hijo de un irlandés al servicio de la corona española y de madre chilena, incluso se caracterizaron a sí mismos como indios o descendientes de padres americanos.[26] Por lo demás, en todas las regiones del antiguo imperio colonial los criollos quisieron disimular las diferencias étnicas y sociales con la autocalificación de "americanos". Pretendían formular para todas las personas nacidas en América la misma pertenencia al país y, con eso, reclamar el derecho a la recuperación de la libertad perdida desde la conquista.[27] En consecuencia, la liberación del indio sir-

[25] Un buen ejemplo son las aclaraciones del abogado neogranadino HERRERA, 1809; en éstas, Herrera se refiere a la discusión sobre la razón e inteligencia de los indios, sin embargo, habla de los americanos en general: "Desde la Conquista se empezó a degradarnos y en la Corte de Madrid se convocó una Junta de Teólogos para averiguar si éramos capaces del bautismo". Véase KÖNIG 1994, p. 242.

[26] Con las palabras "También yo soy indio" San Martín se dirigió a los araucanos argentinos en 1816, citado según HENRÍQUEZ UREÑA, 1954, p. 108. O'Higgins dijo en su discurso a los araucanos a los que quería ganar para la causa nacional, 1818: "Siendo idéntica nuestra causa, no conocemos en la tierra otro enemigo de ella que el español. Descendemos todos de unos mismos padres, habitamos bajo de un clima". Texto de la "proclama" en ROMERO y ROMERO, 1977, vol. II: pp. 200-202, aquí p. 201.

[27] A la función de la autocalificación "americanos" para la identificación y delimitación temporales frente a los españoles me he dedicado detalladamente en mi estudio *En el camino hacia la Nación*, KÖNIG, 1994.

vió a la propaganda política de pretexto para el movimiento independentista. Los criollos que actuaban en nombre de sus compañeros de infortunio indios fueron considerados como vengadores de la injusticia sufrida por éstos.[28]

Entre aplicar la historia india a una comunidad de destino americana y comparar la situación del movimiento independentista con la del siglo XVI durante la conquista, sólo medió un paso, pequeño pero lógico. Con mucho tino, la propaganda política comparó la crueldad de los conquistadores españoles con la de los generales encargados de la "pacificación" de las colonias sublevadas, al llamar "nuevo Pizarro" a Pablo Morillo (en la región norteandina) o "nuevo Cortés" a Felix María Calleja (en México).[29] Además, estos propagandistas destacaron la continuidad entre el pasado indio en las distintas regiones y la respectiva actualidad americanocriolla, y aplaudieron la formación de estados por considerarla un acto que restablecía el antiguo régimen, como si los nuevos estados hubieran sido formados ya antes de la conquista —por lo menos en la zona de las altas civilizaciones andinas— y fueran renovados por la independencia.[30]

La representación más consecuente de esta forma de continuidad se encuentra en el discurso pronunciado el 14 de septiembre de 1813 por José María Morelos, sucesor de Miguel Hidalgo, con motivo de la apertura del Congreso de Chilpancingo durante la primera fase del movimiento de independencia en México.[31] Este discurso contiene

[28] Para México véase el discurso de Morelos de 1813. Véase también la argumentación del presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada, Camilo Torres (25 abr. 1813), en POSADA, 1924, p. 65.

[29] Estas caracterizaciones las aplicaron SALAZAR, 1852, p. 155, y los autores de las ya mencionadas series de artículos en el *Correo del Orinoco*, núms. 83 y 186. Véase también la nota 37 en cuanto a las descripciones del padre de Mier sobre los españoles crueles.

[30] De este modo argumenta la declaración de independencia de Venezuela (5 jul. 1811). Estas ideas se desarrollan en el manifiesto que hace al mundo la Conferencia de Venezuela (30 jul. 1811), ambos textos en *La Constitución*, 1959, pp. 89-96 y 105-148. Véase *Mercurio Venezolano*, núm. III (mar. 1811), pp. 24 y ss. (190 y ss. y de la edición facsimilar.)

[31] Razonamiento del señor Morelos en la apertura del Congreso, tex-

numerosas alusiones al pasado indio, como el antiguo nombre Anáhuac, ya que fue redactado en gran parte por el periodista y revolucionario Carlos María de Bustamante que, a pesar de ser hijo de un español, describió en numerosos textos la importancia del pasado indio para el movimiento de independencia.[32] Después de invocar a los genios de Moctezuma y otros reyes aztecas, que aunque fueron asesinados por los españoles, ahora tienen motivo de alegría dado que sus hijos los vengan y se libran de la tiranía, el discurso culmina diciendo:

> Al 12 de agosto de 1521, sucedió el 14 de septiembre de 1813. En aquel se apretaron las cadenas de nuestra servidumbre en México-Tenoxtitlán, en este se rompen para siempre en el venturoso pueblo de Chilpancingo... Vamos a restablecer el imperio mexicano, mejorando el gobierno.[33]

¿Estaban conscientes los criollos mexicanos de que con esta resurrección del imperio de Moctezuma decretaban la abolición del ser histórico de su pueblo, de que negaban la historia como proceso?[34]

Aparte de tales declaraciones directas, la evocación de la historia india se manifestó también en aquella locución que pronto se convirtió en fórmula común: el estado de opresión y esclavitud que ocasionó la conquista española y que persistía desde hacía 300 años. Esta fórmula se aplicó con razón a la población indígena pero no a los criollos. O eran éstos descendientes de los crueles conquistadores o sus familias vivían en América desde hacía solamente una o dos generaciones; eran personas que a su vez habían explotado frecuentemente a los indios y su fuerza de trabajo. No obstante, se aplicaba esta fórmula también como argumento en unos contextos que no tenían nada o muy

---

to utilizado en HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, 1881 (en edición de 1968, pp. 163-166).

[32] Véase BUSTAMENTE, 1961. Véase también sobre su papel BRADING, 1984, especialmente cap. 2.

[33] HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, 1881 (en edición de 1968, pp. 165 y ss.).

[34] Véase al respecto la opinión de Edmundo O'Gorman, en O'GORMAN, 1986, pp. 8 y ss.

poco que ver con los indios. Como un hilo rojo es la fórmula de "300 años de nuestra servidumbre y opresión", "la América oprimida, esclavizada durante tres siglos", sobre todo en las declaraciones de independencia de los nuevos estados que fueron fundados por los criollos precisamente.[35] Éstos sabían que mediante esta fórmula se podía demostrar la necesidad y legitimidad de la resistencia contra el dominio colonial español derivándolas de la mencionada comunidad de destino con los indios y su historia.

Dentro de este contexto de las consideraciones, alusiones y acusaciones "históricas" hay que ver también la nueva dedicación a Bartolomé de Las Casas quien, en el siglo XVI, no dejó de luchar por la protección de los indios contra los españoles. Su reputación y obra podían ser utilizadas de forma propagandística de acusación contra los españoles y, al mismo tiempo, de programa para los nuevos estados, como lo demuestran algunos ejemplos. En Bogotá, Nueva Granada, el patriota Agustín Gutiérrez Moreno ordenó en 1813 la reedición del libro *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, publicado en 1552 en Sevilla para, así dice en la introducción, estimular la postura antiespañola ante las crueldades españolas, es decir, el patriotismo de los criollos.[36] Muy pronto la edición estuvo agotada. En su *Historia de la revolución de la Nueva España antiguamente Anáhuac* publicada durante su exilio en Londres, el dominico mexicano fray Servando Teresa de Mier, entre otros, caracterizó a Las Casas como modelo para los criollos. Denominó a los criollos herederos de Las Casas en la defensa de los indios, mientras que en la crueldad de los españoles de entonces frente a los luchadores por la independencia vio material suficiente para una continuación de la *Brevísima relación...* de Las Casas.[37] En su carta de Jamaica, de septiembre de 1815, que es un análisis del

[35] Los ejemplos se encuentran en casi todos los textos de la colección de ROMERO y ROMERO, 1977, *passim.*

[36] CASAS, 1813. Para la descripción de esta edición agotada y muy rara véase IBÁÑEZ, 1952, vol. III, pp. 75 y ss.

[37] MIER, 1813, pp. 570-614 y CASAS, 1813, pp. 350-368 y 771 (crueldades).

movimiento de independencia y de su desarrollo futuro, Simón Bolívar propuso para el nuevo estado colombiano una nueva capital con el nombre programático de Las Casas "en honor de este héroe de la filantropía".[38]

Ni Bolívar ni los criollos cumplieron a la larga con el programa social vinculado al nombre de Las Casas y a la identificación con la historia india. No alcanzaron ni aseguraron respectivamente la libertad de los indios, perdida 300 años antes. Desde luego, no se puede pasar por alto que los criollos lucharon por suspender el tributo indio y elevar al indio a la categoría de un ser libre con los mismos derechos que los otros ciudadanos, haciéndole olvidar de este modo las consecuencias de la conquista. En toda América se oían estas reivindicaciones desde comienzos del movimiento de la independencia hasta los años 20 del siglo XIX y, concluido el proceso de formación de estados, se convirtieron en ley. Pero el desarrollo de los estados jóvenes durante los decenios siguientes demuestra que la glorificación del indio, de su historia y la asistencia propagada solamente tuvieron la temporal función propagandística de movilizar a la población contra España durante la fase de separación y, frente a los indecisos, legitimar la ambición de poder de los americanos. Las promesas de convertir al indio en ciudadano con iguales derechos, en intelecutal, en terrateniente, y de integrarlo a la sociedad no fueron cumplidas. Las nuevas sociedades orientadas hacia el liberalismo económico no sólo no emprendieron pasos concretos para la integración propagada, sino que en cuanto a sus ideas de desarrollo volvieron la espalda a los indios.[39]

La manera en que las clases dirigentes criollas antes, durante y después del movimiento independentista, que es la primera fase en el proceso de formación de estados y naciones hispanoamericanos, se ocuparon de los indios y de su historia ha demostrado que se aprovecharon de la existencia de la población autóctona conquistada y luego sometida por los españoles. La historia de los indios preco-

[38] BOLÍVAR, 1972, p. 170.
[39] Véase KÖNIG, 1989, pp. 97-118, sobre todo 111 y ss.

lombinos y la conquista fue el elemento ideal de un pasado "nacional" común, aunque fuera artificial, porque aludía de la forma más clara a la dominación extranjera por los españoles y, al mismo tiempo, contenía la justificación, aspiración y el objeto del movimiento nacional: la libertad. El indigenismo criollo no se ideaba como un proyecto político realista sino que era un instrumento político. Como se sabe, los criollos no construyeron Estados nacionales basados en criterios étnicos o culturales, sino "naciones de ciudadanos", siendo el ciudadano un criterio que prometía superar las tensiones resultantes de la heterogeneidad étnica.

REFERENCIAS

América Latina

1987 *América Latina. Dallo Stato Coloniale allo Stato Nazione, 1750-1940.* Milán: Franco Angeli.

L'Amérique

1976 *L'Amérique vue par l'Europe. Edition des Musées Nationaux* (Catálogo de exposición). París.

BARRE, Marie-Chantal

1983 *Ideologías indigenistas y movimientos indios.* México: Siglo Veintiuno Editores.

BOLÍVAR, Simón

1972 *Carta de Jamaica.* Caracas: Comisión Editora de los Escritos del Libertador.

BRADING, David A.

1984 *Prophecy and Myth in Mexican History.* Cambridge: Cambridge University Press.

BUSTAMENTE, Carlos María de

1961 *Cuadro histórico de la revolución mexicana,* 3 vols. México: Comisión Nacional para la Celebración del Sesquicentenario de la Proclamación de Independencia Nacional y del Cincuentenario de la Revolución Mexicana.

CASAS, Bartolomé de Las

1813 *Brevísima relación de la destrucción de las Indias, colegida por el Obispo don Fr. Bartolomé de las Casas o Casaus de la*

Orden de Santo Domingo. Impresa en Sevilla el año de 1552 y reimpresa en Santafé de Bogotá.

CLAVIGERO, Francisco Xavier

1945 *Historia antigua de México.* México: Porrúa, «Escritores mexicanos, 7-10».

Colección

1987 *Colección de los Decretos y Órdenes de las Cortes de Cádiz, 1811-1813.* Cádiz (Edición Facsimilar t. I y t. II).

COLLIER, Simon

1967 *Ideas and Politics of Chilean Independence, 1808-1833.* Cambridge: Cambridge University Press.

La Constitución

1959 *La Constitución Federal de Venezuela de 1811.* Caracas.

CORNEJO BOURNONCLE, Jorge

1965 *Pumacahua. La revolución del Cuzco de 1814.* Estudio documentado. Cuzco.

CHAUNU, Pierre

1964 *L'Amérique et les Amériques.* París: A. Colin, «Destins du monde, 8».

CHIARAMONTE, José Carlos (coord.)

1979 *Pensamiento de la Ilustración, economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII.* Caracas: Biblioteca Ayacucho.

FERNÁNDEZ DE SOTOMAYOR, Juan

1814 *Catecismo o Instrucción Popular.* Cartagena.

1815 *Sermón que en la solemne festividad del 20 de julio, aniversario de la libertad de la Nueva Granada, predicó en la Santa Iglesia Metropolitana de Santafé.* Santafé.

FISCH, Jörg

1984 *Die europäische Expansion und das Völkerrecht. Die Auseinandersetzung um den Status der überseeischen Gebiete vom 15.* Jahrhundert bis zur Gegenwart. Stuttgart.

FISHER, John

1970 *Government and Society in Colonial Peru; The Intendent System.* Londres: University of London, Athlone.

1979 "Royalism, Regionalism and Rebellion in Colonial Peru, 1808-1815", en *The Hispanic American Historical Review,* LIX, pp. 232-257.

1987 "Imperio, Virreinato y Provincias. La Lucha por el Poder en el Perú, 1776-1824", en *América Latina*, pp. 455-470.

FORERO, Manuel José

1960 *Camilo Torres*. Bogotá.

GARCÍA GALLO, Alfonso

1957-1958 "La bula de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en África e Indias", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, 27-28, pp. 461-829.

GÓNGORA, Mario

1951 *El Estado en el derecho indiano. Época de fundación 1492-1570*. Santiago de Chile: Universitaria.

HAMILL Jr., Hugh M.

1961 "Early Psychological Warfare in the Hidalgo Revolt", en *The Hispanic American Historical Review*, XLI, pp. 201-235.

1966 *The Hidalgo Revolt. Prelude to Mexican Independence*. Gainesville: University of Florida.

HANKE, Lewis

1965 *The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America*. Boston: Little, Brown.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro

1954 *Corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.

HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, J. E.

1881 *Colección de Documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821*, t. 5. México: Biblioteca del Sistema Postal de la República Mexicana.

HERRERA, Ignacio de

1809 *Reflexiones de un americano imparcial*. Santafé.

HÖFFNER, Joseph

1972 *Kolonialismus und Evangelium. Spanische Kolonialethik im Goldenen Zeitalter*. Trier, Alemania: Paulisnus.

IBÁÑEZ, Pedro María

1952 *Crónicas de Bogotá*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombina.

KNEFELKAMP, Ulrich y Hans-Joachim KÖNIG

1988 *Die Neuen Welten in alten Büchern. Entdeckung und Eroberung in frühen deutschen Schrift- und Bildzeugnissen.* Bamberg: Ausstellung in der Staatsbibliothek Bamberg.

KÖNIG, Hans-Joachim

1994 *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750-1856.* Bogotá.

1989 "Barbar oder Symbol der Freiheit? Unmündiger oder Staatsbürger? Indiobild und Indianerpolitik in Hispanoamerika", en H.-J. KÖNIG, W. Reinhard y R. Wendt (eds.): *Der europäische Beobachter außereuropäischer Kulturen. Zur Problematik der Wirklichkeitswahrnehmung.* Berlín.

LEMOINE VILLACAÑA, Ernesto

1965 *Morelos. Su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

LYNCH, John

1976 *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826.* Barcelona: Ariel, «Ariel Historia, 8».

MAIHOLD, Günther

1986 *Identitätssuche in Lateinamerika: Das indigenistische Denken in Mexiko.* Saarbrücken-Fort Lauderdale.

MANZANO MANZANO, Juan

1951 "La adquisición de las Indias por los Reyes Católicos y su incorporación a los Reinos castellanos", en *Anuario de Historia del Derecho Español,* XXI, pp. 5-170.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1969 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.* Lima: Biblioteca Amauta, «Obras Completas, 2».

MARROQUÍN, Alejandro

1977 *Balance del indigenismo; informe sobre la política indigenista en América.* México: Instituto Indigenista Interamericano.

MCCLUNG FLEMING, E.

1965 "The American Image as Indian Princess, 1765-1783", en *Winterthur Portofolio,* II, pp. 65-81.

MIER, fray Servando Teresa de

1813 *Historia de la revolución de la Nueva España antiguamente Anáhuac, ó Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus procesos hasta el presente año de 1813*, 2 vols. Londres: G. Glindon.

MOLINA GONZÁLEZ, Juan Ignacio

1809 *The Geographical, Natural, and Civil History of Chili*, 2 vols. Londres.

MONTEAGUDO, Bernardo de

1977 "Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos", en ROMERO y ROMERO, pp. 64-71.

O'GORMAN, Edmundo

1986 *La supervivencia política novo-hispana; reflexiones sobre el monarquismo mexicano.* México: Universidad Iberoamericana.

OTS CAPDEQUÍ, José María

1946 *El Estado español en las Indias.* México: Fondo de Cultura Económica.

PASTOR, Beatriz

1988 *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia.* Hanover: Ediciones del Norte.

PIETSCHMANN, Horst

1980 *Staat und staatliche Entwicklung am Beginn der spanischen Kolonisation Amerikas.* Münster.

POESCHEL, Sabine

1985 "Studien zur Ikonographie der Erdteile", en *der Kunst des*, 16.

POSADA, Eduardo (comp.)

1924 *Congreso de las Provincias Unidas.* Bogotá.

ROBERTSON, William S.

1967 *La vida de Miranda.* Caracas.

RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida.

1982 "Die Vorstellung vom Indio bei José Clemente Orozco und Diego Rivera", en *Nationalgalerie Berlin: Wand-Bild.* Mexico: Berlín.

ROMERO, José Luis y Luis Alberto ROMERO (coords.)

1977 *Pensamiento político de la emancipación*, 2 vols. Caracas.

SALAZAR, José María

1820 *La Campaña de Bogotá. Canto Heroyco.* Bogotá.

1852 *La Colombiada ó Colón, el amor a la Patria y otras poesías líricas.* Caracas.

TIMMONS, Wilbert H.

1963 *Morelos, Priest, Soldier, Statesman of Mexico.* El Paso, Texas: Western College.

TORRES, Camilo

1960 "Representación del Cabildo de Santafé, Capital del Nuevo Reino de Granada, a la Suprema Junta Central de España, en el Año de 1809 Memorial de Agravios", en FORERO, pp. 321-344.

VIAL CORREA, Gonzalo

1966 "La formación de las nacionalidades hispanoamericanas como causa de la independencia", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia,* XXXII:75, pp. 110-144.

VILLORO, Luis

1953 *La revolución de independencia; ensayo de interpretación histórica.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

ZAVALA, Silvio

1977 *La filosofía política en la conquista de América.* México: Fondo de Cultura Económica, «Tierra Firme».

DE JUSTO SIERRA A VASCONCELOS. LA UNIVERSIDAD NACIONAL DURANTE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Javier GARCIADIEGO DANTAN
El Colegio de México

FALSOS MOTIVOS

DON EDMUNDO O'GORMAN APENAS escribió sobre asuntos de historia moderna y contemporánea de México. Sus temas fueron otros: historia e historiografía coloniales y del siglo XIX, y eso llamado "filosofía de la historia". Sobre los tiempos más recientes escribió una breve reflexión acerca de la historiografía de la revolución mexicana,[1] unas provocadoras páginas dentro de un notable ensayo reciente (*México, el trauma de su historia*), y un breve estudio sobre el papel de Justo Sierra en la fundación de la Universidad Nacional de México. Las motivaciones que lo llevaron a escribir este último ensayo son obvias: por un lado, su admiración por Sierra; por el otro, su amor a la institución.[2] La fecha en que fue publicado permite adivinar la de redacción: a finales del decenio de los cuarenta, lo que da a su tesis una edad mediosecular.[3]

[1] Publicado originalmente en el tomo dedicado a la cultura, de la conocida obra conmemorativa *México, cincuenta años de revolución*, y reeditado en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, 1960, pp. 203-220.

[2] Si *La invención de América*, 1958, está dedicada a la UNAM "con gratitud y amor", *México, el trauma de su historia*, 1977, se lo vuelve a dedicar "con filial gratitud", llamándola "madre pía".

[3] Por esos años O'Gorman trabajó sobre la obra de Sierra, como lo prueban las anotaciones a la *Historia de la Antigüedad* y a la *Evolución polí-*

¿En qué consiste la tesis de O'Gorman sobre los orígenes de la Universidad Nacional? ¿En qué circunstancias históricas surgió ésta, a juicio de don Edmundo? ¿Cuáles fueron las causas, cuáles sus objetivos? El célebre y polémico historiador no deja lugar a dudas: más que de una fundación, se trató de la "recreación" de una institución; además, asegura que tal "fue obra" de Sierra, de cuyas manos "salió" la Universidad Nacional en 1910, transformando la "ausencia" en "presencia". Dicha "ausencia" había sido poco prolongada, y motivada por intereses políticos. Durante el siglo XIX los gobiernos liberales consideraron una "obligada muestra" de sus convicciones suprimir la Universidad, heredera de la Nacional y Pontificia, como para los conservadores reinstalarla era signo de lealtad a sus principios. Por ello O'Gorman la llamó "ave fénix" cuyo milagro polingenésico fue repetido en un par de "muertes y resurrecciones", aunque lo cierto es que la primera desaparición fue efímera —con Valentín Gómez Farías en 1833— y la segunda fue prolongada, con pretensiones de ser una decisión definitiva a partir del triunfo de la República restaurada, en 1867.

El cumplimiento de esa costumbre política fue roto por el paradójico emperador Maximiliano, liberal "encaramado en un trono conservador", cuyas ideas sobre la instrucción pública son un claro antecedente de las que luego sostendrían "los liberales del porfirismo".[4] Su propuesta era "de buena fe", pero implicaba un pecado político. Lo mismo podría decirse de Justo Sierra, quien condenó a sus antecesores los liberales, en concreto a Gómez Farías y a José María Luis Mora, pues con la supresión de la universidad en 1833 intentaron "mejorar destruyendo en lugar de transformar mejorando". Lo que les reclamó Sierra es

---

tica del pueblo mexicano, t.x y xii de las *Obras Completas,* publicadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en 1948.

[4] O'Gorman sostiene que las ideas educativas de Maximiliano no sólo eran liberales y progresistas, sino también semejantes a las sostenidas por el positivismo, tanto por el papel que asignó a las ciencias como por el que dio a la filosofía y a la metafísica, a la cual proscribía.

que no hubiesen creado, para sustituir a la vetusta institución colonial, una universidad "nacional y eminentemente laica". Su crítica a los liberales mexicanos por identificar a toda universidad con la reacción es contundente: le parece una medida "apenas pensada".[5]

El mayor esfuerzo en la vida de Sierra fue, precisamente, revertir tal postura; así, se afanó obsesivamente en crear una universidad de ese tipo, pues era la institución que mejor encabezaba "los esfuerzos colectivos de la sociedad moderna para emanciparse integralmente del espíritu viejo".[6] Al margen de numerosas diferencias sustanciales con los liberales, los positivistas, que dominaron el sistema nacional de instrucción pública superior desde 1867, también eran contrarios al establecimiento de una universidad, tanto por conveniencias políticas como por principios doctrinales. Esto hace más admirable el esfuerzo de don Justo, pues era un miembro destacado —canonizado, dice O'Gorman— del grupo de positivistas mexicanos.[7] Su lucha no fue sólo pedagógica sino también política. Si bien no se puede coincidir con O'Gorman respecto al carácter de Sierra como jerarca del positivismo mexicano, pues siempre fue cuestionado por los más ortodoxos como un pensador ecléctico, falto de disciplina,[8] es de compartirse la admiración que profesa a don Justo, pues su lucha por la fundación de la Universidad Nacional implicó serios distanciamientos de sus principales compañeros políticos e intelectuales, ya fueran liberales o positivistas.

Es indiscutible que la época "de oro" del positivismo fue la República restaurada, en tanto que entre 1877-1880 sur-

[5] Sierra, 1948, p. 207.

[6] Sierra, 1948.

[7] Para conocer los aspectos biográficos de Sierra véase la obra de Dumas, 1986.

[8] Según Agustín Aragón, último apóstol del positivismo mexicano, Sierra era "un metafísico que quiere a ratos seguir los senderos de la ciencia y a ratos sonríe a la teología", por lo que lo califica de "falso positivista que ignora las doctrinas positivistas", véase Hernández Luna, 1967, pp. 368-381. Comprensiblemente, intelectuales católicos como Trinidad Sánchez Santos lo tachaban de pensador gubernamental y positivista. Véase *El País* (19 y 21 mayo 1910).

gieron algunas críticas importantes que buscaban sacrificar la directriz teórica general en aras de estudios especializados y prácticos; en tanto que se dio la polémica en torno al libro de lógica que debía usarse en la preparatoria —el del positivista Bain o el del krausista Tiberghien—, y dado que el ministro Ezequiel Montes propuso una nueva ley de instrucción pública, abiertamente antipositivista.[9] Ante la presión de la opinión pública, mayoritariamente católica, el gobierno prefirió disminuir el dominio positivista en las educaciones media y superior del país. Incluso en la Cámara de Diputados se propuso la supresión de la Escuela Nacional Preparatoria, alegándose que cinco años eran demasiados para brindar a los jóvenes una enseñanza general, cuando lo que se requería era una rápida especialización. Es un hecho que el positivismo pasó momentos de apuro, pues don Porfirio buscaba con denuedo la estabilidad política, alcanzable con consensos ideológicos, pero no con polémicas doctrinarias.

Según Edmundo O'Gorman, el joven diputado Sierra presentó intempestiva y sorpresivamente su proyecto de creación de una universidad, a principios de 1881[10] buscando neutralizar el impacto de tales propuestas antipositivistas. En su proyecto Sierra proponía una universidad positivista y vinculada con el gobierno aunque con independencia académica; el objetivo era doble: preservar al positivismo en una institución importante, por si acaso prosperaban los ataques contra la preparatoria, y conservar la confianza y simpatía de la mayoría de las autoridades. La demanda de independencia académica era clave, pues protegía al positivismo de ataques de los políticos y funcionarios en turno. Así, en resumen, para O'Gorman el proyecto universitario de Sierra de 1881 buscaba "la salvación del positivismo mexicano".

[9] El mejor y más reciente estudio sobre el tema es el de Hale, 1991. Obviamente, también debe consultarse el libro ya clásico de Zea, 1968.

[10] En febrero lo publicó en su periódico, *La Libertad,* para que fuera conocido por la opinión pública, y lo presentó oficialmente en la Cámara de Diputados (7 abr.). Las críticas al proyecto de Sierra, hechas por Luis E. Ruiz y Enrique M. de los Ríos, en Hernández Luna, 1948, pp. 139-151.

La tesis de O'Gorman, casi 50 años después de haber sido formulada, muestra ya algunas fisuras. Por un lado, dado que eran entonces numerosos los diputados positivistas, es de preguntarse ¿por qué no tuvo mejor destino tal proyecto? En rigor, el proyecto de Sierra de 1881 no podía ser apoyado por los diputados positivistas, y tampoco por los más claramente liberales, pues ambos eran enemigos de la reapertura de la universidad. Esto es, los diputados positivistas no estaban de acuerdo en que para defender al positivismo se requería fundar una universidad. Además, el sistema educativo adolecía todavía de graves deficiencias y carencias en los niveles previos, por lo que la creación de tal institución resultaba superflua e inútil. Por último, era erróneo políticamente, pues aquellos eran tiempos de reconciliación y no hubiera sido oportuno reactivar explosivos y añejos conflictos ideológicos. El mismo O'Gorman reconocía lo riesgoso que era atribuirle a Sierra en 1881 tales objetivos, pues finalmente no era todavía sino un diputado de poco más de 30 años en busca de redefinir sus alianzas políticas. Por ello sostiene también que esa primera propuesta para recrear la universidad nacional fue una "ocurrencia... peregrina", pues "ni la doctrina a la moda, ni los intereses políticos dominantes parecían exigir esa novedad". Así lo haya dicho O'Gorman, no es creíble que Sierra fuera un hombre de "ocurrencias peregrinas". Entre esto e intentar salvar al positivismo, media un abismo.

Uno de los objetivos de O'Gorman fue comparar y distinguir los proyectos de 1881 y 1910, a partir de la respectiva postura filosófica y pedagógica de Sierra, para explicar así la fundación universitaria de 1910. Sin embargo, lo cierto es que no comparó los cambios en la situación de don Justo ni las diferentes circunstancias nacionales de 1881 y 1910, que es donde radica la posible explicación de dicha fundación. Claro está que los proyectos son distintos, pues los separan 30 años: si al principio Sierra era un "doctrinario de hueso colorado", a pesar de sus innatas preocupaciones metafísicas y religiosas, a partir de 1895 se distanció del "círculo encantado del dogma positivista". No era sólo el abandono de un credo filosófico determinado, sino que Sierra llegó a sostener que a principios del siglo XX el mundo se había "transformado

en otro mundo", quedando todo en duda, cuestionado, negado, incluidas, obviamente, las doctrinas positivistas.

Al margen de los cambios experimentados por Sierra, la creación de la Universidad Nacional, en septiembre de 1910, dependió de la nueva situación nacional en materia educativa. A diferencia de 1881, ahora ya se podía coronar un sistema que había hecho grandes progresos durante esos 30 años.[11] Sin embargo, según O'Gorman, si en 1881 Sierra había buscado salvar al positivismo, en 1910 pretendió "abrir posibilidades frescas para tratar de comprender lo humano", corrigiendo, expresa y definitivamente, "la ruta trazada por el positivismo". Sin embargo, si lo que Sierra buscaba en 1910 era superar al positivismo, como asegura don Edmundo, la fundación de la Universidad Nacional sería el resultado de la apostasía filosófica de un ministro. Vista así, su creación sería, simplemente, una respuesta institucional al desgarramiento intelectual sufrido por Justo Sierra. A casi 50 años de distancia la tesis de O'Gorman sigue siendo respaldada por un número considerable de alumnos y simpatizantes.[12] La primera hipótesis alternativa surgió no hace mucho, cuando se afirmó que dicha fundación había buscado modernizar la educación superior del país, con vías a agilizar su desarrollo económico.[13] Con todo, lo cierto es que el proyecto de Sierra de 1910 excluye abierta y claramente el estudio de carreras industriales, como las ciencias químicas, así como las de naturaleza administrativa. En palabras de Sierra, la Universidad Nacional no podría dedicarse a estudios "concretos y utilitarios", como tampoco a "industriales".

Orígenes políticos

Dado que no parece verosímil la conjetura de que en el fondo Sierra buscaba superar al positivismo, y dado que

[11] El más reciente estudio sobre el tema es el de Bazant, 1993.
[12] Véase Villegas, 1984, pp. 76-106.
[13] García Verástegui, 1984.

tampoco es aceptable la hipótesis de la fundación de la universidad como herramienta para aumentar el desarrollo económico nacional, ¿cuál fue el verdadero motivo de su fundación? Si O'Gorman acepta que las muertes y resurrecciones de la institución a lo largo del siglo XIX tuvieron razones políticas, y si acepta que lo mismo sucedió al intento de 1881, ¿por qué no aceptar que las motivaciones de 1910 fueron asimismo políticas? Para empezar, Sierra era entonces mucho más poderoso que en 1881, como exitoso secretario de Instrucción Pública y miembro del influyente grupo de los "científicos". Además, hoy parece claro que dicha fundación obedecía más a la coyuntura político-diplomática que a demandas académicas o a necesidades socioeconómicas, pues el objetivo de don Porfirio era darle realce y solemnidad a los festejos por el centenario de la independencia, y demostrar que México era un país civilizado, de orden y progreso.

Los objetivos político-diplomáticos se confirman al constatarse que Sierra y sus colaboradores dedicaron más tiempo y esfuerzos a los preparativos protocolarios que a la elaboración del proyecto mismo. Fueron muchas las universidades extranjeras invitadas a ser testigos del acontecimiento, aunque por razones económico-geográficas las instituciones estadounidenses tuvieron más facilidades para enviar representantes.[14] Los fines políticos se ratifican por el otorgamiento, durante la ceremonia inaugural, de varios doctorados *honoris causa* a grandes estadistas y filántropos internacionales y nacionales. La cuidadosa selección por nacionalidad o postura política indica que el objetivo era la conciliación de ideologías y no el ajuste de cuentas con determinada corriente filosófica, así como complacer a las potencias internacionales y a los principales grupos políticos e intelectuales nacionales, ya fueran positivistas, liberales o católicos.[15]

[14] AHUNAM, *UN*, *R*, c. 2, exp. 33. Las universidades de París, Salamanca y Berkeley fueron, por distintas razones, distinguidas como "madrinas" de la institución reciente.

[15] Una lista preliminar de premiados fue elaborada por Ezequiel A. Chávez e incluía a casi 30 científicos, dos escritores, un educador y un ex-

Al margen de que los objetivos político-diplomáticos se hayan logrado y de que la ceremonia de fundación de la Universidad Nacional haya tenido "severa grandeza", tanto por lo selecto de la concurrencia como por el discurso de Sierra,[16] no debe sobreestimarse el peso y tamaño de la institución creada: más que una universidad, lo que en verdad se creó fue tan sólo una pequeña oficina rectoril para que dirigiera, de manera limitada pues no sería autónoma, las escuelas profesionales existentes —Ingenieros, Jurisprudencia, Medicina y Bellas Artes (sección Arquitectura) así como la preparatoria y la novedosa Escuela de Altos Estudios. O'Gorman sobreestimó no sólo la dimensión real de la institución fundada, sino también el papel del propio Sierra. Hoy resulta evidente que el proyecto universitario de 1910 fue obra, básicamente, del subsecretario don Ezequiel Chávez, a quien ni siquiera menciona don Edmundo. En efecto, Chávez fue enviado —por Sierra— varias veces a Estados Unidos para que estudiara el funcionamiento de varias universidades, se le responsabilizó de redactar la primera versión de su ley orgánica, y fue sin duda el diseñador de la Escuela de Altos Estudios, dependencia indispensable para la instalación de la Universidad Nacional en 1910.[17]

Respecto a la sobreestimación en que O'Gorman incurrió en relación con la institución fundada, es preciso dis-

---

presidente estadounidense, así como a tres mexicanos. En la selección definitiva, rehecha seguramente por Sierra con instrucciones del propio don Porfirio, se redujo el número de científicos a tres, se agregó el español Rafael Altamira —más por su labor hispanoamericanista que por su obra de jurista o historiador—, el monarca italiano Víctor Manuel III y el filantrópico industrial estadounidense Andrew Carnegie, y se conservó la distinción Theodore Roosevelt a los mexicanos José Ives Limantour, hacendista y jefe del grupo "científico", Gabriel Mancera, empresario modernizante y filantrópico, y Agustín Rivera, sacerdote católico provinciano muy conocido por sus posturas liberales y por sus capacidades como intelecto (polígrafo y orador sagrado). Véase AHUNAM, *UN, R*, c. 2, exp. 27, ff. 485-490, 493-494 y 514-515 y exp. 28, ff. 516-517.

[16] AHUNAM, *UN, R*, exp. 22, ff. 445-447 y exp. 32, f. 570. *El Imparcial* (22 y 23 sep. 1910); *El País* (23 sep. 1910); SIERRA, 1948, V, pp. 447-462, y GARCÍA, 1911, p. 203.

[17] CHÁVEZ, 1964; HERNÁNDEZ LUNA, 1981, y MARIA Y CAMPOS, 1975, pp. 66-74 (apéndice 5).

tinguir lo realmente creado de sus secuelas de mediano y largo plazos. En 1910 no se erigieron nuevas instalaciones; las escuelas profesionales conservaron sus planes y programas y sus mismas autoridades; asimismo, la decisión de 1910 no implicó la sustitución de los viejos docentes por los miembros de una nueva generación, ni tampoco la adopción de nuevas posturas y procedimientos pedagógicos. Obviamente, ni se conformó un cuerpo profesoral de tiempo completo, ni aumentó la población estudiantil. Esto es, la fundación de la Universidad Nacional en septiembre de 1910 no trajo ni crecimiento ni mejoramiento de las escuelas profesionales; cuando más, aumentó su integración administrativa y política. Con todo, a pesar de haber sido una decisión limitada pero lucidora, fue de enormes consecuencias a mediano y largo plazos. Se gestó un embrión.

La idea fundamental de O'Gorman era que la fundación de la Universidad Nacional fue un severo golpe al positivismo, credo filosófico ya en crisis y del que Sierra se había alejado hacía más de diez años. Si el objetivo era sólo darle cobijo a la filosofía, hubiera sido suficiente, y más fácil para el célebre ministro porfiriano, la creación de una escuela como la de Altos Estudios. Sin embargo, ello no hubiera sido lustroso, lo que confirma que el móvil fue más político que académico. Sobre todo, una revisión cuidadosa de la situación real de la Universidad Nacional al momento de su creación desmiente la hipótesis del supuesto ataque al positivismo. No sólo las escuelas profesionales conservaron inalterados sus planes y programas de estudio, esencialmente positivistas, sino que como directores de las secciones fundamentales —la preparatoria y altos estudios— fueron designados dos destacados positivistas ortodoxos, Manuel Flores y Porfirio Parra. Si bien es cierto que el primer rector, Joaquín Eguía Lis, era un ferviente católico, y el primer secretario, Antonio Caso, era el mejor representante de las nuevas corrientes filosóficas, claramente espiritualistas, ello prueba el carácter conciliador de Sierra.[18] Más que una actitud de enterramiento intelectual

[18] ALVARADO, 1988, pp. 183-199 y DÍAZ ZERMEÑO, 1986. Para Eguía Lis véa-

abiertamente antipositivista, en 1910 prevaleció un espíritu fundacional y conciliador.[19]

ALTERNATIVA JUVENIL

Aunque don Edmundo no se propuso analizarla, lo cierto es que resulta importante estudiar la respuesta de la comunidad universitaria a la generosa decisión de Sierra. Finalmente, los verdaderos constructores de la institución fueron los miembros de su comunidad. El mismo mes de septiembre de 1910, los estudiantes organizaron su primer congreso nacional.[20] Mientras que don Porfirio y sus colaboradores creyeron que los jóvenes deseaban participar en los festejos del centenario o ser incorporados al aparato gubernamental, en verdad éstos resolvieron demostrar que merecían tener una mayor participación en su educación.

Lo importante es que las propuestas de los estudiantes respecto a la educación superior diferían notablemente del proyecto de Sierra y Chávez. Para comenzar, la convocatoria no se reducía a las escuelas universitarias sino que incluía también a instituciones menospreciadas por Sierra y Chávez, como las escuelas de Agricultura, Comercio, Dental, Homeopática y, sobre todo, la Normal.[21] Por lo tanto, su proyecto no era decimonónico, como el de Sierra y Chávez, que sólo contemplaba las carreras tradicionales y vetaba estudios prácticos o de rango no universitario, aunque por otro lado, hacía de la Escuela Nacional Preparatoria una dependencia vital en su proyecto. Más aún, los delegados estudiantiles solicitaron la creación de instituciones dedicadas a las enseñanzas agrícola e industrial, así

---

se AHUNAM, *T.* Para los primeros años de Caso consúltese el primer capítulo de la obra de CARDIEL REYES, 1986.

[19] GARCIADIEGO, 1996.

[20] VELÁZQUEZ, 1994.

[21] Además de la prensa de aquellos días, consúltese en el AGN, *IP* y *BA*, c. 318.

como la de escuelas profesionales "libres" y provincianas. Los proyectos no podían ser más disímbolos.

Asimismo, luego de varios días de discursos y discusiones, los jóvenes acordaron solicitar la supresión de los castigos, la entrega de premios útiles, la adopción de un sistema combinado de exámenes y reconocimientos —que debían ser teórico-prácticos— y que se buscara una forma para mejorar la calidad del profesorado. Además, pidieron tener mayor participación en el gobierno de las instituciones educativas, lo que iba contra lo que se concedía en la legislación de la nueva universidad. Así, el proyecto emanado del Primer Congreso Nacional de Estudiantes debe ser visto como prueba irrefutable de que el de Sierra y Chávez, por encomiable que fuera, resultaba centralista, restrictivo y estrecho, dejaba insatisfechas las demandas de la mayor parte de los jóvenes del país, y no respondía a los requerimientos socioeconómicos nacionales. En resumen, la postura de aquellos jóvenes mostraba que el proyecto de Sierra y Chávez nacía obsoleto, reflejando el agotamiento y la decrepitud de todo el sistema porfiriano.

Al margen de su naturaleza educativa, la reunión se convirtió en un foro político de clara oposición al porfiriato. Esta actitud resulta comprensible si se considera la radicalización reciente de la clase media debido al movimiento reyista, a la campaña antirreeleccionista, al fraude electoral y al encarcelamiento de Madero.[22] De hecho, algunos delegados tenían ya una militancia oposicionista previa: el poblano Alfonso Cabrera, creador de la idea y estudiante de medicina, era hermano del conocido reyista Luis Cabrera y sobrino de Daniel Cabrera, director de *El Hijo del Ahuizote*, del que Alfonso llegó a ser administrador, lo que le valió más de un encarcelamiento;[23] otros ejemplos

[22] Hay quienes opinan que en la radicalización política de los jóvenes también influyó la grosera actitud que el gobierno porfirista tuvo con el poeta nicaragüense Rubén Darío. Mientras que las autoridades adujeron que Darío carecía de las debidas credenciales como representante oficial de su país a los festejos del centenario, los opositores alegaron que la postura gubernamental buscaba complacer al gobierno de Washington, contrario a Darío por su yancofobia.

[23] AHUNAM, *A*, exp. 30383. *Diccionario*, 1990, v, pp. 588-589.

podrían ser Alfonso G. Alarcón, hijo de un político guerrerense que sufrió el encono de Díaz, y Luis Sánchez Pontón, antirreeleccionista poblano.[24] Lo que resulta indudable es que el oposicionismo del congreso inició o aumentó la politización de numerosos delegados, algunos de los cuales destacarían en las contiendas políticas de los años siguientes, como Jesús Acuña, Francisco Castillo Nájera, Luis L. León, Aurelio Manrique, Aarón Sáenz y Basilio Vadillo. Un par de meses después, a principios de noviembre, los estudiantes universitarios capitalinos radicalizaron su postura política por razones nacionalistas, pues organizaron unas violentas expresiones yancófobas en repudio del linchamiento de un mexicano en Texas. Sin embargo, sus críticas incluyeron al periódico porfirista *El Imparcial*, y por ende al régimen de Díaz, acusándolo de carecer de nacionalismo.[25] Con todo, los desórdenes sólo se prolongaron un par de días. Además, no hubo continuidad entre el oposicionismo de septiembre y noviembre y el estallido de la lucha maderista. Esto es, la mayoría de los estudiantes universitarios capitalinos no suscribió la rebelión contra Porfirio Díaz. Deseaban ciertos cambios, pero ni radicales ni violentos.

Las explicaciones más verosímiles podrían ser el origen socioeconómico de los estudiantes y los beneficios otorgados al sector universitario por Díaz y Sierra. Si se considera que hacia 1910 la población total de estudiantes universitarios no llegaba a 1 000 jóvenes,[26] se tendrá que aceptar que la mayoría pertenecía a las clases alta y media-alta, y que incluso muchos estaban relacionados con las principales autoridades y funcionarios del régimen, lo que hacía que tales jóvenes fueran porfiristas devotos. Además, el gobierno de Díaz había privilegiado el fomento a la educación superior, tanto en términos institucionales —con-

[24] *Diccionario*, 1990, t. III, pp. 410-411; t. V, pp. 656-657, y HUERTA JARAMILLO, 1992.

[25] Arnold Shankin, cónsul de Estados Unidos en la ciudad de México, al secretario de Estado (9 nov. 1910), en RDS 812.00/385; *The Mexican Herald* (10 nov. 1910), y *El País* (11 nov. 1910).

[26] Jurisprudencia tenía 229, medicina 443, ingeniería 232, y la sección de arquitectura de bellas artes tenía 31.

sidérese la creación de la Secretaría de Instrucción Pública en 1905 y la de la Universidad Nacional en 1910— como de rango personal —becas y apoyos. Por último, la paz y el progreso económico alcanzados durante el periodo fueron factores especialmente apreciados por el sector profesional. Su actitud, en todo caso, coincide con la de la clase media urbana en general, refractaria en alto grado a la lucha revolucionaria.

Sordos al llamado de Madero para finales de noviembre de 1910, sólo puede apreciarse cierta participación estudiantil en el complot de Tacubaya, de marzo de 1911, como lo demuestra la presencia de jóvenes como José Domingo Ramírez Garrido, José Siurob y León Gual, de Medicina, o Rafael Cal y Mayor, de Jurisprudencia.[27] Sin embargo, lo revelador es que hacia marzo la situación de Díaz ya era grave, a pesar de lo cual la mayoría del estudiantado seguía apoyándolo. Otra excepción sería el conflicto en la escuela de Agricultura, que de académico evolucionó a político: de la renuncia del director los alumnos pasaron a pedir la dimisión de don Porfirio.[28] Con todo, más que ésta o cualquier otra excepción, como el caso de Enrique Estrada, estudiante de Ingenieros que se incorporó a la lucha,[29] el porfirismo de los estudiantes se reflejó en sus homenajes al Ejército Federal, Olegario Molina y Limantour, y en haber tenido como principal ocupación gremial durante las semanas de la lucha un concurso de poesía y la inauguración de su Casino del Estudiante.[30]

[27] Ramírez Garrido era maderista desde la época del Club Central Antirreeleccionista, de mediados de 1909, y había participado en los disturbios antiyanquis de noviembre. Véase RAMÍREZ GARRIDO, 1943, pp. 109-119. Siurob también había participado en las manifestaciones antiyanquis.

[28] Entre los cabecillas del movimiento destacan los nombres de Luis L. León, Juan de Dios Bojórquez y Marte R. Gómez, todos, posteriormente, participantes en la lucha revolucionaria.

[29] Estrada era hermano menor de Roque, uno de los principales colaboradores de Madero. La presión gubernamental lo hizo abandonar sus estudios e incorporarse a la lucha. Véase AHUNAM, *A*, exp. 30850; *Diccionario*, 1990, t. VIII, pp. 86-88.

[30] *El Correo Español* (17 nov. 1910; 25 ene.; 4, 11, 12 y 23 feb.; 17 y 21 mar., y 1º abr. 1911) y *El Imparcial* (14 dic. 1910).

Ilustrativamente, luego de que don Porfirio renunciara a la presidencia de la nación numerosos estudiantes organizaron una manifestación para felicitarlo por su espíritu de sacrificio y pedirle que permaneciera en el país, donde le prometían que sería adecuadamente honrado.[31] No cabe la menor duda que aquellos jóvenes podían organizar un congreso con propuestas educativas alternativas, o provocar disturbios de carácter nacionalista. Sin embargo, no deseaban el fin del sistema de su época, lo que explica que un gran número haya simpatizado con el moderado movimiento reyista, pero sólo unos cuantos con la corriente revolucionaria. Los universitarios no sólo no apoyaron la lucha maderista sino que la menospreciaron. Actuaban como si nada hubiera sucedido en el país entre finales de 1910 y mediados de 1911; como si Sierra hubiera de estar siempre para protegerla; como si no pudiera ser víctima de revanchismos, al ser considerada una institución porfiriana. Nunca se imaginaron que los cambios sobrevendrían de manera forzada, e impedirían que Sierra dejara como sucesor a su principal colaborador, Ezequiel Chávez,[32] responsable del proyecto fundacional de la Universidad Nacional, lo que garantizaba una enorme dosis de continuidad.

Revanchismos político y pedagógico

El sucesor fue Jorge Vera Estañol, quien estuvo en el cargo apenas dos meses, por lo que no llegó a tener entonces influencia en la vida universitaria. Además, Vera era un distinguido profesor de Jurisprudencia, lo que impedía cualquier tipo de ataque a la institución. Las tribulaciones de ésta comenzaron después, durante el gobierno transicional de Francisco León de la Barra, pues como secretario de Instrucción Pública quedó Francisco Vázquez Gómez.[33] Además de ser médico —oficiaba de oftalmólogo— y caudillo

[31] RDS, 832.00/1943, 2170, 2037 y 2048 y *El Diario* (24 mayo 1911).
[32] Sierra, 1948.
[33] AGN, *IP* y *BA*, c. 278, exp. 1 (59) f. 8 y *BIP*, xvii, p. 116.

revolucionario, Vázquez Gómez estaba bien enterado de los principales problemas de que adolecía la educación superior del país y era un furibundo reyista, enemigo por tanto de los "científicos". Por lo mismo, resulta comprensible que desde un principio se haya volcado a combatir el dominio de éstos en la Universidad Nacional, ordenando inmediatamente que se introdujeran cambios en los planes de estudio y programas de cada escuela.[34] Su interferencia, legal pero desusual por descortés, provocó diversas respuestas de los universitarios: la más grave fue la renuncia de su segunda autoridad, Antonio Caso.[35]

Obviamente, Vázquez Gómez aprovechó el puesto para remover a varios positivistas de los cargos directivos: el doctor Manuel Flores tuvo que dejar la dirección de la preparatoria,[36] asimismo, dado que en la Escuela de Jurisprudencia el hombre de mayor influencia era Vera Estañol desde la salida del director porfirista Pablo Macedo, el exreyista Vázquez Gómez se lanzó contra Vera con el objeto de ganar para su grupo el control de esa escuela.[37] Sólo así se explica la llegada a ésta de Luis Cabrera, también exreyista y contumaz enemigo de los "científicos".[38] Aunque Vázquez Gómez sólo permaneció cinco meses en el ministerio, provocó que se ahondara la animadversión entre la Universidad Nacional y el proceso revolucionario. Su error fue que intentó acabar con la hegemonía de los "científicos" y del positivismo, cuando por su parte él carecía de la suficiente fuerza política. Tenía planes destructivos, pero no un proyecto alternativo.

[34] Francisco Vázquez Gómez a Joaquín Eguía Lis, rector de la Universidad Nacional (9 jun. 1911), en AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 57, ff. 9 y 12.

[35] La renuncia se reducía al puesto de secretario, pero no afectaba su carácter docente. Véase AHUNAM, *UN, R*, exp. 63, ff. 145-146 y *El Imparcial* (1º jul. 1911).

[36] AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1462.

[37] FP, exp. 20736. AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1470; AGN, *IP* y *BA*, c. 284, exp. 13 (4) f. 59, y *El Imparcial* (3, 25 y 28 jun. 1911).

[38] La mejor estudiosa de Luis Cabrera es Eugenia Meyer. Véase su estudio introductorio a la edición de las *Obras Completas de Luis Cabrera*, MEYER, 1974.

¿Cuál fue la conducta de la Universidad Nacional a la llegada de Madero a la silla presidencial? Según el rector Eguía Lis, los meses de Vázquez Gómez fueron anormales, y la marcha de la institución durante 1912 fue satisfactoria.[39] Sin embargo, en rigor no todos sus problemas se debieron a los afanes y malos modales de Vázquez Gómez, pues muchos provenían de las limitaciones del proyecto de Sierra y de las condiciones reales de las escuelas. Altos Estudios sufriría por su prematura fundación y su abigarrado proyecto,[40] mientras Medicina lo haría por sus carencias materiales, su sobrepoblación juvenil y su mayor indisciplina estudiantil. Obviamente, la política tuvo efectos directos e inmediatos en la marcha de las escuelas, pero no se puede reducir ello al encono "anticientífico" de Vázquez Gómez. Jurisprudencia sufrió una gran inestabilidad y un notorio empobrecimiento docente porque numerosos funcionarios y profesores llenaron las plazas políticas y burocráticas vacantes por los tres cambios de gobierno nacional acaecidos en 1911 y por la inestabilidad ministerial del gobierno de Madero a lo largo de 1912. Sin embargo, la mayor merma docente registrada en Jurisprudencia ese año se debió a que se creó una institución secesionista: la Escuela Libre de Derecho.[41] Con todo, los problemas de estas escuelas no pueden generalizarse a las otras: la de Ingenieros y la Preparatoria laboraron aceptablemente, porque los cambios directivos en esta última resultaron aceptables y porque en la primera no los hubo.

Indudablemente, los mayores problemas de la Universidad Nacional durante sus primeros años no se debieron a las graves transformaciones políticas de entonces, sino a la naturaleza abigarrada, anacrónica y contradictoria de su proyecto fundacional. Para comenzar, la educación que se ofrecía era demasiado amplia, pues comprendía desde estudios preparatorianos hasta de especialización. Hubo

[39] Informe de Labores del Rector (sep. 1910-sep. 1912), *BIP*, XXI, p. 288.

[40] Véanse RUIZ GAYTÁN, 1954 y DOCOING, 1990-1991.

[41] Para jurisprudencia véase *BIP*, XVIII, pp. 202-204. XXI, pp. 306-307, 330, 337 y 340. Véase también AGN, *IP* y *BA*, c. 280, exp. 3.21 (145) f. 1; c. 284, exp. 14, f. 15. AHUNAM, *UN*, *R*, c. 4, exp. 63, ff. 1468-1470.

quienes señalaron que el problema era menos de amplitud que de naturaleza, pues los objetivos de la Preparatoria eran distintos a los de las escuelas universitarias: si aquélla impartía educación general, éstas debían capacitar a los jóvenes en campos profesionales específicos. A pesar de ello, Sierra y Chávez forzaron la integración de la Preparatoria a la Universidad Nacional.[42] Lo paradójico es que, por otro lado, vetaron la inclusión de estudios auténticamente profesionales en la naciente institución, como los de Odontología y Pedagogía; asimismo, se rechazó la incorporación de "carreras concretas y utilitarias", como Economía y Comercio, y de "carreras industriales", aunque se reconoció que éstas serían integradas en un futuro no muy lejano.[43] En resumen, la Universidad Nacional nació anacrónica, en cuanto limitada a los estudios profesionales decimonónicos; surgió asimismo contradictoria, por que su oferta educativa era, al mismo tiempo, amplia y estrecha.

El carácter abigarrado se lo dio sobre todo la Escuela de Altos Estudios, única dependencia académica creada en 1910, para la ocasión, pero cuya dirección fue asignada, paradójicamente, a un educador positivista, Porfirio Parra.[44] Para colmo, los ambiciosos objetivos de la escuela suscitaban algunas confusiones, lo que dio lugar a su variada evolución en los años siguientes: perfeccionar la instrucción obtenida en las escuelas profesionales, desarrollar la investigación y preparar docentes para las propias dependencias universitarias. Es indudable que si bien el proyecto requería ajustes y precisiones, era previsor y visionario. Sin embargo, si sus fines eran, por lo amplios y ambiciosos, inalcanzables a corto y mediano plazos, su naturaleza era igualmente compleja. Tendría tres secciones: ciencias exactas, humanidades y ciencias sociales. Para darle cuerpo y contenido a la primera se le asignaron los Institutos Médico, Patológico y Bacteriológico; para dárselos a la última

[42] La polémica al respecto, en *BIP*, XIV, pp. 500-501.

[43] SIERRA, 1948, t. V, pp. 457-458.

[44] Parra, médico y escritor, había sido profesor en la preparatoria y en la Escuela de Medicina, y había sido senador gracias al apoyo del grupo de los "científicos". Véase ALVARADO, 1988.

se le asignaron la inspección de monumentos arqueológicos y el museo respectivo; sin embargo, la sección de humanidades quedó, ilustrativamente, sin cuerpo ni sustancia. Otro problema grave fue que se fundó la escuela por decreto, sin demanda estudiantil ni oferta docente, complaciendo sólo a una minoría selecta. Peor aún, surgió sin plan ni programa; luego de un año de creada no se sabía qué cursos se impartirían en el siguiente año lectivo.[45] Asimismo, los primeros tres docentes en Altos Estudios fueron extranjeros, y dos de ellos impartieron sus clases en inglés, sobre materias sin arraigo académico en el país.[46] Por su parte, las exageradas exigencias impuestas a los jóvenes que pretendían inscribirse en tales cursos dieron como resultado que la gran mayoría asistiera como simples "oyentes" y, por lo mismo, sin sentir plena responsabilidad. Comparado con estos problemas, palidece la falta de instalaciones propias y de una biblioteca adecuada.[47]

Contra lo que tradicionalmente se sostiene, la Escuela de Altos Estudios no se fundó como una institución humanística y antipositivista.[48] Sin embargo, una casualidad personal y una coyuntura política modificaron abruptamente el proyecto original. Sucedió que a mediados de 1912 murió su director Porfirio Parra, que fue sustituido por Alfonso Pruneda, médico de profesión, experimentado educador, recién distanciado entonces del positivismo y con grandes intereses culturales.[49] Pruneda nombró como secretario de la escuela al joven Alfonso Reyes, estudiante de Jurisprudencia y escritor en ciernes. Aunque ambos eran política y pedagógicamente aceptables por la comunidad universitaria, es indudable que con ello el gobierno maderista buscaba arrancar al grupo de los "científicos" el

[45] *BIP*, XVI, p. 76; XVIII, pp. 27 y 610.

[46] Los profesores eran los estadounidenses James Mark Baldwin y Franz Boas, y el germano chileno Carlos Reiche. El primero daría un curso de psicosociología; el segundo uno de antropología y otro de antropometría.

[47] *BIP*, XVI, p. 82; XVIII, pp. 606-609; XIX, p. 526; XXI, p. 313.

[48] Consúltense los estudios citados en la nota 40.

[49] Véase su copioso expediente en AHUNAM, *T*, exp. 577.

control de la escuela. Académicamente, la gran secuela del cambio fue el peso que comenzaron a tener los estudios humanísticos: Reyes creó inmediatamente la sección de lengua nacional y literatura, gracias a la colaboración de sus compañeros del Ateneo de la Juventud, con un programa definido y riguroso y con el objetivo de preparar docentes para dichas materias. Asimismo, Antonio Caso comenzó a impartir un curso "libre" de filosofía, teniendo como alumnos destacados a sus compañeros ateneístas. En cambio, resultó significativa la posposición o el rechazo a cursos de física y biología,[50] lo que confirma la total modificación del proyecto original: en 1912 su manejo pasó de los "científicos" a los ateneístas; lo que fue un centro de investigación y especialización se convirtió en un área de difusión cultural; pasó de ser la dependencia universitaria consentida y más promisoria a ser una institución amenazada y severamente cuestionada, al grado de que varios diputados propusieron que se le retirara el subsidio por inútil y superflua, mientras los positivistas más ortodoxos, como Agustín Aragón y Horacio Barreda, exigieron que se disolviera.[51] Aunque la institución sobrevivió a tales embates, lo cierto es que el subsidio le fue disminuido, por lo que además de los otros problemas que enfrentaba, desde entonces sufrió carencias económicas. La comparación de su situación en 1910 con la de 1912 es conmovedora.

Antimaderismo universitario

Es indudable que la afirmación del rector Eguía Lis sobre la buena marcha de la Universidad Nacional durante 1912 fue ingenua por optimista, o simplemente falaz. Además de los problemas en altos estudios, los estudiantes sostuvieron un importante movimiento político antigubernamental, la

[50] *El Imparcial* (13 y 16 mar. 1912); *Nueva Era* (28 mayo; 1º y 11 jun. 1912).

[51] Sus principales críticos en el Congreso fueron José Ma. Lozano y Francisco de P. Olaguíbel.

Escuela de Jurisprudencia sufrió una drástica escisión y la Universidad Nacional en su conjunto fue desafiada como institución de minoría selecta, incapaz de difundir conocimientos y cultura entre los grupos sociales emergentes en ese momento. Sin duda, el activismo político de la comunidad universitaria durante 1912 fue muy superior al de los años inmediatamente precedentes. Sobre todo, cuando por el desplome sucesivo de los reyistas y de los "científicos", ambos sus protectores y referentes políticos, los universitarios no participaron en la lucha antirreeleccionista de 1909-1910, y menos aún en la lucha armada maderista de 1910-1911, la que les resultó extraña y distante.

El cambio que implicó su activismo de 1912 refleja la nueva situación nacional: con la llegada de Madero había un ambiente menos autoritario y represivo y el aparato político-administrativo se había tornado permeable a las pretensiones de profesores, egresados y alumnos. En rigor, comenzaron a actuar en política desde la segunda mitad de 1911, en la contienda electoral entre Madero, Reyes y León de la Barra, quien debió haberse limitado a organizar tales comicios. Curiosamente, aunque la situación era original y los procedimientos novedosos, los universitarios permanecieron básicamente fieles a sus viejas preferencias. Así, mostraron considerables simpatías por León de la Barra, antiguo profesor en la Preparatoria,[52] y por Bernardo Reyes, quien prometía un sistema político más abierto y popular que los "científicos" por lo que varios jóvenes crearon el Club Reyista de Estudiantes.[53] Sin embargo, también Madero ofrecía un sistema similar, y tenía más probabilidades que Reyes de ganar las elecciones y, por ende, de cumplir sus promesas. ¿Cuál fue la relación, entonces, entre Madero y la comunidad universitaria?

Si al principio las relaciones entre éstos fueron tibias, tendieron a enfriarse a lo largo de 1912. Acaso los conflic-

[52] AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1464; *El Imparcial* (3 y 4 jul. 1911), y *El País* (18, 22, 26 y 29 sep. y 7, 16, 17 y 29 oct. 1911).

[53] AHUNAM, *UN, R*, c. 4, exp. 63, f. 1468; *BIP*, XXI, pp. 339-340, y *El Imparcial* (8 y 11 ago. 1911), y PRIETO LAURENS, 1968, p. 26.

tos surgieron desde la selección de José María Pino Suárez como candidato a la vicepresidencia, desplazando a Vázquez Gómez, y sobre todo desde la declaración de su triunfo electoral, aunque si les importara la vicepresidencia hubieran protestado cuando Díaz prefirió a Corral por sobre su querido Bernardo Reyes. ¿Cuál fue el motivo real del distanciamiento? No lo fue, tampoco, la postura de Madero ante la Universidad Nacional, pues fue con ella complaciente y continuista: Eguía Lis permaneció como rector, y el profesor universitario Miguel Díaz Lombardo fue designado ministro de Instrucción Pública.[54] Tal parece que el enfrentamiento definitivo sobrevino a principios de 1912, cuando los jóvenes acusaron a Madero y a sus principales colaboradores —José Vasconcelos y Manuel Calero— de intentar impedir, por sus conocidas posiciones antiestadounidenses, que el escritor argentino Manuel Ugarte impartiera una conferencia. Así, el gobierno fue acusado de autoritario y dictatorial, por ser enemigo de la libertad de expresión, y de falto de nacionalismo, por ser cobarde frente a Estados Unidos. Los jóvenes universitarios organizaron asambleas y manifestaciones callejeras; sus críticas fueron graves y altisonantes. El resultado fue que se ahondaron las diferencias entre Madero y los universitarios, aunque debe decirse que aquella postura estudiantil fue coherente con su nacionalismo y su latinoamericanismo, expresados en varias ocasiones a lo largo del decenio.[55]

El caso de Ugarte asustó a Madero y lo decidió a ser menos tolerante y respetuoso con el sector educativo. Por ello se propuso colocar en él a gente reconocidamente maderista, con el objeto de controlar políticamente el medio. Para su desgracia, la decisión le resultó contraproducente. Para comenzar, designó al vicepresidente Pino Suárez para que, además, se encargara de la Secretaría de Instrucción Pública. Éste pronto anunció que la educación sería más vigilada por el gobierno central, que tendría que adoptar un espíritu revolucionario y que ya no se favore-

[54] *BIP*, XIX, pp. 6-7.
[55] YANKELEVICH, 1992, pp. 41-49.

cería la educación superior sino la elemental y popular. El rechazo de los universitarios a su designación y propósitos fue abierto, inmediato y unánime. Como era previsible, Pino Suárez procedió a remover a los directores de las escuelas universitarias que no le eran afines.[56] Un cambio resultó especialmente conflictivo: la sustitución de Pedro Lascuráin por Luis Cabrera, en Jurisprudencia.

El nombramiento de Cabrera, en abril de 1912, fue visto como un abierto desafío a los "científicos", dado que Cabrera había sido uno de sus críticos más acervos y pertinaces en las postrimerías del porfiriato. Previsiblemente, su dirección fue repudiada desde un principio. Para colmo, el mismo Cabrera agravó la situación con su impulsividad política: en lugar de buscar alguna solidaridad y de establecer ciertas alianzas, sus malos modales tornaron más reacia a la comunidad. El intento de imponer algunas medidas disciplinarias y ciertas reformas académicas provocó el airado rechazo de los estudiantes, que amenazaron con ponerse en huelga, al tiempo que comenzaron a exigir la renuncia de Cabrera.[57] El conflicto se desarrolló violenta y vertiginosamente: Cabrera, apoyado por Pino Suárez, se negó a renunciar y exigió que los inconformes con la nueva marcha de la escuela cancelaran su inscripción. Los jóvenes respondieron de manera radical y solidaria: continuaron su lucha contra Cabrera y pidieron a sus profesores la impartición temporal de sus lecciones fuera de las instalaciones. Hasta entonces el movimiento se desarrolló dentro de los márgenes tradicionales de ese tipo de conflictos. Sin embargo, muy pronto cambió el curso de éste, y con ello su naturaleza.[58]

En efecto, con el abierto concurso de los profesores se diseñó un ambicioso objetivo: crear una nueva escuela de leyes, independiente del gobierno. Es incuestionable que los

[56] *BIP*, XXI, pp. 304-312 y *El Imparcial* (1º y 6 mar. y 25 abr. 1912).

[57] Para una narración y un análisis más amplios de estos sucesos véase GARCIADIEGO, 1993.

[58] Jaime del Arenal, el "clásico en la materia" sostiene una interpretación diferente. Para tal efecto valen sus espléndidos estudios y sus valiosos rescates documentales.

profesores de Jurisprudencia, cuya mayoría estaba ligada a la política porfirista, ya como "científicos", ya como reyistas, percibieron el riesgo de que llegaran a la institución los hombres y los principios revolucionarios. Sin embargo, la pronta y decisiva participación de varios distinguidos juristas ajenos a la escuela confirma que el conflicto trascendió los límites institucionales, convirtiéndolo en una lucha de los mejores abogados contra el primer intento de los revolucionarios por imponer una nueva política universitaria, en una lucha por defender su última trinchera, la única institución que todavía dominaban: la Universidad Nacional, en general, y la Escuela de Jurisprudencia, en particular.

Si el carácter académico del conflicto lo daban los estudiantes y profesores como Antonio Caso, Carlos Díaz Dufoo, Eduardo Pallares y Demetrio Sodi, la participación de gente como Francisco León de la Barra, José María Lozano, Emilio Rabasa e incluso Jorge Vera Estañol, le impregnaban un enorme contenido político. Con todo, no puede decirse que la lucha por la creación de la Escuela Libre de Derecho haya sido una cruzada revanchista de los "científicos". También participaron destacados juristas católicos, liberales y reyistas. El rápido e innegable éxito de la nueva institución confirma el peso y la influencia de los intereses políticos involucrados. Como quiera que haya sido, la merma sufrida por jurisprudencia, en docentes y alumnos, fue mayúscula, por lo que debe afirmarse que la verdadera situación de la Universidad Nacional durante 1912 distó de ser idílica.

Pocos meses después la Universidad Nacional enfrentó otro problema de hondo significado: varios de sus profesores más jóvenes decidieron crear una institución alternativa, la Universidad Popular, que debía realizar obra de divulgación científica y cultural entre grupos marginados de la educación media y superior. Si bien nunca se planteó como el resultado de una escisión, ni fue producto del espíritu latinoamericanista de los jóvenes o de la competencia entre "científicos" y revolucionarios por el control de la educación superior, la creación de la Universidad Popular fue consecuencia, en última instancia, de que la Universi-

dad Nacional haya sido incapaz de ajustarse a la nueva situación sociopolítica del país. Así, la propuesta tuvo que provenir de otras esferas; en concreto, de algunos de los miembros del grupo cultural Ateneo de la Juventud que tenían más intereses políticos, como José Vasconcelos, Alfonso Pruneda, Alberto J. Pani y Martín Luis Guzmán.[59] A diferencia de la Escuela Libre de Derecho, que de solución coyuntural se convirtió en institución permanente, la Universidad Popular realizó una labor admirable durante aproximadamente diez años, pero se hizo prescindible cuando la Universidad Nacional y la Secretaría de Educación Pública, con Vasconcelos, cumplieron con creces su compromiso de difusión cultural, y la Universidad Nacional pudo ajustarse a la nueva situación sociopolítica del país.[60]

CURIOSA ALIANZA: SABLES Y TOGAS

El año de 1912 fue para la Universidad Nacional, igual que para todos los ámbitos de la vida nacional, un periodo de redefiniciones y conflictos, de constante tensión. Los estudiantes dejaron su prolongado apoliticismo y se opusieron a las autoridades educativas y al aparato gubernamental; los educadores del antiguo régimen pelearon contra los nuevos profesores por el dominio de la educación media superior; se hizo evidente que las clases sociales emergentes comenzaban a demandar educación, por lo que se hacía necesario modificar el proyecto universitario de Porfirio Díaz y Justo Sierra. A principios de 1913, cuando se suponía que seguirían surgiendo este tipo de problemas, Madero fue derrocado por Victoriano Huerta, con quien se modificó, inmediata y radicalmente, el proyecto gubernamental universitario.

[59] Además de recomendarse la revisión de los recuentos autobiográficos de los involucrados, como Pani, Reyes y Vasconcelos, o la correspondencia cruzada entre ellos —notablemente Pedro Henríquez Ureña, Guzmán, Reyes y Julio Torri—, debe consultarse a INNES, 1973, pp. 110-122.

[60] En 1920 Vasconcelos integró los objetivos de la Universidad Popular a las labores de la Universidad Nacional.

El antimaderismo de la mayor parte de la comunidad universitaria explica su rápido y decidido apoyo al gobierno de Victoriano Huerta, entre cuyos colaboradores figurarían numerosos profesores de prestigio,[61] como Rodolfo Reyes, Francisco León de la Barra y Jorge Vera Estañol, en el primer gabinete, o Carlos Pereyra, Aureliano Urrutia y Nemesio García Naranjo en alguno de los subsecuentes. Obviamente, la lista de universitarios distinguidos que apoyaron a Huerta o colaboraron con él aumentaría de incluirse a subsecretarios, diputados, senadores y directores de diarios prohuertistas: aquí los ejemplos podrían ser Enrique González Martínez, José María Lozano y Emilio Rabasa. A su vez, Huerta se beneficiaba de tal apoyo porque daba una imagen menos militarista y más civilizada de su gobierno. Por su parte, los universitarios creyeron que los anteriores funcionarios educativos y el viejo profesorado recuperarían el control del sector, en todas sus instituciones y dependencias.[62] Para evidenciar que la amenaza de Cabrera había desaparecido, Miguel Macedo y Carlos Díaz Dufoo volvieron a enseñar en Jurisprudencia, como Pereyra y Manuel Flores regresaron a la Preparatoria.[63]

En términos generales, puede afirmarse que las escuelas universitarias laboraron muy aceptablemente durante el huertismo, y que los estudiantes abandonaron su activismo político de 1912, debido a que se vetó cualquier forma de oposicionismo y a que desaparecieron las contiendas electorales. Obviamente, Huerta sufrió la oposición y rebeldía de varios miembros de la comunidad —funcionarios, profesores y estudiantes— de filiación maderista cuya postura respondió a la actitud del gobierno hacia ellos. A quienes presionó severamente, pronto se incorporaron a la lucha

[61] También colaboraron reconocidos escritores, quienes si bien eran ajenos a la comunidad universitaria, tenían un prestigio que los hacía muy influyentes en ésta. Algunos ejemplos serían Salvador Díaz Mirón, Federico Gamboa, José López Portillo y Rojas y José Juan Tablada.

[62] AGN, *IP* y *BA*, c. 284, exp. 15 (368) f. 87; (369) f. 120; (373) f. 245, y *El Imparcial* (16 mar. 1913).

[63] Informe presidencial de Huerta (abr. 1913), en *Los presidentes*, 1985, III, pp. 48-49.

constitucionalista, como José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Isidro Fabela y Alberto J. Pani.[64] Aunque hoy son famosos precisamente por su participación en la lucha revolucionaria, lo cierto es que entonces distaban de ser profesores influyentes que pudieran atraer al alumnado. Asimismo, hubo funcionarios educativos maderistas, como José Inés Novelo y Félix Palavicini, que hicieron una labor oposicionista legal y pacífica contra Huerta, por lo que pudieron permanecer en México hasta el derrumbe del huertismo. Por último, hubo directivos universitarios como Valentín Gama y Alfonso Pruneda, maderistas moderados y pasivos, que perdieron su influencia en el medio, pero continuaron laborando en él a lo largo del gobierno huertista.[65]

Huerta también enfrentó la oposición de varios estudiantes que simpatizaban con Madero o con los rebeldes constitucionalistas. Uno de ellos fue Gustavo Espinoza Mireles, quien luego de incorporarse a los alzados pasó a ser secretario particular de Carranza; otro fue Aarón Sáenz, pronto miembro del estado mayor de Obregón; uno más fue Arnulfo González, maderista desde 1909.[66] También destacaron Jesús Acuña, recientemente titulado de abogado, Basilio Vadillo, de la Normal, que encabezó un grupo en el que figuraban Adolfo Cienfuegos y Gabriel Leyva; Luis L. León, agrónomo y novillero; el tabasqueño José Domingo Ramírez Garrido, de Odontología, y José Siurob, luego médico de las fuerzas obregonistas.[67]

[64] Consúltense los relatos autobiográficos de éstos, especialmente VASCONCELOS, 1948; PALAVICINI, 1937, pp. 173-188, y PANI, 1936, pp. 123-126. Véase también la *Correspondencia* entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, REYES y HENRÍQUEZ UREÑA, 1986, pp. 207, 246 y 265.

[65] AGN, *IP* y *BA* (367), f. 49; (368), f. 100; (369), f. 126; (370). f. 172. I. 284; (372) f. 249; c. 293, exp. 7, f. 1 AHUNAM, *UN*, *R*, c. 6, exp. 74, f. 2080; exp. 78, f. 2310. AHUNAM, *T*, exp. 604. AECH, *U*, c. 1, doc. 71. c. 2, doc. 159; c. 6, doc. 6. *El Imparcial* (12 ago. 1912 y 21 dic. 1913). *El País* (25 ene. 1914).

[66] *Diccionario*, 1990, I, pp. 350-353. Entrevista a Sáenz, en URIÓSTEGUI, 1970, pp. 357-362.

[67] AHUNAM, *A*, exp. 2701. *Diccionario*, 1990, I, pp. 251-252, ORTEGA, 1955, pp. 29-30 y LEÓN, 1987, pp. 19-24.

Por más nombres que se agregaran, es incuestionable que la participación de los estudiantes universitarios en la lucha antihuertista fue escasa. Esto se explica por el origen social de la mayoría, porque la lucha se desarrolló en escenarios lejanos de la ciudad de México y porque fue una lucha básicamente rural. En todo caso, la importancia de los estudiantes fue política, intelectual y administrativa, más que bélica, como secretarios y ayudantes de varios jefes y cabecillas, fueran éstos Carranza, Obregón o Lucio Blanco. Entre los que llegaron a empuñar las armas con relativa notoriedad destacan Enrique Estrada, que operó en los límites entre Jalisco y Zacatecas, y Manuel Pérez Treviño, todos de Ingenieros, este último pronto se incorporó a las fuerzas de Pablo González aunque luego destacara con el grupo sonorense. Por su parte, Rafael Cal y Mayor, chiapaneco, y Gustavo Baz, de Medicina, se incorporaron a los alzados zapatistas.[68] Por último, fue determinante para la relación entre Huerta y la comunidad universitaria el intento de una docena de preparatorianos, encabezados por Jorge Prieto Laurens y José A. Inclán, por incorporarse en abril de 1913 a las fuerzas zapatistas que operaban en la zona del Ajusco. A pesar de que Prieto Laurens había sido sucesivamente reyista y militante católico, e Inclán ya había luchado como zapatista en 1911, lo que demostraba su completa concientización política, los jóvenes fueron tratados con indulgencia considerable, seguramente por la intercesión de varios miembros del gabinete, como León de la Barra, y de varios diputados como Lozano, Querido Moheno y José Natividad Macías. También fue decisiva la presión de sus compañeros estudiantes, quienes organizaron una enorme manifestación en demanda de garantías para la vida e integridad de sus condiscípulos. Sobre todo, Huerta no deseaba perder el apoyo de los universitarios, pues hubiera afectado la composición de su gabinete. Además, dar nuevas muestras de excesiva severidad, a dos meses de tomar el poder, hubiera afectado su vul-

[68] *Diccionario*, 1990, I, pp. 409-410; II, pp. 48-50; III, pp. 454 y 618-619; VIII, pp. 886-888, y MEDINA NERI, 1979, pp. 43-74.

nerable reputación personal y política. Pero tampoco deseaba Huerta perder la confianza y simpatía de las clases media y alta capitalinas. Los jóvenes fueron pronto liberados, y se declararon arrepentidos de su "aventura" prometiendo alejarse de la política y concentrarse en sus estudios.[69]

En realidad, si bien la respuesta de Huerta fue inmediata y aparentemente magnánima, ese intento de los preparatorianos prozapatistas, con algunas muestras posteriores de nuevas politizaciones estudiantiles, hizo que Huerta diseñara una estrategia preventiva y disciplinaria: la militarización de la educación superior, que comenzó con la Preparatoria y se limitó a ella. Ilustrativamente, la respuesta de la comunidad a tan grave intervencionismo gubernamental fue entre complaciente y resignada. La resistencia fue minoritaria, débil y efímera: acaso el único profesor que protestó fue Antonio Caso, quien sentenció que el país necesitaba "escuelas en los cuarteles y no soldados en las escuelas".[70] Con todo, por tibia que haya sido la oposición preparatoriana, evitó que Huerta militarizara las demás escuelas universitarias. Aunque su objetivo último fuera la militarización de toda la educación, primero quería evitar la oposición estudiantil y la pérdida del apoyo de los profesores. Hábil político, Huerta dispuso que la militarización fuera más aparatosa y protocolaria que rigurosa. El resultado fue el esperado: no hubo después otras incorporaciones de estudiantes a los ejércitos rebeldes.[71]

La relación entre Huerta y la comunidad universitaria no puede limitarse a un inicio halagüeño ensombrecido después por la militarización de la preparatoria. Lo cierto es que conforme crecieron las desavenencias entre los gobiernos mexicano y estadounidense, aumentaron las ex-

[69] *El Imparcial* (24, 26 y 28-30 abr. y 14 y 20 mayo 1913). *El País* (25 abr. 1913). PRIETO LAURENS, 1968, pp. 10 y 20-23.

[70] AGN, *IP* y *BA*, c. 285 exp. 1, f. 30; exp. 11, ff. 64-111. *Los presidentes*, 1985, III, p. 81. *El Imparcial* (9 y 20 mayo; 7, 13 y 27 jun.; 2 y 4 jul. 1913).

[71] AGN, *IP* y *BA*, c. 281, exp. 41(206) f. 1. AHUNAM, *UN*, *R*, c.b., exp. 75, ff. 2120-2121, 2124, 2134, 2135, 2145. *El Imparcial* (22, 25 y 27 jun.; 4, 8, 11-14, 28-30 ago. 1913). *El País* (8, 12-13 jul. 1913).

presiones nacionalistas de los universitarios, que se tradujeron en un abierto respaldo a Huerta. En efecto, hubo varias movilizaciones estudiantiles contra el gobierno de Washington y en favor de la política diplomática de Huerta, encabezada sucesivamente por sus admirados León de la Barra, Federico Gamboa y José López Portillo.[72] Obviamente, las más intensas expresiones de su yancofobia fueron provocadas por la invasión estadounidense a Veracruz, en abril de 1914: se profundizó entonces la alianza entre Huerta y los universitarios,[73] acaso algo deteriorada por las renuncias de varios profesores a sus puestos en los sucesivos gabinetes de Huerta.

¿Cuáles fueron las secuelas académicas de la militarización de la preparatoria y de las diversas manifestaciones de yancofobia que tuvieron lugar a lo largo del huertismo? ¿Cuál fue el resultado de la alianza entre Huerta y la Universidad Nacional? En términos generales las labores en educación superior fueron más que aceptables. Sobre todo porque ésta comenzó a volverse más práctica y menos teórica. La gran paradoja consistió en que, si por un lado, se dio una recuperación de los educadores porfiristas, por el otro, se dio un golpe demoledor a la educación porfiriana. Es incuestionable que fue con Nemesio García Naranjo como ministro de Instrucción Pública cuando el positivismo comenzó a ser desplazado por el pragmatismo.[74] Obviamente, los beneficios en la educación superior también se obtuvieron gracias a la tranquilidad militar de que gozó la ciudad de México hasta la caída de Huerta, y por las sensatas designaciones que se hicieron en las dependencias universitarias: permanecieron inicialmente en sus puestos el rector Eguía Lis, Aureliano Urrutia y Luis Salazar, directores de Medicina e Ingenieros. A su vez, Gama, Pruneda y Cabrera fueron sustituidos por Miguel Ávalos, Ezequiel

[72] *El Imparcial* (8-11, 14 y 29 ago. 1914). *El País* (8 y 12-13 jul. 1913).

[73] AHUNAM, *UN, R*, c. 14, exp. 63, f. 1469; c. 6, exp. 84, f. 240. *El País* (27 y 29 abr.; 8, 11, 22 y 30 mayo 1914). García Naranjo, 1946-1948, vii, pp. 277-278 y 283-285.

[74] El cambio refleja la creciente influencia en México de los nuevos procedimientos pedagógicos estadounidenses.

Chávez y Julio García, en la Preparatoria, Altos Estudios y Jurisprudencia: Ávalos argumentaba ser el heredero de Sierra, Chávez había sido el autor del proyecto de creación de esa escuela y García ya había desempeñado antes ese puesto.[75] La mejoría fue notable en Medicina, pues a la enseñanza en ella se agregó el imprescindible aspecto práctico, al asimilar a la institución el Hospital General y los institutos Médico, Patológico y Bacteriológico.[76] Fue tan exitoso el desempeño de Urrutia, que ayuda a explicar su designación como secretario de Gobernación, nombramiento que ratificó la alianza entre Huerta y los universitarios.

También hubo una clara mejoría en Jurisprudencia, pues ya sin Cabrera volvieron varios de los profesores secesionistas que se habían refugiado en la Escuela Libre de Derecho, como Carlos Díaz Dufoo, Miguel Macedo, Demetrio Sodi y Jorge Vera Estañol. Volvieron también algunos alumnos, aunque durante un tiempo considerable no habría problemas de sobrepoblación estudiantil.[77] Incluso la Escuela de Altos Estudios tuvo una considerable mejoría. Aunque su creador, Ezequiel Chávez, fue designado como director, no pretendió obligarla a apegarse a dicho proyecto: la escuela conservó la naturaleza humanista que le habían impreso los ateneístas en 1912, al tiempo que intentó difundir conocimientos abiertamente prácticos sobre electricidad, salud y temas similares. Ahora fue menos pretensiosa la institución: no se habló de investigación ni de posgrados, y se limitó a reclamar su utilidad como formadora de profesores universitarios de física y química, o de literatura.[78]

A pesar de estos logros, la marcha de la Universidad Nacional durante el gobierno huertista se caracterizó por el decaimiento del positivismo, lo que implicaba un cambio radical en la esencia y naturaleza de los principios educa-

[75] AGN, *IP* y *BA*, c. 284, exp. 15 (367) ff. 49 y 58 (368) ff. 56 y 100. *BIP*, XXI, p. 337.

[76] AGN, *G, PR*, c. 116 exp. 2. *El Imparcial* (4, 10 y 14 mayo 1913).

[77] AECH, *U*, c. 3, docs. 51-53 y 57-59.

[78] AHUNAM, *UN, R*, c. 5, exp. 64, f. 1642. AGN, *IP* y *BA*, c. 285, exp. 1, f. 30. *El Imparcial* (26 ago.; 5 oct. y 19 nov. 1913). *El País* (18 jul. 1913).

tivos establecidos. Fueron Huerta y Nemesio García Naranjo quienes asestaron los primeros golpes radicales al sistema de educación superior porfiriano. En comparación, los golpes de Vázquez Gómez y Cabrera parecían simples escarceos políticos. Lo paradójico es que estos últimos habían provocado grandes reacciones negativas en la mayor parte de la comunidad universitaria, mientras que los cambios realizados por García Naranjo a principios de 1914 fueron aceptados con mas júbilo que resignación. Seguramente influyó que los principales positivistas ya habían muerto —Sierra y Porfirio Parra—, o habían visto languidecer su influencia —Manuel Flores y José Terres—, o habían abandonado la doctrina —Ezequiel Chávez. También fue decisivo el hábil manejo político que García Naranjo hizo de todo el proceso: fue generoso con los viejos profesores positivistas y respetuoso de los usos y costumbres del sector.[79] García Naranjo adujo que la Preparatoria era la dependencia universitaria que más urgentemente requería desprenderse de su rígida y anacrónica doctrina positivista, envejecida después de 50 años de cambios profundos en el país y en todo el mundo intelectual. Como hábil político que era, atenuó su golpe intelectual y pedagógico con favores económicos y políticos: relevó de la dirección al positivista Miguel Ávalos y designó en su lugar a Genaro García, anteriormente su profesor y jefe, con lo que ganó el apoyo de un tutor sabio, laborioso y prestigiado, que contaba, además, con una considerable experiencia política.[80]

Aunque la propuesta de reforma proviniera finalmente de las autoridades educativas gubernamentales, a diferencia de Vázquez Gómez y Cabrera, el ministro García Naranjo era considerado un intelectual y discutió los principales aspectos de su proyecto con universitarios como Erasmo Castellanos Quinto, Ezequiel Chávez y, sobre todo, Anto-

[79] Organizó homenajes a Eduardo Liceaga, Jacinto Pallares y Manuel Flores.

[80] AGN, *IP* y *BA*, c. 284. exp. 5(377), ff. 394 y 460. *El Imparcial* (16-17 dic. 1913). García se había titulado de abogado en 1891 y había sido varias veces diputado desde 1894. Vease AHUNAM, I, exp. 619.

nio Caso. La influencia de éstos fue tal —aceptada por el propio García Naranjo—, que la lucha contra el positivismo debe ser vista también como una labor de los principales universitarios de entonces. Es un hecho que el proyecto de García Naranjo también se enriqueció al discutirse formalmente en el Consejo Universitario, sobre todo por consejeros como Valentín Gama, Pedro Henríquez Ureña y Federico Mariscal.[81] El cambio de programa en la preparatoria implicó la aparición de cursos sobre ética, filosofía y arte, o la asignación de mayor importancia a los ya establecidos de historia y literatura, a cambio de lo cual se suprimieron algunos que fueron considerados "infructuosos". Obviamente, dado que los profesores positivistas eran incapaces de impartir estos cursos, tuvo que contratarse a jóvenes que dominaban las humanidades y las nuevas corrientes de pensamiento,[82] lo que prueba que una reforma pedagógica tiene mayor efecto que cualquier ataque político. Así, dicha reforma no se redujo a la Preparatoria, sino que también se introdujeron cambios significativos en Medicina, Ingeniería y Jurisprudencia, todos ellos tendientes a impartir una educación más práctica y moderna. Por último, al pasar Chávez de Altos Estudios a la rectoría, su lugar fue ocupado por Antonio Caso, quien dio a la filosofía más peso que el que había comenzado a tener desde 1912.[83]

La designación de Ezequiel Chávez como rector, a finales de 1913, fue una benéfica decisión para la Universidad

[81] AGN, *IP* y *BA*, c. 285, exp. 7, f. 10. Reyes y Enríquez Ureña, 1986, pp. 250, 265 y 281. García Naranjo, 1946-1948, VIII, pp. 204-205.

[82] Por entonces ingresaron al cuerpo docente de la preparatoria, jóvenes como Genaro Fernández Mac Gregor, Carlos González Peña, Julio Torri, Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Toussaint, entre otros. Como principal colaborador del director Genaro García fue nombrado Mariano Silva y Aceves, ateneísta, escritor en ciernes y profesor de literatura india en la Escuela de Altos Estudios. Trátese de maderistas, constitucionalistas o de huertistas, el proceso revolucionario implicaba para todos un relevo generacional.

[83] AGN, *IP* y *BA*, c. 284, exp. 15 (377) f. 373. AECH, *U*, c. 2, doc. 157. AHUNAM, *UN, R*, c. 6, exp. 81, f. 2341. García Naranjo, 1946-1948, VIII, pp. 139, 180 y 222-226. *El Imparcial* (4, 19-30 dic. 1913; 2, 7, 11, 24 y 26 mar.; 16 abr.; 6 y 15 jun., y 16 jul. 1914). *El País* (8 ene.; 15 feb., y 7, 22 y 31 mar. 1914).

Nacional.[84] Si su participación en la creación de ésta en 1910 hacía suponer que Chávez sería extremadamente fiel al proyecto original, lo que contravendría cualquier plan de reforma, lo cierto es que don Ezequiel tenía una enorme capacidad de adaptación: había abandonado el positivismo y percibía los cambios intelectuales, pedagógicos y sociopolíticos que estaban sucediendo en el país. Lo que no varió fue su laboriosidad y su férrea actitud en defensa de la institución. En concreto, Chávez buscó fortalecer las funciones del rector y del Consejo Universitario, intentó conseguir el mejor profesorado disponible y se afanó por darle a la institución un sentido auténtico de comunidad. Incluso decidió desligar a la preparatoria de la Universidad Nacional,[85] pero ésta, como todas las disposiciones del gobierno de Huerta, fue derogada a la caída de éste, a mediados de 1914. Lo que no pudo hacerse —ni se deseó— fue detener el proceso de cambio iniciado; y el fin del antiguo régimen y la construcción de uno nuevo lo agilizarían y radicalizarían.

Irrupción y cambio

En un breve escrito casi 40 años posterior, Edmundo O'Gorman volvió a referirse a Justo Sierra y a su mayor creación. Sin embargo, en esta ocasión O'Gorman prolongó su análisis y dijo que si bien la Universidad Nacional era "porfiriana en su cuna", los gobiernos revolucionarios no habían repudiado tal legado, sino que lo habían hecho suyo, para lo cual la institución tuvo que pasar por un pro-

[84] AGN, *IP* y *BA*, c. 284, exp. 15 (376), f. 347. *El Imparcial* (27 y 30 nov. y 2 dic. 1913). Lo curioso es que Chávez no era la primera opción para el puesto: antes se pensó en Emilio Rabasa y Antonio Caso. Por tener los tres, características tan distintas resulta obligado dudar de que las autoridades tuvieran un proyecto coherente y definitivo sobre la educación superior que el país requería.

[85] AHUNAM, *UN*, *R*, c. 5, exp. 64, f, 1642; AECH, *U*, c. 4, doc. 55-56 y 76-77; c. 2, doc. 161; c. 6, exp. 87, ff. 2422-2431 y 2451-2455; exp. 72, ff. 2044-2046, y c. 6, exp. 75, ff. 2154-2155, 2159 y 2168.

ceso de ajuste y de cambios. Desafortunadamente, O'Gorman no hizo pública su concepción sobre ambos aspectos; tan sólo aseguró que la Universidad Nacional se hizo revolucionaria mediante un "riguroso desarrollo" y en cumplimiento "de su noble misión".[86] Para analizar este asunto es preciso descifrar varios enigmas: ¿cómo enfrentó la institución la llegada de la revolución triunfante a la ciudad de México? ¿Cómo sobrevivió a la derrota política de sus principales actores? ¿Cómo se convirtió en una universidad revolucionaria?

Venustiano Carranza nombró como su primer encargado del Ministerio de Instrucción Pública al tabasqueño Félix Palavicini, agrónomo de profesión, pero dedicado desde finales del porfiriato a asuntos intelectuales y pedagógicos, quien además contaba con una experiencia política considerable y con suficientes credenciales revolucionarias,[87] lo que hacía previsible que trajera un nuevo proyecto de educación superior. Para comenzar, inmediatamente procedió a relevar al personal que había laborado con Huerta, fueron cesados varios profesores abiertamente huertistas "por exigirlo así la necesidad de moralizar el espíritu público",[88] y desmilitarizó la preparatoria, que volvió a quedar integrada a la Universidad Nacional en tanto que se desconoció la reforma huertista. Sobre todo, el principal aspecto de su proyecto era pretender otorgarle la autonomía a la institución, aunque no está claro si era un ofrecimiento libertario auténtico o una propuesta oportunista para ganar apoyo popular, si bien lo más probable es que haya sido una manifestación del radicalismo —comparativamente hablando— que campeó en el carrancismo durante 1914-1915.

El triunfo de los alzados implicaba nuevos hombres y nuevas ideas. Además de Palavicini, fueron responsables de

[86] O'GORMAN, 1986, p. 13.

[87] *BE*, I: 1, 1914, pp. 7-15. AHUNAM, *UN, R*, c. 8, exp. 105. *El Liberal* (17, 19, 21 y 25-26 ago. y 2 sep. 1914). PALAVICINI, 1937, p. 207.

[88] Entre otros, fueron cesados Enrique González Martínez, Rodolfo Reyes, Francico Elguero y Antonio Ramos Pedrueza, o Alfonso Teja Zabre y Manuel Herrera y Lasso. AGN, *G, PR*, c. 22, exps. 2, 3 y 5; c. 126, exps. 81 y 93-94.

la educación superior: Alfonso Cravioto, Valentín Gama —nuevo rector—, Martín Luis Guzmán, José Natividad Macías, José Vasconcelos, el "Dr. Atl", Alfonso Herrera y Alfonso Cabrera, entre otros. Aunque con diferencias respecto a su calidad académica y su filiación e ideología políticas, todos eran partidarios de construir un nuevo Estado y aceptables en el sector universitario, lo que explica su disciplinada respuesta política.[89] Con todo, ninguno de éstos tenía la calidad y experiencia de los directivos universitarios anteriores: Palivicini no era García Naranjo, como Gama no era Chávez ni Martín Luis Guzmán era Henríquez Ureña. Mayores diferencias había en el profesorado, pues no era posible sustituir inmediatamente a docentes como Joaquín Casasús, Enrique González Martínez, Carlos Pereyra, Rodolfo Reyes, Jorge Vera Estañol y Aureliano Urrutia. En resumen, con la llegada de los constitucionalistas, la Universidad Nacional pudo seguir laborando, aunque con un temporal decaimiento en su calidad académica.

El problema inmediato que enfrentó el proyecto carrancista fue la inestabilidad político-militar que sufrió el país desde finales de 1914 hasta la segunda mitad de 1915. Ya con algunos programas de estudio reformados, como los de Jurisprudencia y Medicina, y ya firmada la ley que otorgaba su autonomía a la Universidad Nacional,[90] Carranza tuvo que huir de la ciudad de México, ocupada por los convencionistas que, comprensiblemente, traían su propio proyecto universitario. El primer grupo convencionista que detentó el poder estaba encabezado por Eulalio Gutiérrez, quien puso como secretario de Instrucción a José Vasconcelos, quien, a su vez, nombró como colaboradores principales a varios de sus compañeros ateneístas —Martín Luis Guzmán, Mariano Silva y Aceves y Julio Torri— pero quien también integró un ecléctico equipo de trabajo con personas provenientes de los diversos grupos que conformaban

[89] AHUNAM, *T*, exps. 560, 640, 1578 y 1723; AGN, *G*, *PR*, c. 119, exp. 22. *BE*, I-1, 1914, pp. 31 32, 40, 43-46 y 74-81.

[90] AHUNAM, *UN*, *R*, c. 6, exp. 87, E. 2482-2487. *BE*, I:1, pp. 43-54, 183 y 194.

la Convención, como el oftalmólogo michoacano Miguel Silva.[91] Sin embargo, dentro de la Universidad Nacional, Vasconcelos descansó en educadores probados, sin importarle sus ligas con los gobiernos de Díaz y Huerta, como Ezequiel Chávez, Jesús Galindo y Villa, Julio García y, claro está, Antonio Caso. Si bien Vasconcelos también decidió otorgar la independencia a la institución, que se restructuraría a partir de un proyecto hecho por un grupo plural de universitarios destacados,[92] sucedió que el gobierno de Eulalio Gutiérrez pronto tuvo que salir huyendo de la ciudad de México, lo que hizo abortar —léase posponer— al plan vasconcelista.

El resto de 1915 fue una dura prueba para la Universidad Nacional, debido al caos provocado por la conflictiva situación político-militar del país. Después de Gutiérrez, la ciudad de México fue dominada, por escasas dos semanas, por Roque González Garza y la facción villista de la Convención. Posteriormente, fue ocupada por Álvaro Obregón, sólo por mes y medio, lapso durante el cual no hubo una política universitaria, ya que la solución de los problemas militares era, más que prioritaria, urgente. Esto explica que Obregón sí desarrollara, en cambio, una estrategia política dirigida al más numeroso sector universitario, el de los estudiantes, a quienes trató de atraer e involucrar en la lucha contra los ejércitos villista y zapatista: el resultado no fue despreciable, pues desde entonces logró el apoyo de varios estudiantes de Medicina, imprescindibles en la creciente profesionalización de su ejército.[93]

Al abandonar Obregón la ciudad de México, ésta fue recuperada por los convencionistas, encabezados por González Garza. Probablemente los peores meses sufridos por la Universidad Nacional durante todo el decenio fueron aquellos de mediados de 1915, durante el segundo

[91] *El Monitor* (6, 9 y 27 dic. 1914).

[92] AHUNAM, *UN, R*, c. 7, exp. 103, f. 2950. *El Monitor* (5, 6, 8-9, 11, 13 y 17 dic. 1914). MARIA Y CAMPOS, 1975, pp. 164-177.

[93] AGN, *G, PR*, c. 5, exp. 11. *El Pueblo* (12 feb. 1915). *La Convención* (27 feb. 1915). GRACIA GARCÍA, 1911, p. 215.

mandato de González Garza. El secretario de Instrucción fue Joaquín Ramos Roa, y el rector fue, otra vez, Valentín Gama. En el fondo, el problema es que se trataba de un gobierno muy vulnerable, sin un proyecto nacional, definido, lo cual se reflejaba en su política universitaria. A pesar de haber sido rector meses antes y director de la preparatoria con Madero, Gama se debatía entre desaparecer o fortalecer a la Universidad Nacional. De esa magnitud era su dilema: volver a la situación anterior a 1910, con escuelas profesionales independientes, o construir una universidad tradicional, con un rector prácticamente omnímodo. De hecho, Gama propuso que se hiciera una nueva ley constitutiva, con base en una comisión formada por él, Federico Cervantes y Ramón López Velarde. El resultado fue que se propuso disolver la Universidad Nacional y que los asuntos universitarios los resolviera una junta directiva de instrucción pública, conformada por los directores y un delegado de cada escuela.[94]

La Universidad Nacional todavía pasaría peores amenazas, cuando la facción villista de la Convención fue sustituida por una zapatista encabezada por Francisco Lagos Cházaro. El secretario de Instrucción Pública fue Otilio Montaño, antes profesor rural en el estado de Morelos y autor del Plan de Ayala. Tan pronto se dio el cambio de gobierno, Gama renunció a la rectoría, pero nunca se nombró un sustituto, por lo que la institución permaneció acéfala. Mucho más grave que la incapacidad o la falta de autoridades fue la parálisis casi total de las actividades académicas: muchos de los mejores profesores se encontraban exiliados; otros simplemente dejaron de cumplir con sus actividades docentes. Esto último se debió a lo difícil que se tornó en la ciudad la vida cotidiana —irregularidad en el abasto, desquiciamiento monetario, alarmante insalubridad y falta de seguridad— y a que todos percibieron que el régimen de Lagos Cházaro duraría poco, por lo que pre-

[94] AHUNAM, *T*, exp. 604; AHUNAM, *UN*, *R*, c. 6, exp. 75, ff. 2204, 2206, 2208 y 2210; c. 7, exp. 101, ff. 2888, 28901; exp. 103, ff. 2958, 2959 y 2974: exp. 104, ff. 3122 y 3123.

firieron no colaborar con él para evitar represalias del gobierno constitucionalista, previsible triunfador en la guerra de facciones; sobre todo, los universitarios advirtieron que la institución no tenía futuro en el proyecto educativo de Otilio Montaño, comprensiblemente dedicado a la educación rural y rudimentaria.[95]

Paradójicamente, por pobre que haya sido el desempeño académico de la Universidad Nacional durante 1915, en términos políticos fue sin duda el periodo más agitado e importante del decenio. En el fondo, lo que los estudiantes hicieron fue aceptar y comprender la derrota definitiva del antiguo régimen, y simpatizar y colaborar con el surgimiento del nuevo. Así hayan sido proconvencionistas o proconstitucionalistas, los jóvenes universitarios comenzaron a dejar de ser los vástagos de las familias beneficiadas por el porfiriato. Indudablemente, el suceso que mejor ilustra dicho cambio es la colaboración de varios alumnos de la Escuela de Agricultura en los procesos de reforma agraria en Chihuahua y Morelos, aunque también fue igualmente significativa la simpatía de numerosos estudiantes de medicina con las fuerzas armadas constitucionalistas.[96]

El cambio, ¿moderado o radical?

El apoyo del sector universitario a los constitucionalistas creció con su triunfo; además, a finales de 1915 éstos presentaron un proyecto que implicaba reformas profundas, pero atinadas y mayoritariamente aceptables: se renovaba el ofrecimiento de autonomía y se prometía mejorar y actualizar a la Universidad Nacional mediante cambios en los planes y programas de estudio. Sin embargo, lo cierto es que no se otorgó tal independencia, y que la preparato-

[95] AHUNAM, *UN*, *R*, c. 7, exp. 96, ff. 2719 bis, 2712 bis, 2735, 2736 bis y 2737; exp. 101, ff. 2882-2883; exp. 103, ff. 2977-3000. *El Renovador* (17 jun. y 1º y 3 jul. 1915).

[96] Gómez, 1961 y 1966. *Diccionario*, 1990, i, p. 509; ii, pp. 79 y 956-958; iii, pp. 109 y 581.

ria quedó escindida de la institución; además, ésta perdió muchas otras dependencias dedicadas a la investigación y a la difusión de la cultura: el intento era reducirla a la suma de las escuelas profesionales, agregándole ahora la de odontología y la de química, de inminente creación.[97] En resumen, se buscaba reducir la Universidad Nacional a una dimensión apropiada, y modernizarla de acuerdo con el espíritu de su tiempo.

Desafortunadamente, el proyecto no coincidía con sus posibilidades inmediatas ni con la nueva situación real. Para comenzar, los principales pedagogos carrancistas asumieron otras responsabilidades —piénsese en Palavicini y su propuesta de una nueva constitución o su dirección de un nuevo periódico, *El Universal*—; además, puesto que se pretendía evitar riesgos como los de finales de 1914, cuando se acudió a intelectuales destacados, pero independientes o contrarios políticamente, ahora se buscaron colaboradores mediocres pero disciplinados, por lo que la educación superior quedó bajo la férula de Alfonso Herrera o Fernando Lizardi.[98] Así, en lugar de hacerse autónoma, durante 1916 la Universidad Nacional se tornó crecientemente carrancista. En términos académicos su rendimiento fue mediocre: se carecía de los mejores profesores de antaño, los recursos económicos escaseaban y la situación sanitaria de la ciudad seguía siendo mala. Sin embargo, por otro lado continuó el proceso de hacer cada vez más práctica la educación superior, y comenzó a integrarse una nueva planilla de profesores con la suma de jóvenes docentes y los mejores maestros que pudieron conservar su puesto.[99]

[97] AHUNAM, *UN, R*, c. 6, exp. 87; exp, 106, f. 3221. *BE*, 1914, I: 4, pp. 27-32. *El Demócrata* (25 ene.; 8 mar., y 20 mayo 1916).

[98] Herrera, normalista campechano, había fundado la Escuela Pestalozzi en Mérida y había radicado en Puebla, donde entró en contacto con Aquiles Serdán; posteriormente fue muy cercano a Jesús Carranza. Lizardi quien, a su vez, era miembro del grupo político del rector Macías y ambos guanajuatenses.

[99] AHUNAM, *UN, R*, c. 8, exp. 116, ff. 3488-3490, 3493-3494, 3516-1519 y 3524. AHUNAM, *T*, exps. 577, 1289 y 1514. *BE*, 1914, I:2, pp. 223; I:4, pp. 33-34, *Boletín de la Universidad*, I:1, pp. 34-37. *El Pueblo* (2 mar. y 17 mayo 1916).

Asimismo, se buscó que la educación superior fuera útil a la transformación socioeconómica del país, para lo cual se crearon carreras concretas, como contabilidad, veterinaria y química, vetadas antes por el proyecto universitario de Justo Sierra. Sobre todo, a diferencia de éste, que soñó con una universidad culturalista y partidario de la minoría selecta, ahora se deseaba una institución más compenetrada con los problemas socioeconómicos del país. Al margen de la mediocridad imperante, a mediano y largo plazos los cambios realizados por los carrancistas serían fundamentales.

Dado que desde 1916 el carrancismo fue menos radical que en 1914-1915, hubo cambios en lo concerniente a la vida política de la institución. Para comenzar, el gobierno ya no fue tan agresivo y sectario como durante los años anteriores; además, buscó establecer una buena relación con la comunidad universitaria, alegando que pretendía imponer un gobierno ordenado, moderno y civilizado, con un aparato burocrático que requería del concurso inmediato de los profesionistas, que iban a ser igualmente importantes en la reconstrucción socioeconómica del país.[100] Tal identificación de intereses dio lugar a una colaboración política. Numerosos estudiantes se organizaron para colaborar en las elecciones que llevarían a don Venustiano a la presidencia constitucional.[101] Sobre todo, fue importante la participación de la comunidad universitaria —en especial la de Jurisprudencia, por obvias razones— en la promulgación de la Constitución de 1917: la idea de elaborar toda una nueva carta magna fue de Palavicini; Luis Manuel Rojas, jefe del Departamento de Bellas Artes, fue presidente del Congreso; también fueron constituyentes Alfonso Cravioto y José Natividad Macías, rector de la institución y cuya presencia simbolizaba la alianza con el gobierno revolucionario; es más, dicha alianza la confirmaban la participación de Alfonso Herrera, secretario universitario, y de Fernando Lizardi, director de Jurisprudencia y secre-

[100] *BE*, 1914, I:4, pp. 32 y 45-48.

[101] *El Pueblo* (4, 22 y 27 mayo; 1º, 10 y 15 jun.; 4, 14 y 16 nov. 1916, y 21 mar. y 27 abr. 1917).

tario del Congreso. La lista de los recién egresados participantes es abultada, e incluso hubo estudiantes todavía en activo como Emilio Araujo, Fidel Jiménez y Ramón Rosas. Por último, aunque no eran diputados constituyentes, algunos alumnos destacados de jurisprudencia fueron invitados por Lizardi para presenciar las sesiones: tal fue el caso de Manuel Gómez Morín y de Vicente Lombardo Toledano.[102] En resumen, si la participación de los universitarios en la lucha armada había sido magna, su colaboración en la construcción del nuevo México fue, desde un principio, invaluable.

La coincidencia de los ideales e intereses de los universitarios con los de los carrancistas se manifestó también en el otro gran conflicto político de la época; la expedición punitiva. Sin embargo, más que manifestaciones exaltadas de yancofobia, los estudiantes expresaron un nacionalismo moderado, ordenado y responsable, acorde con el ritmo y tono de la postura diplomática de Carranza. En consecuencia, fueron menores las alteraciones de la vida académica cotidiana.[103] Si bien la yancofobia de los jóvenes de 1916 fue menos violenta que la de 1910-1914, en esta ocasión dicha postura se completó con un explícito latinoamericanismo, lo que dio lugar a otra coincidencia político-ideológica con el gobierno de Carranza, así como a una serie de favores y canonjías del gobierno para los estudiantes, en aras de mantener y acrecentar su alianza: fue entonces cuando algunos jóvenes mexicanos comenzaron a viajar a Sudamérica a costa del gobierno.[104] El origen de esa alianza, tan distinta respecto a su postura frente a Madero, radica en que los estudiantes universitarios cambiaron hacia 1915: quedaban cada vez menos testigos de los tiempos dorados de Justo Sierra, y también eran menos los vásta-

[102] AMGM, vol. 561, exp. 1768. Para un listado completo con una caracterización confiable de los diputados, véase Romero Flores, 1986.

[103] La prueba del control gubernamental sobre las manifestaciones estudiantiles, en AGN, *G, PR*, c. 7 exp. 31. Para el impacto en las labores escolares, AHUNAM, *UN, R*, c. 7, exp. 103, f. 3093 bis y c. 8, exp. III, f. 3353 bis.

[104] Viajaron pocos, como empleados menores de las legaciones.

gos de las grandes familias porfiristas, pues éstas se encontraban en el exilio. Por lo tanto, resulta comprensible que simpatizaran con la facción más civilizada y moderada entre los revolucionarios. Consecuentes con los tiempos, los estudiantes se dedicaron entonces a labores organizativas: en mayo de 1916 crearon el Congreso Local Estudiantil, cuyos primeros presidentes fueron Jorge Prieto Laurens, Enrique Soto Peimbert y Miguel Torner.[105]

Con el inicio de la vida constitucional en México, al amparo de la Constitución de 1917, desapareció la Secretaría de Instrucción Pública y la Universidad Nacional pasó a depender del Departamento Universitario y de Bellas Artes, de naturaleza menos académica y sí más político-burocrática. La conclusión obvia es que Carranza había olvidado su promesa de otorgar la autonomía a la institución, pues ahora la convertía en una simple dependencia gubernamental. A pesar de ello, el reclamo de la comunidad fue tibio. Con todo, si en 1914-1915 las ideas autonomistas provenían de algunos funcionarios carrancistas y de la élite universitaria, ahora se manifestaron al respecto jóvenes que iniciaron entonces su participación en la vida política nacional, como Antonio Castro Leal, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano y Alberto Vázquez del Mercado.[106]

Casi al mismo tiempo surgió el conflicto por la escisión de la preparatoria. De hecho, la lucha porque permaneciera integrada a la Universidad Nacional fue más violenta que el reclamo autonomista. Como dijera uno de estos nuevos líderes estudiantiles, podía tolerarse que por un tiempo la institución no fuera independiente, pero nunca que se le mutilara.[107] A pesar de la unánime defensa hecha por la comunidad, la preparatoria permaneció ajena a la Universidad Nacional, decisión que provocó el mayor

[105] *El Demócrata* (8 mayo 1916 y 11 abr. 1917). *Excelsior* (9 abr. 1917). *El Pueblo* (2 dic. 1916).

[106] *El Demócrata* (26 jul. 1917). *Excelsior* (17 y 25 jul. 1917). *El Universal* (8 y 30 sep. 1917).

[107] El argumento fue de Lombardo Toledano. Véase *Boletín Universitario*, I:1, pp. 249 y 264.

enfrentamiento del presidente Carranza con la comunidad universitaria. Incapaces de lograr la devolución de la entrañable escuela, numerosos universitarios procedieron a instaurar una preparatoria "libre", con sede en Altos Estudios. Si los miembros del grupo de "los siete sabios" habían comenzado ya su vida política, ahora tuvieron oportunidad de iniciar su vida docente.[108] Cualquiera que fuera el prestigio posterior de este grupo de universitarios, es indudable que durante esos años la institución estuvo lejos de tener el brillo que le había vaticinado Justo Sierra.

La evolución de la Universidad Nacional entre 1917 y la primera mitad de 1920 puede considerarse como un proceso de cambio hacia un tipo más moderno de educación superior. Además, no obstante las serias limitaciones financieras, puede asegurarse que a partir de 1918 tuvo un buen desempeño, con una mejoría modesta, pero constante. Se gozó de estabilidad político-administrativa en el sector, y la institución no sufrió nuevas amenazas. El rector siguió siendo José Natividad Macías, quien era un hombre tranquilo y moderado, con buena experiencia político-administrativa.[109] Los directores de las escuelas fueron universitarios de regular prestigio, pero crecientemente dedicados sólo a sus escuelas. La mejoría académica también se debió a cambios en los programas —sobre todo en Medicina e Ingeniería— y en los procedimientos de enseñanza y evaluación, así como a la implantación de una mejor disciplina y a la recuperación de algunos de los principales profesores de antaño, como Ezequiel Chávez, y Antonio Rivas Mercado.[110] El regreso de éstos y otros profesores porfiristas no implicaba la restauración del proyecto universitario sierrista. El carrancista era minoría selecta, adjudicaba a la institución compromisos socioeconómicos y tenía como objetivo fundamental la preparación profesional de la nueva clase

[108] AGN, *G*, *PR*, c. 264, exp. 74, *Excelsior* (17 y 19 ene. y 29 abr. 1918). *El Universal* (19 abr. 1918).

[109] AGN, *G*, *PR*, c. 42, exp. 2 y c. 107, exp. 73. AHUNAM, *T*, exp. 1578.

[110] AHUNAM, *UN*, *R*, c. 7, exp. 100, f. 2810 y c. 9, exp. 125, f. 3744. AHUNAM, *T*, exp. 341. AGN, *IP* y *BA*, c. 296, exp. 27, f. 1. *Boletín Universitario*, II:1, p. 263. *Excelsior* (2 feb. 1920).

social que había tomado el poder nacional. Además, signo de los tiempos, la Universidad Nacional tendió a establecer más vínculos con las instituciones de educación superior estadounidenses, a diferencia de Sierra, más proclive a lo europeo.[111]

No cabe la menor duda de que la aceptable marcha de la Universidad Nacional durante esos años se debió a la inexistencia de movimientos estudiantiles oposicionistas. En primer lugar, los jóvenes de entonces se concentraron en labores de organización gremial, cuyo principal objetivo era la creación de la Confederación de Estudiantes Mexicanos, de alcance nacional. Asimismo, las actividades políticas más importantes estaban encaminadas a lograr el control del Congreso Local Estudiantil, sobre todo cuando el grupo fundador de Jorge Prieto Laurens y Miguel Torner fue desplazado, a finales de 1917, por un nuevo tipo de estudiantes. En efecto, entonces asumieron el liderazgo jóvenes con intereses más académicos e institucionales: mientras que el grupo de Prieto Laurens estaba esencialmente interesado en la política nacional, como lo prueba su participación en el Partido Cooperatista y en el Consejo Municipal de la ciudad de México, el nuevo grupo —en el que destacaban Miguel Palacios Macedo, Teófilo Olea, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano y Narciso Bassols— estaba dedicado a labores intelectuales, universitarias, pues de la construcción de instalaciones se pasó a la organización de conferencias y a la realización de una campaña por el mejoramiento de la educación pública. Otro asunto que los distinguió fue la obsesión de los primeros por viajar a Sudamérica a costa del gobierno, para establecer vínculos con sus congéneres sudamericanos.[112]

[111] El rector Macías hizo un viaje a las universidades de Texas, Arizona y Berkeley durante 1919.

[112] AMGM, vol. 562, exp. 1770. *Excelsior* (21 y 26 nov.; 2 dic. 1917; 24 feb., y 8 jul. 1918). *El Universal* (6 oct. 1917; 4 mar. 1918, y 10 mar. 1919). El mejor estudio sobre las actividades juveniles de Gómez Morín y Lombardo es el de Enrique Krauze. KRAUZE, 1976. El mejor testimonio es el de CALDERÓN VEGA, 1961.

De cualquier manera, ambos grupos fueron progubernamentales: compartieron su nacionalismo con Carranza, su civilismo y su moderación en política social, y ninguno puede ser acusado de enemigo del proceso revolucionario.

El motivo de su nueva postura política puede explicarse por la inminencia de un crecimiento económico y de un progreso social que demandaría las labores profesionales de los jóvenes de clase media. Asimismo, se explica por la disponibilidad laboral del aparato gubernamental: Madero no desmanteló al sistema porfirista, lo que le impidió ofrecer numerosos puestos a los jóvenes y a sus profesores. Huerta, en cambio, ante el envejecimiento y exilio de los porfiristas, y por su repudio a cualquier elemento revolucionario, tuvo que gobernar con un nuevo aparato, reclutado de la comunidad universitaria, lo que explica su alianza con ella. Lo mismo puede decirse del carrancismo, pues una vez desmantelado el aparato gubernamental del antiguo régimen, tuvo que construir uno, enteramente nuevo a partir de una alianza entre jóvenes y revolucionarios. Si el cambio se había dado a partir de 1916, otra transformación importante estaba próxima a sobrevenir hacia 1920.

Epílogo

De los muchos cambios que trajeron a la Universidad Nacional, las convulsiones políticas del decenio, el más importante fue el provocado con el derrocamiento de Carranza por la revuelta aguaprietista, a mediados de 1920. Por ella llegaron los sonorenses al poder y José Vasconcelos a la rectoría y, un año después, a la Secretaría de Educación Pública creada por él. Como rector se dedicó a integrar dentro del proceso revolucionario a la comunidad universitaria y a la institución en su conjunto, desde sus instalaciones hasta su filosofía pedagógica. Fueron de tal magnitud los cambios impulsados por Vasconcelos, que la naturaleza de la institución creada en 1910 se modifico íntima y esencialmente en 1920. Primero, impregnó a los universitarios de espíritu comunitario y de un inédito afán de colabo-

ración revolucionaria. Asimismo, logró que la Universidad Nacional se volviera más académica, pero haciéndola, paradójicamente, más abierta y popular. Además de atender los urgentes reclamos del pueblo analfabeto, Vasconcelos procedió a ofrecer un amplio programa cultural. Si se comparan los proyectos universitarios de Sierra y Vasconcelos, por más que puedan encontrarse similitudes y continuidades, como otorgar un lugar central a la Preparatoria, resulta obvio que la Universidad Nacional sobrevivió al proceso revolucionario a cambio de sufrir profundas transformaciones, que fueron encabezadas, radicalizadas o concluidas por Vasconcelos. A pesar de la brevedad de su rectorado, su influencia fue definitiva, al grado de poderse afirmar que la institución fundada en 1910 fue abierta, nuevamente, en 1920. Por lo tanto, en realidad sus fundadores fueron dos, Sierra y Vasconcelos. Si ambos pueden ser vistos como los principales educadores de nuestras historias moderna y contemporánea, y si ambos tuvieron una coherente y rica visión de la historia nacional, lo mismo puede decirse de don Edmundo O'Gorman; de los tres puede decirse que fueron auténticos civilizadores.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AECH, *U*	Archivo Ezequiel Chávez, ramo *Universidad*, México.
AGN, *G*, *PR*	Archivo General de la Nación, Fondo *Gobernación*, ramo *Periodo Revolucionario*, México.
AGN, *IP* y *BA*	Archivo General de la Nación, Fondo *Instrucción Pública y Bellas Artes*, México.
AHUNAM, *A*	Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo *Alumnos*. México.
AHUNAM, *T*	Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo *Trabajadores*. México.
AHUNAM, *UN*, *R*	Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo *Universidad Nacional*, ramo *Rectoría*. México.
AMGM	Archivo Manuel Gómez Morín. México.
BE	*Boletín de Educación*. México: Ministerio de Educación Pública y Bellas Artes.
BIP	*Boletín de Instrucción Pública*. México: Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.
RDS	Records of the Department of State.

ALVARADO, Lourdes

1988 "Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza biográfica", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, XI, pp. 183-199.

BAZANT, Mílada

1993 *Historia de la educación durante el porfiriato.* México: El Colegio de México.

CALDERÓN VEGA, Luis

1961 *Los siete sabios de México.* México: Jus.

CARDIEL REYES, Raúl

1986 *Retorno a Caso.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

CHÁVEZ, Leticia

1964 *Recordando a mi padre.* México: Asociación Civil Ezequiel A. Chávez, 10 vols.

DÍAZ ZERMEÑO, Héctor

1986 "Introducción" a Manuel Flores: *Tratado elemental de pedagogía.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Diccionario

1990 *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana.* México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, vol. 1.

DOCOING, Patricia

1990-1991 *La pedagogía en la Universidad de México, 1881-1954.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2 vols.

DUMAS, Claude

1986 *Justo Sierra y el México de su tiempo.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

GARCÍA, Genaro

1911 *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México.* México: Museo Nacional.

GARCÍA NARANJO, Nemesio

1946-1948 *Memorias.* Monterrey: Talleres de El Porvenir, 10 vols.

GARCÍA VERÁSTEGUI, Lía

1984 *Del provecho nacional para una universidad en México. 1867-1910.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

GARCIADIEGO, Javier

1993 "Los orígenes de la Escuela Libre de Derecho", en *Revista de Investigaciones Jurídicas,* 17, pp. 119-120.

1996 *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana.* México: El Colegio de México.

GÓMEZ, Marte R.

1961 *Las comisiones agrarias del Sur.* México: Librería de Manuel Porrúa J.

1966 *La reforma agraria en las filas villistas.* México: Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana.

GRACIA GARCÍA, Guadalupe

1982 *El servicio médico durante la Revolución Mexicana.* México: Editores Mexicanos Unidos.

HALE, Charles

1991 *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX.* México: Vuelta.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan

1967 "Sobre la fundación de la Universidad Nacional. Antonio Caso *vs.* Agustín Aragón", en *Historia Mexicana,* XVI:3(63) (ene.-mar.), pp. 368-381.

1981 *Ezequiel Chávez, impulsor de la educación mexicana.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

HERNÁNDEZ LUNA, Juan (comp.)

1948 *La universidad de Justo Sierra.* México: Secretaría de Educación Pública.

HUERTA JARAMILLO, Ana María Dolores

1992 *Los estudiantes poblanos en 1910.* Puebla: Gobierno del Estado.

INNES, John S.

1973 "The Universidad Popular Mexicana", en *The Americas,* 30 (jul.), pp. 110-122.

KRAUZE, Enrique

1976 *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana.* México: Siglo Veintiuno Editores.

LEÓN, Luis L.

1987 *Crónica del poder. En los recuerdos de un político en el México revolucionario.* México: Fondo de Cultura Económica.

MARIA Y CAMPOS, Alfonso de

1975 *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929).* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

MEDINA NERI, Héctor

1979 *Gustavo Baz. Guerrillero de Emiliano Zapata.* México: s.e.

MEYER, Eugenia

1974 Estudio introductorio a *Obras completas de Luis Cabrera.* México: Ediciones Oasis, 4 vols.

O'GORMAN, Edmundo

1948 *Historia de la Antigüedad* (t. x de las *Obras Completas*). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

1958 *La invención de América; el universalismo de la cultura de Occidente.* México: Fondo de Cultura Económica.

1960 *Seis estudios históricos de tema mexicano.* Xalapa: Universidad Veracruzana.

1960-1961 *México, cincuenta años de revolución.* México: Fondo de Cultura Económica.

1977 *México, el trauma de su historia.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

1986 *Homenaje al fundador de la Universidad Nacional de México, don Justo Sierra, septiembre 13 de 1985.* México: Centro de Estudios de Historia de México, Condumex.

ORTEGA, José Juan

1955 *Odisea estudiantil universitaria.* México: s.e.

PALAVICINI, Félix Fulgencio

1937 *Mi vida revolucionaria.* México Botas.

PANI, Alberto J.

1936 *Mi contribución al nuevo régimen (1910-1933).* México: Cultura.

Los presidentes

1985 *Los presidentes de México ante la Nación. 1821-1984, informes manifiestos y documentos.* México: LII Legislatura de la Cámara de Diputados, 6 vols.

PRIETO LAURENS, Jorge

1968 *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas.* México: s.e.

RAMÍREZ GARRIDO, J. D.

1943 *Así fue...* México: Imprenta Nigromante.

REYES, Alfonso y Pedro HENRÍQUEZ UREÑA

1986 *Correspondencia; 1907-1914. Ureña.* México: Fondo de Cultura Económica.

ROMERO FLORES, Jesús

1986 *Historia del Congreso Constituyente, 1916-1917.* Mexico: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

RUIZ GAYTÁN, Beatriz

1954 *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía.* México: Junta Mexicana de Investigaciones Históricas.

SIERRA, Justo

1948a *Historia de la Antigüedad,* en *Obras Completas,* t. x. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

1948b *Evolución política del pueblo mexicano,* en *Obras Completas),* t. XII. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

URIÓSTEGUI MIRANDA, Píndaro

1970 *Testimonios del proceso revolucionario mexicano.* México: Talleres de Argrin.

VASCONCELOS, José

1948 *La Tormenta; segunda parte de Ulises Criollo.* México: Botas.

VELÁZQUEZ, María de Lourdes

1994 "La propuesta estudiantil de reforma en 1910", en *Tradición y reforma en la Universidad de México.* México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 203-236.

VILLEGAS, Gloria

1984 "La Universidad de Justo Sierra y la Revolución", en *Memoria del primer encuentro de historia sobre la Universidad.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

YANKELEVICH, Pablo

1992 "Ellos y nosotros: escenografía antimaderista y fervor latinoamericano en una conferencia de Ugarte en México", en *Eslabones*, 4 (jul.-dic.), pp. 41-49.

ZEA, Leopoldo

1968 *El positivismo en México*. México: Fondo de Cultura Económica.

LOS MITOS POLÍTICOS DE LA NACIÓN MEXICANA: EL LIBERALISMO Y LA REVOLUCIÓN

Charles A. Hale
University of Iowa

*A la memoria de Don Edmundo O'Gorman,
quien nos enseñó a someter a examen
crítico los mitos de la historia.*

La vida pública mexicana entre 1867-1910 y de 1940 a la fecha ha estado dominada por dos mitos políticos unificantes: el del liberalismo y el de la continua revolución. En la representación oficial los proyectos liberal y revolucionario están íntegramente vinculados, formando una continuidad en el proceso político. Es más, tanto el liberalismo como la Revolución han sido equiparados con el emergente destino de la nación misma. Han sido los bloques constructores del nacionalismo mexicano. Estos dos mitos que todo lo abarcan tomaron forma durante épocas de consenso ideológico, después de conflictos civiles, levantamientos sociales y heroicas resistencias a la intervención extranjera. Se construyeron a partir de los elementos de la lucha épica, elementos a menudo contradictorios y que no obstante fueron reconciliados.

La primera época de consenso ideológico comenzó con el triunfo de la causa liberal en 1867. La derrota de Maximiliano, del partido conservador y del ejército francés en manos de Benito Juárez reivindicó la Constitución de 1857, las leyes de reforma y el gobierno republicano. Con el triunfo del liberalismo, en palabras de Juárez, la nación había ga-

nado su segunda independencia. Uno de los principales objetivos políticos durante los años siguientes a la reforma fue el de la reconciliación política, tanto de los antiguos conservadores y defensores del imperio como de las facciones divergentes dentro del victorioso partido liberal.

El presidente Juárez marcó la disposición de la política conciliatoria con las propuestas que llevaron a la amplia ley de amnistía de 1870. Durante los años que siguieron, antiguos conservadores se integraron al rebaño liberal, incluyendo al general Manuel González, cuyo servicio como general conservador durante los tres años de guerra no le impidieron llegar a la presidencia, y a Manuel Dublán, un pariente de Juárez que fue ministro de finanzas entre 1884-1891 a pesar de haber servido al imperio en Oaxaca. De hecho, incluso hoy la mayoría de las biografías de Dublán omiten su pasado imperialista. Al parejo de la reconciliación política surgió el esfuerzo de Ignacio M. Altamirano por crear una literatura nacional sobre la huella de la guerra civil. Sostenía que una literatura tal, aunque indudablemente basada en principios liberales, debía aceptar escritores anteriormente conservadores.

La reconciliación de las facciones dentro del partido liberal resultó más difícil, y no comenzó hasta la victoria de Porfirio Díaz en 1876, quien primero indultó y luego acogió abiertamente a los partidarios de sus tres principales oponentes, Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias. Este proceso alcanzó su clímax el 28 de julio de 1887, cuando el decimoquinto aniversario de la muerte de Juárez se volvió un gran acontecimiento ceremonial. De modo que el culto a Juárez como figura central de la tradición liberal fue obra de su vengador, Porfirio Díaz.

La reconciliación política se llevó a cabo en un ambiente intelectual nuevo y amable, influido por la filosofía positivista. Aunque a partir de 1867 todos aquellos con ambiciones intelectuales debían necesariamente ser "liberales", el liberalismo como conjunto de ideas políticas se transformó al interactuar con el positivismo. La doctrina clave de la época de Díaz, cuyos precedentes aparecieron desde 1867, fue la "política científica", que toma elementos del positi-

vismo de Comte y de las experiencias en Francia y España como repúblicas conservadoras a principios de la década de 1870. Los defensores de la política científica, dirigidos por Justo Sierra, se hacían llamar liberales "nuevos" o "conservadores", proporcionando así apoyo intelectual a la continua política de reconciliación ideológica y de facciones. Sostenían que México debía ir más allá de la negativa política revolucionaria y "metafísica" de mediados de siglo y formular un programa positivo para la era moderna. El plan de la política científica era hacer la reforma constitucional para fortalecer al gobierno, que a su vez sería la base del orden político y del progreso económico. Sierra y sus colegas siempre se consideraron liberales, pese a los desacuerdos con sus predecesores, de modo que en esta época de consenso el debate político se llevó a cabo dentro de los confines de la institución liberal, que incluía figuras tan diversas como Justo Sierra, José María Vigil, Ignacio M. Altamirano y Francisco Bulnes.

La segunda época de consenso ideológico se dio en los cuarenta, con la "institucionalización" de la Revolución y el lanzamiento de un programa de industrialización urbana. Según el discurso oficial, la Revolución estaba pasando de su fase agro-indígena a su fase industrial. Todos los ideales originales de la Revolución —el ejido comunal como nuevo eje del México rural, la redescubierta población indígena como baluarte de la nacionalidad mexicana, el sindicato como defensor del trabajador urbano, la expropiación de los recursos subterráneos como contrapeso del capital extranjero— se subordinaron a las metas de la modernización, a través de la industria y la tecnología agrícola. El ecléctico discurso oficial de la continua revolución no omitió los objetivos sociales clásicos de los años heroicos, sino que simplemente les injertó la nueva prioridad del rápido desarrollo económico. El PRI podía conservar sus sectores revolucionarios básicos —agrícola, obrero y popular— sin impedir que el gobierno abriera sus puertas a organizaciones representativas de los nuevos industriales capitalistas.

Así como a finales del siglo XIX, durante los años posteriores a 1940 la reconciliación se volvió un objetivo político

primordial. Se honró a Villa, Zapata y Cárdenas con Madero, Carranza y Calles. Se podía conmemorar a un antiguo científico antirrevolucionario como Emilio Rabasa, que había regresado del exilio y servido como mentor de una generación de abogados y juristas de los revolucionarios años veinte, y sus descendientes podían obtener altos puestos en el gobierno. Pese al extremo anticlericalismo de la Constitución de 1917, se permitía que funcionara un seminario jesuita, aunque escondido en San Ángel y con un nombre falso. Incluso después de los traumáticos acontecimientos de octubre de 1968, el estado revolucionario, básicamente benigno, podía incorporar (o por lo menos tolerar) a críticos ya consolidados como Daniel Cosío Villegas y Octavio Paz, o a críticos más jóvenes de la misma generación de Tlatelolco, como Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze y Lorenzo Meyer. Al igual que durante el porfiriato, el debate político de los cuarenta a la fecha ha sido vigoroso y a menudo polémico, aunque siempre se ha llevado a cabo dentro de los amplios confines del consenso ideológico, es decir, dentro de una institución "revolucionaria".

Cualquier evaluación crítica de los dos mitos políticos vinculados debe reconocer el papel positivo que han desempeñado en la vida pública mexicana, distinguiendo la experiencia de México dentro de Latinoamérica. Me permito citar dos ejemplos de este papel. El primero, ha sido solidificar la idea de que en términos sociales México es una nación mestiza, y el segundo, la identificación política del nacionalismo con la tradición liberal.

La concepción de México como nación mestiza es producto de los años porfiristas. Antes de la reforma la nacionalidad se concebía en términos criollos, una visión compartida por José María Luis Mora y Lucas Alamán, a pesar de sus diferencias ideológicas. Entre las décadas 1840-1880 hubo una gran indiferencia partidaria de la "cuestión social" y una hostilidad hacia la inquietud agraria, aunque las guerras de la reforma obligaron a la ideología establecida a reconocer el papel de la movilización popular en la defensa del programa liberal y de la na-

ción misma. Dentro de la exitosa campaña del Congreso por establecer el principio de educación pública obligatoria, Justo Sierra aseguró en 1887 que tratar de distinguir entre la capacidad de las razas en términos racionales o constitucionales sería condenar "al ostracismo perpetuo a esta raza a quien le debemos parte de nuestra sangre, parte de nuestras glorias y la conquista de nuestras instituciones".[1]

Una posición similar en cuanto a que se adopta una visión más positiva de las raíces indígenas nacionales, se puede detectar incluso en el perdurable argumento a favor de la colonización europea. Es más, la evolución social de México como mestizaje fue un tema central de *México a través de los siglos,* de las historias de Sierra y de *Los grandes problemas nacionales* de Andrés Molina Enríquez. Esta visión optimista, que básicamente asumía la asimilación de la población indígena a la cultura dominante, fue inherente al revolucionario "indigenismo" de Manuel Gamio y José Vasconcelos, perpetuada en busca de "lo mexicano" de Leopoldo Zea a principios de los cincuenta y proclamada oficialmente diez años después en la plaza de la Tres Culturas y en el museo de Antropología. Pese a las críticas de antropólogos actuales al absorbente mestizaje y pese al reto impuesto a este mito por la rebelión chiapaneca, no tenemos más que contemplar la historia de Perú o Guatemala para apreciar su papel en la promoción de la unificación social.

El segundo efecto positivo que han tenido los dos grandes mitos mexicanos es el de prevenir el desarrollo de una tradición política alternativa que pudiera convertirse en foco del nacionalismo. En Argentina el conflicto federalistas-unitarios produjo a Juan Manuel de Rosas, cuyo populismo autoritario, xenofobia y hasta clericalismo han encontrado seguidores nacionalistas en cada generación posterior. Frente a la inmigración masiva, la generación argentina del centenario de 1910 se halló dividida respecto a los efectos que tendría sobre la identidad nacional; los nacionalistas

[1] J. Sierra durante la sesión (5 dic. 1887), *Diario de los debates. Cámara de diputados,* decimotercer congreso, 3, 646 3n, SIERRA, 1948, t. 8, p. 212.

comenzaron a sospechar del "cosmopolitanismo", siempre alabado por Sarmiento y Alberdi. La política mexicana ha exhibido una tradición conservadora alternativa, aunque desde la reforma no ha progresado como base del nacionalismo. Lucas Alamán, el gran conservador mexicano del siglo XIX, sigue inspirando respeto debido a su visión económica, su habilidad política y su hostilidad hacia la influencia de Estados Unidos, aunque el vínculo de su actitud conservadora con la Iglesia y en el fondo con la monarquía y la intervención extranjera destruyó para siempre su atractivo simbólico. Durante el porfiriato hubo poco interés por Alamán, y sus defensores del siglo XX han sido principalmente disidentes de lo establecido, como Vasconcelos, José Valadés y el clérigo José Bravo Ugarte. Si podemos sugerir que en Argentina el problema de la identidad nacional subyace a la reciente turbulencia política, entonces definitivamente debe considerarse benéfico que México haya evitado dicha turbulencia a través del poder de sus mitos liberal y revolucionario.

A pesar de que los mitos políticos mexicanos han desempeñado un papel positivo, al distorsionar los acontecimientos del siglo XIX también han sido obstáculos a la comprensión histórica. Ha habido una fuerte tendencia a hurgar en la tradición liberal, a menudo fundida con la tradición revolucionaria, en busca de antecedentes o justificaciones de las políticas actuales. También se suele emplear el mismo pasado liberal para criticar las mismas políticas. Esta manera de utilizar la historia es común y universal, aunque en México, dado el poder de los mitos políticos, adquiere rasgos distintivos. Como conjunto de ideas, el liberalismo del siglo XIX ha cobrado carácter proteico, que lo vuelve fácilmente adaptable a diversas interpretaciones. Esta cualidad es muy evidente en la tan aclamada "continuidad del liberalismo". Esta frase ha destacado en la moderna política mexicana gracias a Jesús Reyes Heroles, quizás el más prominente intelectual dentro del gobierno entre los años cincuenta y setenta. A partir de 1954 Reyes Heroles reafirmó la validez de la perpetua revolución al asegurar la continuidad del liberalismo, es decir, la rica herencia proporcionada por las ideas

liberales para el México contemporáneo. Aunque estudió en gran detalle las teorías decimonónicas e identificó las influencias extranjeras, Reyes Heroles sostenía que en el fondo el liberalismo mexicano repudiaba aquellas doctrinas que no estuviesen relacionadas con la realidad mexicana. Como veremos en breve, puso énfasis en el "liberalismo social", un conjunto de ideas que, aunque subordinadas durante el siglo XIX, fueron finalmente tomadas en cuenta en la Constitución de 1917 y otros programas revolucionarios. Exhortaba a sus compatriotas a recordar que "nuestra generación no es hija de sí misma". Para Reyes Heroles el liberalismo proporcionó la orientación ideológica básica para la continua revolución. Aclaró, sin embargo, que no hallaba relación alguna entre el liberalismo y el porfiriato. Éste no representaba "una continuidad [del liberalismo], sino una sustitución y una verdadera discontinuidad".[2] En su magistral *El liberalismo mexicano* se encuentra implícita una sofisticada reafirmación de la ideología política típica establecida a partir de 1910: que el porfiriato fue un viejo régimen opresivo destruido finalmente por la Revolución.

El otro gran abogado de la continuidad del liberalismo, aunque no utilizó este término y se refería a algo muy distinto que Reyes Heroles, fue Daniel Cosío Villegas. El tema principal de las historias de Cosío no fue abiertamente el liberalismo, sino la política del "México moderno", con lo cual se refería a la época entre 1867-1910, precisamente los años ignorados por Reyes Heroles; al igual que él, Cosío creía que la historia debía cumplir un propósito público: cuestionar la dirección de la perpetua revolución oficial, no justificarla. De hecho, en lo que llamó "la crisis de México" de 1947, sostuvo que el término "revolución" había perdido su sentido y que el país estaba entrando en un "neoporfiriato", es decir, que estaba volviendo a asumir las características y muchas de las prioridades de la época de Díaz.

La principal preocupación de Cosío era el creciente autoritarismo de los gobiernos posteriores a 1940, como lo re-

[2] REYES HEROLES, 1957-1961, t. 3, p. xvii.

velan el monolítico partido revolucionario, los debilitados poderes legislativo y judicial y la atmósfera general de servilismo. Cosío recurrió al liberalismo en busca de inspiración, aunque no al liberalismo "integrado" de Reyes Heroles, sino al principio liberal específico de limitar a la autoridad central a través de la Constitución. Este principio existía en la Constitución de 1857 y fue, de acuerdo con Cosío, defendido de grandes adversidades por los presidentes Juárez, Lerdo e Iglesias durante la República restaurada. Aunque fueron derribados durante el porfiriato, los ideales de 1857 sobrevivieron gracias a una aguerrida oposición periodística "liberal" y resurgieron plenamente con la Revolución de 1910 de Francisco I. Madero. De acuerdo con Cosío, las ideas de los liberales "nuevos" o "conservadores" dirigidos por Justo Sierra no eran realmente liberales, sino simplemente oficialistas. De modo que para Cosío la continuidad del liberalismo se centraba en la tradición constitucional y democrática de mediados del siglo XIX, revivida a principios de la Revolución, y que esperaba reviviera nuevamente en sus días.

Volviendo a Reyes Heroles, señalamos que enfatizó particularmente la herencia del "liberalismo social" del siglo XIX para el México revolucionario. De hecho, este concepto, de amplias posibilidades interpretativas, es quizás la contribución especial de Reyes Heroles a la más reciente formulación del mito revolucionario, que se revela en el discurso de Carlos Salinas de Gortari del 4 de marzo de 1992, en ocasión del 63 aniversario de la fundación del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Salinas sostuvo que el liberalismo social era el núcleo del actual proyecto de "reformar la revolución", es decir, de construir "una nueva visión de la revolución para nuestros tiempos". Al referirse al liberalismo mexicano que culminó en la reforma dijo que "diseñó la estructura de la nación y dio continuidad al futuro. El nuestro fue —como señaló Reyes Heroles— un liberalismo triunfante". Así, el liberalismo mexicano tomó del proyecto liberal "su propuesta de libertad, haciéndola comprometidamente social".

Salinas de Gortari estaba proponiendo que el liberalismo social mexicano, fuertemente arraigado en el pasado,

fuese la filosofía rectora para estos momentos de rápidos cambios. Sus principios debían ser defendidos frente a dos posiciones opuestas: un estatismo "reaccionario" y un neoliberalismo militante. Los "diez principios básicos" del liberalismo social propuestos por el expresidente incluían preocupaciones revolucionarias clásicas como democracia, justicia social, población indígena, salud y condiciones de vida; la lista comenzaba con la soberanía y finalizaba con "la ideología del partido: el nacionalismo".

En su discurso, el expresidente parecía estar buscando un papel apropiado para el Estado dentro de lo que llamó la batalla entre estadistas y antiestadistas. Abandonar al Estado sería abandonar la Revolución y aceptar la posición neoliberal de que el mercado y el individuo libre podrán resolver todos los problemas. Hay que recordar que en la interpretación de Reyes Heroles una parte importante del legado liberal decimonónico era la "heterodoxia económica", es decir, el rechazo de la economía *laissez-faire* ortodoxa en favor de la fuerte intervención del Estado en la vida económica. Resulta obvio que esta parte del legado liberal de la continua revolución, tan atractiva para los impulsores de la industrialización de los cincuenta, ya no lo era tanto en 1992. De modo que, en su esfuerzo por defender la doctrina esencial de continuidad del liberalismo, el proyecto oficial de "reformar la revolución" debe evitar retóricamente la economía y repudiar el neoliberalismo destructor de la Revolución, recurriendo, en cambio, al más maleable "liberalismo social". El compromiso ideológico de Salinas con la doctrina del liberalismo social quedó nuevamente demostrado con la publicación de por lo menos dos extensos trabajos de exégesis y evidencia documental, y quizás también con la designación de Luis Donaldo Colosio, secretario de Desarrollo Social, como candidato presidencial por el PRI en noviembre de 1993.[3] Daría la impresión de que el liberalismo social como doc-

[3] Véase SERRA ROJAS, 1993; *Liberalismo social.* La transcripción del discurso del expresidente Salinas del 4 de marzo de 1992, en *Nexos* (abr. 1992).

trina oficial murió con el candidato martirizado, el 23 de marzo de 1994.

El concepto de la continuidad del liberalismo, tanto en la apología de Jesús Reyes Heroles como en la crítica de Cosío Villegas, tiende a impedir nuestra comprensión del largo intervalo entre la heroica reforma y la heroica Revolución, época en que se forjó el mito liberal, y tiende así a ignorar o distorsionar otras importantes continuidades liberales que pudieran ser relevantes para una visión más clara de la política mexicana actual. Una de estas continuidades, revelada a través de la inquisición histórica, toca el problema de los partidos políticos durante una época de consenso ideológico.

Como hemos notado, con el triunfo del liberalismo en 1867 persistieron los conflictos de facciones entre los victoriosos hasta que en 1877 predominó una facción, la de Porfirio Díaz, y comenzó la reconciliación. Uno de los rasgos del discurso político durante el régimen de Díaz fue la obsesión por la "unión" o "reconstrucción" del partido liberal. Fue apoyada por liberales antiguos y nuevos, por abogados tanto de la política científica como del liberalismo conservador, tanto del liberalismo clásico como del doctrinario. Dio lugar a un importante elemento retórico del programa de Justo Sierra y sus colegas, quienes en 1878 lanzaron el periódico *La Libertad.* En una muy repetida frase, *La Libertad* insistía en que el Partido Liberal debería convertirse en un partido de gobierno. Sierra sostenía que como tal debería ser "capaz de ensayar con éxito la reorganización del país"; ser profundamente conservador, aunque dedicado a las instituciones libres. Santiago Sierra, adicto a las analogías biológicas, pedía cohesión dentro del organismo político, que, como cualquier otro, no puede soportar una división excesiva sin disolverse. Para él, "un partido conservador progresista" podía volverse "el gran partido liberal del porvenir".[4]

La idea de unir el Partido Liberal también interesaba a José María Vigil, el feroz oponente de Justo Sierra y sus

[4] Justo Sierra en *La Libertad* (1º ene. 1879), *Obras,* t. 4, p. 178 y Sierra en *La Libertad* (13 feb. 1878).

nuevos liberales, quien sostenía que una unión tal debía basarse en los ideales constitucionales y democráticos de 1857. La campaña de Vigil llevó incluso a un esfuerzo inútil por parte de los editores de *El Monitor Republicano*, en 1880, de organizar una convención del Partido Liberal, al estilo estadounidense, para nombrar un candidato opositor frente al general Manuel González.

Poco después del regreso de Porfirio Díaz a la presidencia en 1884, apareció *El Partido Liberal*, un periódico semioficial dedicado a la "fusión" liberal. Hablaba de "la necesidad de un diario como éste, que sirve de núcleo o centro común a las diversas facciones del Partido Liberal".[5] *El Partido Liberal* encabezó la ya mencionada promoción del aniversario de Juárez. La fusión liberal alcanzó su clímax con la formación de la Unión Liberal Nacional en 1892, expresamente para promover la tercera reelección de Porfirio Díaz. Aunque la Unión Liberal Nacional no parecía más que otra organización porfirista rutinaria, bajo la dirección de Justo Sierra se volvió un foro para formular preguntas políticas y constitucionales básicas. Como lo indica Sierra en el "manifiesto" de abril de 1892, el Partido Liberal estaba entrando en un nuevo periodo de su historia. Se había acabado la lucha por defender su credo político ante enemigos internos y externos, y por "consolidar el orden" ante revueltas y revoluciones. Sus "grupos directivos" se habían convertido en "órganos de gobierno". Sierra sostenía, en resumen, que a partir de mediados de siglo el Partido Liberal por fin había pasado de ser un partido de revolución a ser un partido de gobierno.

Sin embargo, el clímax del manifiesto de la Unión Liberal Nacional fue la reflexión de Sierra de que "si la paz efectiva se ha conquistado por medio de la vigorización de la autoridad, la paz definitiva se conquistará por medio de su asimilación con la libertad".[6] Efectivamente, las palabras de Sierra fueron el preámbulo a la propuesta de reforma cons-

[5] *El Partido Liberal* (15 feb. 1885).

[6] "Manifiesto a la nación", Primera Convención Nacional Liberal, en *El Siglo XIX* (26 abr. 1892).

titucional para limitar la autoridad ejecutiva al hacer que los jueces fueran irremovibles, es decir, asignados permanentemente y no sujetos a reelección, como establecía la Constitución de 1857. La propuesta desencadenó un fuerte debate en el Congreso y en la prensa en 1893, durante el cual se llamó "científicos" a los reformistas, porque tomaban argumentos de la ciencia para justificar la reforma. A los oponentes de la reforma, defensores de la Constitución pura, se les llamó "jacobinos". La posición de los "científicos" era que el Partido Liberal, como partido de gobierno, debía ahora encontrar formas de limitarse a sí mismo y limitar así la autoridad gubernamental.

El esfuerzo reformista de 1893 fracasó, debido, en parte, a la oposición de Porfirio Díaz, aunque los "científicos" como constitucionalistas hicieron un esfuerzo adicional (aunque más débil) por limitar al ejecutivo, esta vez dentro de la segunda Unión Liberal Nacional de 1903. En esta convención se destacó el discurso de Francisco Bulnes que abogaba por las "instituciones" contra el "gobierno personal". De hecho, sugería que, dado que el gobierno se había vuelto personal, el Partido Liberal había dejado de existir y debía ser reconstituido. Sin embargo, el clímax de su discurso apelaba no sólo a los liberales, sino también a los "conservadores modernos". Sostenía que la reorganización del Partido Liberal exigía una equiparable reorganización del Partido Conservador. El resultado sería una benéfica "lucha orgánica" entre al menos dos partidos políticos.[7] Incluso sugirió que los "científicos", a través de la Unión Liberal Nacional, podrían formar un nuevo partido conservador. Sin embargo, *El Imparcial*, el periódico de los "científicos", anuló efectivamente la sugerencia de Bulnes con un convencional ataque a los conservadores de mediados de siglo. Su apego al pasado reaccionario, decía *El Imparcial*, era demasiado fuerte como para permitir un cambio.[8] Así, el llamado de Bulnes a reformar

[7] Francisco BULNES, *Discurso pronunciado por el Sr. ingeniero D. Francisco Bulnes delegado del estado de Morelos, en la sesión del 21 de junio de 1903.* México.

[8] "El programa conservador: sus viejos ideales no pueden servirle ya de bandera", *El Imparcial* (27 jun. 1903).

el sistema a través de partidos políticos competidores se redujo a nada y cayó presa del liberalismo.

Como acaba de cumplirse el centenario del primer esfuerzo científico de 1893 por limitar constitucionalmente la autoridad ejecutiva, es tentador preguntarnos sobre su posible relevancia para la política actual. Puede sostenerse que la formación del Partido Revolucionario Institucional fue una repetición del intento decimonónico de reunir el Partido Liberal luego de un periodo de conflicto faccional y levantamiento social. ¿No hay cierto paralelo entre la institucionalización de la Revolución y la insistencia por parte de los abogados de la política científica en que el Partido Liberal se volviese un partido de gobierno? Ambos partidos, tanto el liberal como el revolucionario, se consolidaron durante periodos de consenso ideológico, como esfuerzos no sólo de reconciliar entre facciones opuestas, sino también como instrumentos para transformar ideologías de cambios social e institucional en mitos unificantes, portadores de paz y estabilidad. Sin embargo, una vez consolidados como partidos de gobierno, surgió el problema de cómo limitar la excesiva autoridad gubernamental.

En cierto sentido, el problema de hoy sigue siendo el mismo que enfrentaron los "científicos". Su esfuerzo, al igual que los diversos intentos recientes por reformar el sistema político, surgió dentro del mismo sistema instituido: la institución liberal entonces, la institución revolucionaria ahora. Así, hemos sido testigos de la "reforma política" iniciada por Jesús Reyes Heroles, el maestro del liberalismo, y de la "corriente democrática", que culminó con el Partido de la Revolución Democrática, que aún lucha por establecerse como un partido de oposición viable. El expresidente Salinas hizo un reconocimiento implícito de la necesidad de reforma cuando a principios de 1993 aseguró que el PRI ya no era "el partido del gobierno", aunque seguía siendo la mejor opción para el país. Es curioso que utilice la frase de finales del siglo XIX. No sólo demuestra la continuidad, sino que nos recuerda que los reformadores políticos en ambas épocas han estado restringidos por mitos que inhiben el desarrollo de partidos realmente competidores.

Finalmente, llegamos a la cuestión de la nacionalidad, a la identificación del liberalismo del siglo XIX y la revolución del siglo XX con el destino de la nación. Un elemento central de ambos ha sido la defensa de la nación contra la intervención extranjera, ya sea militar, política o económica. El nacionalismo siempre ha sido un eje de la concepción oficial de la continuidad del liberalismo, desde la insistencia de Reyes Heroles en que a pesar de las influencias extranjeras las ideas liberales mexicanas surgían de la realidad mexicana, hasta la lista de los "diez principios básicos del liberalismo social" del expresidente Salinas. Recordemos que la lista comenzaba con la soberanía y concluía con el nacionalismo, al cual Salinas llamaba la ideología del PRI. También mencionamos dos maneras en que los mitos del liberalismo y de la Revolución han desempeñado un papel positivo en la vida pública: promoviendo la idea social y étnicamente unificante de que México es una nación mestiza e inhibiendo el desarrollo de un nacionalismo alternativo. Sean cuales fueren sus defectos, la ecuación liberalismo-patria ha ayudado (al menos hasta la fecha) a alejar al país de la política represiva de Sudamérica.

Sin embargo, al nacionalismo en México le queda un problema crítico y quizás obvio, mencionado por el expresidente Salinas en su discurso de 1992 y cada vez más notorio en el reciente periodo de crisis económica y política. Salinas aseguró que "nuestro liberalismo social propone un nacionalismo para el fin de este siglo y para el siglo XXI", con lo cual parecería referirse a un nacionalismo que protegería la soberanía mexicana a medida que el país se integra al sistema económico estadounidense e incluso global. De modo que el liberalismo propuesto por Salinas "conserva su sentido histórico, del que carecen los neoliberales", y da continuidad al pasado. Pero sigue en pie una pregunta: ¿puede México conservar su soberanía e identidad nacional en esta época de globalización? La única contribución que puede hacer el historiador extranjero a esta cuestión es señalar que no es del todo nueva. La misma pregunta la hicieron por lo menos dos de las mentes mexicanas más brillantes, durante las épocas en que se estaban

formando los mitos políticos y de rápido desarrollo económico. Estos dos pensadores hicieron advertencias que hoy deberían analizarse o por lo menos tomarse en cuenta.

La primera advertencia la hizo Justo Sierra en dos artículos sobre el "americanismo", escritos en 1883, durante la euforia expansionista del gobierno de González.[9] Sierra estaba respondiendo a aquellos "que creen que nuestra felicidad consiste en norteamericanizarnos", quizás en particular a José María Vigil, quien en el semioficial periódico *La Patria* había presentado imágenes optimistas de los crecimientos social y económico de Estados Unidos y de la entrada de su capital y empresarios a México. Nuestro país no debe considerar a Estados Unidos como una amenaza, decía Vigil. "Para que México cumpla su destino, es preciso que siga resueltamente el ejemplo que tiene ante sus ojos; cerca está el modelo que debe imitar en todo."[10]

Sierra respondió vigorosamente a expresiones como ésta con la identificación de tres formas amenazantes de americanismo: la legal, la económica y la cultural. El americanismo legal se estaba superando con las reformas constitucionales que formaban parte del programa del liberalismo conservador. Sin embargo, el país estaba entrando en una fase de americanismo económico. Ahora que el ferrocarril americano ha cruzado el Bravo, decía, "hemos pasado el Rubicón", y no hay vuelta atrás. El reto de México era evitar volverse "un protectorado, que todo mexicano se verá obligado a resistir, con el derecho o con el rifle". Quizás la mayor amenaza para Sierra era el americanismo cultural, que identificaba en los institutos formadores de maestros de Coahuila, concesionados a misioneros bautistas. Como patriota liberal dedicado a la educación, Sierra consideraba que estas instituciones, en las cuales participaba la religión, socavaban la lengua y costumbres mexicanas. Escribió que "debemos conservar el espíritu latino de nuestra nacionalidad".[11] En nuestra época de economía global y culturas

[9] J. Sierra en *La Libertad* (22 y 27 dic. 1883), en *Obras*, t. 8, pp. 133-139.
[10] Vigil en *La Patria* (19 jul. 1883).
[11] J. Sierra en *La Libertad* (6 mar. 1883), en *Obras*, t. 8, p. 114.

híbridas, los temores particulares de Sierra pueden parecer anticuados, aunque su preocupación por la preservación cultural puede aún resonar en el modernizado y cada vez más secularizado México de hoy.

La segunda advertencia es bien conocida. La hizo Daniel Cosío Villegas al concluir "La crisis de México", en otro momento poco crítico de entusiasmo desarrollista. De acuerdo con Cosío, el cambio de prioridades económicas y sociales, el creciente autoritarismo y la disminución del compromiso moral en relación con anteriores momentos revolucionarios habían puesto al país a la deriva, sin una filosofía que lo guiara, dejando que la solución de sus principales problemas imitara o se inspirara en Estados Unidos. Concluía que si no hay reafirmación de principios, si no hay una regeneración desde dentro, "la regeneración vendrá de fuera, y el país perderá mucho de su existencia nacional y a un plazo no muy largo".[12]

Nuevamente, esta advertencia de hace medio siglo puede parecer pasada de moda, sus apelaciones morales excesivas o sus temores a la hegemonía estadounidense exagerados. Sin embargo, las palabras de Cosío merecen atención, porque, al igual que las de Sierra, provienen de un hombre de gran sabiduría e integridad, un hombre que no era un patriota enceguecido, sino un internacionalista cuyo nacionalismo era inteligente y mesurado. Si en estos tiempos de monumentales cambios y crisis imperantes quiere preservarse la identidad nacional de México, deberán escucharse las voces críticas de lo mejor de su tradición liberal, voces como las de Justo Sierra y Daniel Cosío Villegas.

Traducción de Lucrecia Orensanz

REFERENCIAS

Cosío Villegas, Daniel

1949 "La crisis de México", en *Extremos americanos.* México: Tezontle.

[12] Cosío Villegas, 1949, p. 43.

Liberalismo

1993 *Liberalismo social: las raíces históricas.* México: Instituto Nacional de Solidaridad.

REYES HEROLES, Jesús

1957-1961 *El liberalismo mexicano.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 3 vols.

SERRA ROJAS, Andrés

1993 *Liberalismo social. Sistemas liberales en proceso de definición, estabilidad y superación para el próximo siglo XXI.* México: Porrúa.

SIERRA, Justo

1948 *Obras completas.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 14 vols.

LOS CONFINES DE LA UTOPÍA

Gloria Villegas Moreno
Universidad Nacional Autónoma de México

A la memoria de Edmundo O'Gorman

La inminencia del fin de la era porfiriana convirtió a la vicepresidencia de la República en el centro de gravedad de la vida política mexicana. De ahí, la magnitud que adquirieron los conflictos suscitados entre los partidarios de Bernardo Reyes y Ramón Corral, aspirantes a ocupar el cargo, pues quien lo alcanzara en 1910 heredaría el poder que "por inexorable ley de la naturaleza", habría de dejar el primer mandatario.

Modificadas las expectativas de la clase política mexicana para las elecciones de 1910, en virtud de la oferta del inicio de una vida democrática contenida en las declaraciones del presidente al periodista estadounidense James Creelman en 1908, aquélla se valió de todos los medios para mantenerse en el gobierno, rompiendo los usos políticos que habían dado solidez al régimen patriarcal.

El presente ensayo se propone abordar la contienda preelectoral de 1909 por la vicepresidencia, como una coyuntura que fortaleció el autoritarismo gubernamental y contuvo la participación ciudadana.

La formación de una agrupación, cuyo fin esencial fue legitimar la reelección de Díaz y de Ramón Corral, a contracorriente de una nutrida tendencia que proclamaba a Reyes como sucesor del "Héroe de la Paz"; la movilización

de las burocracias federal y regional en provecho de las candidaturas oficiales; la voluntad gubernamental de aniquilar la disidencia como signo de sedición, abjurando de la eficasísima táctica de atraerse al opositor implantada por Díaz; en fin, el conjunto de medidas tendientes a reavivar la función operativa del sistema, sin renovarlo ideológicamente, erosionó de manera irremisible la legitimidad gubernamental, obra magna del porfiriato.

La sujeción de Bernardo Reyes al patrón autoritario porfiriano, al declinar su candidatura a la vicepresidencia, cuando supo que no contaba con el aval del presidente y desalentar a sus partidarios, por indicaciones de Díaz, canceló la posibilidad de convertirse en el auténtico líder de una opción transicional.

La contienda política de 1909 fracturó la utopía mexicana decimonónica cuyo presupuesto fundamental fue que un estado construido a partir del ejercicio omnímodo del poder crearía las condiciones para que surgiese la sociedad liberal y democrática tan largamente esperada.

La refuncionalización del régimen porfirista

A diferencia de las agrupaciones políticas con pretensiones de independencia, que empezaron a actuar hacia principios de 1909, la burocracia porfiriana respondió con gran celeridad y se adaptó rápidamente al nuevo escenario creado por las declaraciones presidenciales de 1908. Varios gobernadores propusieron al presidente la organización de un poderoso movimiento nacional que le solicitara su reelección. El primero que planteó tal posibilidad fue Miguel Cárdenas,[1] gobernador de Coahuila, quien en abril de ese año comunicó la idea a varios de sus homólogos, entre otros a

[1] La primicia de la iniciativa se la adjudica Miguel Cárdenas, afirmación que corrobora Bernardo Reyes. Bernardo Reyes a Joaquín Obregón González "y sus colegas" 21 de septiembre de 1908, CPD, leg. XXXIII, doc. 012999 y Miguel Cárdenas a Joaquín Obregón "y sus colegas", 9 de octubre de 1908, CPD, leg. XXXIII, doc. 013002.

Joaquín Obregón González, Teodoro Dehesa, Miguel Ahumada, Emilio Pimentel, Enrique Creel y Bernardo Reyes; después, Creel y Obregón González, gobernadores respectivamente de Chihuahua y Guanajuato, abanderaron una propuesta semejante y fueron quienes, finalmente, desde mediados de 1908 orquestaron la anticipadísima campaña para los comicios de 1910. Particularmente Creel parecía el hombre adecuado para encabezar un proyecto de tal magnitud, no sólo por su eficaz desempeño en las tareas diplomáticas y como vigilante de los "revoltosos magonistas",[2] sino por su cercanía con Ramón Corral, secretario de Gobernación, vicepresidente de la República y viable sucesor de Díaz.

A principios de agosto de 1908, Bernardo Reyes, exégeta autorizado de las declaraciones presidenciales, dijo en una entrevista concedida a Heriberto Barrón, al parecer sugerida por Díaz, que los términos utilizados en ella obedecieron a que éste no quería que en el extranjero se tuviese una mala opinión de "nuestra democracia naciente". "No puedo ver una razón convincente" —agregó— "por la que el Presidente Díaz no fuera reelecto de nuevo, si la mayoría del pueblo mexicano desea que continúe en la presidencia".[3]

La modalidad propuesta por los gobernadores era novedosa, pues promover a través de la máxima autoridad de cada estado la formación de partidos, cuyos delegados, reunidos en una gran convención, postularían a Díaz como candidato a la presidencia, habría de convertir su reelección en un "gran plebiscito" nacional; de esta manera, además, concordarían las declaraciones presidenciales con la natural tendencia del sistema político a impedir un cambio de fondo.

Siguiendo puntualmente esta estrategia, desde agosto de 1908, Enrique Creel y Joaquín Obregón González, además de Aristeo Mercado, Emilio Pimentel, Teodoro Dehesa, Miguel Ahumada y Mucio Martínez, gobernadores respectivamente de Michoacán, Oaxaca, Veracruz, Jalisco y Puebla, co-

[2] Raat, 1988, pp. 169-190.
[3] Prida, 1914, pp. 213-215.

municaron al resto de los mandatarios estatales el plan, quienes, desde luego, lo aceptaron. Los argumentos que lo sustentaban, obra del propio Creel, partían de una convicción: "para acabar de consolidar el orden en el país y conciliarlo con el ejercicio pacífico de los derechos políticos del ciudadano, es de todo punto indispensable, la continuación en el gobierno del señor General Díaz", anhelo compartido por "la masa del pueblo mexicano, cuya adhesión y confianza al Presidente no dan indicios de mengua". De aceptarse la propuesta, los gobernadores debían comunicar la idea a ciudadanos distinguidos "para que desde luego organicen clubes políticos que consulten y uniformen la opinión pública, por la prensa y por todos los medios que estimen conducentes en el nuevo ejercicio de sus derechos políticos". La tesis de los gobernadores era que si bien el presidente había manifestado sus deseos de que algún otro ciudadano lo sucediera en el poder, "ya por los principios democráticos que profesa, ya por su deseo de cooperar a la importante evolución política del porvenir por medio de la transmisión política del poder público", su reelección permitiría que

> [...] en el curso del nuevo periodo tenga tiempo para con toda calma y la conveniente coordinación de los elementos políticos del país, unir las voluntades y concentrarlas de acuerdo con la opinión pública, para que la sucesión presidencial venga siempre de una manera natural.[4]

Creel mantuvo contacto con los gobernadores para que le informasen de la integración de clubes; algunos designaron un enlace confiable, radicado en la ciudad de México, cuyo contacto con el secretario de Gobernación permitiría manejar el asunto con la mayor discreción y eficacia, de tal manera que no hubiese dudas acerca de la espontaneidad del movimiento.

En cumplimiento de la estrategia trazada, se fundó el Club Reeleccionista de la Ciudad de México. Manuel Araoz, Joa-

[4] J. Obregón y E. Creel, 28 de agosto de 1908, CPD, leg. XXXIII, docs. 012724-012726.

quín Casasús y el general Pedro Rincón Gallardo congregaron a un grupo de "banqueros y hombres de negocios" que constituirían una organización, cuyo propósito era "ligar en un solo haz, todas las juntas o Clubes que existen diseminados en territorio nacional",[5] con el fin de ofrecer la candidatura presidencial al general Díaz. La convención respectiva se realizaría en la ciudad de México, del 25 de marzo al 2 de abril. La agrupación tuvo buen cuidado de no mencionar la candidatura corralista, bajo el supuesto de que el señor general Díaz "es el primero que debe iniciar lo relativo a la vicepresidencia".[6]

La anuencia presidencial para el inicio de la campaña "democrática", al principio solamente conocida en las esferas del poder, fue la señal de que la lucha política se desplazaría hacia la designación del candidato vicepresidencial. El grupo encabezado por Creel trabajaría en favor de la reelección de Ramón Corral y contra la candidatura de Bernardo Reyes, entonces gobernador de Nuevo León y candidato viable. Para empezar, se perfilaba un nuevo episodio de la vieja pugna entre el "porfirismo popular" y "el porfirismo científico", representados respectivamente por Bernardo Reyes y Ramón Corral.[7]

Sabedor del movimiento iniciado por los gobernadores, el coronel Antonio Tovar, que presidía el Círculo Nacional Porfirista (CNP), intentó que éste cumpliera la misma función que en 1904, cuando le correspondió el honor de organizar la convención y postular a Díaz y a Corral.[8] Para ello, en septiembre de 1908 expidió una convocatoria, con el fin de que los clubes de todo el país enviasen delegados a la convención que habría de efectuarse el 15 de marzo.[9] Sin embargo, era evidente que la red burocrática coor-

[5] Bonifacio Olivares a Ramón Corral, 10 de febrero de 1909, CEHMC, *RC*, C. 1, L. 39.

[6] Bonifacio Olivares a Ramón Corral, 10 de febrero de 1909, CEHMC, *RC*, C. 1, L. 39.

[7] ESTRADA, 1912, pp. 47-48. Para los antecedentes políticos de Reyes y Corral, véase NIEMEYER, 1964 y LUNA, 1975, respectivamente.

[8] GUERRA, 1988, vol. II, pp. 93-96 y COSÍO VILLEGAS, 1972, pp. 750-763.

[9] "La cuestión política nacional", *Diario del Hogar* (6 nov. 1908).

dinada por Creel impediría que el CNP tuviese un papel protagónico, porque pertenecían a él algunos reyistas destacados. Díaz no desautorizó del todo estos trabajos, aunque siempre se mantuvo al CNP bajo control y a prudente distancia.

Varios meses después de que se habían iniciado los trabajos de los reeleccionistas, en diciembre de 1908, se fundó el Comité Organizador del Partido Democrático (COPD) integrado por un grupo de "ciudadanos independientes" vinculado con una corriente reformadora del gobierno; representada por Manuel Calero, hombre cercano a Limantour y pariente político de Justo Sierra. Este comité se propuso formular un programa, antes de proceder a cualquier postulación. La desconfianza recíproca, entre la tendencia que supuestamente contaba con el aval presidencial y los independientes, además de la presencia de algunos reyistas que presionaron para que su candidato obtuviera el apoyo del COPD, provocaron escisiones internas. El comité participó, por conducto de su comisión de propaganda, en los procesos electorales que se llevaron a cabo en 1909 en Morelos, Sinaloa y Coahuila, principalmente, apoyando a los candidatos independientes, lo que le valió ser identificado con el reyismo.

Una nueva vía, fuera de los canales tradicionales, quedó abierta con la publicación de *La sucesión presidencial* de Francisco I. Madero en diciembre, aun cuando no se concretaría en una agrupación política —el Centro Antirreeleccionista de México— hasta mayo de 1909. Madero, sin restar méritos a la obra de Díaz, hacía expresa su convicción de que el pueblo mexicano estaba apto para la democracia y consideraba llegado el momento de formar partidos. No era la única voz que se expresaría en este sentido.[10]

Unos días antes de la convención del CNP, el vicepresidente planteó a Reyes la pertinencia de que la delegación neoleonesa no concurriera a ésta y se sumara a los trabajos de la convención reeleccionista. El gobernador de Nuevo

[10] Algunos textos de los publicistas de la época se pueden consultar en VILLEGAS, 1989.

León respondió que ambas convenciones no eran antagónicas, además de que no debía contrariarse el acuerdo del Gran Círculo Unión y Progreso, que había instruido a sus delegados para apoyar la postulación de Díaz en la primera. Asimismo, con el fin de tranquilizar a Corral, quien seguramente sospechaba que la delegación neoleonesa propondría la candidatura de Reyes para la vicepresidencia, dijo al secretario de Gobernación que se había eliminado "categóricamente" de esa postulación, lo cual dejaba "en condiciones de obrar con la mayor llaneza" a los elementos políticos de este estado.[11]

Para persuadir a Reyes, Corral esgrimió el argumento incontrovertible de que los "amigos" del señor Presidente consideramos que la Convención Reeleccionista "representará más ampliamente que ninguna otra reunión, la opinión pública nacional y los intereses generales del país".[12] Entendiendo el fondo de la insistencia, Reyes le envió el 3 de marzo un mensaje en los siguientes términos: "Tengo conocimiento de que Ud. es el candidato del Sr. General Díaz para la Vicepresidencia. Así pues, cuente Ud. con la cooperación que me corresponde".[13] Sin embargo, la significación que adquiría el reyismo sirvió de contrapeso a la adhesión del gobernador, pues el vicepresidente reforzó sus argumentos, señalando que no quería que Nuevo León, "por falta de conocimiento de las cosas" se distinguiese de los demás estados que han obedecido al movimiento iniciado por los señores gobernadores. Asimismo, expresó que el presidente no deseaba ser proclamado por el CNP, en virtud de que éste se hallaba compuesto, en su mayor parte, de personas que dependen del gobierno y, por lo mismo "no aparece como un grupo bastante nacional, ni bastante independiente, para presentar la candida-

[11] Bernardo Reyes a Ramón Corral, 2 de marzo de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7619.

[12] Bernardo Reyes a Ramón Corral, 3 de marzo de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7624.

[13] Bernardo Reyes a Ramón Corral, 3 de marzo de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7625.

tura". Por el contrario, indicó, la convención reeleccionista se formaría

> [...] seguramente, de personas que representen mejor y en más grande escala los intereses del país, dando un personal cuya independencia sea más visible, y en su conjunto, dado por la generalidad de las localidades del país que representa, tendrá mucho más carácter para representar la opinión nacional.[14]

La convención del CNP se efectuó el 15 de marzo, como se había programado, bajo la presidencia de José Landero y Cos y, en calidad de vicepresidentes, José López Portillo y Rojas y Antonio Tovar. Acordó ofrecer la candidatura presidencial a Díaz, pero no hizo, por el momento, designación alguna para la vicepresidencia.[15]

López Portillo, miembro de la comisión encargada de comunicar a Díaz el acuerdo, escribió, años después, que si bien el presidente agradeció su postulación,

> [...] manifestó visible descontento respecto del segundo [acuerdo], y aunque sostenía conversaciones con mis compañeros de estrado, volvio a mí inopinadamente la cabeza, y dijo con ceño adusto y voz un tanto descompuesta: Aceptaré la Presidencia si se me da por compañero a un individuo con quien pueda marchar de acuerdo; pero si eligen ustedes al general Reyes me quedaré en mi casa, porque con él no puedo entenderme.[16]

Poco después, se llevó a cabo la convención reeleccionista proyectada por los gobernadores, en el teatro Virginia Fábregas de la ciudad de México, con la asistencia de 700 delegados.[17] En la sesión inaugural Rincón Gallardo expresó:

[14] Ramón Corral a Bernardo Reyes, 8 de marzo de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7628.

[15] "Una importante reunión en el Teatro Arbeu", *El Imparcial* (16 mar. 1909).

[16] LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, 1921, p. 421.

[17] "Hoy se reunió la gran Convención", *El Imparcial* (25 mar. 1909).

> El movimiento político que ahora nos congrega no ha nacido esta vez del Centro, sino que ha venido de los Estados de la República, es decir, ustedes lo han iniciado... y nosotros, el Club Reeleccionista de la Ciudad de México, no hacemos otra cosa que unirnos a la iniciativa de ustedes y ofrecerles nuestra colaboración...[18]

El 2 de abril, tal como se había previsto, la convención postuló las candidaturas de Díaz y Corral. Una comisión presidida por Rincón Gallardo hizo el ofrecimiento al presidente Díaz, quien contestó que no se consideraba "autorizado para rehusar su soberano mandato". De inmediato, la comisión acudió con Corral, quien desde luego aceptó el ofrecimiento.[19]

La "antigua amistad" que ligaba a Creel y Corral se vio reconfirmada por el éxito de la convención reeleccionista, cuyo resultado, a juicio de Creel, aclaró el porvenir político, al triunfar "la buena causa" y "los elementos sanos del país".[20]

Aun cuando los gobernadores vieron llegar a feliz término la empresa que se habían propuesto, la prensa reyista tuvo especial cuidado en dar a conocer algunos de los incidentes que revelaban el manejo corralista en la convención, fundamentalmente porque los delegados no estaban facultados para elegir un candidato a la vicepresidencia.

La "hidra" reyista

Ni la postulación de Díaz y Corral ni el "pacto de caballeros" entre este último y Reyes, acabaron con las expectativas de los reyistas. Hacia mayo de 1909, en un ambiente caldeado por la disputa preelectoral, Heriberto Barrón hizo pública una propuesta para crear dos vicepresiden-

[18] "Solemnemente inauguró sus trabajos ayer la gran Convención Nacional", *El Imparcial* (26 mar. 1909).

[19] "Los candidatos proclamados ayer para la Presidencia y Vicepresidencia de la República", *El Imparcial* (3 abr. 1909).

[20] Enrique Creel a Ramón Corral, 7 de abril de 1909, CEHMC, *RC*, C. 2, L. 75.

cias, que funcionarían simultáneamente,[21] con el afán de conciliar las candidaturas popular y oficial.

Desde la perspectiva gubernamental, los reyistas eran culpables de desealtad, hasta que demostrasen lo contrario. Habían recibido advertencias de que serían "perseguidos y desbaratados" si no asociaban su postulación con la del presidente.[22] Más aún, a Reyes se le decía que, al contrariar su disposición de no figurar como candidato, sus partidarios tendían más bien a molestarlo que a causarle satisfacción.

El reyismo había encontrado eco en hombres como José López Portillo y Rojas, senador y hombre cercano a las esferas de gobierno, cuya propia formación y experiencia le permitían calibrar la importancia del momento que vivía el país. Por ello, incitaba a Reyes para que aceptase su candidatura, ya que, a su juicio, era "el único hombre público de México capaz de mantener el orden y continuar impulsando nuestro progreso, al desaparecer el Gral. Díaz". Como muchos otros reyistas, López Portillo consideraba que el general jalisciense había recibido de Dios una "gran misión": "restaurar nuestras perdidas fuerzas y nuestros olvidados ideales", pues aun cuando su labor como presidente era indiscutible, "no ha sabido elegirse sucesores". Además, fue enfático al indicar a Reyes que si no aceptaba su candidatura el país entero "sufriría un gran desencanto", al hallarlo inferior a sus ideas. Y argumentó, haciendo gala de su conocimiento de la vida política, que era muy difícil que el presidente no escuchase la opinión pública si ésta "se desencadena de un modo evidente y poderoso". Es imposible, aseguró, "que aventure su propio bienestar por un mero capricho, o por egoísmo senil". Y para hacer inobjetable el razonamiento le recordaba que en su presencia Díaz había afirmado que a última hora indicaría quién era su candidato, lo cual significa "o que es sincero y que aún

[21] "Se propone una solución al problema de la Vicepresidencia y de la sucesión presidencial", *La República* (20 mayo 1909) y Heriberto Barrón, "Una cuestión constitucional", *La República* (27 mayo 1909).

[22] Jesús Guzmán R. G. a Porfirio Díaz, 24 de mayo de 1909, CPD, leg. XXXIV, docs. 008806-008809.

no está resuelto en favor de Corral, o bien que desea continue la lucha para ir despertando el espíritu público".

López Portillo instaba a Reyes a asumir una actitud decidida, sin temores y con la confianza del gran respaldo popular que tenía. "Si estamos convencidos de obrar bien [le dijo], sigamos nuestro camino, y que suceda lo que Dios quiera. Tu papel debe ser el de una esfinge. ¡Por Dios, que no te manejen a su voluntad!"[23]

Toda la información sobre los movimientos reyistas llegaba a Palacio filtrada por el esquema autoritario de los gobernadores, quienes asumiéndose intérpretes celosos de los designios presidenciales y ejecutores de la campaña política, tomaron medidas drásticas, avaladas por el grupo corralista, que rompían la tradición conciliatoria del gobierno.

La "hidra" del reyismo, como se le llamó entonces, se extendió hacia las oficinas gubernamentales y el ejército. Como respuesta, las autoridades removieron a empleados públicos simpatizantes del divisionario y ordenaron el traslado de militares que se sumaban a su candidatura, hacia sitios donde "no pudieran hacer política".

El gobierno quebrantó su actitud conciliatoria y asumió la severidad de tiempos pasados, incluso con quienes se decían partidarios fieles y deudores de su magnanimidad. Un ejemplo elocuente de ello fue el juicio que mereció al presidente una obra escrita por Querido Moheno, dueña de un sugerente título *¿Hacia dónde vamos?*, en la cual, el diputado chiapaneco analizó las expectativas del país y señalaba la urgencia de formar partidos políticos para que la nación estuviese preparada cuando sobreviniera la muerte de Díaz. Moheno le había entregado su texto personalmente a Díaz, con una efusiva dedicatoria, de su puño y letra ("Al glorioso general don Porfirio Díaz, de parte de su fervoroso amigo y partidario sin condiciones"). Meses después, tras varias ocasiones en que infructuosamente le solicitó audiencia, se percató "con estupor", y así lo mani-

[23] José López Portillo y Rojas a Bernardo Reyes, 31 de mayo de 1909. CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7637.

festó al presidente, que estimaba su trabajo "acto malicioso y desleal de rebeldía o necia indiscreción de incontenible vanidad". Si su publicación fue imprudente o contrarió la política del gobierno, le explicaba apesadumbrado, ello pudo haber sido "obra de mi torpeza y no de un dolo que jamás alimenté".[24]

Desde el poder se había tratado de frustrar todo aquello que tuviese el menor indicio de contrariar al gobierno. Se desalentaron así las actividades de los miembros del COPD y las que recientemente habían iniciado los antirreeleccionistas. Sin embargo, el verdadero enemigo que quería vencer el gobiero era el reyismo. Hacia junio de 1909, la propaganda corralista entró en su fase más agresiva, con el inicio de las giras de propaganda y la publicación de *El Debate*, periódico nacido para destrozarlo. La ausencia de una propuesta programática, pues los reeleccionistas no tenían más bandera que la tesis de que el candidato a la vicepresidencia debería ser alguien que actuase de acuerdo con el presidente, estimuló, aún más, los trabajos reyistas.[25] Se formaron entonces numerosos clubes en los estados y en la capital se fundaron, entre otros, el Soberanía Popular y el Círculo Liberal Sufragista, que sostuvieron la fórmula Díaz-Reyes.

La prensa oficialista adoptó un tono desusadamente agresivo, rompiendo otra de las costumbres políticas porfirianas. Reyes reclamó a Corral los ataques de que eran objeto él y sus partidarios y el secretario de Gobernación se comprometió a insistir para que la prensa conservara la serenidad y guardase la corrección "que corresponde a un partido de Gobierno a cuya cabeza está el Presidente de la República".[26]

Los procesos electorales de Sinaloa y Coahuila mostraron también el nuevo estilo político que sustituía la conci-

[24] Querido Moheno a Porfirio Díaz, 20 de junio de 1909, CPD, leg. XXXIV, doc. 9657.

[25] Para el desarrollo del movimiento reyista, véase GONZÁLEZ DE ARELLANO, 1982.

[26] Ramón Corral a Bernardo Reyes, 15 de junio de 1909, CEHMC, *RC*, C. 2, L. 94.

liación porfiriana con la aniquilación del opositor. En el caso de Sinaloa, José Ferrel, aspirante a la gubernatura, había recibido, personalmente del presidente, el ofrecimiento de que se respetaría la voluntad ciudadana en el estado. Poco después, y así lo informó a Díaz, tuvo conocimiento de que llegó a Sinaloa un enviado del presidente, "para poner todos los elementos del Gobierno en favor del Sr. Redo", con lo cual, le dijo Ferrel decepcionado, la campaña electoral "no es contra el Sr. Redo sino contra usted".[27] Por lo que se refiere a Coahuila, no solamente se combatió tenazmente la candidatura carrancista, sino que el gobernador, Miguel Cárdenas, hombre muy cercano a Reyes, se vio obligado a renunciar a su cargo por indicaciones del centro, en agosto de ese año.

Pero, sin duda, la expresión extrema del neoporfirismo corralista se encuentra en el manejo que dio a los conflictos políticos el gobernador de Jalisco, Miguel Ahumada. En el mes de junio, informaba satisfecho a Ramón Corral, que de acuerdo con un periódico local y "para explorar el terreno", había dado la falsa noticia de que llegaría a Guadalajara una comisión de propaganda del Club Reeleccionista. Entonces,

> [...] un grupo de gente excitada por varios estudiantes, que componía la mayor parte de los desordenados, acudió a la estación llevando pitos de barro para formar una cencerrada a los viajeros. Como éstos no llegaron, empezó a formarse un gran escándalo y entonces la policía que ya estaba prevenida aprehendió a más de cuarenta individuos que estuvieron detenidos hasta las 11 de la noche [...] previa una buena reprimenda, pues como sólo trataba de hacerles sentir un poco la fuerza de la autoridad, no quise usar con ellos demasiado rigor.[28]

Ahumada tuvo un papel protagónico en la confrontación preelectoral de 1909, porque en Jalisco, estado del

[27] José Ferrel a Porfirio Díaz, 14 de junio de 1909. CPD. leg. XXXIV, doc. 009659.

[28] Miguel Ahumada a Ramón Corral, 14 de junio de 1909, CEHMC, *RC*, C. 2, L. 92.

cual era originario Bernardo Reyes, existía un vigoroso movimiento en favor de su candidatura y, especialmente por ello, el gobernador y "sus amigos" estaban "dispuestos a combatir firmemente hasta el fin a estos gritones salvajes, que son explotados por unos cuantos ambiciosos".[29]

Tal vez pensando que el presidente ignoraba los manejos del corralismo, Reyes lo puso al tanto de la situación, enviándole copia de la carta en la que solicitó a Corral que interviniese para moderar a la prensa, misma que contenía su adhesión a la reelección del vicepresidente.

Díaz no ocultó su agrado por el compromiso que Reyes contraía. Sin embargo, aprovechó aquella oportunidad para criticar abiertamente a sus partidarios y, en el fondo, a él mismo.

Con un comedido tono de "amigo" que intercambia confidencias,[30] expresó al gobernador de Nuevo León que su apoyo a la candidatura de Corral, concordante con sus antecedentes "reconocidos de inmaculado patriotismo", permitiría mejorar

> [...] la situación violenta en que por desgracia se han colocado algunas personas que al practicar con irreflexiva libertad sus derechos, han descuidado el deber que tienen de ejercitarlos con la mesura y corrección propias de todo pueblo civilizado y sin apartarse un momento de los respetos sociales y de la estimación de sí mismos.

Asimismo, el presidente dijo a Reyes que no creía que su contestación a algunos grupos dispersos y a personas aisladas que lo han postulado, fuese "bastante eficaz y terminante para que pueda Ud. considerarse libre de su insistencia". Acaso esa salvedad que entraña decirles

[29] Miguel Ahumada a Ramón Corral, 14 de junio de 1909, CEHMC, *RC*, C. 2, L. 92.

[30] Bernardo Reyes a Pofirio Díaz, 12 de junio de 1909, CPD, leg. XXXIV, doc. 00967 y Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 12 de junio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7639.

> [...] que de todos modos para atender sus deseos, "según sus derechos", los deja Ud. en libertad, ha sido juzgada como la aceptación tácita de su candidatura, toda vez que pueden fundarse en el raciocinio de que Ud. sabía por ellos mismos cómo pretendían ejercitar sus derechos y ellos saben bien cuáles son éstos; y unos de mala fe y otros positivamente porque a su juicio la resolución de Ud. no es perfectamente precisa y clara como si hubiese Ud. empleado en lugar de las palabras "atender o no según sus derechos", éstas o parecidas: "según su deber de amigos después de mi súplica", creo que si no de buen grado, sí por convencimiento de la inutilidad de sus trabajos para su objeto y resultados prácticos, depondrían su actitud de partidarios, y quedarían en condiciones decorosas de prestar sin pena, en el futuro del país, el servicio que todos y cada uno de ellos le han ofrecido siempre en distintas esferas de acción pero convergiendo todos al ideal común: la tranquilidad y el progreso del país.[31]

La misiva acabó con el poco entusiasmo que había mostrado Reyes para confrontarse con el gobierno. Conocedor del estilo presidencial para tratar esta suerte de asuntos, se mostró dócil a sus instrucciones, a la vez que preocupado por salvar su honor. Por ello, informó al presidente que, al rechazar públicamente su postulación, diría que tales declaraciones emanaban de su anhelo de secundar al propio Díaz, siempre inspirado en el bien del país, y que "tiene por mira" la reelección del señor Corral. Para lograr el efecto deseado, pediría que alguno de los clubes reyistas le solicitaran aclarase las razones de su rechazo a la candidatura vicepresidencial y el apoyo que daba a Corral.

Cuando Reyes comunicó a Díaz los términos en que contestaría a sus partidarios, el presidente reiteró su animadversión a los reyistas, pues señaló al gobernador de Nuevo León que si a pesar de esa respuesta se le seguía postulando,

> [...] había que creer que esos no serán amigos de Ud., sino como ya me lo he sospechado, individuos cuyas tendencias y

[31] Porfirio Díaz a Bernardo Reyes, 15 de junio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7640.

móviles nos son bien conocidos... y como lo que desean es el escándalo y el trastorno del orden público... al Gobierno y a mí personalmente, bastará saber que no se trata de amigos de Ud., para que con toda libertad, aunque con la justificación debida, procedan las autoridades según lo exija la conservación del orden...[32]

Si la carta en la que Reyes aceptó rechazar su candidatura en los términos indicados por Díaz significó su aniquilación política, en ésta dictaba sentencia de muerte para sus partidarios, a pesar del matiz que incluyó el general jalisciense y que, en realidad, era un reto encubierto al presidente:

[...] en verdad no [se] me llegó a ocurrir el imponer deber de atenderme como amigos [...], porque la mayor parte son desconocidos para mí. Los que pueden llamarse mis amigos, y están en el caso, ni me escriben al respecto dicho, pues a sabiendas se han apartado de mis indicaciones.[33]

La presión que ejerció Díaz era correlativa a los comentarios de *El Imparcial* y *El Debate* que reflejaban tener conocimiento de los acuerdos "privados" entre Díaz y el gobernador de Nuevo León. Ahumada contribuyó a atizar el fuego, pues cuando informó al presidente de la situación del estado, dijo que los reyistas habían abusado de la "benevolencia con que el Gobierno ha procedido"; que Ambrosio Ulloa era el instigador de todos los conflictos y que el gobierno había evitado los escándalos cometidos "al amparo de la ley, valiéndose de estudiantes y muchachos que no tienen conciencia de lo que hacen ni siquiera el derecho de mezclarse en asuntos políticos". Hasta ahora, decía Ahumada, "convencido de que las personas serias y de valor están al lado del partido de la reelección", no había queri-

[32] Porfirio Díaz a Bernardo Reyes, 26 de junio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7642.

[33] Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 22 de junio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7641.

do corregir a los alborotadores "con mano dura", aunque, tomando en cuenta el curso de los acontecimientos

> [...] creo que se hará necesario castigar con gran energía a todos los trastornadores del orden público, pues para ser partidario de Reyes no necesitan escandalizar ni insultar a las autoridades, como se los he explicado ya ofreciéndoles una amplia libertad dentro de la Ley para sus opiniones y una justificada severidad para reprimir cualquier desorden.[34]

Ahumada estaba dispuesto a que el reyismo no creciera más en el estado. Por ello tomó medidas drásticas, como la de ordenar la expulsión de los estudiantes que, habiendo firmado el Manifiesto de la Liga Estudiantil, no expresaran por escrito que se separaban de esa agrupación por ser contraria a su carácter de estudiantes. Sabiendo que los estudiantes expulsados se dirigieron al presidente, se justificó ante éste, negando que hubiera querido "acortarles sus derechos ciudadanos". Todo esto es, concluyó, "una tempestad en un vaso de agua, pero no deja de molestar a Ud. y al Gobierno, porque aunque se trata de muchachos, los reyistas están abusando de su inexperiencia y sus desórdenes están perjudicando al país entero".[35]

En efecto, una comisión de estudiantes jaliscienses se había entrevistado con el presidente, quien les indicó que, aunque no podía intervenir en los asuntos del estado, por respeto al principio de soberanía, transmitiría al gobernador su petición, cuando éste le pidiese su opinión, cosa que seguramente haría.[36] También abogó para que se levantase la orden de expulsión contra los estudiantes el Centro Antirreeleccionista de México, especificando que ello no significaba tomar partido por el reyismo, sino el apoyo a un derecho político.[37]

[34] Miguel Ahumada a Porfirio Díaz, 16 de junio de 1909, CPD, leg. XXXIV, doc. 009522.

[35] Miguel Ahumada a Porfirio Díaz, 22 de junio de 1909, CPD, leg. XXXIV, doc. 009413.

[36] Porfirio Díaz a Miguel Ahumada, 29 de junio de 1909, CPD, leg. XXXIV, doc. 009416.

[37] "Una opinión del Centro Antirreeleccionista", *Diario del Hogar* (29 jun.)

El desbordamiento reyista ponía en situación extremadamente difícil al gobierno. La fundación de clubes en espacios que aparentemente no eran reyistas, como Chihuahua o Tepic, alarmaron a las autoridades, que reaccionaban conforme al mismo patrón autoritario. Aquí, dijo el jefe político de Tepic al presidente, "todo el Poder Judicial es reyista hasta la médula de los huesos", por lo que era indispensable separar a estos funcionarios de sus cargos.[38]

La aniquilación del reyismo, razón de Estado

Para dar cumplimiento al acuerdo con el presidente, Reyes solicitó a López Portillo que alguno de los clubes reyistas le preguntase

> [...] del modo más serio y sencillo [...] qué razones he tenido para juzgar patriótico como he dicho, el deseo que he manifestado de que no se me presente como candidato a la vicepresidencia de la República, y cuáles para decidirme a apoyar la postulación del Sr. Corral.[39]

López Portillo accedió a la solicitud del gobernador de Nuevo León, pero percatándose de lo delicado del momento le dijo:

> [...] no vayas a matarnos con tu respuesta. Te sobran talento y habilidad política para salir del paso de tal manera que, sin dejar de obtener el fin que te propones [que no sé cuál sea] no nos alejes a tus amigos haciendo mala figura y desairados. El movimiento a tu favor es tan completo y espontáneo en todo el país, que no debes dudar de tu popularidad. La mereces y la tienes, mal que pese a los interesados y envidiosos.[40]

[38] Mariano Ruiz a Porfirio Díaz, 17 de junio de 1909, CEHMC, *RC*, C. 1, leg. 95.

[39] Bernardo Reyes a José López Portillo y Rojas, 1º de julio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39 L. 7646.

[40] José López Portillo a Bernardo Reyes, 5 de julio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7651.

A mediados de julio fue publicada la carta que daría pie a Reyes para explicar su posición, suscrita por el Club Central Reyista. En ella sus partidarios solicitaban a Reyes que aclarase por qué juzgaba patriótico no aceptar su postulación y apoyar a Corral.[41] Reyes se dispuso a contestarla, a pesar del telegrama urgente y en clave que le envió López Portillo, rogándole que aplazara su declaración, pues el señor presidente es "enemigo declarado".[42]

En efecto, el gobierno desconfiaba de Reyes y del reyismo, no obstante que el frustrado candidato se empeñaba en someter a la consideración de Díaz cada uno de sus pasos. Así lo hizo antes de contestar a sus partidarios. El tono de la carta en que Reyes anunció a Díaz cómo les respondería, obsequiaba las indicaciones del presidente, pero iba más lejos. Le advirtió que tendría que decir que no obraba por razones de conveniencia ni por temor, sino que su aceptación y apoyo a la candidatura de Corral no tenía el propósito de favorecer al partido científico, "con cuya manera de obrar no estoy de acuerdo", sino porque siendo Corral

> [...] el candidato de Ud. según se ha dejado entender de varios modos ante la nación, creo del caso favorecer su elección, dado que, cual he expuesto, si hemos de fiar a Ud. los destinos de la República, con su carácter de Presidente, tenemos que ayudarlo con empeño, para que realice los fines que se propone, por los medios que crea conducentes, entre los cuales figura como cosa muy principal, la designación del Vicepresidente.

Reyes solicitaba como compensación de su actitud, que Díaz hiciera público su apoyo a Corral; sería "esa expresión de Ud. la apaciguadora" y, a juicio del divisionario, la manera de corresponderle al sacrificio que hacía en bien de la patria.[43] Sin embargo, Reyes fracasó en el intento de que

[41] "Hablará el general Reyes", *El País* (18 jul. 1909).

[42] José López Portillo a Bernardo Reyes, 23 de julio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7696.

[43] Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 10 de julio de 1909, CPD, leg. XXXIV, doc. 010986.

Díaz hiciera alguna declaración que confirmara públicamente el acuerdo que seguía existiendo entre ambos.

La respuesta del gobernador de Nuevo León a sus partidarios se hizo urgente ante los sucesos de Guadalajara, pues una visita de la comisión de propaganda del Club Reeleccionista a aquella ciudad suscitó nuevos enfrentamientos entre reyistas y corralistas. El tren en el que llegó dicha comisión a la capital del estado a fines de julio tenía, sin que sus ocupantes lo supieran, un letrero que decía "Viva Reyes". Como era de esperarse —el gobernador había destacado en la propia estación un contingente armado— se desencadenó la violencia. Los oradores no pudieron efectuar el mitin programado y tuvieron que regresar a la capital.[44] Algunos días después, la prensa oficialista culpó de aquellos sucesos a los reyistas de la ciudad de México, quienes, se dijo, habían girado instrucciones a los del estado para provocar un conflicto, a toda costa, aprovechando la llegada de los reeleccionistas.[45] Aun cuando no existen evidencias tan claras como en el caso anterior de que esto hubiese sido obra de Ahumada, el manejo del problema traslucía el estilo del gobernador para contener los conflictos.

El 29 de julio se publicó por fin un manifiesto del general Reyes, fechado en Galeana el 25 de ese mes, del que se ocupó prácticamente toda la prensa de la capital, al día siguiente.

En él, como lo había acordado con Díaz, se dirigía a sus partidarios para "reprimir" sus nobles impaciencias, por motivos de patriotismo. Su decisión obedecía a que en el próximo sexenio Díaz prepararía

> [...] a la nación para la grave transición que nos tiene en expectativa de pasar de su gobierno que para aplacar revueltas intestinas, ha sido *necesariamente autoritario y a veces patriarcal*,[46]

[44] "Gravísimos sucesos en Guadalajara", *México Nuevo* (30 jul. 1909).

[45] "El reyismo popularizado por el corralismo", *Diario del Hogar* (30 jul. 1909).

[46] Subrayado nuestro.

de pasar de ese estado de cosas a la verificación de ensayos de la democracia; transición que se juzga está preñada de peligros.

De no aceptarse el candidato que Díaz había pensado, se romperían "combinaciones preparadas en largo tiempo". Reyes declinaba ser postulado porque, de no hacerlo, la divergencia entre sus postulados y los del reconocido candidato del presidente podría provocar una grave división. Una y otra vez el general jalisciense reiteró lo patriótico de su conducta, inspirada en la convicción de que cuando se trata de fines superiores, los sacrificios no cuentan. "Cruelmente ofensivo para mí sería que se creyera que he actuado inspirado por ruines conveniencias, temores de alguna especie... o afectos y adhesiones personales al General Díaz".

Dicho esto y

> [...] conocida por deducciones primero, por hechos públicos después, y en cuanto a mí, hasta por autógrafos que tengo a la vista, la candidatura del señor General Díaz en favor del Señor Ramón Corral [...] la he aceptado con entereza, con los cargos que por ella [...] pudieran hacérseme [...] Yo, en conciencia, nada juzgo peor en estos instantes, que promover dificultades, causar alarmas, suscitar perturbaciones [...] Creo antipatriótica, en la solemnidad del momento revolucionar estérilmente [...] el espíritu público contra los empeños del poder.

Concluyó la carta señalando que obraba con la convicción de "satisfacer, al hacerlo, a la Razón y a la Justicia; y en mi peculiar situación, nada mejor para quejas o ataques que pudieran dirigírseme, que llevar como coraza de acero resplandeciente para cubrirme mi conciencia".[47]

El manifiesto reflejaba que a estas alturas del conflicto político lo que más importaba para Reyes era que se le reconociera una actitud sin tacha. El texto, sin embargo, contenía una crítica insólita, viniendo de un funcionario, por lo demás, "amigo" del presidente. Decir que el gobierno del general había sido, por necesidad, "autoritario y a

[47] "Habla el General Reyes", *El País* (30 jul. 1909).

veces patriarcal", no era algo permisible dentro de las normas implícitas en el gobierno porfiriano y Reyes pagó cara su franqueza.

Pese al manifiesto del gobernador de Nuevo León, algunos reyistas insistieron en su postulación a la vicepresidencia. El 30 de julio, se integró el Comité Central Directivo de los Clubes Reyistas del Distrito Federal, que acordó no atender las razones expresadas por Reyes para que sus partidarios abandonasen su postulación; proclamar nuevamente y con mayor entusiasmo su candidatura vicepresidencial y comunicar estos acuerdos a Reyes y a la Nación. Asimismo, este comité solicitó al presidente que se sirviera "expedir un manifiesto a la Nación, en que exprese su voluntad firme y resuelta de que sea respetada la democracia en todas sus manifestaciones legítimas en la lucha electoral que se inicia", y exhortó al pueblo a mantener el orden y respeto a las autoridades y a éstas a conservarse rigurosamente neutrales en esa misma contienda. El comité central que suscribió estos acuerdos estaba presidido por López Portillo y fungían como sus vicepresidentes Francisco Vázquez Gómez y Heriberto Barrón.[48]

Las declaraciones de Reyes dieron pie a que la prensa revitalizara sus ataques expresando que el gobernador no había dicho si aceptaba o no su candidatura y le reprochó que argumentara que por secundar a Díaz apoyaba a Corral.

De nada valió que Reyes se dirigiese al presidente para pedirle nuevamente que intercediera, con el fin de que la prensa se moderara en sus críticas.[49] No le quedaba más camino que asumir una actitud independiente, opción que descartó por lealtad, por temor o por la certeza de que hacerlo significaría desatar una contienda de consecuencias funestas para la nación. Pese a ello, el general en desgracia no recibió la magnanimidad presidencial, ejercida muchas

[48] "A la Nación, al Partido Reyista y al Señor General de División Bernardo Reyes", *México Nuevo* (31 jul. 1909) y "Los clubes reyistas y el Sr. Presidente de la República", *La República* (26 ago. 1909).

[49] Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 30 de julio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7714.

veces por Díaz con resultados óptimos durante su gobierno. El nombramiento del general Jerónimo Treviño, un militar fuera de servicio, llamado especialmente para hacerse cargo de la jefatura de la tercera zona militar, que abarcaba los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, fue el golpe decisivo contra Reyes. Treviño era un viejo enemigo del divisionario, a quien éste había aniquilado políticamente en otro tiempo, por disposición expresa de Díaz. Nada más acorde con los propósitos gubernamentales, que contar con alguien que, por indicaciones superiores y razones personales, sería inmisericorde con el malogrado candidato.

La medida tenía además el objeto de impedirle toda influencia en las ya muy próximas elecciones para la gubernatura de Coahuila, pues la candidatura de Venustiano Carranza contaba con las simpatías del reyismo.

El gobernador estaba cercado. Dijo entonces al presidente que recibía constantes amenazas de que iba a ser asesinado. Se quejaba, además, de que la prensa había insistido en presentarlo a sus ojos como un revolucionario en ciernes, y crearle hacia él un sentimiento de animadversión.[50] Poco después, cuando se había confirmado plenamente la designación de Treviño, Reyes se dirigió a Díaz, a principios de agosto, indicándole que tal nombramiento lo ponía en condiciones de solicitar licencia para dejar la gubernatura, por lo que le pedía las instrucciones procedentes, pues "desearía permanecer el menor tiempo posible al frente del gobierno", al hallarse en funciones el citado jefe.[51] Al día siguiente, el general Díaz le indicó que el nombramiento de Treviño respondía a la "necesidad de calmar la alarma y la ansiedad pública que existen en la frontera, según me informaron muchas personas de negocios de la región". Le dijo, además, que no deseaba imponerle "ningún sacrificio, señalándole una línea determinada de

[50] Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 31 de julio de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7718.

[51] Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 5 de agosto de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7725.

conducta, tanto más cuanto que estoy seguro de que Ud. por propia inspiración obrará como más convenga a los intereses públicos".[52]

Por esos días, el presidente recibió una sórdida misiva, en los siguientes términos:

> Creo que se le debe suprimir la existencia a Bernardo Reyes, o en caso de que esto sea casi imposible, anularle militar y políticamente.
>
> Si no hacemos lo anterior, tarde o temprano volverán las luchas fratricidas en los campos de batalla, *especialmente cuando Porfirio Díaz haya fallecido.*
>
> La *paz futura*[53] del país, en mi concepto exige que hagamos este último derramamiento de sangre o esta muerte civil.[54]

La prensa oficialista había conseguido su propósito de mostrar la candidatura de Reyes como una gran amenaza para la tranquilidad del país. Sin embargo, el gobierno, que no se podía engañar acerca de la expansión y vigor del reyismo, sabía que no bastaba que el general jalisciense fuera una víctima propiciatoria del sistema, sino que la persecución había de alcanzar a sus partidarios.

Nuevas evidencias de que el reyismo estaba políticamente aniquilado fueron la aprehensión de Ambrosio Ulloa, jefe del Partido Independiente de Guadalajara y uno de los reyistas más vehementes, así como la enérgica negativa del secretario de Gobernación, Ramón Corral, dirigida a los clubes reyistas, indicando que "el presidente no tiene obligación legal de expedir el manifiesto" solicitado por

[52] Porfirio Díaz a Bernardo Reyes, 5 de agosto de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7728.

[53] Subrayado nuestro.

[54] Carta de [firma ilegible] al Presidente, Nueva York, 5 de agosto de 1909. Subrayado en el original, CPD, leg. XXXIV, doc. 011028. En otros documentos (011023 y 01124), aparece la misma firma ilegible en la posdata y al final de la carta el nombre "José Manuel Oliva". No se han localizado datos que correspondan a este nombre. Quizá se trata de un seudónimo.

ellos, pues "todo lo que atañe a su conducta política es de su exclusiva apreciación".[55]

Nada valían ya los reiterados ofrecimientos del divisionario, siempre dispuesto "a cualquier decorosa combinación" para secundar la "sabia política" presidencial.

En la correspondencia cruzada entre el general Díaz y el gobernador "saliente", durante los últimos días de su mandato, cada nuevo intercambio de palabras hacía crecer la rispidez presidencial y empequeñecía, aún más, la cortedad de ánimo de Reyes. Una de las últimas quejas de éste, que en nada modificaría la firme decisión presidencial, aludía al hecho de que la situación difícil en la que se hallaba, sin haberla buscado, en nada afectaría los propósitos de toda su vida, ni su "serenidad de espíritu, pues no podría nada transformar mi conciencia ni mi modo de ser; y es por eso que, sin cambio al respecto dicho, repito a Ud. que, como lo he sido, soy siempre su muy adicto subordinado[...]".[56]

Por si quedase alguna duda acerca de la condición política del gobernador de Nuevo León, se ordenó el despliegue de la fuerza militar para dejarlo prácticamente cercado en la población de Galeana, donde se hallaba desde varias semanas antes, suponiendo que organizaría un levantamiento armado. Tales movimientos reflejaban, paradójicamente, que el reyismo despertaba grandes temores en el seno del gobierno, como nunca llegaron a suscitarlos ni las acciones de los miembros del Comité Organizador del Partido Democrático ni las de los antirreeleccionistas.

Los actos del gobierno mostraban que miraba a Reyes como su enemigo más temible del momento. En efecto, restarle la poca fuerza que le quedaba, dejando en manos de Treviño hasta el manejo de las operaciones de socorro a las víctimas de la inundación que sufrió Monterrey en aquellos días o negar el permiso para que la banda de música que dependía de las autoridades militares tocase el

[55] "Los clubes reyistas y el Sr. Presidente de la República", *México Nuevo* (19 ago. 1909).

[56] Bernardo Reyes a Porfirio Díaz, 23 de agosto de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7762.

día de su cumpleaños, eran medidas que, justamente por su intrascendencia política, corroboraban la animosidad del corralismo hacia lo que simbólicamente significaba la figura de Reyes: un gobernante, quizá tan autoritario como Díaz, pero cuya trayectoria como funcionario público demostraba la voluntad de ampliar los rangos de participación ciudadana, atender las demandas de los trabajadores y, en suma, diversificar la presencia de las fuerzas políticas y económicas surgidas del proyecto de modernización del general Díaz.

Difundido el manifiesto del general Reyes, el desánimo de sus partidarios fue en aumento, por la irrefrenable desarticulación del movimiento. Además de la disolución de sus clubes, varias cabezas de la "hidra" fueron "cercenadas". Heriberto Barrón viajó al extranjero a principios de septiembre, cierto de que no contaba con garantías para permanecer en el país. Pero el golpe más violento contra el reyismo fue, sin duda, el proceso que culminó con el desafuero y la prisión del senador José López Portillo, acusado de abuso de confianza por la señorita Dolores de Moncada y Fernández de Córdoba, de quien había sido administrador y apoderado.[57] No se requería mucha perspicacia para saber que la representación nacional había sido convertida en un escenario más de la lucha política, por "instrucciones superiores".

Es posible que, de encontrarse en la situación de sus enemigos, Reyes hubiese actuado de manera semejante. Para sugerirlo, bastaría recordar la correspondencia que sostuvo con Díaz a propósito de la agitación electoral de 1905 en Coahuila. Entonces, el gobernador de Nuevo León estaba dispuesto a acechar a Francisco I. Madero "para caerles en cualquier momento", al igual que al resto de los partidarios de Fuentes, el candidato independiente. En aquellos años era Díaz quien aconsejaba al gobernador que moderara sus afanes de eficacia política y que se atrajera a los opositores.

[57] "El Sr. Lic. López Portillo acusado ante la Comisión Permanente", *México Nuevo* (10 sep. 1909); "Un leader reyista en el banquillo de los acusados", *El País* (13 sep. 1909).

El cambio de tesitura, un lustro después, revela el temor creciente del gobierno al saberse realmente amenazado. Por ello, y a pesar de todos los atropellos por ella cometidos, la autoridad siempre asumió que era la agraviada.

En efecto, pese a que Reyes se sometió a las indicaciones de Díaz, nunca logró congraciarse con él. Así se lo hizo saber Manuel Garza Aldape, cuando le refirió una plática que tuvo con el presidente en septiembre. Entonces le dijo que el presidente estaba "muy sentido" con él y abrigaba una "visible animosidad" en su contra, pues consideraba que no había sido "leal",

> [...] haciendo reminiscencias de la época en que se separó Ud. del gabinete [...] Al mismo tiempo insinúa que todavía está dispuesto a ayudar a Ud., dándole las facilidades para salir de la actual situación, pero que la iniciativa debe partir de Ud. [...] creo [continuaba Garza Aldape] que el propósito es que separado del Gobierno de Nuevo León venga a vivir a México [tal vez con algún puesto público] pues dice que es mucho más fácil entrar en cualquier caso en esplicaciones [*sic*] personalmente que por correspondencia.[58]

La actitud del presidente, que en otro tiempo Reyes comprendía a la perfección e incluso podía prever, se le volvió indescifrable cuando, aun contra sus deseos, las circunstancias lo habían convertido en un "revoltoso".

Reyes solicitó licencia en la gubernatura, después se entrevistó con Díaz en la capital y fue informado de que marcharía al extranjero, con la misión de hacer un minucioso estudio de la organización de los ejércitos europeos.[59] Más tarde, desde París renunció al cargo de gobernador de Nuevo León. Pero todo esto ya no fue sino la secuela de lo que el general jalisciense consideró un sacrificio y el presidente una deslealtad.

Durante los últimos días que permaneció en el país, antes de marchar a Europa, continuó empeñado en salvar

[58] Manuel Garza Aldape a Bernardo Reyes, 22 de septiembre de 1909, CEHMC, *BR*, C. 39, L. 7798.

[59] "El General Reyes ha llegado a esta capital", *México Nuevo* (29 oct. 1909).

su honor, quejándose ante el presidente, una vez más, de los ataques que dirigían a él y a sus partidarios los periódicos oficialistas. "Si la prensa que se dice su amiga deja de agredir, la otra también lo hará", fue el epílogo destemplado de la desafortunada relación epistolar entre el presidente y el gobernador caído.

El reclamo de Reyes era fundado. El corralismo hizo de la prensa un apéndice del ejercicio autoritario del poder, convirtiéndola en un arma devastadora, al modificar el sentido que el propio gobierno le había dado a la prensa "amiga" en los últimos tiempos.

Aprovechando el inicio de su destierro político, uno de los periódicos oficialistas quiso desnudar las más profundas ambiciones del reyismo, al mismo tiempo que dejó un testimonio involuntario de los motivos de su temor al movimiento encabezado por el ahora solitario soldado:

> [En la cubierta de un buque; suspendiendo la lectura de Calderón de la Barca].
>
> Este que dijo que la "vida es sueño", no supo medir las distancias entre sueño y chasco, entre chasco y absurdo.
>
> No, la vida no es sueño [...] Si vivir fuera soñar, a esta hora tendría a Corral con una puntilla en la nuca [...] o estoy en un manicomio, o en un barco que avanza rápidamente, que me lleva a Europa a estudiar una asignatura que me han impuesto los científicos, y voy cogido por los brazos de dos honorables asistentes que son en realidad mis carceleros, por más que para cubrir las apariencias, se hagan pasar por mis tutores [...]
>
> Mi enfermedad interna fue la utopía. Creer que tenía yo al ejército en el bolsillo; creer que podía jugar con el mono y la cadena, creer que con dedazos de miel al Gobierno y a los clubes, despertaría yo sobre la dorada silla, creer que con los discursos de Urueta iba yo a meterme debajo del brazo intereses tan colosales como los creados en seis lustros de obra vertiginosa.
>
> Y hé aquí navegando el cadáver, el que era ayer flor de la vida. Pero los muertos resucitan y yo volveré Lázaro algún día.
>
> El último aliento del Presidente, será el primero de mi resurrección. Pero sigamos leyendo esta comedia:
>
> Yo sueño que estoy aquí/De estos sabuesos rodeado,/ Que Gobernador de Estado/ Hace muy poco me ví/ ¿Volveré triunfante? Sí./ Más ¿No será una ilusión?/ ¡Ay! Me dice Cal-

derón/ Con duro y cruel empeño:/ General, eso es un sueño,/ Y los sueños, sueños son.[60]

Conclusión

El conflicto preelectoral de 1909, por encima de su faceta anecdótica, hizo evidente que el autoritarismo no era un atributo privativo del ámbito presidencial, sino que además de estar presente en los niveles burocráticos, se había permeado en distintas capas de la sociedad mexicana.

El intento de activar los procesos electorales, atendiendo exclusivamente a su dimensión operativa, expresión del instinto de conservación de la oligarquía, se llevó a cabo utilizando mecánicamente patrones sociales y políticos muy arcaicos.

El temor a una confrontación política que presumiblemente traería consecuencias funestas para la nación, tesis central de Reyes para rechazar su candidatura a la vicepresidencia, y el que se traslucía en la creencia de que los ciudadanos no eran capaces de ejercer sus derechos, expresada por el corralismo, frenaron, bajo distintas modalidades autoritarias, la participación política. El saldo de la confrontación por la candidatura vicepresidencial fue la evidencia de que el sistema porfirista, artífice de la estabilidad y del progreso, había creado una clase política de cuya disciplina no podía dudarse, pero que resultaba inepta para la democracia e incapaz de diseñar un proyecto de nación.

La obra del "Héroe de la Paz" empezó a resquebrajarse mucho antes de que diera inicio la lucha revolucionaria, cuando al enfrentar el problema de quién habría de sucederlo, el presidente-emperador —como caracterizó agudamente Edmundo O'Gorman a Porfirio Díaz— negó la razón de ser y sentido del gobierno patriarcal, privilegiando la vertiente imperial de su mandato y sacrificando su potencialidad republicana.

[60] "Soliloquio", *La Reelección* (22 nov. 1909).

SIGLAS Y REFERENCIAS

CEHMC, *BR* Centro de Estudios de Historia de México, *Bernardo Reyes*, Condumex. México, núm. DLI.

CEHMC, *RC* Centro de Estudios de Historia de México, *Ramón Corral*, Condumex. México, núm. CXXXII.

CPD *Colección Porfirio Díaz*, Universidad Iberoamericana. México.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

1972 *Historia Moderna de México. Vida Política Interior. Segunda Parte.* México-Buenos Aires: Hermes.

ESTRADA, Roque

1912 *La Revolución y Francisco I. Madero; primera, segunda y tercera etapas.* Guadalajara: s.p.i.

GONZÁLEZ DE ARELLANO, Josefina

1982 *Bernardo Reyes y el movimiento reyista.* México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. «Científica, Historia, 131».

GUERRA, François-Xavier

1988 *México: del Antiguo Régimen a la Revolución.* México: Fondo de Cultura Económica, 2 tomos.

LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, José

1921 *Elevación y caída de Porfirio Díaz.* México: Librería Española.

LUNA, Jesús

1975 *La carrera pública de don Ramón Corral.* México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 187».

MOHENO, Querido

1908 *¿Hacia dónde vamos?* México: Talleres de I. Lara.

NIEMEYER EBERHARDT, Victor

1966 *El general Bernardo Reyes.* Monterrey: Gobierno del Estado de Nuevo León-Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León.

PRIDA, Ramón

1958 *De la dictadura a la anarquía.* México: Botas.

RAAT, W. Dirk

1988 *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en Estados Unidos, 1903-1923.* México: Fondo de Cultura Económica.

VILLEGAS MORENO, Gloria (comp.)

1989 *En torno a la democracia. El debate político en México. 1901-1916.* México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

EL HOMBRE RAMÓN Y OTROS PAPELES (NOTAS SOBRE UN EXPEDIENTE)*

Andrés Lira
El Colegio de México

Lo que presento a ustedes es el primer tanteo para la edición de ciertos documentos que obran en dos expedientes de Ramón Iglesia. Uno, que he podido leer, se encuentra en El Colegio de México y otro, del que sólo he tenido noticia por Álvaro Matute —quien mejor conoce y ha estudiado la obra de Iglesia—, se halla en los archivos de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles.

Con ese carácter provisional van estas líneas que intitulo, parodiando el último libro de Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, publicado aquí en 1944 y reeditado con organización sistemática y una magnífica introducción de Álvaro Matute, por el Fondo de Cultura Económica en 1986 y 1994.

Vamos pues a nuestro expediente de El Colegio de México, cuyo encabezado es bien escueto, según corresponde a un registro burocrático:

> *Ramón Iglesia*, español, nacionalizado mexicano, casado. Archivero-Bibliotecario en la Biblioteca Nacional de Madrid, España; miembro del Centro de Estudios Históricos de Madrid;

*Una primera versión de este trabajo se presentó en la reunión sobre "Los refugiados españoles y la cultura mexicana", organizada por la Residencia de Estudiantes de Madrid y El Colegio de México, México, D.F., 26-28 de noviembre de 1996.

secretario de la revista *Tierra Firme*, y autor de varias obras sobre asuntos históricos.
Domicilio: Lerma, 259. Depto. F. No tiene teléfono.

Nada incita más el ánimo que los datos inconclusos sobre quien sabemos algo y queremos saber más; tenemos que asumir el reto de sujetarnos a la evidencia para apreciar bien esos testimonios. En el expediente aparece una primera comunicación telegráfica de Alfonso Reyes, presidente de La Casa de España en México, a Francisco Trejo, director de Población en el puerto de Veracruz, fechada el 21 de junio de 1939 y dice así:

RUÉGOLE COMUNICAR RAMÓN IGLESIA. ESCUELA DE VERANO UNIVERSIDAD NACIONAL OFRECE CURSO ELEMENTAL ESTUDIANTES NORTEAMERICANOS SOBRE *EL QUIJOTE* DEL TRES DE JULIO AL QUINCE DE AGOSTO CINCO HORAS SEMANALES REMUNERACIÓN TOTAL DOSCIENTOS CINCUENTA PESOS INTELIGENCIA AQUÍ PROPORCIONAREMOS ELEMENTOS BIBLIOGRÁFICOS.

GRACIAS
REYES

(Rúbrica)
Casa de España en México
Madero 32-306
Ciudad.-AR. ess.

Quiere hacerse llegar al hombre, varado en Veracruz, hasta el altiplano en el que ya se había abierto y amueblado La Casa de España en México, en el domicilio del Fondo de Cultura Económica (Madero 32, ciudad de México). Y llegó el hombre con su esposa Marina, a pasar apuros. La preparación de las clases que implicaba muchas horas de trabajo y la escasa remuneración apenas alcanzó para sobrevivir los primeros días. De esos apuros los sacó la generosidad bien dispuesta de algunos mexicanos y mejor encabezada por Alfonso Reyes, según recordaría el mismo Iglesia en una carta del 17 de abril de 1946, cuando ya lejos de México, desde Madison, Wisconsin, decía a don Alfonso:

Una vez más, ¡qué lástima no poder hablar con Vd.! Dejo parar la máquina y dejo apagar la pipa, cavilando en lo que

han sido estos años, desde que Vd. en 1939 me tendió la mano cuando Marina y yo comíamos en aquel comedor de caridad que está en el Zócalo, al costado de Catedral. Bien sabe Dios que yo prefiero México a esto; pero habrá que pensar con la cabeza. A Marina le sienta esto mejor que la altura, y tanto ella como yo tenemos familiares en España a los que habría que ayudar, cosa en la que no podemos pensar estando ahí.

En fin, que en el altiplano y con la sola remuneración de unos cursos de verano Ramón Iglesia y Marina su esposa la pasaban mal, por lo que aquel diligentísimo mexicano que fue Alfonso Reyes no escatimó artes para disponer que la escasa hacienda de La Casa de España beneficiara al matrimonio, alojado en ese entonces en el núm. 25 de la calle de Madrid, de esta ciudad, donde recibió Iglesia una carta de Reyes fechada el 25 de julio:

Mi querido amigo:

De acuerdo con nuestras conversaciones, le confirmo la siguiente proposición que quedará en calidad de convenio con La Casa de España en México en cuanto reciba la respuesta afirmativa de usted, por escrito.

1º La Casa de España encomienda a usted un estudio monográfico sobre los cronistas e historiadores de la Nueva España en los siglos XVI y XVII.

2º El plazo convenido para la entrega de esta obra es de *ocho meses* a partir del 15 de agosto próximo, pero es prorrogable por mutuo acuerdo, según necesidades mismas del trabajo.

3º En calidad de anticipo sobre derechos de autor que a usted le corresponden, La Casa de España le proporcionará, a partir de la fecha indicada, la suma de $300.00 (TRESCIENTOS PESOS). En ningún caso La Casa de España descontará a usted, sobre derechos de autor, suma alguna que quede comprendida en el total de $300.00 mensuales por ocho meses. Si hubiere lugar a alguna prórroga del plazo, la importancia de la nueva suma se decidirá por mutuo acuerdo.

En espera de su aceptación, me es grato saludarlo cordialmente, subscribiéndome su amigo y atento s. s.

El Presidente
Alfonso Reyes

Era —como luego oí decir a José Gaos— un traje a la medida, cortado en la tela de la que se disponía, para acoger a un talento que fructificaba y al que había que arraigar. Quizá el traje no resultó tan bien hecho, o, mejor dicho, de este intento resultaron hechuras diferentes. Pero, como quiera que haya sido, la oferta era generosa, daba lo que se podía ofrecer innovando prácticas y alargando recursos (pensemos que en aquellos años no había en México carrera de profesor de tiempo completo y que a muy pocos se contrataba por obra determinada; que un contador medianamente pagado en una ciudad del interior ganaba 70 pesos mensuales y en la capital, de 200 a 250).

Ramón Iglesia respondió ese mismo día entusiasmado por la oferta.

> Contestando a su carta de fecha 25, tengo el gusto de manifestarle que estoy plenamente de acuerdo en realizar el trabajo en ella indicado, en las condiciones estipuladas.
>
> No necesito insistir en la emoción y el agradecimiento que me produce el que La Casa de España, de su digna presidencia, me permita continuar estudios que la guerra me había forzado a interrumpir.

Los estudios interrumpidos por la guerra civil de España eran trabajos sobre la *General Historia* de Alfonso X y sobre la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Valiéndose de conocimientos filológicos y crítico historiográficos, Iglesia avanzó en la edición de la obra de Bernal Díaz. La experiencia de la guerra, en la que sirvió como oficial del ejército republicano, desató una exigencia interpretativa, que algunos de sus colegas calificaron de relativismo extremo. Lo cierto es que Iglesia valoró la experiencia personal como elemento imprescindible en el trabajo del historiador, quisiéralo o no reconocer quien recogía y transcribía testimonios. De esto hay muestra fehaciente en los dos libros que publicó en México (*Cronistas e historiadores de la Conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, que publicó El Colegio de México en 1942 y *El hombre Colón y otros ensayos*, que apareció en 1944, como ya lo indicamos). En este tema lo mejor es dejar la pala-

bra a Juan Ortega y Medina, a Luis González y González y a Álvaro Matute (véase la introducción de Matute a Iglesia 1944, que contiene la bibliografía aludida), para volver a nuestro expediente.

Las instituciones cambiaron. La Casa de España se transformó en El Colegio de México, bajo la presidencia de Alfonso Reyes. Se constituyó en octubre de 1940 y fue invitado a colaborar como miembro, a partir de 1941 en el flamante Centro de Estudios Históricos bajo la dirección del joven historiador Silvio Zavala, a quien conocía desde Madrid. El sueldo sería de 600 pesos mensuales, a Iglesia se encargaba el seminario de Historiografía de la Nueva España, en la que andaba muy entrado con nuevo aliento de obras de historia e interpretación de la historia que se había dado a la tarea de traducir. De esto hay evidencia en los documentos que manejamos y también la hay —aunque indirecta— de la relación de Iglesia con instituciones estadounidenses. En 1940 había entrado en tratos con la Universidad de California y proyectaba un viaje a Berkeley. De esto hablaba Reyes en su carta del 13 de diciembre, cuando decía que se podía ajustar el desempeño de Iglesia en el seminario de Historiografía Novohispana a las condiciones del viaje, ciñendo el compromiso a los meses de los que pudiera disponer.

Iglesia contestó el 16 agradeciendo la oferta. Aún no resolvía lo de su viaje a Estados Unidos, la obra sobre historiografía novohispana iba por buen camino y estaba entusiasmado para probar suerte en Berkeley.

Reyes lo animó para que hiciera de ese viaje un buen retorno a México, El Colegio se afirmaba como institución recogiendo y enriqueciendo con la presencia de estudiantes becarios lo iniciado en La Casa de España en México. Así, con prometedores augurios, partieron Iglesia y su esposa.

En Berkeley las cosas parecieron entorpecerse. Tras las fatigas del viaje, en el que había tenido que "luchar a brazo partido con autoridades de toda índole", para hacer efectivo el permiso de residencia en Estados Unidos que expiraría el 20 de mayo, se encontró con una universidad multitudinaria.

> Esto la verdad me impone un poco [escribía el 21 de enero a Reyes]. Nunca había visto una ciudad universitaria así, con 15000 estudiantes y un número de profesores que supongo no será mucho menor, a juzgar por lo que hay en el Departamento de Español. La primera sensación es de desasosiego, de que este mostruo se lo va a tragar a uno, lo va a dejar completamente laminado, sin el menor resquicio por donde pueda salir a flote la propia personalidad.

El tono pesimista y precipitado de Iglesia corresponde a una actitud manifiesta en trabajos posteriores y que entonces, en esa carta del 21 de enero de 1941, se explica, como en las páginas de sus libros, por el choque de la rutina académica y la experiencia histórica.

> Veremos cómo salgo [decía Reyes]. No creo que sea fácil avenirme con la repetición mecánica de lo que se hace por aquí, ¡estos libritos de texto en que se explica todo, sobre todo la España de hace unos años! ¡Qué angustia hacerlos hoy! ¡Qué sensación de andar entre escombros y desechos! ¡Qué ganas de gritarles: ¡no, no es esto!, a los señores que siguen recortando periódicos para sus bibliografías exhaustivas.

No hay para qué abundar sobre este testimonio manuscrito si recordamos las muchas páginas impresas de Ramón Iglesia que ya tenemos en sus libros. La disparidad entre experiencia y elaboración erudita fue el signo de su generación; bastaría traer a cuento el recuerdo de Eugenio Imaz, compañero de impaciencias de Iglesia, y el de José Medina Echevarría, cuya obra ilustra la tensión entre el precipitado de la experiencia y la responsabilidad del hombre con talento político. Iglesia se esforzó por hacer de la experiencia entendimiento histórico. Lograr tal armonía era lo que convenía a un jornalero intelectual, a un profesor que tenía que hacer méritos frente a las instituciones en las que trabajaba y convencerse a sí mismo de que era dueño de su experiencia pese a lo extenuante del trabajo, pues había que cumplir con las tareas asignadas en la Universidad de California, cursos para grupos masivos de estudian-

tes, y seguir las tareas y el diálogo con los amigos de El Colegio de México, todo a costa de horas de sueño y de reposo.

La crisis no se hizo esperar. Algo se supo en México, quizá más por la interrupción de la cotidiana comunicación epistolar de Iglesia que por noticias expresas. El caso es que Daniel Cosío Villegas recibió, de su antiguo discípulo Enrique Bravo, una carta fechada el 5 de marzo en la que le explicaba cómo luego de su llegada a Berkeley Ramón Iglesia se había dado a trabajar sin descanso acumulando información, como el bibliófilo de Anatole France; que no se había ahogado, como ocurrió a ese personaje, sepultado en sus papeles, pero que se hallaba en un hospital psiquiátrico y su esposa, la pobre Marina, viviendo lo menos mal posible gracias a la buena acogida de estudiantes españoles que habían llegado a Berkeley después de la guerra civil española.

Así era. Iglesia había sido internado en The Libermore Sanitarium desde el 16 de febrero, según contaba el mismo Iglesia a Alfonso Reyes en una carta escrita en papel membretado del hospital, fechada el 24 de marzo, en que le permitieron por fin entrar en comunicación con el mundo exterior. Se disculpaba por no haber contestado a sus amigos de México y daba explicación detallada:

> Los doctos afirman que he tenido un *breakdown.* Ellos sabrán. Lo que yo sé es que el jueves 13 de febrero, entre 10 y 11 a.m. (hora de S. Francisco) dialogando en mi clase con una alumna del grupo 110 B [Prose of the Twentieth Century] [*sic*] comprendí *de golpe* la teoría de la relatividad de Einstein, e ingresé en el universo einsteniano por derecho propio.
>
> Por lo visto estas cosas se pagan en la actualidad con unos meses de sanatorio. Por mi parte encantado. He aprendido más que si hubiera estado en Berkeley. Lo siento por las alumnas [¡ah, el subconsciente!, quería haber dicho alumnos] y por Marina, que la pobre se asustó mucho.

Se despedía enviando saludos a los amigos y encareciendo que Regueda y Giner le escribieran chismorreándole un poco para poder soportar el paraíso artificial que

era el sanatorio, pues Libermore resultaba bastante aburrido, como todos los paraísos.

Se hallaba, evidentemente, bajo los efectos del tratamiento. La excitación, propia de su carácter, apenas se había moderado; fue cediendo en los días siguientes para convertirse en penosa conciencia de su invalidez. Retomaba correspondencia interrumpida y daba formal satisfacción a los requerimientos de su deuda con El Colegio de México. Cuatro días después, el 28 de marzo de ese 1941, en papel membretado del The Libermore Sanitarium, escribía al secretario general, Daniel Cosío Villegas:

> Mi querido amigo:
>
> Creo que no hacen falta demasiadas explicaciones a mi forzado silencio si se fija Vd. en el papel en que le escribo.
>
> Me están fastidiando. Me repiten desde la mañana a la noche *take it easy*, y ésta es la hora en que una vez más no sé ni dónde están mis libros, ni mis papeles, ni nada. Y si siguen en este plan el 20 de mayo supongo que vendrá la policía a ponerme quizá no tan *easy* al otro lado de la frontera.
>
> A ver si por lo menos estas cartas llegan a manos de Vds. Hace un par de días le escribí a don Alfonso. Les ruego me contesten para que pueda yo convencerme de que si me dejan escribir no es simplemente porque figura en el programa de mi *ocupational therapy.*
>
> ¡Lo que esta buena gente me ha hecho sufrir! Yo que he tenido todo el tiempo la obsesión —Vd. sabe tanto como D. Alfonso— de procurar deshacer con mi trabajo y con mi conducta la impresión lamentable que han producido entre Vds. otros españoles distinguidos —mucho más distinguidos que yo, desde luego— me veo forzado a no poder mirar un libro, a temer cada minuto que Vds. puedan pensar que soy una especie de Mario Zambrano, o algo por el estilo.
>
> Me carga este exceso de civilización. Esta gente que es admirable por muchos conceptos, es incapaz de comprender que no a todos ha puesto el destino las mismas cartas en la mano. Que si yo trabajaba durante el día preparando mis clases y durante la noche leía libros para mantener el contacto con Vds., eso es cuenta mía y no de ellos.

En lo que va de esta carta espléndida vemos al hombre cuyas capacidades han sido rebasadas por las tareas que se

impuso y que trató de cumplir y que no por la impaciencia y el sentido de frustración que ello le ha provocado deja de reconocer límites y méritos, de los que se hace cargo a continuación.

> En fin, a lo hecho pecho. Ahora ni me será posible corregir mi manuscrito, ni nada. He podido comprar algunas obras que creo les interesarán. Esta gente trabaja mucho, y algunos hasta trabajan bien. A mi ver si antes del 20 de mayo me dejan por lo menos volver a Berkeley para que recoja algunas notas que tenía allí para Vds.

Por lo pronto, de memoria reconstruía lo que en sólo cuatro semanas que había estado en Berkeley había podido recoger de interés para México. Recomendaba la excelente tesis de Woodrow Borah sobre la seda en México, pendiente de publicación en la University of California Press; mencionaba el libro de Haring sobre *Comercio con las Indias Occidentales*, del que había hablado con Cosío Villegas antes, por más que se declaraba incompetente en la materia; de Simpson decía que había entregado un manuscrito titulado "Many Méxicos" a una editorial de Nueva York. A esta reconstrucción pudo agregar una nota sobre dos libros, el de John D. Hicks, *The American Nation. A History of the United States from 1865 to the Present*, y el de Trevor Davies, *The Golden Century of Spain*, dando ficha completa del primero y del segundo datos al tanteo.

No era poco lo que había trabajado Iglesia, ahora postrado en el sanatorio e inconforme con la imposición de la convalecencia, preocupado por lo que de él pudieran pensar quienes le habían dado su confianza y, por si fuera poco, angustiado por el futuro incierto, en el que sólo veía llegar la fecha en que vencía el permiso de residencia, pues tal es lo que parece decir cuando menciona el 20 de mayo.

Sin embargo, se daba espacio al final para enviar saludos muy especialmente a Eugenio Imaz y a Javier Márquez y para comentar lo que veía en México.

> Salude a Silvio y a O'Gorman, si los ve. ¿Siguen dedicados al grato deporte de poderse soportar mutuamente? No sé cómo

> diablos se va a poder trabajar con esa tendencia centrífuga que por lo visto engendran los altiplanos —y conste que no lo digo por los mexicanos, porque los españoles les están dando ciento y raya.

Debo confesar que hace cerca de 20 años que vi este expediente y que desde entonces me vino la idea de publicarlo, pero que la crueldad de la experiencia que en ellos se muestra sin más paliativo que el que puede darnos el buen estilo de Iglesia, me ha detenido. Sin embargo, creo que la calidad de él y de quienes lo rodearon nos lleva a apreciar la bondad y la elegancia como signos dominantes en aquella tormenta.

Reyes y Cosío respondieron alentándolo, sobre todo el primero, que tomaba con buen sentido los comentarios sobre el *take it easy*, síntoma del restablecimiento, le recomendaba no tratar de abarcar de un golpe el universo y le decía que lo esperaban para continuar las labores en el Centro de Estudios Históricos y para contar chismes. En otra carta Reyes recomedaba al doctor Bernardo Castellum, de Mazatlán, sugiriéndole que se detuviera ahí para afirmar el restablecimiento. Iglesia había emprendido el camino a México, donde lo esperaban sus amigos.

El regreso fue difícil, lo sabemos por carta que escribió a Reyes el 25 de mayo desde Guadalajara, donde fue acogido generosamente en la residencia del señor Stanford, cónsul de Estados Unidos en esa ciudad. Sobre Iglesia pesaba ahora, más que el sentimiento del fracaso por lo ocurrido en Berkeley, el de vergüenza —pena, diríamos los mexicanos— por no poderse hacer cargo de las tareas a las que se había comprometido en El Colegio de México. Después de todo, reflexionaba, aquella mala experiencia le había permitido ver más claramente el caos que eran los estudios históricos. Confiaba en rehacerse si contaba con tiempo, por lo que, mortificado, solicitaba la extensión de la beca de El Colegio como una licencia de enfermo. Pese a todo, su actividad intelectual no había cesado y por ello se animaba a solicitar la beca. "La tal enfermedad [decía a Reyes] es de lo más notable, porque no me impide tra-

bajar mientras estoy solo. Lo que me hace daño es hablar y esforzar la atención hacia cosas externas. Casi no leo, pero en cambio escribo mucho. Estoy, auténticamente, de parto".

¿Qué fue de las criaturas que alumbró Ramón Iglesia en esos días? No sabemos. Debió cargar con ellas y es posible que se encuentren entre los papeles que dejó al morir en Wisconsin. En nuestro expediente sólo hallamos cartas, la que sigue es una de Javier Márquez, encargado de la Secretaría de El Colegio por ausencia de Cosío Villegas, con la que envió a Iglesia 200 pesos. Reyes no lo vio, se cruzó con él en el camino, fue a Berkeley a recibir el doctorado *honoris causa* que le otorgó la Universidad de California, haciendo un viaje relámpago en su coche Buick, acompañado de su hijo y de su *chauffeur*, toda una hazaña deportiva que narró en su "Berkeleyana" (*Obras completas de Alfonso Reyes*, t. XXIV, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 95-116), realizada en cumplimiento del deber, pues en ausencia de Cosío Villegas, entonces de viaje por América del Sur, el único que podía firmar los cheques para pagar a profesores, becarios y empleados era el presidente de El Colegio. Reyes tuvo que ir a Berkeley y regresar a México en escasos 17 días (13-30 de mayo). De ahí la parquedad y el carácter provisional de los recursos que envió Javier Márquez a Iglesia. Había que esperar el regreso de Reyes y de Cosío para decidir la situación de Iglesia.

Para entonces Iglesia era ya figura bien apreciada. Lo habían mencionado en la Universidad de Wisconsin, donde buscaban un profesor de literatura española. El 16 de junio de 1941, William E. Bull escribía a Reyes pidiéndole que lo ayudara a salir del apuro en que lo habían metido los de Wisconsin al pedirle una carta de recomendación de Ramón Iglesia; Bull, sabedor de la crisis nerviosa que había sufrido en California, no se atrevía a darla; los de Wisconsin presionaban, querían a toda costa un profesor que hubiera trabajado en el Centro de Estudios de Madrid. Bull no se decidía a escribir a Iglesia, no quería crear expectativas que lo excitaran ni favorecer una competencia desleal con El Colegio de México.

A los pocos días, el 27, Reyes contestó:

> Por nuestra parte no tendríamos el menor inconveniente en ceder a la Universidad de Wisconsin a Ramón Iglesia, puesto que sería para su bien. Pero, tras de pensarlo detenidamente, no nos sentimos autorizados a opinar sobre su actual resistencia al trabajo, aunque todas las manifestaciones de su salud parecen buenas, sino que preferimos aconsejarle a usted que solicite la información directa a la Universidad de California y de los médicos que allá le atendieron.
>
> No he tratado el asunto con el interesado, para no comprometerlo antes de que sobrevenga una resolución definitiva.

Lo cierto es que Iglesia y Marina su esposa andaban de médico en médico, él tenía que recuperarse y ella padecía desórdenes intestinales agravados por la altura de la ciudad de México. Por si fuera poco, a El Colegio llegó la época de vacas flacas; recortes en el subsidio de la Secretaría de Educación Pública llevaron a la determinación de bajar el sueldo de los profesores, de 600 a 450 pesos mensuales. Lo anunció Reyes a cada uno en carta del 16 de febrero de 1942, rógandoles que en caso de aceptar las condiciones consideraran que el contrato tendría vigor de marzo a diciembre de ese año. Iglesia respondió aceptando y manifestando agradecimiento y entusiasmo, el 19 de febrero.

Las labores del Centro de Estudios Históricos continuaron. Bajo la dirección de Silvio Zavala se organizaron cursos y seminarios y se apreciaron los trabajos de los estudiantes al término del año, en diciembre de 1942. De esto resultó la posibilidad de una publicación, cuya revisión se encargó a Iglesia, aunque fue encabezada por Silvio Zavala, pues tuvo que hacerse cargo del curso de historiografía en ausencia de Ramón Iglesia. Por su parte Reyes formalizaba nuevas contrataciones para 1943, sobre la base de los 450 mensuales y contrato anual, pues no había otra posibilidad.

Como haya sido, 1942 fue un año satisfactorio. Se afirmó el programa docente en historia y apareció el libro de Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, 292 páginas con las que cumplía con su primera contratación, la de La Casa de España rectificada por

El Colegio de México, y en la que se consideraron varias aportaciones. La principal, entre los historiadores estudiados, fue la referente a Francisco López de Gómara.

La obra fue comentada en revistas estadounidenses. En México la reseñó Silvio Zavala, en *El Noticiero Bibliográfico* del Fondo de Cultura Económica (t. III, núm. 21, agosto de 1942). Ponderó los méritos, pero hizo tres observaciones: los peligros del relativismo histórico, que llevaban a la confusión de perspectivas, pues a veces no se sabía si interpretaba textos o hablaba el autor atribuyendo a los personajes de la historia lo que él decía y pensaba; la desproporción en el capitulado, dejando a historiadores como Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Anglería poco espacio en comparación con Cortés, quien no fue propiamente historiador. Finalmente, el exceso en las citas textuales, lo que restaba agilidad a la obra. Zavala recordaba, echándolo de menos, el acierto con el que Iglesia se había desenvuelto en el "Hombre Colón", publicado en *Revista de Occidente* en 1930.

Como profesor de El Colegio de México en 1943, Iglesia siguió trabajando en serio. Que se adentraba en la historia del México novohispano lo muestran trabajos como "La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora", conferencia dictada el 14 de octubre para la Sociedad Mexicana de Historia (asociación en la que participaban estudiantes y profesores de diversas instituciones y en la que se presentaron excelentes trabajos) y que luego recogió en su último libro, *El hombre Colón y otros ensayos*, aparecido en 1944, año en el que se disponía a abandonar el país. A fines de 1943 había pedido a Alfonso Reyes que le permitiera seguir en El Colegio sólo el tiempo necesario para concluir los trabajos pendientes, a lo que, consecuente como siempre, accedió Reyes. Iglesia había obtenido la beca Guggenheim y salió antes de que apareciera *El hombre Colón*, del que Reyes le comentó en carta de diciembre, cuando Iglesia estaba en Washington, que era magnífico, al tiempo que le informaba sobre los planes del Centro de Estudios Históricos, en los que había lugar para los afanes de Iglesia, volcados ahora en la obra del franciscano Jerónimo de

Mendieta. Reyes, conciliador, ofrecía la posibilidad de un curso de historiografía de la conquista espiritual de la Nueva España, para aprovechar el entusiasmo de Iglesia. Pero lo cierto es que su relación con El Colegio de México se hacía más y más distante; por carta hubo de pedírsele y él darla, constancia de estudios de varios alumnos del Centro; con poco o ningún entusiasmo escribió los comentarios que se le pidieron oportunamente sobre el plan de cursos del mismo Centro de Estudios Históricos y, en fin, todo parecía confirmar los temores de Alonso Reyes sobre la pérdida de profesores que las dificultades materiales, las rivalidades y la desadaptación iban provocando en El Colegio de México.

Iglesia regresó a México en 1945 y se reintegró a las labores de El Colegio durante el semestre marzo-agosto. En junio tuvieron lugar las mesas redondas sobre "La verdad en la Historia", bajo los auspicios de la Sociedad Mexicana de Historia en El Colegio de México; participaron Edmundo O'Gorman (principal instigador del debate), Alfonso Caso, Rafael Altamira, José Gaos y otros. Ramón Iglesia leyó su ensayo "El estado actual de los estudios históricos" (véase Matute, 1974, pp. 34-65). Iglesia había arraigado en México y había ganado el respaldo de colegas y alumnos, a quienes consideraba colegas, pero a fines de agosto salió a Washington para continuar los estudios sobre Mendieta, apoyado por la renovación de la beca Guggenheim. Dejaba, según informaba a Reyes, varios trabajos, entre los que destacaba su "Invitación al estudio de Mendieta", en *Cuadernos Americanos,* que con tan buen tino recogió Álvaro Matute en su edición de *El hombre Colón*; un conjunto de trabajos de los alumnos del curso de Historiografía de Nueva España, preparados para la imprenta; un interesante documento de la época de Revillagigedo, y textos sobre la interpretación de la historia, para integrar una *Jornada* del Centro de Estudios Sociales, que dirigía José Medina Echevarría.

No acababa de asentarse en Washington, cuando se recibió en México un telegrama de Arthur Hamilton, invitándolo como profesor visitante a la Universidad de Illinois, con 3 000 dólares de sueldo por ese semestre, a partir del

10 de octubre. Lo localizaron en Washington y aceptó, no sin muchos reparos por lo que ello significaba, principalmente por el retraso de su regreso a El Colegio de México, pospuesto para 1947. Seguía, como se ve en su correspondencia, pendiente de los amigos de la emigración y de los alumnos de El Colegio. No desconocía compromisos y trabajaba para cumplirlos, pero lo cierto es que no dejaba de aceptar nuevos, engolosinado por la actividad intelectual. Y estaba consciente de ello, lo lamentaba en cartas en las que se hacía planes para cumplir con lo que se iba echando a cuestas y sopesando obstáculos. Lo cierto es que, por apurado que anduviera, no dejó de referirse con gusto a esa experiencia intelectual. He aquí una muestra, parte de una carta a Alfonso Reyes, del 3 de diciembre de 1945, en la que expuso un apretado, por no decir angustioso, plan de trabajo:

> Hablando de cosas más gratas, dígales a Medina y a Herrero —si es que sigue yendo este último por ahí— que he conocido, por fin, al profesor Znaniecky, el sociólogo, que me hizo unos elogios fantásticos de la traducción que Herrero había hecho de sus cosas —conoce el español bastante bien, lo aprendió para leer el Quijote—. Me dijo que nunca había visto una traducción tan buena y que en ocasiones mejoraba el original, pues había adoptado algunos términos técnicos del traductor, que mejoraban los suyos. También me dijo que había leído el libro de Medina sobre los problemas de la paz y que lo encontraba muy bueno, muy claro y completo. Que debía traducirse al inglés.

La suerte de Iglesia se definió en 1946. Fue invitado como *associate professor*, con sueldo de 6 000 dólares anuales, a la Universidad de Wisconsin, para llenar el lugar que Arturo Solalinde había dejado al morir; pedía consejo a Alfonso Reyes, luego de pasar un tiempo en Wisconsin (de hecho, la carta del 3 de diciembre de 1945 fue escrita en papel de la Universidad de Wisconsin). Es la carta del 17 de abril de 1946 que citamos al comenzar esta charla, en la que declarando sus preferencias y afectos por México, señala que hay que pensar con la cabeza y ver las conve-

niencias para la salud y para la economía, sobre todo en la circunstancia en la que había que ayudar a los parientes en España.

Reyes contestó pronto, el 22 de abril, con franqueza. Lo de pensar con la cabeza estaba bien; el año entrante, 1947, sería para México año de crisis, en su sentido literal de nueva prueba, pues habría cambio en el gobierno y temía que los apuros económicos de El Colegio empeoraran, por lo que no dudaba en recomendar la aceptación de oferta hecha por la Universidad de Wisconsin. Así convenía a la salud de Marina y a los intereses familiares. Las puertas de El Colegio seguirían abiertas para cuando decidiera regresar.

El vínculo con El Colegio no se interrumpió, pero se fue haciendo en cartas que marcaban la lejanía. Una afectuosa a Rubín de la Borbolla, secretario de El Colegio, fechada el 20 de septiembre de 1946, a la que acompañaba un largo informe curricular, escrito de memoria y a vuela máquina para responder a una circular de El Colegio de México; otras a Alfonso Reyes, sobre cuestiones de trabajos realizados en España y que podían terminarse y aprovecharse si se lograba sortear a los militares y eclesiásticos que había ocupado el centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Madrid. Esto era en noviembre de 1946. En febrero de 1947 escribió diciendo que no podría moverse sino hasta el verano de 1948; mientras tanto apuraría el trabajo pendiente por carta, para editar los escritos que había en El Colegio de México.

Ese verano no llegó, el 5 de mayo de 1948, poco antes de cumplir los 43 años de edad —siempre me pareció mayor, nació en Santiago de Compostela el 3 de julio de 1905—, halló la muerte cuando cayó de un alto piso en la ciudad de Madison, Wisconsin.

Nuestro expediente se cierra con una carta breve, en la que se dispone una ceremonia de homenaje a Ramón Iglesia, otra en la que se remiten raquíticas regalías a su esposa por un artículo de él publicado en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, otra manuscrita de Manuel Rivera Regalado, dibujante aficionado a la investigación histórica, solicitando a Ramón Iglesia su colaboración en ciertos estu-

dios sobre la época 1776-1820, con el fin de ilustrar la vida de los californios. Manuel Rivera había nacido en 1886 en México, llevaba muchos años en California y había trabajado en archivos de Estados Unidos, de México, España y Portugal. No se había enterado de la muerte de Iglesia, escribía en diciembre de 1951. Luis Santullano le contestó informándole: "nuestro amigo falleció en los Estados Unidos hace más de un año".

—Tenía más de dos años y medio de muerto.

BIBLIOGRAFÍA

IGLESIA, Ramón

1994 *El hombre Colón y otros ensayos.* Reimpresión de la segunda edición. Introducción de Álvaro Matute. México: Fondo de Cultura Económica.

MATUTE, Álvaro (comp.)

1974 *Teoría de la historia en México (1940-1973).* México: Secretaría de Educación Pública, «SepSetentas, 126».

1992 "Ramón Iglesia: el factor humano y la crítica", en *Historiografía española y norteamericana sobre México (Coloquio de análisis historiográfico).* Introducción, edición e índice por Álvaro Matute. México: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 99-104.

REYES, Alfonso

1990 "Berkeleyana", en *Obras Completas de Alfonso Reyes.* México: Fondo de Cultura Económica, vol. XXIV, pp. 95-116.

SIMPSON, Lesley B.

1945 *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador.* Con una consideración sobre el estado actual de los estudios históricos, por Ramón Iglesia. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Sociales. «Jornadas, 51».

DE ENCUENTROS Y DESENCUENTROS: LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN ESTADOS UNIDOS. ENSAYO DE UNA VISIÓN FORASTERA[1]

Mauricio TENORIO TRILLO
The University of Texas

DURANTE EL PRIMER ENCUENTRO de historiadores mexicanos y estadounidenses (1949), Stow Persons sostuvo la existencia de una "American [U.S.] Civilization". Edmundo O'Gorman —invoquémoslo joven y con su impecable inglés británico— contestó: "Whether or not we can speak of a typical Mexican culture, is a problem much debated in México". No sabemos, le aclaraba don Edmundo, si somos europeos, americanos o mexicanos: "perhaps our true being lies in this very doubt". Pero sostener la existencia de una "American [U.S.] Civilization", creía don Edmundo, era "a form of retrocession or the most subtle disguise of nationalism".[2] Así, O'Gorman ponía en evidencia la falta de comunicación entre las historiografías de Estados Unidos y de México, y afirmaba que una de las principales causas era la mutua incomprensión nacionalista.

Es estos párrafos, por tratar los pormenores de esta falta de comunicación, adelanto una interpretación de las

[1] Este artículo es parte de un trabajo más amplio que revisa varios aspectos de la historia de la historia, y de la vida intelectual, de Estados Unidos. Agradezco los comentarios, en varios episodios de mi ensayo, de William Tobin, Carl Degler, Apen Ruiz, Josefina Vázquez, Charles Hale y, en especial, Fredrick P. Bowser, con quien ya no podré contar más; que éste y otros trabajos guarden su huella.

[2] Comentarios de Edmundo O'Gorman a la ponencia de S. Persons, véase *Proceedings*, 1950, pp. 206-207.

sutilezas nacionalistas de la escritura de la historia de Estados Unidos. El otro nacionalismo en la otra historia, la de México, hará las veces de telón de fondo ineludible, sin ser examinado en detalle.[3] Por tanto, este ensayo discurre en dos sectores de análisis: el primero, es específico y trata la historia de los encuentros y desencuentros institucionales entre la historiografía de Estados Unidos (que no de la estadounidense de México) y la de México. El segundo, es más general y especulativo y propone una interpretación de la escritura de la historia de Estados Unidos; tarea en la cual, propongo, han encontrado una durable interacción tres quehaceres con sus preocupaciones específicas: ciencia (historiador científico, objetividad), elocuencia (intelectual, el *ethnos* nacional) y conciencia (ciudadano, Estado). Esta durable interacción es la nación: Estados Unidos; su existencia, historiográfica e ideológicamente, ha dependido de los choques y coincidencias de estos tres quehaceres. Así, ya explicaré, se escribe la historia (el pasado) no sólo para crear, o para defender, a la nación, Estados Unidos, sino como una concurrencia de quehaceres en un tiempo nacional eterno para el cual pasado, presente y futuro coinciden irremediablemente.

Con todo, y como lo hubiera querido don Edmundo, este trabajo pretende despertar el interés por el estudio de la historia de Estados Unidos en nuestras latitudes; si no lo consigue con sus reflexiones, a veces muy personales, lo conseguirá tal vez con sus referencias bibliográficas.

¿Estudiar a Estados Unidos?

El 12 de diciembre de 1894, en Guadalajara, Henry Adams escribía su discurso inaugural como presidente de la American Historical Association. Lo tituló "The Tendency of History": una invitación a la cientifización darwiniana de la historia, aunque también una melancólica advertencia de

[3] Sobre la escritura de la historia en México y sus imperativos nacionalistas, véanse Knight, 1985 y 1987; Hale, 1989, y González, 1988.

los efectos indeseados e irreversibles de la historia científica. Como historiador, Adams creía que la profesionalización de su disciplina era inminente; como viajero, encontraba petrificada a la historia en México: "a fragment of the later Roman empire meticulously preserved as it must have existed thousand years ago"; un lugar menos exótico de lo esperado ("every Chicago clerk has been here"), un encuentro de lo primitivo con lo hipermoderno: "[Mexico] is another money-making, like the U.S. or England or Italy".[4] Desde entonces, Estados Unidos y México tienen destinos compartidos, intereses que se juntan, historias que no se hablan.

Poco más de 50 años después, Edmundo O'Gorman vio con preocupación estas historiografías que no se hablan. Así, al final del primer encuentro de historiadores de Estados Unidos y México, O'Gorman propuso el diálogo de una a otra tradición historiográfica. No porque "entender al vecino sea amarlo", sino porque conocerse era inevitable y de consecuencias insospechadas, según creía don Edmundo, con el mismo pesimismo de Henry Adams. Inevitable por la propia profesionalización de la historia y porque, decía Daniel Cosío Villegas, los mexicanos están obligados a estudiar a Estados Unidos por su importancia en el mundo y porque comparten una historia común.[5] Con todo, afirmaba O'Gorman, mucho conocerse no es amarse: "I should like to imply the act of faith that, understanding our neighbor, we must love him despite that understanding".[6] Unas historias "científicas", para Adams y O'Gorman, llevarían a un mayor conocimiento, no necesariamente al entendimiento. Como sugiriera en los años treinta el historiador estadounidense Charles Beard, O'Gorman consideraba que al final de todo conocimiento histórico hay un

[4] Henry ADAMS, "The Tendency of History", diciembre 12, 1894, discurso recopilado en *The Degradation of the Democratic Dogma*, editado con introducción de Brooks Adams. Los comentarios sobre México y Guadalajara se encuentran en las cartas de H. Adams a Elizabeth Cameron. Véase ADAMS, 1938, pp. 58-65 y 1988, pp. 236 y ss.

[5] COSÍO VILLEGAS, 1968, pp. 16-17.

[6] *Proceedings*, 1950, p. 329.

acto de fe: conocerse para reconocerse diferentes e imperfectos y aun así tolerarse.[7]

En México se han llevado a cabo varios esfuerzos para lograr este encuentro de las tradiciones historiográficas de México y Estados Unidos. Sin embargo, el estudio de la historia de Estados Unidos en México no ha tenido el éxito esperado, más allá, por supuesto, del interés natural por las relaciones contemporáneas entre ambos países.[8] Una vitrina a los bemoles de esta incomunicación historiográfica es la historia de los encuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses, los cuales hoy son conocidos como masivos congresos de mexicanistas de Estados Unidos, México e incluso —por decreto de los tiempos— de Canadá. La historia de estos encuentros es especialmente emblemática porque muestra los problemas institucionales, intelectuales e incluso filosóficos que han existido para que dos tradiciones historiográficas tan distintas se puedan hablar. En estos congresos entraron en juego los quehaceres del historiador, del intelectual y del ciudadano.

En sus orígenes, los encuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses deben mucho a la labor de Lewis Hanke, Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Merle E. Curti, Samuel Eliot Morison y Frank Tannenbaum, entre otros. Estos encuentros no pretendían el desarrollo de análisis y enfoques comparativos a la manera como más tarde propusiera Louis Hartz, o al estilo de los estudios comparativos que se pusieron de moda en los años setenta en Estados Unidos.[9] Por el contrario, se trataba de establecer un

[7] Véase BEARD, 1934.

[8] A este respecto, véase Carlos Rico, "Estudios Norteamericanos en México" Comisión Binacional México-Estados Unidos, octubre, 1987 (manuscrito). VÁZQUEZ, 1968 y 1985. Juan Ortega y Medina fue un importante historiador de la Norteamérica puritana. Desgraciadamente, su trabajo es casi desconocido entre historiadores de Estados Unidos. Gracias al impulso de Ortega y Medina, así como a la labor de Josefina Vázquez, en los años sesenta se abrió un centro de estudios de Estados Unidos en la Universidad Nacional Autónoma de México. Hacia 1970, el centro desapareció víctima de cambios administrativos y recortes presupuestarios, ORTEGA Y MEDINA, 1968.

[9] HARTZ, 1964 y VANN WOODWARD, 1968.

diálogo entre dos tradiciones historiográficas, y no una mera cacería estadounidense en el extranjero de las preocupaciones historiográficas similares a las suyas, o de fenómenos históricos paralelos (no historia comparada, sino historia estadounidense expandida).

El Primer Congreso de Historiadores de México y Estados Unidos tuvo lugar en 1949 en Monterrey. Desde 1947, Lewis Hanke y Silvio Zavala iniciaron los preparativos. Sospecho que la atmósfera de internacionalismo que prevalecía en la inmediata posguerra —que Zavala y Hanke conocieron de primera mano en Europa y Estados Unidos— tuvo algo que ver en este afán de lograr encuentros de historiografías.[10] Varios académicos e intelectuales estaban involucrados en este esfuerzo de posguerra: Robert Redfield y Richard McKeon de la Universidad de Chicago, Silvio Zavala, Jaime Torres Bodet y Edmundo O'Gorman en México. Todos participaban en ese espíritu que llevó incluso a concebir la idea de escribir una nueva historia universal tolerante y una ciudadanía universal.[11] Los encuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses, acaso, cumplían igual función, como sucedió en 1935 con el Carnegie Endowment for International Peace que financió la reescritura de la historia de las relaciones entre Canadá y Estados Unidos como un ejemplo de convivencia pacífica sustentada en la interdependencia económica.[12]

[10] Al respecto, véanse las remembranzas de Silvio Zavala en las *Egohistorias* recolectadas por Jean Meyer. MEYER, 1993. Véanse también las explicaciones sobre el origen de los congresos en la advertencia a las memorias del primer encuentro: *Proceedings*, 1950, pp. 7-9; ZAVALA, 1949; BUTLER, 1949, y HANKE, 1989.

[11] Los archivos personales de Richard McKeon y Robert Redfield en el Department of Special Collection de la biblioteca de la Universidad de Chicago contienen abundante información sobre los esfuerzos intelectuales internacionalistas ligados al establecimiento de la UNESCO. La correspondencia de la UNESCO en París incluye también una abundante información de los académicos relacionados con este esfuerzo de posguerra.

[12] Véase BERGER, 1986. Edmundo O'Gorman de hecho fue becado por el Carnegie Endowment for International Peace. Sobre la influencia de la Carnegie Foundation en estos esfuerzos, véase LEGEMANN, 1989, pp. 19-22.

Por supuesto, desde los años veinte Herbert H. Bolton, en la Universidad de California en Berkeley, había sostenido la existencia de una historia común a todas las Américas, la épica de la *greater America.*[13] Pero desde sus orígenes los encuentros de historiadores de México y Estados Unidos no comulgaban con esta escuela. De hecho, miembros fundadores de los encuentros, como O'Gorman y Hanke eran agudos críticos de las tesis de Bolton. Después de un intento de juventud de estudiar bajo la tutela de Bolton, Hanke no sólo se decepcionó de la idea de una *greater America,* sino de Bolton mismo.[14] Por su parte, don Edmundo consideraba que la tesis boltoniana era similar al etnocentrismo hegeliano que hacía de un accidente geohistórico, un concepto filosófico insostenible. "En nombre de todo lo que es sentido común, que nadie trate de hacer una gran victoria tan sólo porque una carretera recorre el continente de polo a polo".[15]

El encuentro de 1949 no intentó armonizar con la idea de la *greater America,* sino unir dos tradiciones historiográficas diferentes. A este encuentro asistieron historiadores estadounidenses que hoy pueden ser considerados latinoamericanistas (como Lewis Hanke), pero también distinguidos historiadores dedicados al estudio de Estados Unidos: John Higham, Stow Persons, Merle Curti, Samuel Eliot Morison y Paul Gates. En este congreso se celebraron atractivas conferencias que enfrentaban, al alimón, dos tradiciones filosóficas distintas. Fue el caso de las conferencias de John Higham ("The Study of Intellectual History of the U.S. since Parrington")[16] y de Leopoldo Zea ("La historia intelectual en Hispanoamérica").

El segundo encuentro de historiadores mexicanos y estadounidenses se celebró en 1958 en Austin, Texas. Su tema fue *the frontier thesis,* entonces en boga en la historiografía de Estados Unidos. El variopinto carácter del primer encuen-

[13] Véase BOLTON, 1933, p. 12.

[14] Véanse los recuerdos de Hanke, en HANKE, 1980.

[15] O'GORMAN, 1941, p. 12.

[16] Reeditada más tarde en HIGHAM, 1970, pp. 41-72. Higham hacía referencia al influyente estudio de PARRINGTON, 1930.

tro —en el que, como Cosío Villegas resumió, hubo mucha dispersión— cambió por una tesis central que, aunque tenía pasaporte estadounidense, adquiría fácil ciudadanía en la historiografía mexicana. Para 1958 se había vuelto industria académica lo que había sido un simple ensayo presentado en la Exposición Universal de Chicago en 1893 por Frederick J. Turner, un historiador casi provinciano que nunca pudo terminar lo que sería su obra maestra.[17] Turner había dado por terminada la conquista de la frontera del oeste, y había mostrado cómo ésta marcó la historia y el "carácter" de la nación estadounidense. Siguiendo estas líneas, algunos de los temas del segundo encuentro fueron: "The Medieval Iberian Frontier", "The Frontier and Ranching in the United States and México" y "The Great Frontier Concept". Los artículos presentados por los historiadores estadounidenses trataban los temas relevantes para la historiografía de Estados Unidos de los años cincuenta (Ray Allen Barrington, "The Frontier in American Thought and Character"; William R. Hogan, "Fallacies in the Turner Thesis", y Arthur R.M. Lowe, "Professor Webb and The Great Frontier Thesis"). Además de profesores estadounidenses y mexicanos, asistieron también algunos europeos (Sánchez Albornoz, François Chevalier) e incluso un historiador brasileño (José Honorio Rodríguez).[18]

En el segundo encuentro se celebraron también interesantes conferencias al alimón, como la de Luis Villoro, "The Historian's Task: The Mexican Perspective", con la de Arthur P. Withaker, "The Historian Task: A United States Historial View". En estas ponencias, se repetía la común dicotomía entre anglosajones mecánicos, empíricos y materialistas contra latinos espirituales, filosóficos y artísticos. Los estadounidenses no sospechaban la revolución epistemológica que las enseñanzas de José Gaos y del exilio español habían provocado en la historiografía mexicana: veían los filosofismos mexicanos como simple falta de

[17] Para una interesante revisión de la importancia filosófica y cultural de Turner en la historiografía de Estados Unidos, ver McClay, 1995, pp. 107-120; Noble, 1985 y Breisach, 1993, cap. 3.

[18] Véase Archibald, 1963.

profesionalismo, mero atraso en la escritura de la historia. Por su parte, los mexicanos (Luis Villoro) sin empacho recomendaban a los historiadores de Estados Unidos que consideraran más seriamente "el problema del objeto-método de su ciencia". Lo cual también mostraba el desconocimiento mexicano del debate filosófico-historiográfico de Estados Unidos; una discusión que, explico más adelante, se remontaba a acalorados debates de los años treinta sobre las nociones de objetividad, método y sentido de la historia nacional. De cualquier forma, estas conferencias al alimón eran una forma sofisticada y enriquecedora de que los estereotipos se vieran a los ojos. Faltaba el paso siguiente: reconocerse diferente al conocer al otro. Pero ese paso no se dio, porque los encuentros de tradiciones historiográficas fueron víctimas de lo que estaba detrás de ellos: la institucionalización y especialización de la historia en ambos países. Venció el quehacer del historiador académico.

El tercer encuentro rompió con el espíritu de los dos anteriores. Se realizó en 1968, con el crecimiento inusitado de la academia en Estados Unidos, con la posrevolución cubana, con un México política y académicamente más parecido al de 1900 que al de 1990. Usaré este tercer encuentro para ejemplificar los problemas de un diálogo historiográfico internacional. La manera en que los encuentros se volvieron conferencias de mexicanistas hace patente las presiones institucionales en ambos lados, así como los problemas metodológicos y políticos para abrir el diálogo. Del lado mexicano, este encuentro hizo ver las dificultades de superar una historiografía centrada —a pesar de los esfuerzos de intelectuales como Daniel Cosío Villegas— en una atmósfera nacionalista-autoritaria. En este ámbito, la historia como proyecto intelectual no estaba nada más politizada, sino que era considerada la oficina política encargada de forjar la patria revolucionaria. Del lado estadounidense, dos factores se juntaron: el *baby boom* de la academia estadounidense y la fascinación por los estudios sobre América Latina (incluido México) en la era de la guerra fría que siguió a la revolución cubana. Para el historiador, creció el número de mexicanistas y la necesidad de consolidar

su espacio dentro de la hiperespecializada academia de Estados Unidos. Pero el ciudadano estaba muy sensibilizado por las guerras de Vietnam y las protestas por los derechos civiles. Irónicamente, la consolidación de un nicho académico se llevó a cabo al mismo tiempo que se buscaban tanto influencia y fuentes de financiamiento como redefinir lo que Sacvan Bercovitch ha llamado el "principio de *oppositionalism*" de Estados Unidos.[19]

Stanley Ross y Howard Cline se encargaron de la organización del tercer encuentro; en México, Daniel Cosío Villegas. Los mexicanos escogieron el nuevo centro vacacional de Oaxtepec como sede. Lewis Hanke nuevamente empezó a participar en los preparativos. En febrero de 1968, Ross escribió a Cline que el equipo mexicano favorecía un encuentro centrado en visiones mutuas entre México y Estados Unidos, incluyendo sesiones como "mi historiador norteamericano favorito" (O'Gorman sobre Samuel Eliot Morison) y viceversa.[20] Aparentemente, la propuesta original mexicana se centraba más en México que la de los dos congresos anteriores, sin ser un rompimiento con el espíritu de los encuentros. Cline y Ross, sin embargo, se inclinaron por dejar fuera a la historia de Estados Unidos. Lewis Hanke se opuso a este giro, asumiendo que eran los mexicanos quienes estaban traicionando el espíritu inicial de los congresos. Hanke escribió a Ross:

> [...] our Mexican colleges think of this as a session on Mexican history exclusively. This was not true of the previous meetings. Zavala insisted that other Latin American historians such as Basave and Picón Salas participate [...] as well as U.S. historians who were not Latin Americanists [...] It would seem to me most unfortunate if we should turn these sessions into meetings on México alone [...][21]

[19] Bercovitch, 1995, p. 16.

[20] Carta Ross-Cline, RPBUTA, 15 de febrero de 1968. Lo que sigue también está basado en conversaciones informales con participantes en el tercer encuentro: Josefina Z. Vázquez, Charles Hale y Richard Graham. Agradezco sus recuerdos.

[21] Carta Hanke-Ross, RPBUTA, 18 de bril de 1968.

Para Hanke, la cuestión era elemental: "why shouldn't topics in U.S. history included?". Para Ross no era deseable ni necesario seguir el precedente de los congresos anteriores. Si bien el comité mexicano no recibió con malos ojos la propuesta de mexicanizar el encuentro, Ross no pareció interesado en aclarar que no fue Cosío Villegas el principal promotor de la mexicanización de los congresos, sino él mismo y Cline. De cualquier forma, es evidente que la versión internacionalista de Hanke entra en conflicto con la versión centrada en México, no de Cosío Villegas (quien en el debate parece estar en el centro), sino de los mexicanistas estadounidenses.[22] Las tensiones debieron haber sido duras, porque en septiembre de 1968 Hanke renunció a participar en el comité organizador del tercer encuentro. Una gran pérdida moral y política para el congreso. Hanke, de manera confidencial, explicó a Ross su desaprobación de la manera "unilateral" con que el tercer encuentro se había preparado: "with no opportunity for our committee to present its thoughts in the early stages". Aunque al parecer Hanke consideró que sus razones no podían ser ventiladas ante el comité mexicano sin causar malentendidos, le confió a Ross su profundo desacuerdo: "The program planned by the Mexican committee on Mexican history alone is a great mistake, I fear. Will the fourth meeting in the U.S. be devoted only to American History? I hope not". Para Hanke no había duda de que la organización del congreso "olía" a "nacionalismo cultural mexicano", por ello "if the Mexicans want to have such a meeting, they could and should organize it themselves".[23]

Un conflicto relacionado puede ser el que al parecer tuvo las mismas causas entre Cosío Villegas y Robert E. Quirk, entonces editor de *The Hispanic American Historical Review.* A raíz de este conflicto, Cosío Villegas renunció al comité mexicano (aunque luego se incorporó nuevamente) y nom-

[22] Véase la explicación de Ross sobre el papel de Cosío Villegas en la organización de los encuentros de historiadores, en S. Ross, 1970, pp. 865-867.

[23] Carta Hanke-Ross, RPBUTA, 18 de septiembre de 1968.

bró a Luis Villoro como director. Confidencialmente don Daniel informó a Ross sus razones, pero éste parece haber destruido esa carta. Lo que sabemos es que Quirk renunció arguyendo que compartía las preocupaciones de Hanke aunque creyó que expresar sus diferencias le llevaría a más problemas y aumentaría sus ya de por sí "pobres relaciones" con el comité mexicano.[24] Ross intentó mediar y pidió a Cosío Villegas que reconsiderara su posición en virtud de que, debido a sus ocupaciones, Quirk no participaría (y esto antes de que éste renuncie definitivamente).[25]

Mucho de esto pudo haber sido causado por rencillas personales. Sin embargo, lo que estos debates revelan es, por una parte, el interés de los mexicanistas estadounidenses por consolidar su gremio; por otra, las tensiones historiográficas causadas por los mutuos nacionalismos. Prueba del primer aspecto es la manera en que Ross organizó el encuentro y convocó a un gran número de jóvenes estadounidenses mexicanistas y latinoamericanistas. Y, podemos afirmar *a posteriori*, esfuerzos como los de Ross fueron exitosos: hoy México es un espacio obligado del hiperespecializado ambiente universitario de Estados Unidos. De las susceptibilidades nacionalistas despertadas en los intentos de diálogos historiográficos no es prueba la que Hanke arguyó ("nacionalismo cultural mexicano"), sino la facilidad con que el comité mexicano cede ante las propuestas de Ross y Cline. Seguramente no costó mucho convencer al comité mexicano —que en parte apoyaba la mexicanización de los encuentros— de llevar una agenda internacional mexicanista. Las denuncias de Hanke no tomaban en cuenta las contradicciones internas del nacionalismo en el México de los sesenta. Entonces, un supuesto "nacionalismo cultural mexicano" no podía ser tan fácilmente articulado por los historiadores, como lo muestran los avatares de ese tercer encuentro de historiadores.

Los hechos ocurridos en 1968 obligaron a los historiadores mexicanos y estadounidenses a tomar posiciones

[24] Carta Quirk-Ross, RPBUTA, 30 de septiembre de 1968.
[25] Carta Ross-Cosío Villegas, RPBUTA, 10 de septiembre de 1968.

ante el autoritarismo del Estado mexicano. Tengo la impresión de que el oficio de medias tintas, tan propio de los intelectuales mexicanos y de los mexicanistas estadounidenses de este fin de siglo, se volvió impracticable en esos años. Cosío Villegas, a quien nunca le faltó valentía, se lanzó a la defensa pública de las instituciones académicas, y su poder de convocatoria en Estados Unidos molestó al gobierno mexicano. Varios académicos estadounidenses preparaban la defensa pública (en Estados Unidos y México) de sus colegas mexicanos (Stanley Stein). En el contexto de 1968 y de los preparativos del tercer encuentro, algunos profesores mexicanos exploraban las posibilidades del exilio en Estados Unidos. A fines de octubre de 1968 Cosío Villegas pidió a Ross que "le prepare un colchón" en Austin debido al agravamiento de la situación en México.[26]

Es más, lo mejor de la xenofobia y del nacionalismo oficial salieron a relucir alrededor del encuentro; huellas de ello fueron las amenazas a quienes trataban de obtener apoyo internacional, expulsión de historiadores "extranjeros", y un célebre debate sobre el libro de texto.[27]

Durante el congreso, Josefina Vázquez, quien por entonces terminaba su estudio sobre nacionalismo y educación en el México decimonónico,[28] "osó" criticar el libro de texto gratuito por su tedioso estilo. Esto fue suficiente para causar una reacción oficial desmedida, llena de xenofobia y del nacionalismo oficial. Martín Luis Guzmán arremetió contra los extranjeros participantes en el encuentro por haberse metido en asuntos internos, y tildó a los ponentes de "turistas de la historia".[29] La reacción del gobierno lle-

[26] Cosío Villegas-Ross, RPBUTA, 21 de octubre de 1968.

[27] Jean Meyer no participó en el congreso: fue expulsado del país por un leve comentario (en la revista *Esprit*) sobre la negativa presidencial al diálogo, véase MEYER, 1969.

[28] VÁZQUEZ, 1970.

[29] La prensa oficial se lanzó contra los historiadores, repitiendo lo de "historiadores turistas". Véase la revista *República*, órgano oficial del PRI, donde el diputado Manuel del Río González escribió el artículo "Oaxtepec y los historiadores turistas", lleno de xenofobia y del más puro nacionalismo oficial, RÍO, 1969.

gó, incluso, a la suspensión súbita de una recepción oficial en el castillo de Chapultepec. Lo explica don Daniel:

> [los invitados] fueron atajados a la entrada por un soldado armado, con una ametralladora que les dijo que "nada iba a haber ahí" por falta de luz eléctrica, y esto a pesar de que el primer grupo vio con sus propios ojos que el Castillo estaba iluminado con una luz semejante a la solar de un mediodía.[30]

La situación era tan grave que don Daniel tuvo que reiterar que en realidad ningún extranjero había expresado opinión alguna sobre los libros de texto, que no se habían criticado y que todos los historiadores los aprobaban.

Este tercer encuentro de historiadores puso de triste manifiesto los bordes nacionalistas, y autoritarios, a que se sometía la escritura de la historia en México. Sin embargo, al mismo tiempo crecía la escritura profesionalizada a través de una nueva generación de historiadores que estaba realizando estudios importantes.[31] Era evidente que, por una parte, los historiadores mexicanos se "preocupaban y ocupaban" aún de forjar patria en condiciones no muy favorables para la discusión historiográfica abierta. Por otra, los prejuicios nacionalistas afloraban ante los ojos de mexicanistas extranjeros que intentaban llevar la historiografía mexicana por derroteros más profesionales, haciendo de México su nicho dentro de la especializada vida académica de Estados Unidos. Así los encuentros y desencuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses se transformaron en "encuentros" de historiadores mexicanos y estadounidenses dedicados a la historia mexicana. Se fue configurando una sutil jerarquía de subdisciplinas en los departamentos de historia de las universidades de Esta-

[30] Carta de Daniel Cosío Villegas a Agustín Yáñez, secretario de Educación, publicada en *Excelsior* (9 nov. 1969). Agradezco al profesor Charles Hale por haberme proporcionado esta carta.

[31] Véase la autoconciencia de esta generación en el suplemento de la revista *Siempre!*, *México en la cultura*, dedicado a la nueva historia (4 jun. 1969) (artículos de Enrique Florescano, Luis González y Alejandra Moreno Toscano, entre otros).

dos Unidos: en la cima, la historia estadounidense, luego la europea, por último el resto. El diálogo entre iguales se hizo imposible.[32]

Por ello, si por escuelas historiográficas se entienden distintas maneras filosóficas, metodológicas y míticas de cortejar a Clío, no hay mucho que contar entre México y Estados Unidos. Al referirnos a los impactos entre estas dos historiografías no podemos utilizar el tono profundo que asumimos al citar las influencias en México de *les annales*, o de la *nouvelle histoire* o de Braudel. Lo cierto es que en México ha existido un desconocimiento descomunal tanto de los debates filosóficos y metodológicos que en Estados Unidos se dan alrededor de la historia, como de la historia de Estados Unidos en sí misma. Se conocen, por supuesto, los trabajos de historiadores estadounidenses sobre México. Los esfuerzos de Daniel Cosío Villegas —quien desde un principio se propuso institucionalizar los estudios de Estados Unidos en México— no han tenido el eco que merecen.[33] Lo mejor de las historias política, social, económica y cultural de Estados Unidos es poco accesible en México. Es reducido el número de traducciones mexicanas, aunque hay algunas españolas y argentinas. En cuanto a libros de texto sobre historia de Estados Unidos, existen pocos en español y los que hay generalmente son obsoletos.

Tampoco puede asumirse que los mexicanistas estadounidenses traen agua a su molino de los debates teóricos y de las amplias corrientes historiográficas de Estados Unidos. La vida universitaria en Estados Unidos semeja a la casa de un cuento de Julio Cortázar donde poco a poco se van ghettizando y cancelando habitaciones. La hiperespecialización y ghettización de los distintos campos no favorece el diálo-

[32] Para un análisis de la transformación de estos encuentros en congresos de mexicanistas, véase S. Ross, 1970. Para un análisis "chomskiano" de las luchas político-académicas dentro de los recientes encuentros de historiadores mexicanistas, véase Wells, 1991.

[33] "Desde mi primer viaje a Nueva York, me propuse entender a Estados Unidos en sí mismo, sin referencias o comparaciones con México, porque entonces, como todo ser gigantesco o descomunal, Estados Unidos resultaba ininteligible", Cosío Villegas, 1976.

go. Generalmente, los debates teóricos y metodológicos llegan tarde, si llegan, al campo de los mexicanistas.

La enorme ignorancia acerca de Estados Unidos contrasta sorprendentemente con la importante influencia que la cultura y la producción académica estadounidenses tienen en el ambiente cultural y en el análisis político-social mexicano. En efecto, la acrítica devoción por el conocimiento que viene del norte, desentona con el desconocimiento de la historia de Estados Unidos, y de cómo se escribe.

ENTRE TRES QUEHACERES: EL OFICIO DE HISTORIADOR EN ESTADOS UNIDOS

A ojo de águila, la práctica histórica en Estados Unidos más que una línea progresiva del amateurismo a la profesionalización, de conflictos políticos a consensos científicos, semeja una red de quiebres paradigmáticos tejida gracias a un aparentemente irrefrenable proceso de especialización, desintelectualización e institucionalización de la escritura de la historia. Por ello, en las últimas décadas la hiperespecialización, las divisiones y distribuciones del trabajo académico, la fragmentación en disciplinas y subdisciplinas..., todas características de la historia académica moderna, producen la impresión de una tarea de hormigas trabajando sin guía. Podría argumentarse que la pluralidad y la fragmentación —en temas, enfoques teóricos, énfasis y motivaciones— son consecuencias "naturales" e intencionadas de la historia académica profesional. Después de todo, la ciencia en el siglo XX creció con la suposición de que el conocimiento, y en especial el histórico, constituía un proceso acumulativo de largo plazo.[34] La suma de todas las pequeñas porciones de historia podría proporcionarnos, casualmente, "la" Historia. Así, hoy puede sostenerse que la historiografía estadounidense ha alcanzado

[34] En relación con la noción de historia como un proceso acumulativo, véanse O'GORMAN, 1947; NOVICK, 1988, caps. 1 y 2; GILLESPIE, 1984, pp. 1-23; MINK, 1987, y BERKHOFER, 1996.

los atributos que caracterizan a la escritura moderna de la historia: es diversificada, hiperespecializada, heterogénea y científica, e incluye ya una suerte de juramento weberiano (estar consciente de los peligros de la ideología y los prejuicios personales).[35]

En realidad, la diversificación e institucionalización especializada es tan sólo una cara de la escritura de la historia en Estados Unidos. Es el rostro del oficio de la ciencia, de la búsqueda universal de un formato científico para el pasado de la nación. En una nación que "nació moderna" y cuya industrialización certificó el valor y utilidad de la ciencia, este quehacer de la ciencia dura tanto como la nación misma, lo cual no quiere decir que no haya sido nunca cuestionado. Los debates filosóficos comunes a la historiografía (objetividad, búsqueda de leyes, evolución, progreso y ficción contra historia) han sido parte de la labor de la ciencia, la cual pareciera haber triunfado, no porque la escritura de la historia en Estados Unidos haya resuelto los problemas de la historia, sino porque ha consolidado un amplio espacio institucional, profesionalizado y ritualizado, en donde llevar a cabo el quehacer de la ciencia en la historia. Innumerables departamentos de historia, publicaciones, estudiantes y asociaciones, lenguaje común y ritos son las partes más visibles de este espacio. La historia (*story*) así institucionalizada se constituyó en la mejor metáfora de la culminación de una historia (*history*): la nación.

Sin embargo, este quehacer de la ciencia, aunque hoy parece triunfante, no ha acabado de desvincularse del quehacer de la elocuencia que ha estado presente en la escritura de la historia desde sus orígenes, en Estados Unidos o en el mundo. Las columnas que sostenían la idea de nación *America* —el republicanismo ilustrado, el idealismo inglés y el *Scottish common sense realism* (Rousseau, Locke, Hobbes y Stuart Mill)— se hicieron de elocuencia.[36] De hecho, la

[35] Para ejemplos de la postura tradicional, y para observar la confrontación de perspectivas opuestas acerca de esta cuestión, véase "American Historical Review Forum", en *American Historical Review*, xciv:3 (jun. 1989).

[36] Sobre estos orígenes y su uso de la retórica, véanse tres importantes y lúcidos estudios: Kloppenberg, 1986; Skinner, 1996, y Cmiel, 1990 y 1990a.

historia científica, profesional, empieza, como señaló John Higham (recientemente desaparecido), "negando toda posible pretensión literaria"; los historiadores renunciaron al oficio de la elocuencia por la ciencia, y con tal pretensión en 1895 la *American Historial Review*, órgano de la asociación de historiadores (profesionales), inició su circulación. Fue en esa época cuando lo que Dorothy Ross llama "cientificismo", se convirtió en el método casi natural de la historia estadounidense profesional.[37] El tema fundamental de esta historia profesional, de acuerdo con Higham, fue el "funcionamiento de la sociedad democrática". En realidad, el quehacer de la ciencia fue puesto al servicio del quehacer de la elocuencia: la nación de "sociedad democrática" era en sí una compleja argumentación cuya veracidad era, y es, inseparable de la elocuencia para convencer y hacerse mito unificador.[38]

Así, desde sus inicios profesionales el quehacer de la elocuencia no estuvo, no podía estar, separado del quehacer de la ciencia. Historiadores "profesionales" de la talla de Henry o Brooks Adams se dedicaron con igual ahínco a la ciencia que a la elocuencia. Por supuesto, la especialización de la disciplina en el siglo XX parece haber borrado toda sombra del quehacer de la elocuencia. De ahí el desprestigio del género ensayístico en la vida universitaria estadounidense. En realidad, el quehacer de la elocuencia no sólo se deja sentir en el tema mismo al que desde sus orígenes está dedicada la historia profesionalizada en Estados Unidos (*America* como mito democrático y libertario), sino en la capacidad de hacer de la "invención" historiográfica un "descubrimiento" público; en la capacidad de divulgar la verdad dentro y fuera de la disciplina. La elocuencia, en su forma clásica (persuasión, argumentación, debate),[39] y la ciencia han compuesto la fórmula mágica de los historiadores que han logrado revoluciones paradigmáticas en

[37] D. Ross, 1991.

[38] Véase cómo la elocuencia del mito democrático ha influido también en la cientifización de la política en Estados Unidos, en Ricci, 1984, pp. 3-25 y 71-88.

[39] Mi idea de la elocuencia se inspira mucho en Vickers, 1989.

la historia de Estados Unidos. Y a pesar del "fin de los intelectuales" en Estados Unidos, periódicamente reaparece la figura del historiador (profesional) intelectual, el cual adquiere notoriedad pública por medio de la ciencia y la elocuencia.[40] De ahí que en verdad los trabajos que han revolucionado o sentado la agenda de la escritura de la historia de Estados Unidos hayan sido o ensayos o trabajos aparentemente "monográficos" elaborados en tono ensayístico, casi de oratoria (Turner, Beard, Becker, Hartz, Miller). Lo cual no quiere decir que el quehacer de la ciencia profesional, autocontenido y autorreproducido, no continúe a paso acelerado en su delimitado espacio institucional. Pero esa labor rompe su monotonía cuando surge la elocuencia en la ciencia y de ahí se reinician nuevos ritos y cultos académicos;[41] o también cuando otro quehacer, el de la conciencia, se impone.

El quehacer de la conciencia es el propio del ciudadano en una nación que a gritos de ciencia y elocuencia clama su culto al individualismo, la participación y la aversión al Estado. El quehacer de la conciencia en la escritura de la historia, generalmente no ha sido una opción (una "toma de" conciencia), sino la imposición formada por la reactiva combinación de presente lleno de pasado y futuro mítico. Esto es, la conciencia se ha impuesto a los historiadores en la forma de circunstancias: una guerra, una depresión, un acelerado proceso de industrialización, otra guerra... Pero la conciencia no se impone por ser mero presente, contexto, del historiador, sino por ser la experiencia vivencial de un presente que al entrar en contacto con percepciones del pasado y futuro de lo que ha sido y será, o debió ser o deberá ser, produce el quehacer de la conciencia en el historiador: la necesidad de escribir la historia sobre el texto del presente, de recuperar el balance esperado entre pasado, presente y futuro.

[40] Véase JACOVY, 1987; contrástese esta visión con la noción de "académicos intelectuales", en SMITH, 1994, pp. 268-269 y SAID, 1994, pp. 65-83.

[41] Para una lúcida visión de la creación de estos ritos y cultos en la sociología estadounidense, véase TIRYAKIAN, 1986.

El quehacer de la conciencia, de hecho, a veces ha obligado a los historiadores a habérselas con el Estado que aunque no crea del todo, sí consume y distribuye una versión de la historia nacional. Pero en una historia que ha alcanzado un espacio institucional tan amplio, y en una tradición donde el Estado es visto con sospecha, la relación de los historiadores con el Estado es mucho más difusa, por decir lo menos, que, digamos, en México. Aunque el Estado, por su capacidad de financiar y censurar el espacio institucional de la historia, ha tocado a los historiadores, no se puede hablar ni de una historia "oficial" creada por el Estado, ni de una total coincidencia de los quehaceres del historiador con los del Estado. Porque en realidad los tres quehaceres (ciencia, elocuencia y conciencia) al actuar conjuntamente han creado un profundo consenso en la nación que permite tanto los encuentros como los desencuentros con el Estado sin poner en riesgo ni al Estado ni al espacio institucional de la historia.

Es esta combinación constante y dinámica entre ciencia, elocuencia y conciencia lo que ha hecho de la escritura de la historia de Estados Unidos una labor aparentemente fragmentada y conflictiva, pero profundamente unánime más allá de lo que John Higham llamó, a fines de los sesenta, "escuela del consenso" en la historiografía estadounidense. Después de la segunda guerra mundial, la historia de Estados Unidos aparecía como una *happy story*, sin conflictos fundamentales. Aunque la historiografía del consenso parezca superada, la escritura de la historia aún tiene un carácter calladamente nacionalista. Se trata de un nacionalismo que va de incógnito entre los quehaceres de la ciencia, la elocuencia y la conciencia, y entre las dos lógicas de investigación que estos quehaceres producen: por un lado, la obsesión de cambio; por otro, el ansia de permanencia.

El quehacer de la ciencia hace que la innovación y el cambio sean al mismo tiempo que las principales características de la historiografía estadounidense, su mayor obsesión; guiada por cuatro preguntas: ¿qué merece ser historia?, ¿qué debe ser subrayado?, ¿a quién incluir en la

historia? y, finalmente, ¿qué herramientas usar para "descubrir" y escribir la historia?

En la historia estadounidense, continuamente surgen nuevos temas, campos y aspectos. Lo que anteriormente no era digno de atención por parte de los historiadores, puede volverse la *raison dêtre* de un instituto de investigación de algún departamento de historia de cualquier prestigiosa universidad. El desarrollo interno de la disciplina dicta estos temas, tanto como los quehaceres de la conciencia y la elocuencia que de repente imponen su agenda sobre el desarrollo monótono de la disciplina. Existe una especie de "frontera de los temas", donde el objetivo esencial es encontrar "el" tema: el que aún no ha sido tratado a pesar de la hiperproducción historiográfica, o el que significa un punto de vista radicalmente distinto sobre algo ya estudiado.

Por otra parte, los temas históricos, nuevos o tradicionales, siempre serán retomados y revisados. La historiografía estadounidense ha mostrado una gran capacidad de revisión. Continuamente aparecen enfoques metodológicos nuevos o resucitados y varias perspectivas políticas, que unas veces derrumban interpretaciones históricas anteriores y otras conviven con ellas. Y decidir a quién incluir en la historia cada vez más se vuelve el aspecto central del progreso e innovación historiográfica en una vida universitaria que se precia de ser multicultural, plural y tolerante.

Pero es en el campo de las fuentes, y las técnicas para su análisis, en donde la historiografía estadounidense ha demostrado sus grandes cualidades innovadoras. De hecho, cualquier adelanto en la técnica de búsqueda de la evidencia es considerado un éxito en la historiografía. Historias social, cuantitativa, demográfica, de la familia, del deporte y del sexo..., todos los nuevos campos han proporcionado inéditas fuentes y novedosos métodos de análisis. La subversión misma es víctima de esta obsesión por la innovación y el progreso, como si cada nuevo reclamo al *statu quo* pudiera ser el primero, el mejor y más importante.

Más allá de la complejidad, la diversificación, la fragmentación y la multiformidad que provienen del quehacer de la ciencia, yace otra obsesión que deriva no sólo de la

ciencia, sino de una combinación específica de ciencia, elocuencia y conciencia. Ésta no es una obsesión de cambio sino de permanencia de un terreno común sobre el cual levantar las narraciones históricas.[42] En efecto, el dinamismo de la práctica histórica estadounidense se alza sobre unos cimientos que, si acaso se mueven, lo hacen a un ritmo mucho más lento. La sustancia de la *longue durée* de Estados Unidos es antes que geográfica o ecológica, mítica.

Se trata de dos distintas lógicas de evolución: por un lado, la innovación y el progreso dan la impresión de que la historiografía estadounidense se reinventa a diario; sólo los últimos trabajos cuentan. Los libros de historia se vuelven obsoletos casi tan rápidamente como los manuales de computación. Por otro, el consenso profundo cambia para no cambiar: sufre transformaciones, pero todas buscan hacerlo eternamente el mismo. Este consenso puede considerarse el núcleo casi estático de la escritura de la historia en Estados Unidos; núcleo que se nutre de los "descubrimientos" de la ciencia, los valores y premisas de la elocuencia y los conflictos de la conciencia que son inherentes al oficio de historiador en Estados Unidos.

La interacción entre ciencia, elocuencia y conciencia ha creado un producto histórico estable: la nación. Estable no porque el Estado-nación, Estados Unidos, persista físicamente, sino porque en esencia la nación ha sido no simple épica del pasado o inevitable resultado del orden de las cosas, o una "comunidad" maquiavélicamente imaginada por una élite, sino que *America* ha sido la mejor historia de final "feliz" que hasta ahora la modernidad occidental ha ideado; por ello es simultáneamente un robusto argumento científico, intelectual, estético y político. Por exagerar, digamos que la nación es tal conjunto de esperanzas universales que se asume de tal forma que no parece necesario justificarla con la ciencia, ni inventarla con la elocuencia: el nacionalismo de este país es la ciencia, y todo lo que es elo-

[42] Sobre el afán de permanencia vía la obsesión por el cambio, ver el punto de vista de D. Ross para quien "*The American love of the new turns out to carry within it the desire to recreate the old*". D. Ross, 1994.

cuente de lo moderno, democrático, libre y soberano es *American.*

Lo cual no quiere decir que no haya habido discusiones sobre la cientificidad de la historia más allá de la nación. Sin embargo, las dudas epistemológicas, aunque presentes, nunca han amenazado seriamente el centro empírico y realista de la historiografía de Estados Unidos. De hecho, la tradición anglosajona de la filosofía de la historia se caracterizó por un temprano rechazo del historicismo, y por una interpretación antipolítica del pensamiento de Ranke. A partir de entonces, la historia en Estados Unidos fue considerada una disciplina objetiva, empírica y científica. Con todo, la discusión sobre estos temas está abierta y está llevando a la búsqueda de las dudas filosóficas en la propia historia de la historia en Estados Unidos (de ahí que se redescubran las dudas de Charles Beard o Carl Becker).[43]

[43] Véase ANKERSMIT, 1986. El autor explica que lo que él denomina "Epistemological Philosophy of History" fue el punto de vista tradicional, en el mundo anglosajón. Según Ankersmit, Mandelbaum fue uno de los primeros en sintetizar esta postura epistemológica (en *The Problem of Historical Knowledge,* 1938), al rechazar el historicismo alemán y efectuar una interpretación antipolítica del pensamiento de Ranke. Novick, con un análisis más detallado y profundo de la práctica histórica estadounidense, comparte las interpretaciones básicas de Ankersmit sobre las raíces epistemológicas de la historia en Estados Unidos, aunque discrepa en lo que hace a la actitud historicista y el optimismo de Ankersmit acerca del "retorno de la narrativa". Para el presente ensayo, lo relevante es el hecho de que estos dos estudios aparezcan a fines de los años ochenta (al igual que casi todos los estudios autorreflexivos de la historia). Lo cierto es que lo que hace años John Dewey llamó "epistemology industry", ha regresado en las últimas décadas a la historiografía estadounidense. Para un acercamiento al debate en curso sobre este aspecto, véanse las reseñas y discusiones que causó el libro de Novick (un panel completo en la reunión anual, 1990, de la American Historical Association). Véanse al respecto las reseñas-ensayos en KLOPPENBERG, 1989; HASKELL, 1990, y CMIEL, 1990; la reseña de Alan Brinkley en *Time Literary Supplement* (10-16 de noviembre de 1989). Véanse también los trabajos que resultaron del encuentro de la American Historical Association en 1990, publicados en la *American Historical Review,* 96:3 (jun. 1991), pp. 675-708. Sobre las preocupaciones filosóficas en la historia de la historia en Estados Unidos, véanse HIGHAM, 1970; NOBLE, 1965 y 1985; GATELL, 1968; SMITH, 1994; JOYCE, 1985, especialmente pp. 239-271, y BREISACH, 1993.

La nación, Estados Unidos, sustenta, y es sustentada a su vez, por nociones casi míticas, como universales que pueden ser indistintamente o ciencia o elocuencia o conciencia. Mitos hechos de historia (entendida como experiencia colectiva a través del tiempo, y como memorias colectivas —tradiciones y discursos— de estas experiencias), y de utopías (en su sentido básico de promesas vivas y dinámicas), pero susceptibles tanto de ser manipulados como forma de explicación y legitimación, como de existir y funcionar sin ser notados en constante interacción con ideologías particulares.[44] Estos mitos tienen cierta visibilidad en el consenso acerca de Estados Unidos como la "primera nación nueva", arquetipo de la democracia moderna y modelo de excepcionalismo (en ambos sentidos, normativo y descriptivo), de libertad y de liberalismo; su libertad y su originalidad se basan en la fuerza de la comunidad y en la fe y el respeto por los individuos. Todo esto no es más que la acostumbrada fraseología de un edificio histórico de presupuestos surgidos de la tradición, las ideologías de varias élites históricamente definidas, las experiencias religiosas, las narraciones patrióticas, las identidades regionales hechas identidad nacional, y, ante todo, de historia escrita sometida a continuo proceso de reescritura.[45] Se trata de un balance durable de ciencia, elocuencia y conciencia que forma la narración de la democracia, libertad y oportunidad.

Lo que Thomas Paine, Michel-Guillaume de Crevocour y, sobre todo, Alexis de Tocqueville sintetizaron ha sido coloreado, redefinido, abiertamente apoyado e incluso se ha puesto en duda para algunas regiones geográficas o sectores sociales de Estados Unidos. Pero no se ha abandonado como la agenda de discusión. Hacerlo sería pensar fuera de

[44] Es muy amplia la literatura sobre la relación entre mito e ideología. Un ejemplo de la manera en que este ensayo asume esta relación se encuentra en Slotkin. Para una bibliografía sobre el estudio de mitos e ideologías, véanse las notas del trabajo de SLOTKIN, 1986, pp. 87-90.

[45] Para una explicación de las formas tradicionales de analizar la realidad histórica, y de cómo surgieron los conceptos de gran narración, gran historia y metahistoria, véase BERKHOFER, 1988, revisado y reeditado en BERKHOFER, 1996.

los límites nacionales en los que, después de todo, está organizada la historiografía académica.[46] Los historiadores de

[46] Muchos autores han señalado la existencia de esta suerte de "elixir". John Higham y H. Stuart Hughes repararon en su persistencia, aunque no muy convencidos de su profundidad. El reciente giro autorreflexivo de la historiografía y las ciencias sociales estadounidenses ha puesto más atención en la existencia e importancia de este "elixir" en busca del conocimiento científico del pasado y del presente. Véanse autores como Dorothy Ross, Mark C. Smith, Peter Novick, Ernst A. Breisach y el libro de APPLEBY, HUNT y JACOB, 1985. De hecho, a veces este "elixir" hoy sigue siendo presentado como un hecho histórico óptimo y empírico (véase Greenhalg). ROSS, 1991, llamaría a este "elixir" la permanencia de la creencia en el excepcionalismo estadounidense: "a vision of [the] unique place Americas occupied in history" (p. 26) "A connected body of interwoven ideas —indeed other dimensions, like America's mission to the world, could be plotted— and one whose scope has been difficult to specify. Fundamentally, American exceptionalism was a nationalist ideology, an idea of America in a country whose national self-conception had to be intellectually formed from the experience of gaining national independence" (p. 28). Fuera de Estados Unidos, la historiadora francesa Elise Marienstras ha señalado la prevalencia de estos mitos nacionales; para esta autora, la fuerza de la ideología nacional estadounidense puede ser explicada por el tan mentado excepcionalismo porque el nacionalismo en Estados Unidos prologó al Estado-nación, MARIENSTRAS, 1988 (p. 8): "Ne dans la modernité, le mythe national américain tire sa force du fait qu'il se veut l'aboutissement d'une reve surgi au sortir du moyen age: il comporte la création d'une république durable, l'épanouissement de l'individu-citoyen, la réalisation des aspirations á la liberté. Le signe de la république est, dans le mythe, la Rome antique. Comme elle, la république américaine confie son devenir aux seules vertus des citoyens, accrues des valeurs de la Renaissance et des Lumiéres: la perfectibilité de l'homme, sa capacité á se surpasser pour la cité, le don de l'un á tous et l'intéret de tous pour l'un. Par son optimisme, par se foi dans l'homme, le mythe de création des États-Unis touche á la'universel. Mais les moyens que se donne cet optimisme le particularisent" (p. 423). Por su parte, Sacvan Bercovitch, crítico canadiense, ha sintetizado el contenido y desarrollo de los elementos ideológicos y mitológicos del nacionalismo estadounidense en el análisis de lo que él llama la "*American jeremiad*", BERCOVITCH, 1978: "a ritual designed to join social criticism to spiritual renewal, public to private identity, the shifting signs of the times to certain traditional metaphors, themes, and symbols. To argue (as I do) that the jeremiad has played a major role in fashioning the myths of America is to define it at once in literary and in historical terms. Myths may clothe history as fiction, but it persuades in proportion to its capacity to help people act in history" (p. IX). Para una

Estados Unidos han desempeñado un importante papel en la cristalización discursiva de estas ideas y creencias que han constituido una sólida gran historia porque nunca es totalmente pasado, siempre es también presente y futuro en una suerte de esperanza colectiva por recomponer, recrear, reconstruir, reiniciar o continuar "*l'Amérique*": una esencia que constituye, en sí misma, una complicada construcción histórica, el elixir estadounidense.

Como sucede en muchas historiografías nacionales, la estadounidense es almacén de mitos nacionales y guardiana de la ideología nacionalista. Pero este consenso nacional es algo más que historia, no sólo se encuentra en libros de texto de historia patriótica tradicional, sino en los libros críticos y más pluralistas y multiculturales o en los de ciencia (donde *America* aparece como escenario natural).[47] Este conjunto de presupuestos nacionales ha enfrentado nuevas situaciones, que han impuesto nuevas conciencias en historiadores e intelectuales, pero los universales del "elixir americano" parecen salir reforzados de cada debate y discusión. Durante este siglo, el éxito económico de la posguerra y la existencia de un enemigo que podía poner en peligro a la nación supuso un constante llamado a la unidad y a la definición de nación. Después de los años sesenta, cuando en el campo conocido como *American Studies* fue superada la búsqueda de los caracteres "americano" optimista e industrial, algunos críticos tan diferentes como Christopher Lasch, Daniel Bell y James Baldwin, pusieron en la mesa de discusión los mitos nacionales (unos lo hacían para desmoronarlos, otros para renovarlos). Para unos (Lasch) *America* (toda esa esperanza) había sido traicionada, y Estados Unidos se había convertido en una sociedad consumista e injusta; para otros (Bell) *America* no era una ideología, sino el fin de las ideologías, el cauce final, correc-

---

historia y síntesis de este tipo de visiones véanse Novick; 1988, cap. 16; Hughes, 1982; Appleby, Hunt y Jacob, 1985; Breisach, 1993, y Greenfeld, 1993.

[47] Respecto al desarrollo de los libros de texto de historia véase Fitzgerald, 1979. Para conocer el otro lado de la moneda, esto es, la visión de Estados Unidos en los libros de texto mexicanos, véase Manning, 1985.

to e irremediable de la historia, para (Baldwin), *America* era una mentira racista que nunca alcanzó a la población negra.[48] No obstante las diferencias, la mayoría de las críticas hacían referencia a esa mítica *America,* así como a la esperanza de completar o reiniciar lo que significaba *America.*

Pero si este punto de referencia mítico ha perdurado en la escritura de la historia es porque está hecho de ciencia y elocuencia. Lo que se entiende por verdad —empírica y real— equivale a lo que es considerado como *American.* Por ello, la historia puede seguir su quehacer institucionalizado y académico y cuestionar incluso la ciencia misma. Las preocupaciones epistemológicas del quehacer de la ciencia no son suficientes para poner en riesgo al núcleo de la historiografía estadounidense. Actualmente están creciendo las inquietudes epistemológicas en algunos sectores de la profesión. La mayoría de estas dudas surgen del campo de los *Europeanists* y de ciertos enfoques que antes no tenían lugar destacado (*Black History, Gender History, Gay History Ethnic Studies*).[49] Sin embargo, en muchas ocasiones estas inquietudes son parte de la insaciable "frontera de los temas", y como tales encuentran su lugar dentro de la estructura institucional de la especialización histórica. Hasta ahora, todos los cuestionamientos académicos sobre el contenido, o los sustentos empíricos, del "elixir americano" han llevado, por un lado, a la aparición de muchos libros hiperespecializados y llenos de jerga académica, y, por otro, a los llamados a restablecer la esperanza pluralista, refortalecida, de *America.*[50]

[48] LASCH, 1978; BELL, 1960, y BALDWIN, 1961.

[49] Véanse STONE, 1979; BERKHOFER, 1996; MEGGILL, 1989, y TOEWS, 1987.

[50] Véase el esfuerzo que los historiadores Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob hicieron en 1995 para lograr, en un libro no académico, una explicación coherente de los retos que ha sufrido la "historia" tradicional de Estados Unidos, y para mantener, a pesar de todas las críticas, lo que en esencia representa Estados Unidos: la esperanza de igualdad, pluralismo y democracia. APPLEBY, HUNT y JACOB, 1985. Véanse también las críticas políticas y filosóficas a este libro (de Joan Scott, Cushing Strout y Raymond Martin) en *History and Theory,* XXXIV:4 (1995), pp. 320-339.

Los conflictos políticos y los enfrentamientos con visiones oficiales de Estados Unidos, no son, sin embargo, ajenas a la historia de la historia en Estados Unidos. Pero un consenso tan profundo en la esperanza que representa *America* hace que los conflictos entre visiones epistemológicas alternativas o posiciones historiográfico-políticas opuestas terminen o en una descalificación en términos de ciencia o en una simple moda académica. En Estados Unidos ha habido momentos en que algunas historias que no compartían la historia más o menos "oficial" han sido calladas, pero no —o no sólo— por ser subversivas, sino por no ser científicas. En muchas otras ocasiones, el quehacer de la ciencia, dentro de las fronteras académicas institucionales, absorbe y reabsorbe las críticas creando los canales de especialización y ghettización.

Igualmente, los cuestionamientos políticos, por serios que hayan sido —la nueva izquierda— con frecuencia han compartido la fe en la ciencia, y así son absorbidos al consenso nacional y político a través del acuerdo científico. Así, lo que parecía que podía cuestionar el duro consenso, pasa finalmente a formar parte del propio consenso, aunque como una parte conflictiva que obliga a llevar a cabo reformas y transformaciones para no cambiar lo básico.[51]

En suma, el consenso en la historiografía americana es duradero y fuerte debido a su compleja naturaleza: no es una mera elocuencia nacionalista, aunque algo tenga de ello; está consciente de su carácter no neutral, pero no siempre de

[51] Esto es lo que Bercovitch denomina *anti-jeremiad*: "The denunciation of all ideals, sacred and secular, on the grounds that America is a lie. I use the term anti-jeremiad to recall the ubiquity of the national symbol". Pero este autor también considera que "in this country, both the jeremiad and the anti-jeremiad foreclosed alternatives" "The one by absorbing the hopes of mankind into the meaning of America, the other by reading into America the futility and fraud of hope itself", BERCOVITCH, 1978, p. 191. Véase también MARIENSTRAS, 1988, p. 14. El tratamiento de Novick sobre los historiadores de los años sesenta, refleja cómo lo que parecía una oposición radical al *statu quo*, en realidad compartía gran parte de la estructura de conocimiento establecida. Véase NOVICK, 1988, caps. 13 y 14. Ross comparte también este argumento, véase D. ROSS, 1991, pp. XIII-XXII y 417-476.

su autoridad ideológica que confisca la principal fuente de honestidad epistemológica del siglo XX: la ciencia como ideología nacional;[52] es parte y guardiana de la construida identidad nacional. Por ello, lo excepcional de Estados Unidos no está en su historia ni en su pasado, sino en la manera en que éste se ha escrito.

Fin

Volvamos a lo familiar. La escritura de la historia en México se mueve por una fuerza centrífuga que no ha cesado de "forjar patria" (debido a una particular profesionalización de la historia, una especial historia de revoluciones e invasiones, y una singular relación centralizada entre intelectuales y Estado). En contraste, en Estados Unidos la escritura de la historia sigue una fuerza centrípeta que sin embargo tiene por gravedad la coincidencia en la nación como mito eterno de democracia, libertad, progreso y final feliz. En México, la nación es un presente que demanda continua reescritura de su pasado; en Estados Unidos, la nación es ante todo una promesa atemporal que requiere una constante revisión y balanceo entre pasado, presente y futuro. Cada uno de los quehaceres que se juntan en la escritura de la historia tiene sus propias preguntas (por ello se combinan las características de una disciplina hiperespecializada y profesionalizada, con los presupuestos de una historia patria), pero existe la pregunta central a los quehaceres de la historia: ¿cómo está la promesa, *America*? De aquí derivan todos los nuevos apéndices, hipótesis, métodos y descubrimientos de la historia. En Estados Unidos la escritura de la historia se mueve automática y monótonamente en el amplio espacio formado por el cordón sanita-

[52] Para una discusión de cómo se llevó a cabo en las ciencias sociales estadounidenses, véase D. Ross, 1991 y Ricci, 1984. Para una perspectiva general a la noción de ciencia como ideología, véanse Feyerabend, 1978; Latourt, s.f., y sobre el rol nacionalista de la ciencia, véase Crawford, 1992, pp. 11-46.

rio de la institucionalización académica. Y no obstante, proporciona la elocuencia, épica y científica, que la nación requiere. En México empieza y termina su profesionalización todos los días, siempre a caballo entre la academia, la sociabilidad política y el Estado. Y, sin embargo, produce conocimiento "profesional". En México la historia forja patria, en Estados Unidos rastrea hacia atrás y hacia adelante, da mantenimiento a la patria (entendida como una promesa universal). Sin embargo, no hay nada de excepcional en el contenido de ninguna de las dos historias (*histories*). Lo que hace excepcional una historia (*story*) no es su contenido, sino su combinación de ciencia, elocuencia y conciencia.

Son éstas las líneas de comunicación historiográfica que propongo. Y son, ante todo, un eco, quizá tardío, de lo que alentaron en México maestros como Edmundo O'Gorman y Daniel Cosío Villegas. Conozcamos las otras historias para reconocernos en los mismos esfuerzos, en las mismas virtudes y debilidades. Así vistos, así desprovistos de certezas parroquiales, Henry Adams puede ser un O'Gorman estadounidense, o don Edmundo un Adams mexicano; cualquiera de los dos pudo haber escrito la confesión:

> [...] en competencia optimista con otras naciones, proclamamos *ad orbe et orbem* nuestra ejemplaridad y nos entregamos con entusiasmo a una hermenéutica del escamoteo que, como leve caña al viento, se inclinaba dócil al soplo de la exigencia de un oficial destino.[53]

Cualquiera de los dos daría por bienvenidas unas historias que nos dejaran deshabitados de excepcionalismos, en la orfandad y extranjería conjunta que es el pasado y su escritura.

[53] O'GORMAN, 1974.

SIGLAS Y REFERENCIAS

RPBUTA Ross Papers, Benson Library, University of Texas, Austin.

ADAMS, Henry

1919 *The Degradation of the Democratic Dogma.* Editado con introducción de Brooks Adams. Nueva York: Mac Millan Company.

1938 *Henry Adams, Letters of Henry Adams, 1892-1918.* Editado por Washington Chauncey Ford. Boston: Houghton Mifflin Company.

1988 *The Letters of Henry Adams,* vol. 4. Editado por J. C. Levenson, Ernest Samuels *et al.* Cambridge: Harvard University Press.

ALMOND, Gabriel

1982 *Progress and its Discontents.* Berkeley: University of California Press.

ANKERSMIT, R.

1986 "The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History", en *Knowing and Telling history: The Anglo-Saxon Debate* editado por Ankersmit, *History and Theory,* Beihelf 25.

APPLEBY, Joyce, Lynn HUNT y Margaret JACOB

1985 *Telling the Truth about History.* Nueva York: W. W. Norton and Company.

ARCHIBALD, Lewis R. (comp.)

1963 *The New World Looks at its History. Proceedings of the Second International Congress of Historians of the United States and Mexico.* Austin: The University of Texas Press.

BALDWIN, James

1961 "The Discovery of What it Means to Be an American", en *Nobody Knows my Name.* Nueva York: Vintage Books, pp. 3-12.

BEARD, Charles

1934 "Written History as an Act of Faith", en *American Historical Review,* 39 (ene.), pp. 219-231.

BELL, Daniel

1960 *The End of Ideology: on the Exhaustation of Political Ideas in the Fifties.* Nueva York: The Free Press.

BERCOVITCH, Sacvan

1978 *The American Jeremiad.* Madison: University of Wisconsin Press.

1986 Ideology and Classic American Literature. Cambridge: Cambridge University Press.

1995 "Discovering America: A Cross-Cultural Perspective", en COLATRELLA y ALKANA, pp. 3-30.

BERGER, Carl

1986 *The Writing of Canadian History. Aspects of English-Canadian Historical Writing since 1900.* Toronto: Toronto University Press.

BERKHOFER, Robert F.

1988 "The Challenge of Poetics to (Normal) Historical Practice", en *Poetics Today*, IX:2, pp. 435-452.

1996 *Beyond the Great Story: History as Text and Discourse.* Cambridge: Harvard University Press.

BOLTON, Herbert

1933 "The Epic of the Greater America", en *The American Historical Review*, XXXVIII:3 (abril), pp. 449-474.

BREISACH, Ernst A.

1993 *American Progressive History. An Experiment in Modernization.* Chicago: The University of Chicago Press.

BUTLER, Ruth Lapham

1949 "Notes on the First Congress of Historians of Mexico and the United States", en *The Hispanic American Historical Review*, XXVI:4 (nov.), pp. 634-639.

CMIEL, Kenneth

1990 *Democratic Eloquence. The Fight over Popular Speech in Nineteenth-Century America.* Nueva York: William Morrow and Company.

1990a "After Objectivity: What Comes Next in History", en *American Literary History*, 2, pp. 170-181.

COLATRELLA, Carol y Joseph ALKANA (comps.)

1995 *Cohesion and Dissent in America.* Nueva York: State University of New York Press.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

1968 "De la necesidad de estudiar a Estados Unidos", en *Anglia*, pp. 9-18.

1976 *Memorias*. México: Joaquín Mortiz.

CRAWFORD, Elizabeth

1992 *Nationalism and Internationalism in Science, 1880-1939*. Cambridge: Cambridge University Press.

FEYERABEND, Paul

1978 *Science in Free Society*. Londres: Verso.

FITZGERALD, France

1979 *America Revised: History Schoolbooks in the Twentieth Century*. Boston: Little Brown.

GATELL, Frank (comp.)

1968 *American Theme: Essays in Historiography*. Oxford: Oxford University Press.

GILLESPIE, Michael Allen

1984 *Hegel, Heidegger, and the Ground of History*. Chicago: Chicago University Press.

GONZÁLEZ, Luis

1988 *El oficio de historiador*. México: El Colegio de Michoacán.

GREENFELD, Liah

1993 *Nationalism: Five Roads to Modernity*. Cambridge: Harvard University Press.

HALE, Charles

1989 *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*. Princeton: Princeton University Press.

HANKE, Lewis

1980 "The Early Development of Latin American Studies in the U.S., 1930-1949", en ROBINSON, pp. 103-120.

1985 *Guide to the Study of U.S. History Outside the U.S., 1945-1980*, III, Nueva York: Kraus International Publications.

1989 "Experiencias con Silvio Zavala, 1933-1949: algunos recuerdos al azar", en *Historia Mexicana*, XXXVIII:4 (152) (abr.-jun.), pp. 601-607.

HARTZ, Louis

1964 *The Founding of New Societies*. Nueva York: Harcourt.

HASKELL, Thomas

1990 "Objectivity is not Neutrality: Rhetoric *vs.* Practice in

Peter Novick's *That Noble Dream*", en *History and Theory*, 29, pp. 129-157.

HIGHAM, John

1970 *Writing American History; Essays on Modern Scholarship.* Bloomington: Indiana University Press.

HUGHES H. Stuart

1982 "Contemporary History. Progress, Paradigm, and Regression toward Positivism", en ALMOND, pp. 9-35.

JACOVY, Russell

1987 *The Last Intellectuals. American Culture in the Age of Academe.* Nueva York: Basic Books.

JOYCE KRAUS, Michael y David D.

1985 *The Writing of American History*, Tuscaloosa: University of Oklahoma Press.

KLOPPENBERG, James T.

1986 *Uncertain Victory. Social Democracy and Progressivism in European and American Thought, 1870-1920.* Oxford: Oxford University Press.

1989 "Objectivity and Historicism: A Century of American Historical Writing", en *American Historical Review*, 94:4, pp. 1011-1030.

KNIGHT, Alan

1985 "El liberalismo mexicano desde la reforma hasta la revolución", en *Historia Mexicana*, xxxv:1(137) (jul.-sep.), pp. 59-91.

1987 *U.S.-Mexico Relations, 1910-1940. An Interpretation.* San Diego: The University of California Press.

LASCH, Christopher

1978 *The Culture of Narcissism: American Life in the Age of Diminishing Expectations.* Nueva York: Norton.

LATOURT, Bruno

s.f. *Nous n'avons jamais été modernes: Essais d'anthropologie symmétrique.* París: s.e.

LEGEMANN, Ellen Condliffe

1989 *The Politics of Knowledge. The Carnegie Corporation, Philanthropy, and Public Policy.* Middletown: Wesleyan University Press.

MANNING, V. F.

1985 *Images of the U.S. in Mexico's Libros de Texto Gratuitos. A Report for the USIA.* Tucson: University of Arizona, Working Papers.

MARIENSTRAS, Elise

1988 *Nous, le peuple. Les origines du nationalisme américain.* París: Gallimard.

MCCLAY, Wilfred M.

1995 *The Masterless. Self and Society in Modern America.* Chaper Hill: The University of North Carolina Press.

MEGGILL, Alan

1989 "Recounting the Past: Description, Explanation, and Narrative in Historiography", en *American Historical Review* 94:3 (jun.), pp. 627-654.

MEYER, Jean

1969 "La révolte des étudiants dans le monde", en *Esprit,* 37:381 (mayo), pp. 747-748.

1993 *Egohistorias; el amor de Clío.* México: Centre de Études Mexicaines et Centroaméricaines.

MINK, Louis O.

1987 *Historical Understanding,* editado por Brian Fay. Ithaca: Cornell University Press.

MONK, Richard (coord.)

1986 *Structure of Knowing: Current Studies in the Sociology of Schools.* Lanham: University Press of America.

NOBLE, David W.

1965 *Historicans against History: The Frontier Thesis and the National Covenant in American Historical Writing since 1830.* Minneapolis: University of Minnesota Press.

1985 *The End of American History. Democracy, Capitalism, and the Metaphor of two World in Anglo-American Historical Writing, 1880-1980.* Minneapolis: University of Minnesota Press.

NOVICK, Peter

1988 *That Noble Dream. The Objectivity Question and the American Historical Profession.* Cambridge: Cambridge University Press.

O'GORMAN, Edmundo

1941 *Do the Americans have a Common History*? Washington, D. C.: Pan-American Union, «Point of View Series».

1947 *Crisis y porvenir de la ciencia histórica.* México: Imprenta Universitaria.

1974 *Del amor del historiador a su patria,* palabras pronunciadas al recibir el Premio Nacional de Letras. México: Condumex.

ORTEGA Y MEDINA, Juan (comp.)

1968 *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

PARRINGTON, Vernon L.

1930 *Main Currents in American Thought.* Nueva York: Harcourt, Brace and Co.

Proceedings

1950 *Proceedings of the First Congress of Historians from Mexico and the United States Assembled in Monterrey, Nuevo León, México, septiembre 4-9, 1949.* México: Cultura.

RICCI, David M.

1984 *The Tragedy of Political Science. Politics. Scholarship and Democracy.* New Haven: Yale University Press.

RÍO GONZÁLEZ Manuel del

1969 "Oaxtepec y los historiadores turistas", en *República,* 316 (nov.-dic.).

ROBINSON, David J. (comp.)

1980 *Studying Latin America. Essays in Honor to Preston E. James.* Syracuse: Syracuse University.

ROSS, Dorothy

1991 *The Origins of American Social Science.* Cambridge: Cambridge University Press.

1994 "Modernist Social Science in the Land of the New/Old", en D. ROSS, pp. 171-189.

ROSS, Stanley R. (comp.)

1970 *Latin America in Transition. Problems in Training and Research.* Nueva York: The State University of New York Press.

s.f. *Modernist Impulses in the Human Science, 1870-1930.* Baltimore: Johns Hopkins University Press.

SAID, Edward W.

1994 *Representations of the Intellectual.* Nueva York: Vintage Books.

SKINNER, Quentin

1996 *Reason and Rhetoric in the Philosphy of Hobbes.* Cambridge: Cambridge University Press.

SLOTKIN, Richard

1985 *The Fatal Environment: The Myth of the Frontier in the Age of Industrialization, 1800-1890.* Nueva York: Atheneum.

1986 "Myth and the Production of History" en BERCOVITCH, pp. 70-87.

SMITH, Mark C.

1994 *Social Science in the Crucible. The American Debate Over Objectivity and Purpose, 1918-1941.* Durham: Duke University Press.

STONE, Lawrence

1979 "The Revival of Narrativity: Reflections on a New Old History", en *Past and Present,* 85 (nov.), pp. 3-24.

TIRYAKIAN, Edward A.

1986 "Hegemonic Schools and the Development of Sociology", en MONK, pp. 417-441.

TOEWS, John E.

1987 "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", en *American Historical Review,* XVII:4, pp. 879-897.

VANN WOODWARD, C. (comp.)

1968 *The Comparative Approach to American History.* Nueva York: Basic Books.

VÁZQUEZ, Josefina

1968 "La enseñanza de la historia en los Estados Unidos", en ORTEGA Y MEDINA, pp. 407-421.

1970 *Nacionalismo y educación en México.* México: El Colegio de México.

1985 "Teaching and Research in México on United States History", en HANKE.

VÁZQUEZ, Josefina, Michael C. MEYER y Elsa Cecilia FROST
1979 *El trabajo y los trabajadores en la historia de México. Ponencias y comentarios presentados en la V Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Pátzcuaro, 12 al 15 de octubre de 1977.* México: El Colegio de México-University of Arizona Press.

VICKERS, Brian
1989 *In Defense of Rhetoric.* Oxford: Oxford University Press.

WELLS, Alan
1991 "Oaxtepec Revisited: The Politics of Mexican History. 1968-1988", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos,* VII:2 (verano), pp. 331-345.

ZAVALA, Silvio
1949 "En torno al Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, celebrado en Monterrey", en *Cuadernos Americanos,* VIII:6 (nov.-dic.), pp. 231-234.



LA MODERNIZACIÓN EDUCATIVA (1988-1994)

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

CUALQUIER EVALUACIÓN DE LA EDUCACIÓN pública mexicana exige considerar la rémora que representa el sexenealismo presidencialista. El empeño del ejecutivo en turno de darle sello propio a la política, ha impuesto la tradición nefasta de cambiar las prácticas educativas cada seis años sin que medie un estudio de su pertinencia e impidiendo que los esfuerzos sean sostenidos. Desde los años sesenta, los anuncios de "reforma educativa" se repitieron,[1] aunque sólo en tres momentos hubo cambios sustanciales: el Plan de Once Años (1959-1964), la "reforma educativa" de 1970-1976 y la "modernización educativa" del periodo salinista.[2]

El Plan de Once Años intentó enfrentar los problemas que planteó la explosión demográfica, tratando de prever las necesidades que anunciaban las proyecciones de crecimiento de población con una planeación que permitiera preparar aulas, maestros y materiales para enfrentarla. Se aplicaron medidas de emergencia en construcción de aulas y capacitación de personal y se instituyó el libro de texto gratuito en la escuela primaria.

La expansión acelerada de la educación fue acompañada de una baja en la calidad de todos los sectores, al tiempo

[1] Véase LATAPÍ, 1975.

[2] *Programa*, 1989. "Acuerdo Nacional. Modernización de la Educación Básica", 464 (19 mayo 1992), pp. 8. México (f 372.972/189).

que la expansión espectacular del conocimiento, requería cambios educativos. Por eso la reforma de los años setenta que se plasmó en la ley de educación de 1974, promovía un cambio de métodos de enseñanza destinado a desplazar el memorístico para preparar a los niños para un proceso permanente de aprendizaje. Se pretendía entrenarlos para inquirir e investigar, procesar la información y responder a problemas variados. Se agruparon los conocimientos transmitidos en la educación elemental dos lenguajes, español y matemáticas y dos ciencias, sociales y naturales. Esta enseñanza por áreas significó un cambio fundamental en las concepciones y prácticas pedagógicas tradicionales. Por otra parte, hubo el intento decidido de eliminar trabas reglamentarias para la acreditación de conocimientos y de ampliar la educación media para que el ciclo no sólo fuera preparación para entrar a instituciones superiores, sino que proveyera alternativas terminales (agrícolas o técnicas) que posibilitaran la incorporación al trabajo.

Pero las reformas fueron incapaces de cubrir el rezago educativo y mejorar la calidad de la escuela pública mexicana,[3] cuyos contenidos no resultaban pertinentes para enfrentar los retos del desarrollo económico. Todas las reformas se emprendieron sin diagnósticos y sin la experimentación y evaluación adecuadas ante la bendita prisa de aplicarla en el término de un sexenio presidencial, lo que le resta la solidez que la importancia de la educación amerita, amén de implicar el abandono de excelentes ideas y de sustituir grupos de trabajo eficientes y calificados por otros improvisados que volvieron a partir de cero.

Ahora bien, las críticas negativas que siempre despierta la educación pública mexicana es necesario situarlas en el marco de su gran complejidad, para calibrar el tamaño del reto que ha enfrentado. México es un país de contrastes y gran desigualdad, tanto social como geográfica. Con una población multiétnica que habla más de 50 lenguas diferentes y con una mayoría concentrada en el centro y sur del país hasta hace unas décadas, los grupos monolingües vi-

[3] TIRADO, 1986 y 1990.

ven en zonas aisladas, lo que hace difícil su incorporación. Esta situación de por sí problemática, la ha complicado la impresionante explosión demográfica que ha presenciado el país a partir de 1940 y que le ha hecho pasar de 20 a más de 90 000 000, en 1995, lapso en el que también se transformó de rural, en predominantemente urbana. A pesar de esos impresionantes obstáculos, la educación pública logró bajar el analfabetismo de 46% en 1940, a 12% en 1990, aunque todavía excesivamente alto, en especial en el contexto de Norteamérica (cuadro 1). Una de las víctimas no podía sino ser la calidad de la enseñanza, pues la demanda de escuela ha superado todas las proyecciones.

Cuadro 1
ÍNDICE DE ANALFABETISMO, GRUPO DE EDAD 15 AÑOS O MÁS
(PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN TOTAL)

País	*Índice*	*Año*
Estados Unidos	0.5	1979
Canadá	3.4	1986
Chile	6.6	1990
Costa Rica	7.2	1990
México	12.4	1990

FUENTE: *Anuario Estadístico*, UNESCO, 1992.

A estos problemas de por sí graves, se ha venido a sumar el impacto que han representado las crisis económicas en el gasto educativo. De 1970-1981, el porcentaje del Producto Interno Bruto (PIB) gastado en educación había subido de 1.76 a 5.5% y entre 1982-1988 se redujo de 3.25 a 1.39%, lo que en términos de educación superior significó pasar de 0.5 a 0.2% en el mismo periodo.[4] Como resultado se abandonaron proyectos importantes, se dejaron de adquirir materiales y libros y el salario de los maestros y profesores sufrió un deterioro que condujo a muchos a abandonar las aulas.[5]

[4] IBARRA COLADO, 1993 y FUENTES MOLINAR 1990a.
[5] FUENTES MOLINAR, 1990, pp. 339-343.

El proyecto educativo de 1989-1994

Los temas educativo y de la difusión de la cultura estuvieron presentes en la campaña presidencial de 1988 y, por supuesto, se anunciaron reformas. De todas formas, fue el amplio campo de la difusión de la cultura el primer aspecto que encaró el nuevo presidente. A siete días de la toma de poder, Carlos Salinas de Gortari anunció la creación de un Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, como entidad autónoma adscrita a la Secretaría de Educación Pública (SEP), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) iba a coordinar todos los aspectos de la difusión. La decisión respondía a la presión que había ejercido durante la campaña, uno de los principales grupos de intelectuales para que se creara una Secretaría de Cultura, pretensión que contravenía la meta básica del adelgazamiento del Estado. Además de absorber las instituciones existentes (Instituto Nacional de Bellas Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Conservatorio, Dirección de Publicaciones, etc.), creó una nueva burocracia.

La nueva institución sufrió un cambio de dirigencia y con ésta, de una parte de sus lineamientos. El Consejo emprendió la promoción de eventos artísticos y culturales de la más alta calidad, tal vez excesivos para un país con las carencias de México. También producción de cine y grabación de videos de cine clásico para venta y para préstamo en las bibliotecas públicas, subvención a la televisión cultural (incluyendo la fundación de un nuevo canal cultural), financiamiento de excavaciones en muchas zonas arqueológicas, así como exhibiciones museográficas, dentro y sobre todo fuera del país (incluso el financiamiento de una sala de culturas precolombinas en el Museo Británico que por cierto quedó algo escondida). En cambio, no logró darle coherencia a su ambiciosa labor editorial que favoreció a las editoriales privadas.

Es claro que planear los cambios en educación formal tenía mayores dificultades. El sexenio de Salinas, centrado en la transformación económica del país, cuyos objetivos, prioridades y estrategias se definieron en el Plan Nacional de De-

sarrollo, 1989-1994, reconoció que la educación era parte del cambio "inevitable" exigido por las transformaciones mundiales para que una nación en vías de desarrollo pudiera "competir y avanzar en sus intereses, anticipando las nuevas realidades". Según rezaba el plan, "mejorar la calidad de la educación y de sus servicios de apoyo es imperativo para fortalecer la soberanía nacional, para el perfeccionamiento de la democracia y para la modernización del país".[6]

Se consideraba fundamental estimular la educación y la investigación de alto rango para mejorar el ejercicio de la ciencia y la tecnología y evitar la dependencia del exterior, pero las exigencias del Banco Mundial aseguraron que la educación básica se convertiría en prioridad para el desarrollo.[7] Por tanto, la agenda de "modernización" de la educación fijó como objetivos: mejorar la calidad del sistema educativo, elevar la escolaridad de la población, descentralizar la educación y fortalecer la participación de la sociedad en el quehacer educativo.

Aunque a lo largo del sexenio la educación pública recobró presupuesto (cuadro 2), la continuidad de las tareas se vio obstaculizada por cuatro cambios en el ministerio, no experimentadas desde los años cuarenta. Manuel Bartlett ocupó la cartera del 1º de diciembre de 1988 al 7 de enero de 1992; Ernesto Zedillo del 7 de enero de 1992 al 30 de noviembre de 1993; Fernando Solana del 1º de diciembre de 1993 al 11 de mayo de 1994 y de esa fecha a fin de noviembre, Ángel Pescador Osuna, lo que conllevó también relevo de algunos encargados de área.[8]

[6] *Documentos* 1, 1994, pp. 9-10.

[7] *Documentos* 1, 1994, p. 23. Véase LOCKHEED y VERSPOOR, 1988.

[8] Con Bartlett la Coordinación Educativa estuvo a cargo de Fernando Elías Calles; la Educación Media, de Jesús Liceaga; la Educación Elemental, de Juan de Dios Rodríguez; Educación e Investigación Tecnológica, de Rául Talán, y Educación Superior, de Luis Eugenio Todd. Con Zedillo se encargó de Coordinación Educativa, Pascual García Alba; Educación Básica, Gilberto Guevara y Olac Fuentes; Educación e Investigación Tecnológicas, Rául Talán; Educación Superior, Antonio Gago Huguet, y Servicios Educativos para el Distrito Federal, José Ángel Pescador; con Pescador Osuna, la Coordinación volvió a estar a cargo de Fernando Elías Calles; en Educación Básica permaneció Olac Fuentes; en Educación e Investigación Tecnológica, Rául Talán; la Educación

Cuadro 2

GASTO EDUCATIVO NACIONAL RESPECTO AL PIB, 1980-1994

			*Gasto Educativo**		
	PIB*	*Total*	*Federal*	*Estatal y municipal*	*Particular*
1980	4470	219	166	38	15
%	100.00	4.91	3.72	0.85	0.34
1981	6128	326	256	52	19
%	100.00	5.32	4.17	0.84	0.30
1982	9798	515	415	74	26
%	100.00	5.26	4.24	0.75	0.27
1983	17879	674	553	90	31
%	100.00	3.77	3.09	0.50	0.17
1984	29472	1248	931	206	111
%	100.00	4.24	3.16	0.70	0.38
1985	47392	1919	1481	290	149
%	100.00	4.05	3.12	0.61	0.31
1986	79443	3126	2384	447	295
%	100.00	3.93	3.00	0.56	0.37
1987	193312	7047	55519	845	683
%	100.00	3.65	2.86	0.44	0.35
1988	390451	13843	11077	1512	1253
%	100.00	3.55	2.84	0.39	0.32
1989	507618	19282	14752	2878	1651
%	100.00	3.80	2.91	0.57	0.33
1990	686406	29015	21627	4988	2401
%	100.00	4.23	3.15	0.73	0.35
1991	865166	38499	30110	6258	2130
%	100.00	4.45	3.48	0.72	0.25
1992	1018600	51550	40953	7190	3406
%	100.00	5.06	4.02	0.71	0.33
1993	1135500	65021	53321	7852	3849
%	100.00	5.73	4.70	0.69	0.34
1994**	1229700	75238	62935	8256	4047
%	100.00	6.12	5.12	0.67	0.33

FUENTE: Dirección General de Planeación, Programación y Presupuesto, Secretaría de Educación Pública.

* En miles de millones de pesos corrientes.

** Cifras estimadas.

Superior pasó a manos de Javier Barros Valero y los Servicios Educativos para el Distrito Federal a Benjamín González.

La campaña presidencial había organizado foros sobre "reformas educativas", pero ni los participantes ni los temas abordados se adoptaron en el plan definitivo,[9] cuyo sello fundamental fue el de remover al poderoso Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), obstáculo insalvable para poder aplicar la descentralización de la educación que se venía prometiendo. Durante el sexenio de José López Portillo se había iniciado una "desconcentración" administrativa al establecer delegaciones generales en las entidades federativas, a cargo de los asuntos educativos estatales, pero con personal nombrado por el titular de la SEP. En 1982, el presidente Miguel de la Madrid anunció la "descentralización" de las educaciones básica y normal, como existía antes de 1921, pero se redujo a sobreponer unas direcciones de servicios coordinados, o sea una nueva estructura sin eliminar el centralismo.[10] El "reto de la descentralización" para sustituir el esquema centralizado que parecía agotado, estaba en el ambiente[11] y se concebía como instrumento para desencadenar

> [...] las fuerzas de nuestra sociedad contenidas en todas las regiones del país... [y que] acerque la atención de la función educativa a los problemas y realidades de su entorno más inmediato, y cuente con la participación de todos los sectores de la comunidad local,

evitando al mismo tiempo no abandonar "el mandato constitucional de una educación nacional integradora, éticamente orientada y al servicio de objetivos nacionales".[12] La modernización educativa se definió como ruptura de

[9] Enrique González Pedrero organizó el 8 de diciembre de 1987 un "Diálogo Nacional sobre Educación". El exsecretario de Educación, Jesús Reyes Heroles, también realizó un diagnóstico sobre educación básica. CAMPA, 1989.

[10] *Documentos* 2, 1994, pp. 8-9.

[11] HEVIA RIVAS, 1991 y NORIEGA, 1993.

[12] *Programa*, 1989, pp. 6-7.

> [...] usos e inercia para innovar prácticas al servicio de fines permanentes; es superar un marco de racionalidad ya rebasado y adaptarse a un mundo dinámico... [lo que] en el campo educativo significa una nueva relación entre las instancias gubernamentales y la sociedad civil.[13]

El primer paso hacia la modernización educativa

Es posible que al ser la descentralización una medida política prioritaria y delicada, Salinas ofreciera la cartera de Educación al licenciado Manuel Bartlett, encargado del control político en el sexenio del presidente Miguel de la Madrid, quien estrenaría sus tareas amagado por paros magisteriales.

Como parte del paquete de conquista de legitimidad que caracterizó el primer año de la gestión salinista, antes de iniciarse el mes de mayo de 1989 la Presidencia anunció la renuncia de Carlos Jongitud Barrios, cacique del magisterio durante 17 años[14] y la elección de Elba Esther Gordillo, maestra formada junto al viejo dirigente, para sustituirlo. La maestra Gordillo no tardó en desplazar al grupo Vanguardia Revolucionaria que respondía a su antecesor.

El plan de Modernización Educativa se haría hasta octubre de 1989. El Programa para la Modernización Educativa empezaba por hacer un diagnóstico pesimista que subrayaba el rezago educativo: 4.2 000 000 de analfabetas mayores de quince años, 20.2 000 000 de adultos sin concluir la primaria, 16 000 000 de adultos sin terminar la secundaria; un índice de analfabetismo de 100% en comunidades indígenas, 2% en algunas regiones de la República; 300 000 niños sin acceso a la escuela, 880 000 alumnos desertores del sistema en el primer año de primaria.

Como solución, el programa proponía dar cobertura nacional a la primaria, dando prioridad a las zonas marginadas (urbanas, rurales e indígenas), mediante el uso de

[13] *Programa*, 1989, p. 17.
[14] Campa, 1989a.

medios electrónicos de comunicación. Se expresó también la intención de abandonar la enseñanza por las áreas de estudio: "ciencias sociales" y "ciencias naturales", para volver a las asignaturas tradicionales, respondiendo a una exigencia del magisterio.

El modelo de modernización educativa se encaminaba a eliminar las desigualdades geográficas y sociales, hacer más eficiente y de mejor calidad la enseñanza, integrar el proceso educativo al desarrollo económico, emplear modalidades no escolarizadas para ampliar la educación y restructurar la organización del sistema. Entre las metas se repetía la eliminación del aprendizaje memorístico, actualización de contenidos y métodos de la enseñanza, el mejoramiento de la formación de maestros y el reentrenamiento de los que estaban en servicio. Una novedad estaba en involucrar en el proceso de enseñanza-aprendizaje a los padres de familia, maestros y otros grupos sociales[15] para hacerlos participar en la resolución de problemas concretos, para hacer a la tarea educativa integral y comprometida en la solución de los problemas nacionales, de acuerdo con viejos ideales de la década de los veinte.

El programa citaba entre sus objetivos: cultivar el talento y la creatividad en la niñez y la juventud, vincular el aprendizaje a la producción, en todos los grados, y promover la innovación científica y tecnológica, el rigor en el pensamiento y la sistematización en la acción, para generar culturas científica y tecnológica. Todo sugería un nuevo pragmatismo: una educación al servicio de la transformación económica, que subrayaba la racionalización del empleo de recursos en todos los ámbitos.

De inmediato, el programa sufrió el boicot de la dirigente del SNTE, quien percibió los peligros que la descentralización de la administración educativa significaba para el sindicato. La lideresa sindical exigió mayor auscultación

[15] Con la ley de educación los padres de familia y sus asociaciones, maestros y su sindicato, las autoridades educativas y otros sectores de la sociedad, como la Iglesia, interesados en la educación, iban a formar Consejos de Participación Social en los ámbitos estatal, municipal y de cada escuela. *Documentos* 2, 1994, pp. 13-14.

entre maestros y profesores y logró que una parte de la prensa se hiciera eco de sus críticas.[16]

El secretario, preocupado por la calidad y con la perenne idea de que los de fuera tienen respuestas mejores a nuestros problemas, gestionó la visita de cuatro expertos de la UNESCO para que prestaran asesoría. El grupo trabajó con diversos grupos de maestros del SNTE y del CONALTE y como conclusión el Consejo Técnico de la Educación publicó el documento titulado *Hacia un nuevo modelo pedagógico*, que anunciaba la reformulación del "marco teórico conceptual" de la educación mexicana. En éste se fijaban "los perfiles de desempeño", es decir conocimientos, habilidades y valores que un alumno debía tener al entrar y salir de cada uno de los sectores de la educación básica, lo que iba a servir de base para elaborar los nuevos programas de estudio.[17]

El boicot de las organizaciones magisteriales y la incapacidad del Consejo Técnico de la Educación retardaron la puesta en marcha de la descentralización y la reforma. El Consejo difundió algunos planteamientos y cambió varias veces los programas de las asignaturas de educación secundaria, imposibilitando la elaboración de libros de texto. Algunos grupos formados por la Subsecretaría de Educación Elemental trabajaron en la preparación de paquetes con material didáctico para actualizar a los maestros y también para los alumnos. En cambio los programas de primaria no pasaron del estadio experimental.

FEDERALIZACIÓN Y EDUCACIÓN BÁSICA

El retardo con que el secretario Bartlett puso en práctica la descentralización administrativa, sumado a la pugna que sostenía con el SNTE, determinaron su salida de la Secretaría el 7 de enero de 1992 y su relevo por el doctor Ernesto

[16] Pascal BELTRÁN DEL RÍO se hacía eco de las acusaciones del SNTE, en *Proceso*, 723 (10 sept. 1990).

[17] CAMPA, 1991.

Zedillo, quien de inmediato anunció cambios en el proyecto de modernización educativa. Entre ellos estuvo convertir a los ciclos primario y secundario en educación básica y obligatoria y promover una reformulación de los contenidos y materiales educativos, con un aire del *back to the basics* estadounidense, para promover capacidades básicas: "alfabetización, conocimientos de aritmética elemental y aptitudes de comunicción y para resolver problemas". Se enfatizó la necesidad de subrayar el aprendizaje de la lengua, lectura y escritura y las nociones esenciales de matemáticas, conocimientos que, asimilados firmemente, permitirían seguir aprendiendo toda la vida. A éstos se agregó la "historia patria", para cimentar la identidad nacional, preocupación gubernamental constante con motivo de la apertura comercial y la invasión de los medios de comunicación. También se impuso una ampliación de días efectivos de clase.

Desde un principio, el entendimiento con la lideresa del SNTE, permitió al doctor Zedillo encauzar su gestión, incluso lograr un acuerdo para poner en marcha la meta fundamental de la descentralización administrativa. Los nuevos equipos trabajaron aceleradamente y para el 18 de mayo de 1992, el SNTE, la SEP y los gobernadores de los estados, en presencia del presidente Salinas, firmaron el Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica. El documento fue publicado en el *Diario Oficial de la Federación* junto a un decreto presidencial "para la celebración de convenios en el marco del Acuerdo nacional". Se definía la meta como promoción del desarrollo integral del país a través de la "federalización"[18] de la educación, por lo que uno de sus puntos fundamentales era el traspaso de las enseñanzas preescolar, primaria, secundaria y normal de la SEP a los gobiernos estatales. La SEP quedaba a cargo de la educación en el Distrito Federal y la vigilancia del cumplimiento de las leyes, la transferencia de recursos

[18] Se entendió por federalización finalmente, devolver a los estados la autoridad sobre el gasto educativo y la administración de los recursos, manteniendo la Secretaría sólo autoridad sobre los programas.

financieros y la revisión de materiales didácticos y programas en todo el país. Se reiteraba otra idea de Salinas: la intención de involucrar a la comunidad en el proceso educativo.

El acuerdo advertía que, junto al control del presupuesto y el gasto educativo, los estados asumían la responsabilidad de las relaciones laborales. Según precisaría más tarde la ley de educación, quería decir que los problemas laborales de los maestros tendrían que ser dirimidos en su propio estado, aunque el SNTE continuaba siendo el titular del contrato colectivo. También se anunció que la importancia del cambio de programas de contenidos en la educación básica, se aplicaría un programa emergente para reformular los contenidos de las enseñanzas primaria y secundaria, por la urgencia que se sentía de fortalecer la lectura, la escritura y las matemáticas; se insistía en restablecer el estudio de la historia, la geografía y el civismo como asignaturas separadas, aunque la primera había sido el eje del área de ciencias sociales y, por tanto, nunca se había eliminado.

Para responder al reclamo del magisterio de la pérdida de poder adquisitivo del salario, se concedió un aumento general, pero de acuerdo con la política neoliberal, se estableció la carrera magisterial y un sistema de estímulos para premiar el rendimiento y la actualización magisterial, para estimular el mejoramiento de su desempeño y preparación. Se prometió, además, un programa de construcción de viviendas y de promoción de una revaloración del ejercicio magisterial.[19] Para ello se establecieron premios estatales y federales para los mejores maestros.

El acuerdo constituyó una parte importante en el contenido de la nueva Ley General de Educación Pública promulgada el 13 de julio de 1993.[20] La ley subrayaba la obligatoriedad de las educaciones primaria y secundaria y

[19] "Decreto presidencial para la celebración de convenios en el marco del Acuerdo para la modernización de la Educación Básica" y "Acuerdo Nacional de Modernización de la Educación Básica", 1992, pp. 7-12.
[20] "Ley", 1993.

su carácter laico.[21] Se proveían "medidas tendientes a establecer las condiciones que permitan el ejercicio pleno del derecho a la educación de cada individuo", con la participación de toda la sociedad en el proceso educativo. Un aspecto importante de la reforma del artículo 3º era la eliminación de la exclusión de las iglesias del ámbito educativo.[22] Desde que se hizo cargo de la Secretaría, el doctor Zedillo mostró gran preocupación por "fortalecer" la enseñanza de la historia patria, que declaró abandonada desde hacía dos décadas, lo cual era inexacto. Para ello encargó a un grupo de historiadores prestigiados, comprometidos con el gobierno, elaborar el texto de historia de México que se utilizaría en la enseñanza en 4º, 5º y 6º grados,[23] lo cual rompía con todo esquema de enseñanza de la historia que, antes de 1972 se dividía en efemérides de historia patria (1º y 2º), historia local (3º), historia de México (4º), historia de América (5º) e historia universal (6º). Las reformas de 1972 habían sustituido historia, geografía y civismo por el área de ciencias sociales; ésta empezaba con la transmisión de los conceptos de tiempo y pasado (1º) para proseguir despertando el interés en las historias local (2º), de México (prehispánica y colonial en 3º) y nacional (4º). La historia universal, que dejaba de ser la simplemente europea tradicional, transmitida hasta entonces y que incluía las de América, Asia y África (5º y 6º).

La decisión de 1992 de declarar que la enseñanza de la historia patria sería la única abordada en el ciclo primario,

[21] En la exposición de motivos de la iniciativa de ley se precisaba que el Estado impartirá educaciones preescolar, primaria y secundaria a todo el que la solicite, pero "no será obligatorio que los niños cursen la educación preescolar. Entre otras razones para esta limitación sobresale la potestad que deberán conservar los padres ya sea de dar directamente y en el hogar una instrucción inicial a los niños, o bien, de hacer que la reciban en planteles adecuados", "Exposición", 1993, pp. 18-19.

[22] *Diario Oficial de la Federación* (5 mar. 1993).

[23] En el caso de los textos de los años sesenta, se convocó a un concurso y en el de los setenta, se encargó a dos instituciones de educación superior: los de español y ciencias sociales, a El Colegio de México y los de matemáticas y ciencias naturales al Centro de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional.

era paradójica, pues estaba en abierta contradicción con la política de apertura general del gobierno. La enseñanza de una historia universal, tan importante en un mundo empequeñecido por los medios de comunicación, estaba más en consonancia con la apertura de la economía que el nacionalismo obsoleto que se restablecía.

Se confió la aplicación pedagógica a la editorial española Santillana que había venido apoderándose del mercado latinoamericano, por tanto, los historiadores prepararon sólo los textos básicos. La premura por hacerlos en unos cuantos meses se tradujo en un gasto muy alto, pero los libros estuvieron listos en junio de 1992. Su presentación era impecable y el contenido, en conjunto, correcto; en cambio la adaptación "pedagógica" resultó pésima en el libro de 4º. Como todo libro tenían errores, disculpables en una primera edición, pero el cambio de algunas interpretaciones tradicionales y la eliminación de algunas figuras secundarias de la historia, permitieron que maestros y padres de familia estimulados por la retórica de su participación en la educación criticaran aspectos menores y hasta ridículos.[24] Los intelectuales se concentraron en la crítica al gasto excesivo en la preparación de los textos y la interpretación del porfiriato considerado como justificativo de la política salinista. Como los textos provocaran un escándalo mayúsculo y no el éxito que se esperaba, la SEP decidió retirarlos, en lugar de tratar de corregirlos, como hubiera sido aconsejable.

Pero a un error se sumó otro. Se procedió a convocar un concurso para todos los libros de texto y un jurado de "alto nivel", pero sin experiencia en el rubro, premió a los mejores. Después, alguna de las autoridades internas consideró que los premiados en historia eran poco satisfactorios y la SEP decidió no imprimirlos.

[24] Un ejemplo fue no mencionar dos mitos: el Pípila y los "Niños Héroes", que habían desaparecido desde 1972. Otro, fue lo que consideraron una mínima mención a Emiliano Zapata y "revalorar" el régimen de Porfirio Díaz, en cierta forma también iniciado en 1972, pero entonces los críticos de derecha se concentraron en la inclusión de Marx, Fidel Castro, Maosedung, etc., VÁZQUEZ, 1992 y 1994.

La inseguridad ante el espinoso problema de una interpretación de la historia aceptable para todos, condujo a retardar la redacción de los textos de historia y encargar a un escritor, la redacción de una cartilla mínima de historia de México, "inspirada en los textos desplazados". Los textos de las otras asignaturas fueron apareciendo, pero la serie completa de textos estuvo lista a fines del 1994, es decir, al final del sexenio.

La búsqueda de la armonía con el SNTE hizo que la renovación de contenidos, programación y textos quedara en manos de maestros, lo que los condenará a cierto retraso, ya que no se les puede pedir que estén al tanto de los conocimientos más recientes. Ideas fundamentales como la utilización de la vía lingüística y la lógica matemática para enseñar los dos lenguajes, fueron desechadas ya que muchos maestros las habían recibido en los años setenta con desconfianza y se volvió a métodos tradicionales que seguramente están más alejados de las necesidades actuales.

El programa de Solidaridad otorgó fondos para el proyecto "escuela digna", que promovió la reconstrucción de escuelas y la reparación del mobiliario de las aulas, obteniéndose cierto éxito en algunas áreas marginadas y rurales.

Con una educación pública al servicio del desarrollo económico, las políticas tanto de Bartlett como de Zedillo, subrayaron la mejora de las educaciones técnica y superior y promovieron la investigación. Se incrementó el presupuesto destinado a estas ramas y se amplió el sistema de becas, tanto para estudiantes como para proyectos de investigación. El fondo para la modernización de la infraestructura proveyó de computadoras y material cuando las comisiones evaluadoras aprobaron los proyectos presentados. Se evitó el incremento salarial general, creándose estímulos al "desempeño académico" y ampliando el Sistema Nacional de Investigadores inaugurado en 1984, para mejorarlos con base en evaluación de preparación y productividad. Esto no ha dejado de crear situaciones delicadas, aunque hay que reconocer la necesidad de estimular la productividad y la dedicación. Esto ha condenado a unos sueldos base excesivamente bajos, que por desgracia son los que rigen el retiro.

Una de las grandes preocupaciones de la Secretaría ha sido la de optimizar el uso de recursos y mejorar la calidad de la educación superior. Con ese objetivo se estableció en 1989, una Comisión Nacional de Evaluación, que iba a revisar los informes anuales institucionales, sobre labores cumplidas y avances en su calidad. En 1991, la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, promovió la constitución de una Coordinación Nacional para la Planeación de la Educación Superior que llevara a cabo la evaluación de las instituciones a través de Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (CIEES), que aplicaron mecanismos adecuados. Estos CIEES han elaborado un método que les permite identificar logros y deficiencias de las instituciones y programas y hacer recomendaciones para modernizar sus estructuras, programas, contenidos, métodos, etc. El programa busca promover la modernización de la educación e inyectarle espíritu de superación a las instituciones de educación superior, aunque es difícil todavía hacer predicciones.[25]

Logros y tareas pendientes

El doctor Zedillo renunció en noviembre de 1993 para hacerse cargo de la campaña del candidato Luis Donaldo Colosio, y los movimientos políticos ocasionaron dos cambios más en la SEP, aunque fueron menos perceptibles y prevaleció la continuidad en la mayoría de los programas.

Nunca es fácil evaluar los logros en la educación pública, pero resulta aún más en un sexenio con tantos cambios políticos y afectado del retraso generado por crisis económicas de dos décadas. A pesar de que el aumento del porcentaje del PIB dedicado a la educación pública llegó a 6%, según declaraciones de Pescador Osuna[26] la educación

[25] Hay siete CIEES: de administración, ciencias agropecuarias, ciencias de la salud, ciencias naturales y exactas, ciencias sociales y administrativas y difusión y extensión de la cultura e ingeniería y tecnología. En 1994 había realizado 118 evaluaciones, tenía en proceso 143.

[26] "Reconoce la SEP fallas en programas", 1994.

pública dejaba mucho que desear al fin del sexenio,[27] pues todavía es reflejo de la terrible desigualdad social del país y no sólo injustamente distribuida en el territorio nacional, sino concentrada en las áreas urbanas:[28] "100 000 comunidades todavía no tienen ningún servicio educativo", lo que no deja de despertar la pregunta ¿de qué sirve declarar que la educación básica obligatoria incluirá la secundaria, si no hemos logrado una educación primaria completa para todos los niños? La justificación para establecerla se atribuyó a que la experiencia internacional revela que una escolaridad adicional, "impulsa la capacidad productiva de la sociedad" y "promueve una más equitativa distribución del ingreso al generar niveles más altos de empleo bien remunerado [...]".[29] Estas razones olvidan mencionar que el aumento de población es el problema esencial del rezago educativo, que convendría atacar frontalmente, sin las tibiezas que la representación mexicana desplegó en el Congreso Mundial de Población en El Cairo.

Aunque resulte menos impresionante sería más lógico esforzarse en proporcionar educación preescolar, tan importante para un mejor desarrollo infantil, puesto que las razones para no hacerla obligatoria resultan poco convincentes y esforzarse en lograr que todas las comunidades tengan primarias completas. En los últimos diez años el déficit de atención en educación primaria se duplicó (de 319 000 a 695 000 niños), con una preocupante concentración en algunos estados. Así, mientras el Distrito Federal, Chihuahua, Nuevo León y Sonora atienden a 100% de la demanda, Aguascalientes, Colima, Chiapas, Michoacán, Oaxaca, Puebla y San Luis Potosí tienen índices menores a 90%. La deserción conduce a que sólo cuatro de cada diez niños que se inscriben en la escuela elemental, terminen su educación secundaria. La baja eficiencia de la escuela también se concentra en los estados de Campeche, Oaxaca,

[27] Díaz de Cossío, 1994; Carranza, 1994; Morales, 1994; Talán, 1994; Gordillo, 1994; Alzati, 1994; Barros Valero, 1994; Guevara, 1994, y Pescador, 1994, pp. 523-636.

[28] Martínez Rizo, 1992, pp. 59-118.

[29] "Exposición", 1993, p. 17.

Veracruz, Yucatán, Guerrero y Chiapas (menos de 50%). Esta baja eficiencia del sistema, hace que de 100 niños que entran a primaria, sólo 62 la terminen y de éstos, 80%, o sea, 52 entren a la secundaria y la concluyan 42.[30] Eso condena a simple retórica la decisión de alargar a nueve años la educación básica obligatoria para todos, pues los problemas educativos de México son tan complejos y agudos que eluden empeños simplemente desarrollistas.

El Instituto Nacional de Educación para los Adultos (INEA), ha mostrado poca creatividad y eficiencia en su tarea de alfabetizar y aún existen 5 800 000 analfabetas y, según reconoció el secretario Pescador Osuna, no se logró la meta de reducir el índice de analfabetismo de 12-8% durante el sexenio y sólo se redujo 11%. Es muy lamentable que en los estados de Chiapas, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Estado de México, Michoacán, Oaxaca, Puebla, Veracruz y Yucatán rebasen el 19%.[31] Las críticas más constantes al INEA, atribuyen el hecho a lo inapropiado del material didáctico utilizado para alfabetizar a los adultos, pero seguramente tiene que ver con la excesiva pobreza de algunos grupos (cuadro 3).

Cuadro 3
BAJO PORCENTAJE

Tasa de educación superior en relación con la población 20-24 años	
Estados Unidos	76.2
Argentina	43.2
Francia	39.7
España	35.4
Israel	34.4
Uruguay	30.5
Portugal	22.7
Bolivia	22.6
Cuba	20.9

[30] DÍAZ DE COSSÍO, 1994, p. 533-534.
[31] "Reconoce", 1994, p. 3 y PESCADOR 1994, p. 632.

Cuadro 3 (*conclusión*)

Tasa de educación superior en relación con la población 20-24 años	
Chile	20.7
Ecuador	20.1
México	15.2

FUENTE: Estadísticas UNESCO, 1993.

Más difícil resulta juzgar la calidad de la enseñanza tan ligada al mejoramiento de la formación y actualización de los maestros[32] y de la provisión de material didáctico, laboratorios, bibliotecas y, algo que todavía es casi inexistente en las instituciones públicas mexicanas, las computadoras y otros medios audiovisuales. Se hicieron esfuerzos encomiables en el sexenio para proveer material didáctico y bibliotecas, pero no llegaron a todos los rincones del territorio.

El mejoramiento de la calidad de la enseñanza depende de la que obtengan los maestros y el proyecto confió en que esto se logrará con la creación de la carrera magisterial, "relacionando preparación y calidad del trabajo a mejores ingresos",[33] pero es temprano para juzgar su éxito. No logró aplicarse todo el programa de actualización y, según parece, el proyecto de viviendas para los maestros quedó en el tintero.[34] El éxito del sistema creado para otorgar estímulos salariales a la preparación, actualización y desempeño, por desgracia depende del grado de democratización de un SNTE hondamente afectado de corrupción.

La educación secundaria ha ampliado su cobertura, en especial mediante la telesecundaria, cuyo desempeño se ha ido afinando durante tres décadas, a pesar de que no se han modernizado los libros utilizados y no llega a lugares remotos. La educación técnica, en la que se ponen grandes esperanzas para la modernización de la producción mexi-

[32] REYES y ZÚÑIGA, 1994.
[33] GORDILLO, 1994, pp. 581-590.
[34] "Fin" 1994, p. 8.

cana, alcanzó, en 1994, una matrícula superior al millón de estudiantes. No obstante, una gran parte de los alumnos carece de una instrucción media que les permita adquirir un entrenamiento sólido, por eso una parte del esfuerzo se ha volcado en capacitación en el lugar de trabajo. Sin duda hay que dar mayor coherencia de los diversos sistemas existentes[35] y conseguir la franca colaboración de los empresarios, a quienes beneficiaría. Sobre la educación técnica pesa también el prejuicio hispánico contra el trabajo de cuello azul y, a pesar de garantizar muchas veces buenos sueldos, las familias y los estudiantes aspiran hacer carreras universitarias. De esa manera, los bachilleratos bivalentes creados para seguir carreras técnicas o agrícolas, se utilizan muchas veces como trampolín para proseguir las carreras tradicionales.

El mundo de la educación superior, tanto tecnológica como universitaria, abarca 863 instituciones con políticas diversas de las cuales sólo unas cuantas realizan investigaciones concentradas en las instituciones públicas y fundamentalmente en la Universidad Nacional Autónoma de México. La educación superior es reducida, aun en comparación con otros países de la región (cuadro 3) y sufre de la misma desigualdad que padece la básica y está concentrada en la ciudad de México, aunque se han empezado a crear polos de excelencia en provincia.

Por otra parte, los movimientos sindicales y políticos estudiantiles han hecho perder prestigio a las instituciones públicas. Esto incluye a la Universidad Nacional Autónoma de México, a pesar de su impresionante labor de docencia y de investigación, lo que se ha traducido en menores oportunidades de trabajo para sus graduados y una preferencia para las instituciones privadas. El fenómeno se refleja ya en la vida pública y los graduados de instituciones privadas han remplazado en puestos clave a los de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional.

Para mejorar la educación superior y generar investigación científica, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecno-

[35] Talán, 1994, pp. 566-580 e Ibarrola, 1993.

logía (Conacyt) incrementó el presupuesto asignado a la ciencia y la tecnología y creó una serie de Fondos para promoverla, aunque todavía México está retrasado en este aspecto comparado con otros países de la región, pues cuenta con sólo 2.2 investigadores por cada 10 000 habitantes, lo que significa menos de 10% de los países desarrollados.[36]

La evaluación de la educación realizada por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), concluye que los marcos legal e institucional mexicanos para la ciencia y la tecnología, es obsoleto, que no hay coordinación ni control de la investigación entre los diversos sectores y se carece de criterios uniformes,[37] crítica que parece válida, a pesar de que el documento, en general, pasó por alto la complejidad de la situación mexicana y desconoció los esfuerzos hechos por aumentar el nivel de eficiencia, como lo expresó el doctor José Sarukhan, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.[38]

La forma acelerada en que se aplicó el proyecto económico ante la ilusión de que la apertura hiciera un milagro, impidió hacer los cambios sustanciales en la educación que el nuevo orden requería, por lo tanto, la tarea fundamental está por delante. Sería conveniente que el gasto se ajustara a la austeridad que requiere que buena parte de nuestra población viva en una miseria vergonzosa. Es importante proyectar la imagen de México en el exterior, pero como podemos ver en los números recientes de *Time, Newsweek, National Geographic* y periódicos de todo el mundo, los empeños por mostrar nuestra herencia cultural no borran los que generan los inconcebibles contrastes sociales que resultan sorprendentes a fines del siglo XX.

[36] *Pacime,* 1994, p. 11.

[37] El documento "Revisión de la política de ciencia y tecnología de México" de la OCDE fue presentado a la SEP el 10 de octubre del presente. *La Jornada* (11 oct. 1994) y *Proceso,* 937 (17 oct. 1994).

[38] "Objeta", 1994.

REFERENCIAS

"Acuerdo"

1992 "Acuerdo Nacional de la Educación Básica", en *Diario Oficial de la Federación,* 464:II (19 mayo), pp. 4-14.

ALZATI, Fausto

1994 "Una Visión sobre la Modernización de México: Ciencia y Tecnología", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 592-597.

BARROS VALERO, Javier

1994 "El Sistema de Educación Superior en México", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 598-612.

BELTRÁN DEL RÍO, Pascal

1990 "El pragmatismo estilo estadounidense llega a la educación. Bartlett va imponiendo su proyecto: menos clases, menos maestros, menos alumnos, en *Proceso,* 723 (10 sep.), pp. 6-8.

CAMPA, Homero

1989 "La revolución educativa se vuelve modernización y traerá consulta", en *Proceso,* 637 (16 ene.), pp. 30-31.

1989a "En los Pinos y Gobernación el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación cambió con todo y líderes", en *Proceso,* 652 (1º mayo), pp. 14-18.

1991 "La modernización será ahora a partir de criterios de la UNESCO. Apenas iniciados, reforma la Secretaría de Educación Pública los planes para reformar la educación", en *Proceso,* 749 (14 mar.), pp. 24-27

CARRANZA, José Antonio

1994 "La educación Básica en el Proyecto Educativo Mexicano", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 544-555.

"Decreto"

1992 "Decreto presidencial para la celebración de convenios en el marco del Acuerdo para la modernización de la Educación Básica", en *Diario Oficial de la Federación,* 464 (19 mayo 1992), p. 3.

1993 "Decreto que declara reformados los artículos 30 y 31 fracción 1, de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos", en *Diario Oficial de la Federación,* (5 mar.), pp. 2-3.

Díaz de Cossio, Roger

1994 "La Educación y la Cultura. Retos, Perspectivas y Propuestas", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 532-543.

Documentos

1994 *Documentos de Trabajo para su discusión. 1. Los fines y objetivos de la Educación en los albores del nuevo milenio,* Primer Congreso Nacional de Educación. México: Sindicato Nacional de Trabajadoes de la Educación.

1994 *Documentos de Trabajo para su discusión. 2. La Federalización de la Educación Básica. ¿Mecanismo apropiado para la reorganización del sistema educativo mexicano?,* Primer Congreso Nacional de Educación. México: Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación.

"Exposición"

1993 "Exposición de motivos de la iniciativa de reformas constitucionales, presentada por el presidente de la República, Lic. Carlos Salinas de Gortari", en *Artículo 3o. constitucional. Ley General de Educación.* México: Secretaría de Educación Pública, pp. 13-25.

"Fin"

1994 "Fin de Sexenio. Política Educativa. Educación, sector rezagado", en *La Reforma* (30 oct.), p. 8.

Fuentes Molinar, Olac

1990 "Los retos educativos del sexenio. Educación territorio devastado", en Rosa Albina Garavito y Augusto Bolívar (ed.), *El cotidiano. México en la década de los ochenta. La modernización en cifras.* México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 339-343.

1990a "La modernización educativa", en *Cero en conducta,* 5:20 (jul.-ago.), pp. 12-16.

GORDILLO, Elba Esther

1994 "Formación, Actualización y Superación Profesional de los Educadores y Calidad de la educación", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 583-591.

GUEVARA, Julieta

1994 "La Cultura Nacional", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 613-629.

HEVIA RIVAS, Ricardo

1991 *Política de descentralización en la educación básica y media en América Latina.* Santiago: Organización de las Naciones Unidas para la Educación de la Ciencia y la Cultura-REDUC.

IBARRA COLADO, Eduardo

1993 "Neoliberalismo, educación superior y ciencia en México. Hacia la conformación de un nuevo modelo", en *La universidad ante el espejo de la excelencia.* México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 117-182.

IBARROLA, María

1993 *Industria y Escuela Técnica. Dos experiencias mexicanas.* México: Fundación Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación.

LATAPÍ, Pablo

1975 "Reformas educativas en los últimos cuatro gobiernos (1952-1975)", en *Comercio Exterior,* 25 (12 dic.), pp. 1323-1334.

"Ley"

1993 "Ley General de Educación Pública", en *Diario Oficial de la Federación,* 478 (13 jul.), pp. 2-13.

LOCKHEED, Marlene E. y Adrian M. VERSPOOR

1988 "El mejoramiento de la educación primaria en los países en desarrollo: examen de las opciones de política". Washington: Banco Mundial.

MARTÍNEZ RIZO, Felipe

1992 "La desigualdad educativa en México", en *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos,* 22:2, pp. 59-118.

MORALES, Sofía Leticia

1994 "Nueva relación entre el Estado y la Sociedad. Educación de Adultos y con Adultos", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 556-565.

NORIEGA, Margarita

1993 "La descentralización educativa. Los casos de Francia y México", en *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos,* 23:1, pp. 22-31.

"Objeta"

1994 "Objeta el rector de la UNAM las recomendaciones internacionales", en *Proceso,* 938 (24 oct.), pp.37-39.

Pacime

1994 *Pacime. Programa de Apoyo a la Ciencia en México. Reglas de Operación.* México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

PESCADOR, José Ángel

1994 "El Futuro de la Educación en México", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 630-636.

Programa

1989 *Programa para la Modernización Educativa, 1989-1994.* México: Poder Ejecutivo Nacional.

"Reconoce"

1994 "Reconoce la SEP fallas en programas", en *La Reforma,* (19 oct.), p. 3.

REYES, Ramiro y Rosa María ZÚÑIGA

1994 *Diagnóstico del Subsistema de Formación Inicial.* México: Fundación Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación.

TALÁN, Raúl

1994 "Educación Técnica y la Formación de Recursos Humanos para el trabajo", en Instituto de Investigaciones Legislativas, *Democracia Mexicana. Economía, Política, Sociedad.* México: Secretaría de Educación Pública-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, pp. 566-581.

TIRADO, Felipe

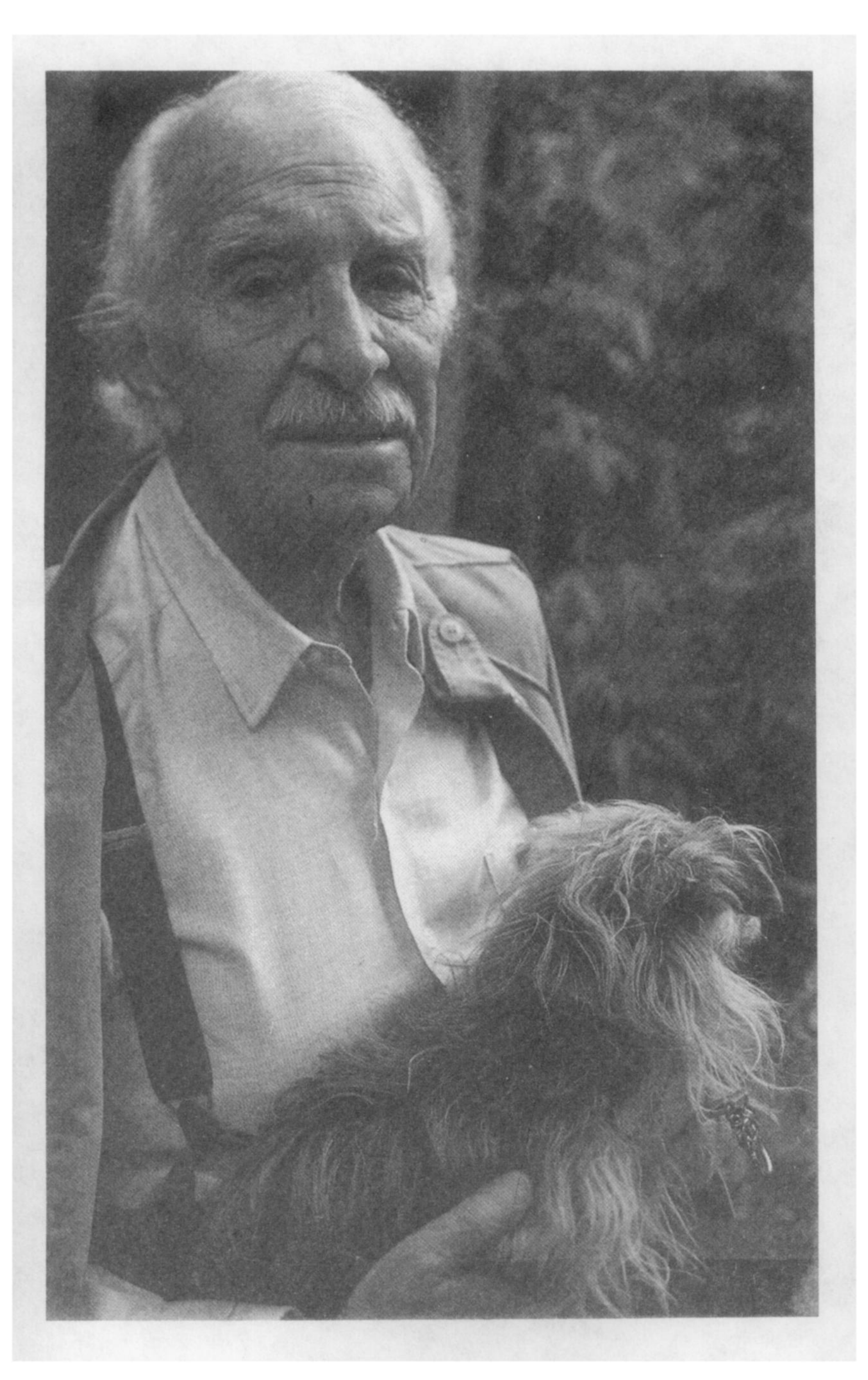
1986 "La crítica situación de la educación básica en México", en *Ciencia y desarrollo,* XV (nov.-dic.), pp. 81-94.

1990 "En torno a la calidad de la educación pública en México: antes y ahora", en *Ciencia y desarrollo,* XVI (mar.-abr.), pp. 59-69.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

1992 "Nuevos y viejos libros de texto" en *La Jornada* (3 sep.), p. 6.

1994 "Política sexenal y desperdicio de recursos, problemas torales en educación", en *Excelsior* (8 sep.), pp. 12.



UNA ENTREVISTA CON EDMUNDO O'GORMAN

Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

EN EL PROCESO DE INVESTIGAR la filosofía de José Gaos y su presencia en el pensamiento actual en México, apareció el nombre de Edmundo O'Gorman como uno de los más destacados representantes de la historiografía mexicana contemporánea, tanto por sus múltiples y valiosas obras, publicadas durante una larga vida, como por una labor de formación de historiadores desde su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es conocida su íntima amistad con el exrector de la Universidad de Madrid, que se inició desde la llegada misma de los transterrados a México y que se prolongó hasta el fin de su vida.

Don Edmundo me concedió esta entrevista el 25 de mayo de 1995, apenas unos meses antes de su muerte.

...

Pregunta: ¿cómo conoció a José Gaos y cómo se despertó su vocación filosófica?

O'Gorman. Comencé por hacer la carrera de derecho y ejercí la profesión de abogado durante unos nueve años. Pero siempre tuve mucha afición a la lectura, sobre todo en inglés, porque soy medio irlandés y medio inglés. Y llegó un momento en que me aburrió la profesión de abogado. Fue una especie de rayo, como el que tuvo San Pablo. Estando en mi despacho con uno de mis clientes al que

yo le llevaba los asuntos, leí los papeles que traía, de una hipoteca, y me dije: "Ahora o nunca. Yo no quiero seguir más de abogado. Dios no me trajo al mundo para hacer esto". Le devolví los papeles a este excelente amigo y le dije: "Mira a mí no me importa lo que pienses, pero yo no quiero seguir en mi vida de abogado litigante. No quiero. Desde este momento, no volveré al despacho". De manera que lo dejé.

Pero poco después, acostumbrado como estaba a ganar dinero en el despacho, me encontré un poco en el aire, y un buen amigo que estaba en Gobernación me dio un puesto en el Archivo General de la Nación. Eso sí que fue para mí un encanto porque la historia siempre me ha gustado: desde niño he leído mucha historia. Y de esa manera ganaba dinero en una cosa que me gustaba mucho. Allí, en ese archivo, me encontré como en el paraíso: manejaba papeles y documentos, en vez de leyes. Para mí fue la gran oportunidad de enterarme de la intimidad misma de la historia de México. Ese archivo es enormemente rico, sobre todo en la parte colonial, que es la que yo estudiaba más. Y esto ya me encauzó, de una manera seria, a lo que yo quería ser: historiador.

Volví entonces a la universidad, a la facultad de filosofía, y allí reconocieron mis estudios legales. Entré a la facultad con un doble carácter, como maestro, porque yo daba clases, y como discípulo.

P. ¿En qué materia daba clases?

O'G. Yo había escrito, como abogado, un librito de historia jurídica. Un libro que tiene muchas ediciones ahora, que se llama *Historia de las divisiones territoriales en México,* y que se lee muchísimo. Yo no diría que sea mi mejor libro, pero me dio pie para entrar como profesor en la facultad con esa materia. Y luego tenía que suplir las materias que me faltaban para obtener el título de doctor en filosofía y letras. Fue en ese momento cuando vinieron los españoles refugiados, y tuve la suerte, muy grande, de encontrarme casi de inmediato con José Gaos, y trabar amistad con él. Él era entonces mi guía y también mi maestro. Entré a sus cursos, estudié todas las materias que él

daba, y para no hacer esto más largo, pasé todos los trámites, obtuve mi maestría en filosofía y luego el doctorado.

P. ¿Usted asistió también a sus cursos de metafísica?

O'G. Mire usted, al final no, porque Gaos, en un gesto quijotesco, se marchó de la facultad. Hubo unos conflictos universitarios y con un gesto a la española, que a mí, en el contexto, me pareció un poco exagerado, se fue a dar clases a El Colegio de México. Y ahí ya no le seguí. Los más importantes fueron una serie de cursos de historia de la filosofía, que es filosofía, por supuesto. Y así es como me aficioné a eso y combiné, como era normal, la filosofía que estaba estudiando en esos cursos, con la historia. Porque mi primer libro, la *Historia de las divisiones territoriales en México*, era de historia. Y luego combiné historia y filosofía, cosa muy frecuente, pues no están peleadas. Entré a la Facultad de Filosofía para dar mis cursos sobre diferentes materias, sobre todo filosofía de la historia, y ya me quedé allí para el resto de mi existencia, hasta la fecha.

P. Desde los años 40, José Gaos, Justino Fernández y usted formaban un grupo de amigos muy íntimo ¿no es así?

O'G. Yo era muy amigo de Justino desde la niñez; él era crítico de arte. Pero sí, hicimos un pequeño grupo muy cerrado, muy íntimo. Además iban Gustavo Pizarro, que ya murió, Enrique del Moral, que ya murió... Un pequeño grupo en torno a Gaos, por decirlo así, que teníamos la costumbre de merendar o cenar una vez por semana.

P. Justino cuenta una experiencia que tuvieron juntos, cuando fueron a un convento a vivir con los frailes. Aunque parece que no les duró mucho.

O'G. Pero eso no tuvo que ver nada con Gaos, que ni siquiera había llegado a México. Fue una aventura clásica de adolescencia de jóvenes, nada más por... pues no sé por qué, por esas cosas de chicos.

P. Siendo los tres profesores, en esas reuniones semanales, naturalmente, discutían sobre los libros o las tareas que tenían entre manos, ¿no?

O'G. Sí, claro.

P. Entonces, ¿su libro sobre *La invención de América* también lo que discutieron allí?

O'G. No. Ése fue un libro muy personal. No tengo memoria de las fechas, se me olvidan todas, por eso soy buen historiador. No, ninguno de mis libros propiamente tiene una directa influencia de la enseñanza de Gaos. A Gaos le considero mi amigo y mi maestro en el sentido más que formal, en el sentido de una amistad íntima, de vernos muy seguido. Y era un hombre muy sabio, un excelente expositor en la cátedra. Ese contacto puedo considerarlo parte de mis estudios, pero no formales. Esas reuniones no eran como de clase, sino de amigos para tomar café, platicar de todo lo que hubiera: de teatro, de algún libro, de algún chisme de la facultad, en fin, de alguna cosa, pero no formal. Pero sí lo considero como parte muy importante de mi formación, porque sería muy ingrato que no reconociera todo lo que le debo de enseñanza. Como le digo, fui a sus clases también, pero yo ya era mayor, ya estaba formado, era abogado. Sabía mucho más de la vida que Gaos, ¿no?

P. Siempre se les ha considerado como un tándem, en el sentido de que su exposición de filosofía de la historia era, en cierta manera, el complemento de lo que habría hecho Gaos, si hubiera hecho filosofía de la historia. En ese sentido se compenetraban muy bien, ¿no?

O'G. Sí, quizás sí. Es muy difícil decir qué le debe uno o no a los profesores. Sobre todo cuando se es ya gente madura. Un niño sí sabe lo que debe a su profesor. Pero yo era un hombre formado, con nueve años de práctica en tribunales y para el mundo y el conocimiento del mundo, yo era más sabio que Gaos.

P. De lo que no cabe duda es de que usted ha sido un innovador en el panorama de la historiografía mexicana.

O'G. Creo que eso sí. Ahora, si eso se lo debo a Gaos o no, la verdad, no lo sé.

P. La relación con la escuela de Altamira, con Silvio Zavala, se hizo un poco conflictiva, ¿recuerda eso?

O'G. Sí. Cuando Silvio vino a México, trajo su fama de estudiante muy adelantado de esa escuela de Altamira, un maestro español ya viejo y muy reconocido. Sí, hubo cierto conflicto porque Silvio trajo esa fama y le nombraron inmediatamente miembro del Colegio Nacional y todo eso.

Yo desde luego era más historicista que un historiador: el historicismo con su relativismo y, en fin, toda la corriente que considero vigente para entonces y todavía hoy. Yo había leído muchos textos publicados por el grupo de Ortega y Gasset y también textos ingleses. Entonces, hubo un claro conflicto, en el sentido de que esa visión de la historia muy positivista, que es en realidad la de Altamira, me parecía muy respetable, pero anticuada; que había que pensar otra historia, que se haga otras preguntas, que tenga otros intereses, otro punto de vista más filosófico, más relativista y no absoluto; sin las pretensiones del positivismo de poder presentar una visión de la historia como verdad absoluta. Todo eso que empieza con Nietzsche, con Bergson, con todo este grupo que es una verdadera rebelión contra el positivismo. Y en México lo seguí un poco y me convertí en su caudillo en mis clases. Tuvieron mucho éxito, porque ya estaban aburridos de este grupo de historiadores. Entre Silvio y yo más que un pleito hubo una oposición, evidentemente. Creo que fui un poco violento en mi crítica a su tipo de historia. Pero no llegamos a un pleito-pleito. Ahora nos vemos y nos saludamos, sólo que considero que mi punto de vista es enteramente distinto al suyo.

P. Llegaron incluso a acordar un debate, a varias bandas.

O'G. Sí, pero no acudió. Él no fue.

P. Quizá ésa es la polémica que hubiera resultado más interesante.

O'G. Sí, pero la verdad, no tuvo lugar. Entiendo que se sintió incómodo, pero nunca me dijo por qué no asistió y ya no se celebró. De un lado yo había nombrado a Gaos y a Ramón Iglesia, que eran mis dos amigos; y él había nombrado al señor Altamira y a algún otro de la posición positivista, Domingo Barnés, creo. Ellos sí se presentaron, pero ya no hubo propiamente la discusión que pensábamos que sería con él. Fue un poco un fracaso. No sé si se enfermó, no lo sé.

P. Sin embargo, la discusión con Bataillon no fue tanto de método, como de contenidos.

O'G. No. Ésa fue una polémica más bonita y la discusión con Bataillon se publicó en un librito.

P. Lo que he observado es que las críticas de Gaos o las reseñas de Gaos a sus libros, suelen ser bastantes elogiosas, y se percibe la comunidad de ideas. Pero en la última, en 1968, en *Historia y ontología,* Gaos hace un planteamiento un poco distinto.

O'G. Sí

P. ¿Ustedes discutieron ese tema, ese planteamiento?, porque él busca un sustrato más hondo, filosófico y parece acusarle de ser sustancialista.

O'G. No, no hubo una plática al respecto, no fue el resultado de una confrontación personal. Él lo escribió por su cuenta.

P. Pero lo que le dice, lo que le reprocha y le llega a confrontar como última pregunta fundamental es si las esencias son ideas y las ideas son esencias, ¿es que las ideas históricas tienen una esencia eterna e inmutable, o acaso son otra clase de ideas que, como históricas, varían de contenido y significado? Usted, ¿qué contestaría a esa pregunta?

O'G. Pues así de repente, ¿qué se le ocurre a usted?, no lo tengo presente ahora, hace mucho tiempo.

P. Pero ahí hay una cuestión muy importante, porque parece que Gaos es el que varía.

O'G. Era él el que más había variado. Si alguien se hizo más sustancialista fue él, no yo.

P. ¿Usted afirmaría, más bien, que las ideas tienen su vida propia?

O'G. Sí. Quizá eso es un relativismo que le pareció excesivo, pero mire usted, es natural pensarlo así. Un filósofo va a tender hacia el absolutismo; no es que lo sea, pero va a tender. Un historiador, tiende hacia el relativismo necesariamente, porque justamente está viendo el transcurso del tiempo y el proceso de las ideas. La tendencia del filósofo es hacia una verdad más firme, por no decir más absoluta. El historiador, al contrario. El tipo de historia que a mí me gusta y la que yo he hecho —porque también hay el tipo del historiador positivista, por supuesto—, es al contrario: es ver cómo se desarrolla un pensamiento histórico en vista de las circunstancias, y que no se puede hacer la pregunta clásica del sentido de un suceso en el sentido

positivista. Su sentido es relativo. A la pregunta antigua clásica de ¿qué sentido tiene el asesinato de César?, uno responde, sí, tiene sentido, pero dentro de un contexto. La única manera de llegar a ese sentido no es preguntándole al suceso, sino insertándolo en la circunstancia en que se da y, por lo tanto, es relativo.

P. Eso es el primer paso, muy orteguiano. Pero después de eso se plantean una serie de cuestiones que no son fáciles de resolver coherentemente, y en eso es en lo que quería profundizar Gaos. Hay una pregunta entre los filósofos, pero también entre los historiadores, en definitiva ¿quién es el sujeto de la historia?, y hay muchas posibles respuestas. Si no nos planteamos una pregunta tan grandilocuente, sino desde el punto de vista del historiador, del que hace historiografía, ¿es que cada historiador, cada lector, hace su propia historia, a la vista de los datos?

O'G. Yo diría que cada generación. Es mejor pensarlo así, no tan individual como cada historiador. Aunque dentro de la generación haya diversidad, sí hay un sentido, una manera de pensar. Por ejemplo, Ramón Iglesia y yo pensábamos en esa tendencia y nos reíamos mucho de los positivistas. Pero, analizado así, quizá yo era más historicista que él. Son variantes, no cosas que se puedan puntualizar, hasta aquí sí, hasta aquí no ¿verdad?; podíamos decir que me tocó este momento interesante, que venía desde el siglo XVII [que ya es decir] de ir viendo, ir comprendiendo y aceptando que si la historia es el estudio del hombre, porque su sujeto es el hombre y la vida humana, de suyo es imposible que pueda pronunciar verdades semejantes a las de las ciencias naturales. Lo que pasó es que en el siglo XVII el éxito de las ciencias naturales fue tan grande [porque se hicieron las grandes matemáticas: Pascal y Bacon, etc.], que la historia se sintió menoscabada, y entonces hubo ese intento muy serio, sobre todo en los alemanes, de hacer una historia positivista, como si fuera una historia objetiva. Pero en el siglo XX privó la tendencia del otro lado. En España, Ortega es muy importante porque entiende la vida humana como algo que no se puede asir de una manera igual que la del botánico analizando una planta. ¿Cuántas

hojas tiene una planta?, le interesa al historiador, pero al botánico no le importa, porque todos los pinos tienen igual número... Y hubo gran división ya en mi generación, porque yo soy un poco más joven que Gaos. Pero esa generación se dividió en este tema con mucha intensidad. Escolarmente, hubo todavía muchos en la escuela positivista, y los más independientes, digamos, rebeldes, engrosamos la escuela relativista, el historicismo.

P. Además de Gaos, la historiografía norteamericana era a la que se tenía más en cuenta en México, ¿no? ¿Cuáles eran los libros que tenían más influencia?

O'G. No, la historiografía norteamericana tuvo poca influencia, no sé si por los que fueron a estudiar historia allá. Pero decir historiografía norteamericana, es mucho decir, como si fuera única. Tiene variables, hay historiadores muy interesantes, muy buenos; también hay absolutismo y relativismo. En términos generales, es muy puntillosa, de muchas notas, muy objetiva, muy descriptiva, y no se hace preguntas generales. Yo tuve polémicas con historiadores norteamericanos como Lewis Hanke, por ejemplo, y la polémica era una extensión de la que enfrentaba aquí, porque los norteamericanos, en términos generales, salvo los más talentosos, son todavía muy objetivistas, muy positivistas.

P. ¿Y el caso de Toynbee?

O'G. Toynbee es un caso muy distinto. Sin embargo, a mí no me gustó mucho. Me gustó que escribiera un inglés muy bonito y además fuera un hombre inmensamente sabio, inmensamente erudito. Era extraordinario. Pero nunca me entusiasmó. También tenía su caída muy positivista.

P. ¿Tuvo un gran impacto, tanto en Gaos como en Ortega?

O'G. Lo que pasa es que Toynbee en su tiempo tuvo un éxito bárbaro. Un gran impacto. Pero a mí, quien me impactó fue Ortega.

P. ¿Recuerda qué obra?

O'G. Pues todas. Pero además tiene una obra específica sobre historia, ¿no?

P. Sí, *Historia como sistema* y también el prólogo a la *Historia* de Émile Bréhier tiene mucha importancia en la descripción de su pensamiento sobre la historia.

O'G. Era un hombre muy inteligente, muy atractivo. A mí me sedujo.

P. ¿Le conocía ya en profundidad antes de la venida de Gaos?

O'G. Sí, aquí teníamos toda su bibliografía y leíamos la *Revista de Occidente.*

P. ¿Considera que es más central en su pensamiento que el mismo Gaos?

O'G. Pues sí, desde luego. Pero también, porque Gaos le dio a conocer y Gaos me hizo leer a Ortega. Leí todas sus obras.

P. ¿Tuvo relación con otros exiliados españoles?

O'G. Conocí a García Bacca, pero él, Bacca no hizo historia. Debe haber muerto ya. Era de la generación anterior a la mía, muy seductor, pequeños destellos muy bonitos. Gaos le animaba mucho a escribir. Sabía muchas cosas, y era cura además, bueno, fraile, y tenía páginas enteras que discutían cosas que a nadie le importaban. "Pero a él sí le importan", decía Gaos. Era muy inteligente, a él no le gustaba dar clase, aunque dio clase toda su vida. Luego se fue a Venezuela, se marchó pronto de México.

P. ¿Cómo es la historiografía en México después de la obra de Gaos?

O'G. Ha pasado algo curioso. Cuando yo daba clase en la universidad, tuve muchos alumnos. Mi clase era, perdonando la vanidad, un éxito. Se llenaba el salón y tenía yo mucho "pegue", como se dice aquí. Todavía ahora, a mí me conmueve mucho que cuando hay una sesión en la universidad, todo el mundo se pone de pie y me aplaude. Que no lo merezco, pero así pasa. Pero ha habido lo que yo considero un retroceso lastimoso. La lección que dejó Ortega, incluso antes, porque Ortega no es un hongo que nazca de repente, y después con Gaos y conmigo, ha desaparecido. Yo puedo decir que no tengo alumnos, que pesó muchísimo la tradición positivista, y que sigue pesando muchísimo. Mire usted, yo no veo ahora a un historiador mexicano que me entusiasme para nada.

P. En España está ahora alguien que se considera su alumno, y que trabajó con usted: Juan Marichal.

O'G. Ah, sí. Es un chico muy inteligente y muy simpático. Pero él está en Princeton.

P. Él está en España, ahora.

O'G. Ah, ¿ya se fue de Princeton? Porque yo lo envié ahí, yo soy culpable de que haya ido a Estados Unidos. Culpable, pero le hice mucho bien, porque allá se casó y tenía un buen puesto. Muy simpático e inteligente, y tengo muy buen recuerdo de él. Pero yo no puedo evaluar su pensamiento, porque no estoy así muy al corriente. Pero lo que yo le conocí, me pareció una gran promesa. ¿Qué hace ahora?

P. Pues él está haciendo una historia del pensamiento liberal en España. El término que utiliza es el de humanismo solidario, denominando así la aparición de ese pensamiento en los pensadores de habla española, desde 1492, que él propone como surgido del contacto de las dos culturas. Ahora lo está escribiendo como libro.

O'G. Pues puede hacer un libro muy bonito.

P. Él estudió mucho también a Manuel Azaña.

O'G. Tenía una tendencia muy política, y no me refiero al político de plazuela.

P. Es que en España hemos tenido unos historiadores políticos muy agresivos. Marichal es un elemento equilibrador.

O'G. Me parece muy interesante. Yo le traté bastante poco cuando él se arrimó a mí. Tuvimos una amistad, me simpatizó y salió la oportunidad de que me pidieran de los Estados Unidos un candidato y le pregunté si se quería ir, y me dijo que sí. Entonces lo mandé allá e hizo una carrera. Lo quieren mucho, es muy buen maestro, muy cumplido. Mi recomendación le sirvió mucho, y alguna vez que anduve por ahí lo vi y estuvimos juntos. Pero se alejó mucho, ya no sé nada de él. Creo que tendrá un buen recuerdo mío.

P. Pues sí, le puedo decir que le recuerda con mucho cariño. Volviendo a su obra, el libro sobre el criollismo usted lo escribe después de la muerte de Gaos, o por lo menos aparece después.

O'G. En fin, no llega a libro. Yo ya escribo muy breve, porque me parece un error escribir libros muy grandes

ahora. Nadie los lee, no hay tiempo, el libro grande está fuera de época. Digo, en la Edad Media eran inmensos, no grandes sino inmensos, pero creo que con toda la tendencia de la televisión, el libro sigue teniendo su lugar predilecto, pero no tanto, y si quiere uno que lo lean, hay que escribir corto.

P. Es que Gaos, en su crítica de *Historia y ontología*, hablaba de que usted consideraba la esencia de América como el ser la "nueva Europa". ¿Eso influye algo sobre el planteamiento de su libro sobre el criollismo?

O'G. Sí, claro, por supuesto. Y luego surge el gran conflicto de nuestra historia que es el criollo y el peninsular, precisamente, porque el criollo, creo que lo expongo, dice uno ¿es indio? pues no; ¿es español?, pues no. Hay mucha diferencia con un gachupín. Ése es el hombre americano, americano de la América española. Eso es lo que digo, creo.

P. Por eso le preguntaba si hay una directa relación, porque decir que la esencia de América es ser la "nueva Europa"...

O'G. Yo creo que usted me está calumniando, porque yo no creo haber dicho eso.

P. Gaos dice que lo dice usted.

O'G. Es una palabra que todos usamos, pero a la que le tengo pánico. Yo creo que no existen las esencias. Pero en fin, la nota, distinguida, especial, específica, esencial, ¿eso dice?

P. Sí, se lo comento, porque me parecía casi un reproche. Él dice que usted identifica la esencia de América, con la "nueva Europa". Que la esencia de América consiste en ser la "nueva Europa".

O'G. Ah, bueno, eso sí es cierto. Ésa es fundamentalmente una aproximación a mi tesis de la idea del descubrimiento. *La idea del descubrimiento* me parece a mí lo mejorcito de lo que he escrito. Dentro de la concepción del mundo tripartita, viejísima, desde los babilonios, imagínese, surge entonces como cuarta parte, pero cuarta parte que todavía no dice qué es, porque está pegada a las otras partes, para que sean cuatro. Lo que digo es que lo

que lo distingue es esa parte que no es una continuación ni de Asia ni de África, sino que es una prolongación de Europa. Y se diferencia luego mucho, pero es una "nueva Europa". El sentimiento inicial es una nueva Europa. Y creo que todavía es más o menos válido.

P. Creía ver en la respuesta del criollismo, por lo menos una matización, a esa "nueva Europa", como esencia propia, no referencial.

O'G. Más que esencia, como distinción, lo que lo hace distinto. Por ejemplo, nosotros hablamos un español muy suave, muy bonito ¿verdad? La gente educada habla un español muy bonito, mejor que el español de España, me parece a mí. Entonces, la liga con la Nueva España, pues se llama Nueva España, que tiene con España una liga ontológica, evidentemente, pero supongo que lo que dije yo es que el criollismo es el producto visible, histórico de esa diferencia, que ni es indio, ni es español. Es la creación de un tipo de hombre, de una manera de hombre distinto. Y eso sí me parece clarísimo. Creo que contesto a su pregunta. No estoy seguro.

P. También quisiera preguntarle otra cosa: como le he dicho, estoy trabajando sobre la influencia de Gaos en el México actual ¿piensa que para averiguar eso, debería entrevistar a otros historiadores?

O'G. Mire usted, Gaos tuvo un grupo de amigos, entre los que yo fui muy distinguido, el más cercano a Gaos. Porque Justino era crítico de arte. También Juan Ortega y Medina al principio, pero después no. Escribe libros bonitos, pero se volvió positivista.

P. ¿Y la escuela de la historia de las ideas que surge después de Gaos?

O'G. Bueno, sí. Pero mire, yo fui crítico de eso siempre, porque a mí me parece que toda la historia es historia de las ideas, inevitablemente. Eso lo tomó más Leopoldo Zea, que fue un discípulo mucho más directo de Gaos. Su tesis doctoral que es su mejor libro, *El positivismo en México*, tuvo influencia muy directa de Gaos.

P. ¿Y no considera que la escuela siga a Gaos?

O'G. Pues yo creo que ya no tiene escuela.

P. Hubo además de Zea, un buen puñado de personas, sobre todo filósofos, que hicieron tesis doctorales, sobre historia de las ideas o historia de la filosofía mexicana.

O'G. Cómo no. Sí, en ese grupito en que estuvo Villoro y los Hiperiones. Pues ése sí fue un grupo muy derivado de Gaos. Pero ahora, con excepción de Villoro, los que quedan, que ya no sé quiénes son, reniegan de la paternidad de Gaos. Dicen que les hizo perder el tiempo.

P. ¿Por qué piensa que eso es así? ¿Es una especie de complejo freudiano, de matar al padre?

O'G. Pues claro que sí. Es una cosa muy fea. Muy falta de gratitud. Por ejemplo, a Rossi le he oído decir, "fue profesor", en un tono muy negativo. No quieren reconocerle, como yo le reconozco, que fue un excelente profesor. Es más, creo que la tragedia más íntima de Gaos es que fue un estupendo expositor y un pésimo escritor. Es horrible leer a Gaos. Yo tengo un libro que me dedicó. Lo leí, claro, y no le entendía ni en parte. Un día me comentó Américo Castro: "Pues ¿qué le pasa a Gaos?". "Pues, don Américo, no sé, ¿qué le pasa?". Y contestó "Pero es que no se puede escribir sin verbos", comentó Américo. Ésa es una crítica general, porque no se podía leer ese libro. Muy mal, escribía muy mal. Muchos paréntesis, fechas para acá para allá. Salvo alguna cosilla breve, que era bonita, es ilegible. No invita a la lectura, siendo discípulo, de lo contrario que fue Ortega. Ortega yo creo que además de lo original que tiene, era un escritor extraordinario. Yo creo que era muy seductor y creo que todavía se lee. Yo leo a Ortega con gusto en cualquier momento y eso no me pasa con mi amigo Gaos. No le he vuelto a leer.

P. Con gusto, desde luego, es difícil.

O'G. Escribía muy mal. Yo le decía a Gaos: "Vamos a grabarle a usted y eso publicamos". No le gustó nada. "Hombre ¿es que mis frases no son correctas?" Claro, una frase puede ser perfectamente correcta gramaticalmente, pero no se trata de eso. Tuvo una pequeña dificultad ahí, pero es cierto, yo escribo mucho mejor.

P. Y los otros discípulos de Gaos, Salmerón…

O'G. Salmerón es un poco más cercano. Escribió la tesis, ¿no?

P. Sí. Es un poco más joven que Zea. Pero tampoco sigue la misma trayectoria. Y Vera Yamuni, que ha escrito también algo sobre Gaos. Es curioso ese corte que hay después de él.

O'G. Sí, es curioso. Un hombre que tuvo mucha influencia, que fue muy nombrado y todo, pero yo creo que se debe fundamentalmente a su falla como escritor, porque leerlo es un martirio.

P. Y quizá el hombre más joven que en este momento se reconoce como su discípulo es Andrés Lira.

O'G. Andrés Lira, sí. Cuando se fue a El Colegio, Andrés fue el que lo recibió más, lo trató más y fue su amigo. Sí; está muy bien visto por usted. Andrés es un muchacho inteligente. También le falta escribir un libro bueno, que puede escribir algún día. Es el más cercano hoy, sin duda.

P. ¿Cómo se explica que Gaos sea más reconocido por los historiadores que por los filósofos?

O'G. Mire usted, Gaos daba unas lecciones estupendas. Pero él tenía la caída de ser historiador. Y la verdad, no era. Se volvía positivista con la historia. Es donde yo no lo seguí para nada. Cuando él llega, yo ya era un historiador, era lo que me gustaba. Y la verdad, cuando él hacía historia, hacía historia positivista. Era la que le gustaba, y no este vuelo que creo que tengo de interpretación muy libre, muy suelta. Creo que es la que tengo, la que me gusta. Ahí no le debo nada. Yo tengo muy pocos alumnos, y además ya murieron, porque ya vivo tantos años que, claro. Fue muy cercano a mí Eduardo Blanquel. También Manrique, el crítico de arte y Josefina Vázquez, quizá también.

P. ¿Hay alguno de sus libros por el que tenga preferencia?

O'G. Sí, quizá. Escribía con mucho cariño uno sobre la virgen de Guadalupe. Porque hay libros muy ordinarios sobre la virgen de Guadalupe: la llaman "la vieja esa" y cosas así. Muy feo. Mi libro es muy ecuánime. Ahí econtré que el verdadero héroe era el arzobispo.

P. ¿Por ir contra viento y marea?

O'G. Bueno, forzado por la situación de los indios. Sigue siendo un gachupín, ya viejón y además muy gachupín, y se vio obligado a darles a los indios un culto para dominarlos.

Entonces, la virgen de Guadalupe es un fenómeno estupendo, porque empieza por ser un culto muy español, las ferias y todo eran españolas. Y poco a poco va resbalando hacia lo indio y ahora es realmente mestiza. Se ha pasado de bando. Todos los mexicanos han pasado contra los españoles, y luego es este gachupín. Era india, y ahora es mestiza. Los franceses, a quienes detesto —a los historiadores no los aguanto—, y cuando hablan de la virgen de Guadalupe..., Jacques Lafaye, por ejemplo, descubre el gran invento: que la virgen de Guadalupe tiene que ver con la nacionalidad mexicana. Por favor, ésa es una idea que no tiene nada de original. Entonces yo escribí lo de la virgen de Guadalupe, que se llama *Dispersión de sombras*,* o algo así.

P. Y ahora ¿está preparando algo?

O'G. No. Ahora ya no. Ya estoy viejo. Un libro, no. De repente alguna conferencia, algún articulito, más bien crítico, ¿verdad? Pero nada más.

P. Le agradezco mucho su amabilidad al concederme esta conversación.

* *Destierro de sombras.*

HISTORIA MEXICANA

REVISTA TRIMESTRAL PUBLICADA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

del

VOL. XLVI: JULIO, 1996 - JUNIO, 1997

REVISTA MEXICANA DEL CARIBE

ISSN 1405-2962

Publicación semestral | Núm. 1, Enero-Junio de 1996 | Chetumal, Quintana Roo

Artículos

La *Revista Mexicana del Caribe* es una publicación auspiciada por la Universidad de Quintana Roo, El Colegio de la Frontera Sur (Unidad Chetumal), el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Subsede Chetumal) y la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe.

NORMAS DE LA REDACCIÓN

1. Los autores enviarán DOS ejemplares de su colaboración: el original y una copia.

2. Los textos (incluyendo notas, citas y referencias bibliográficas) deberán estar mecanografiados en negro, a doble espacio, en papel tamaño carta (21.5 × 28 cm), con márgenes de 3 cm en los cuatro lados, con paginación consecutiva y no deberán exceder de 40 páginas.

3. Todas las ilustraciones y gráficas deberán estar preparadas para reproducción y numeradas consecutivamente. Irán en páginas separadas y su colocación en el texto se indicará claramente.

4. Los cuadros y tablas se numerarán de modo consecutivo y su colocación en el texto se señalará claramente. Cuando su extensión lo requiera irán en páginas aparte.

5. Las notas se reducirán al mínimo, siguiendo el formato establecido por *Historia Mexicana.* Las notas irán al final del texto, con paginación corrida, antes de la bibliografía; estarán numeradas consecutivamente con números arábigos volados.

6. Todas las siglas y referencias que aparezcan mencionadas se incluirán completas al final del texto, en orden alfabético, en la sección SIGLAS Y REFERENCIAS; la paginación será corrida. En todos los casos se deberá seguir el formato ya establecido por *Historia Mexicana.*

7. El nombre del autor y el de la institución a la que pertenezca se deberán indicar claramente. En los artículos, estos datos se colocarán al comienzo del texto, a la derecha, después del título; en los testimonios, notas, reseñas, etc., irán al final del texto, a la derecha.

8. No se admitirá ninguna colaboración que no se atenga a estas *normas.* La Redacción se reserva el derecho de corregir o ajustar el texto, en tanto no se altere su sentido.

9. La Redacción acusará recibo de los originales en un plazo de quince días hábiles a partir de su recepción. La aceptación de cada colaboración dependerá de la evaluación confidencial de dos especialistas anónimos. De acuerdo con ésta, la Redacción decidirá sobre la publicación e informará a los autores en un plazo menor de un año.

10. Para evitar costos extra de impresión, no se aceptará ningún cambio en el texto después de aprobada la colaboración.

11. En ningún caso se devolverán los trabajos recibidos por *Historia Mexicana.*

12. Historia Mexicana no publica colaboraciones que hayan aparecido o estén por aparecer en otras publicaciones.

ADVERTENCIA: se solicita que las editoriales y los autores que deseen enviar libros para reseña, lo hagan a la Redacción de la revista. Para tal fin se requieren DOS ejemplares de cada libro. Toda obra aparecerá citada anualmente en una lista de *Publicaciones recibidas.*

Sara Reséndiz y Graciela Sanjuan, secretarias, colaboraron en la preparación de este número.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Antonio IBARRA: *Conspiración, desobediencia social y marginalidad en la Nueva España: la aventura de Juan de la Vara*

Pablo PICCATO: *La construcción de una perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad*

Mabel M. RODRÍGUEZ CENTENO: *Borrachera y vagancia: argumentos sobre marginalidades económica y moral de los peones en los congresos agrícolas mexicanos del cambio de siglo*

Rafael ROJAS: *Una maldición silenciada. El panfleto político en el México independiente*

Antonio SANTOYO: *De cerdos y de civilidad urbana. La descalificación de las actividades relacionadas con la explotación porcina en la ciudad de México durante el siglo* XIX

Elisa SPECKMAN GUERRA: *Las flores del mal. Mujeres criminales en el porfiriato*